QUE DIFÍCIL ES SER DIOS

Arkadi y Boris Strugatsky



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Aquellos fueron días en los que aprendí
lo que es sufrir, lo que es sentir vergüenza,
lo que es la desesperación.
Pedro Abelardo

Debo advertirle lo siguiente:para cumplir esta misión
irá usted armado con el fin de infundir más respeto.
Pero en ningún caso se le permitirá hacer uso de sus armas,
sean cuales sean las circunstancias. ¿Ha comprendido?
Ernest Hemingway

PROLOGO

Anka llevaba una ballesta hecha por ella misma, con la caja de plástico negro y la cuerda de acero al cromo, que se montaba por medio de una silenciosa palanca. Antón no admitía innovaciones en estas cosas: su artefacto bélico era sólido, como el del mariscal Totz, es decir el rey Pisa I; estaba guarnecido con cobre negro, y tenía una ruedecilla a la que iba arrollado un cordón de nervio de toro. Pashka iba armado con una escopeta de aire comprimido, porque decía que las ballestas eran armas propias de la infancia de la humanidad; en realidad, si no tenía ballesta era debido a que era un vago, no poseía aptitudes para el oficio de carpintero, y ni siquiera había intentado fabricar una.

Atracaron en la orilla norte, donde el terreno, de amarilla arena, formaba un corte vertical por el que asomaban las raíces de unos pinos rectos como mástiles. Anka soltó el timón y miró a su alrededor. El sol despuntaba ya por encima del bosque, y todo a su alrededor era celeste, verde y amarillo. Celeste era la niebla que cubría el lago; verdeoscuros los pinos; amarilla la playa que se veía enfrente. Y por sobre todo ello dominaba un cielo claro, azul, casi blanco.

-Allí no hay nada -dijo Pashka.

Los muchachos seguían sentados en la barca, inclinados sobre la borda, mirando lo que había bajo el agua.

-Mira que lucio tan grande -exclamó Antón.

-¿Con una aleta así? -preguntó Pashka.

Antón no respondió. Anka también miraba el agua, pero lo único que veía era su propia imagen reflejada.

-Si pudiéramos bañarnos -dijo Pashka, metiendo un brazo en el agua-. Pero está fría.

Antón pasó a la proa y desde allí saltó a la orilla. La barca cabeceó. Después sujetó la borda y esperó a ver lo que hacía Pashka. Este se levantó, se echó el remo al hombro y, contorsionándose de cintura para abajo, empezó a cantar:

¡Viejo capitán Vitsliputslí!
¿Te has dormido, amigo mío?
Pues cuídate, que ahí vienen,
cinco tiburones fritos.

Antón, sin decir palabra, dio un empujón a la barca.

-¡Hey! -gritó Pashka, asiéndose a la borda.

-¿Por qué fritos? -preguntó Anka.

-¡Y yo qué sé! -respondió Pashka, mientras saltaban a la orilla-. Pero no suena mal, ¿verdad? ¡Cinco tiburones fritos!

Vararon la barca. Sus pies se hundían en la húmeda arena, que estaba llena de piñas y agujas secas de pino. La barca era pesada y resbaladiza, pero la arrastraron hasta sacarla completamente del agua. Después descansaron a su lado, respirando agitadamente por el esfuerzo.

-Me he aplastado un pie -dijo Pashka, arreglándose el pañuelo rojo que llevaba en la cabeza. Ponía gran empeño en que el nudo le cayese exactamente sobre la oreja derecha, como a los narigudos piratas irukanos-. Pero, ¡qué importa la vida! -añadió.

Anka se chupaba un dedo.

-¿Te has clavado una astilla? -preguntó Antón.

-No, me he hecho una desolladura. ¿Quién de vosotros es el que lleva esas uñas?

-Deja que lo vea.

Ella le mostró el dedo.

-Sí -dijo Antón-. ¡Vaya trauma! ¿Qué hacemos ahora?

-¡Sobre el hommmmm... bro, y adelante por la orilla! -gritó Pashka.

-Entonces, ¿para qué hemos desembarcado? -preguntó Antón.

-Porque en barca hasta una gallina podría hacer este viaje -explicó Pashka-. Pero por la orilla hay precipicios, cañaverales, remolinos... Incluso lotas y siluros.

-¡Bancos de siluros fritos! -exclamó Antón.

-¿Has buscado alguna vez en un remolino?

-Sí.

-Nunca te he visto hacerlo.

-Hay tantas cosas que nunca me has visto hacer.

Anka les dio la espalda, levantó su ballesta y disparó sobre un pino que había a unos veinte pasos. Saltaron esquirlas de corteza.

-Magnífico -exclamó Pashka, y disparó con su escopeta. Apuntó a la flecha de Anka, pero falló el tiro-. No contuve la respiración -dijo para disculparse.

-¿Y si lo hubieras hecho? -preguntó Antón, mirando a Anka.

Esta tiró con fuerza de la palanca y tensó la cuerda de su ballesta. Tenía unos excelentes músculos. Antón observó cómo bajo su morena piel se desplazaba la dura bola de sus bíceps.

Anka apuntó y disparó de nuevo. La segunda flecha se clavó en el árbol un poco más abajo que la primera.

-Estamos haciendo mal -dijo de pronto Anka, bajando la ballesta.

-¿El qué?

-Estamos estropeando los árboles sin necesidad. Ayer un pequeño estaba tirándole flechas a un árbol, y le obligué a que las arrancara con los dientes.

-Pashka -dijo Antón-, ¿por qué no vas tú a arrancar las flechas? Tienes buenos dientes.

-No, tengo uno cariado -respondió Pashka.

-Bueno -dijo Anka-, hagamos algo.

-No tengo ganas de subir precipicios -dijo Antón.

-Ni yo tampoco. Sigamos recto por aquí.

-¿Hacia dónde? -preguntó Pashka.

-Hacia donde nos lleven los pies.

-Hacia la saiva entonces -dijo Pashka-. Toshka vayamos al Camino Olvidado. ¿Lo recuerdas?

-Claro que lo recuerdo -dijo Antón.

-Sabes, Anechka... -comenzó a decir Pashka.

-¡No me llames Anechka! -cortó Anka, que consideraba intolerable que la llamaran con otro diminutivo que no fuera Anka.

Antón aprendió bien la lección y se apresuró a decir:

-El Camino Olvidado es una carretera por la que no pasa nadie. No figura en ningún plano de carreteras, y no sabemos adonde va.

-¿Habéis estado ya allí?

-Sí. Pero no tuvimos tiempo de explorarla.

-Es un camino que no viene de ninguna parte ni va tampoco a ninguna parte -dijo Pashka, ya repuesto.

-¡Estupendo! -exclamó Anka, cuyos ojos parecían en aquel momento dos rendijas negras-. Vamos allá. ¿Llegaremos antes del anochecer?

-¡Mucho antes! A mediodía ya estaremos allí.

Escalaron el precipicio. Pashka se detuvo al llegar arriba y se volvió. Abajo se veía el lago azul, entreverado con las manchas amarillas de los bancos de arena, la barca varada en la playa, y unas grandes circunferencias que se ensanchaban por la oscura superficie del agua, cerca de la orilla, producidas sin duda por algún salto del lucio que habían visto antes. Pashka experimentó aquella indefinida alegría que sentía cada vez que se fugaba con Toshka del internado y tenía por delante todo un día de completa libertad, andando por lugares inexplorados, con fresas, solitarios y templados prados, lagartos grises y heladas aguas manando de inesperadas fuentes. Y, como siempre, quiso gritar y saltar, y así lo hizo, y vio como Antón lo miraba sonriente y cómo en sus ojos se adivinaba una absoluta identificación. Anka se metió dos dedos en la boca y lanzó un agudísimo silbido.

Entraron en el bosque. Era de espaciados pinos, y los pies resbalaban sobre la hojarasca. Los oblicuos rayos del sol se filtraban por entre los rectos troncos, proyectándose sobre la tierra y formando manchas doradas. Olía a resina, a lago y a fresas. Allá en el cielo trinaban invisibles pajarillos.

Anka iba delante. Llevaba la ballesta bajo el brazo, y de tiempo en tiempo se agachaba para recoger el fruto, rojo como la sangre y pulido como el charol, de las fresas. Antón la seguía, con su sólido artefacto bélico al hombro. Su carcaj, repleto de buenas flechas de combate, golpeaba rítmicamente sus nalgas. Iba observando el cuello de Anka, que estaba tan tostado por el sol que parecía negro, y en el que sobresalían algunas vértebras. De vez en cuando miraba a su alrededor buscando a Pashka, pero no se le veía por ningún lado. Solo de tanto en tanto, a derecha e izquierda, fulguraba por unos instantes su pañuelo rojo al sol. Antón se lo imaginaba deslizándose silenciosamente entre los pinos, con la escopeta preparada para disparar, inclinando hacia adelante su enjuta cara de ave de rapiña. Pashka se escondía por la saiva. La saiva tiene a veces bromas pesadas. Amigo, cuando la saiva pregunta, hay que responder a tiempo, pensó Antón, y sintió deseos de agacharse también. Pero delante de él iba Anka, y podría verlo. Hubiera hecho el ridículo.

Anka se giró y preguntó:

-¿Os escabullisteis sin hacer ruido?

Antón se encogió de hombros.

-¿Y quién se escabulle haciendo ruido?

-Yo creo que sí hice ruido -dijo Anka, preocupada-. Tiré sin quererlo la jofaina, y oí pasos en el pasillo. Seguramente era Katia la Virgen, hoy le tocaba guardia. Tuve que saltar el arriate. Toshka, ¿qué flores crees que son las que crecen en ese arriate?

Antón frunció el ceño.

-¿Debajo de tu ventana? No sé. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque tienen que ser unas flores especiales. «El viento no las doblega ni las abate la tormenta». Llevamos años enteros saltando sobre ellas, y siguen como nuevas.

-Sí, es interesante -dijo Antón, pensativo. Bajo su ventana también había un arriate con flores a las que «el viento no las dobla ni las abate la tormenta». Pero nunca les prestó la menor atención.

Anka se detuvo, lo esperó, y le ofreció las fresas que llevaba en la mano. Antón cogió tres.

-Coge más -dijo Anka.

-No, gracias -respondió Antón-. Me gusta irlas tomando una a una. Katia la Virgen no es mala persona, ¿verdad?

-Según para quién -saltó Anka-. Cuando una tiene que soportar el que cada tarde le diga que tiene los pies sucios...

Anka no dijo nada más. Ir con ella a través del bosque, juntos, sintiendo el roce de sus codos desnudos, contemplando su belleza y su agilidad, y sintiendo la extraordinaria dulzura de sus grandes ojos grises orlados de negras pestañas, era algo sumamente agradable.

-Sí -dijo Antón, al tiempo que alargaba la mano para apartar una telaraña que relucía al sol-. Está claro que ella no tendrá nunca los pies sucios. Si a ti te llevaran en brazos cuando tienes que pasar un charco, tampoco te mojarías los pies.

-¿Y quién la lleva a ella?

-Henrik, el de la estación meteorológica. Ya lo conoces. El fuertote del pelo blanco.

-¿De veras?

-Claro que sí. ¿Y qué tiene eso de particular? Todo el mundo sabe que están enamorados.

Volvieron a guardar silencio. Antón miró a Anka. Los ojos de la muchacha parecían dos rendijas negras.

-¿Cuándo ocurrió eso? -preguntó ella.

-Una noche de luna -respondió desganadamente Antón-. Pero no sueltes la lengua por ahí.

Anka sonrió.

-A ti nadie te ha tirado de ella, Toshka -dijo-. ¿Quieres más fresas?

Antón cogió maquinalmente varias fresas de la mano de la muchacha y se las llevó a la boca. No me gusta la gente excesivamente charlatana, pensó. No la soporto. Por fin le pareció haber hallado un argumento eficaz y dijo:

-Con el tiempo, también a ti te llevarán en brazos. ¿Te gustará entonces que vayan hablando de ello?

-¿Pero de dónde has sacado que yo vaya a decir nada? -dijo Anka distraídamente-. No soy una chismosa.

-Dime, ¿en qué estás pensando?

-En nada de particular -Anka se encogió de hombros, hizo una pausa y añadió en tono confidencial-: ¿Sabes?, estoy harta de tenerme que lavar los pies dos veces cada noche.

Pobre Katia la Virgen, pensó Antón. Esto es peor que la saiva.

Salieron a una vereda. Descendía, y el bosque se hacía cada vez más oscuro. Los helechos y la hierba alta crecían allí con exuberancia. Los troncos de los pinos estaban cubiertos de musgo y de la espuma blanca de los líquenes. Pero la saiva tiene bromas pesadas. Una voz ronca, que no tenía nada de humana, bramó de repente:

-¡Alto! ¡Vos, noble Don, tirad las armas! ¡Y también vos, noble Doña!

Cuando la saiva pregunta, hay que responder a tiempo. Antón, con un ágil y rapidísimo movimiento, derribó a Anka entre los helechos, a la izquierda, mientras él, saltando hacia la derecha, rodaba hasta parapetarse tras un tocón medio podrido. Aún se oía el eco de la ronca voz cuando la vereda estaba ya vacía.

Antón, tendido sobre un costado, montó su ballesta dándole vueltas a la ruedecilla. Se oyó un disparo, y fragmentos de corteza llovieron sobre Antón. La voz ronca anunció:

-¡El noble Don ha sido alcanzando en un talón!

Antón simuló un gemido y encogió una pierna.

-¡No, esa no! -dijo la voz-. ¡La derecha!

Se oyó la risa solapada de Pashka. Antón echó una ojeada desde detrás del tocón, pero no pudo ver nada entre aquella masa de verde penumbra.

En aquel mismo instante sonó un agudo silbido y un ruido semejante al de un árbol que cae.

-¡Ay! -gimió Pashka ahogadamente-. ¡Tened piedad! ¡No me matéis!

Antón se levantó de un salto. Pashka venía andando a su encuentro desde los helechos, de espaldas y con los brazos en alto. La voz de Anka interrogó:

-Toshka, ¿lo ves?

-Como si estuviera entre mis manos -respondió Antón alegremente-. ¡No te vuelvas! -le gritó a Pashka-. ¡Las manos detrás de la cabeza!

Pashka obedeció sumisamente y declamó:

-No diré nada.

-¿Qué hacemos con él, Toshka? -preguntó Anka.

-Ahora lo verás -respondió Antón, mientras se sentaba cómodamente en el tocón y se ponía la ballesta sobre las rodillas-. ¿Cómo te llamas? -gritó, imitando la voz de Hexe el Irukano.

Pashka se encogió de hombros, dando a entender su desprecio e insumisión. Antón disparó. La pesada flecha fue a clavarse con un chasquido en la rama que colgaba sobre la cabeza de Pashka.

-¡Oh! -exclamó Anka.

-Me llaman Bon Saranchá -confesó desganadamente Pashka-. «Y aquí caerá, por lo que se ve, uno de aquellos que juntos estaban.»

-Famoso bandido, ciertamente -admitió Antón-. Pero nunca hizo nada desinteresadamente. ¿Quién te mandó?

-Don Satarín el Cruel -respondió Pashka.

Antón dijo despectivamente:

-Hace dos años que esta mano mía cortó, en el Soto de las Espadas, la pestilente vida de ese tal Don Satarín.

-¿Quieres que le meta una flecha en el cuerpo? -preguntó Anka.

-Esperad -se apresuró a decir Pashka-. Había olvidado por completo que quien me mandó verdaderamente fue Arata el Hermoso. Me prometió cien piezas de oro por vuestras cabezas.

Antón se palmeó la rodilla.

-¡Qué embustero! -exclamó-. ¿Cómo es posible que Arata el Hermoso trate con un canalla como tú?

-Déjame que lo ensarte con una flecha -rogó Anka con voz sanguinaria.

Antón se echó a reír satánicamente.

-Bueno -dijo Pashka-, tú tienes un talón herido. Ya deberías estar desangrado.

-Eso es lo que tú crees -repuso Antón-. En primer lugar, durante todo este tiempo estoy mascando corteza de árbol blanco, y en segundo, dos hermosas bárbaras me han vendado ya la herida.

Los helechos se movieron, y Anka salió a la vereda. Tenía un arañazo en la cara y las rodillas manchadas de barro y hierba.

-Ya es hora de que lo arrojemos al pantano -opinó-. Cuando el enemigo no quiere rendirse, se le destruye.

Pashka bajó los brazos.

-Olvidas las reglas del juego -dijo, dirigiéndose a Antón-. Contigo uno tiene la impresión de que Hexe es una buena persona.

-¿Y qué sabes tú? -Antón salió también a la vereda-. La saiva tiene bromas pesadas, mercenario indecente.

Anka le devolvió a Pashka su escopeta.

-¿Siempre os disparáis así el uno al otro? -preguntó con asombro.

-¡Claro! -se sorprendió Pashka-. ¿Qué crees que vamos a hacer, gritar «pum-pum» y «chic-chic»? En el juego ha de haber cierto riesgo.

-Por ejemplo -añadió Antón distraídamente-, con frecuencia jugamos a Guillermo Tell.

-Turnándonos -aclaró Pashka-. Un día soy yo quien se pone la manzana en la cabeza, y el otro día es él.

Anka los miró.

-¿De veras? Sería interesante verlo.

-Por nuestra parte no hay inconveniente -dijo Antón con rapidez-. Lástima que no tengamos ninguna manzana.

Pashka sonrió abiertamente. Entonces Anka le quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza e hizo un cucurucho con él.

-La manzana es una cosa convencional -dijo-. Eso también puede servir de blanco. Vamos, juguemos a Guillermo Tell.

Antón cogió el cucurucho rojo y lo examinó detenidamente. Después miró a Anka a los ojos. Seguían siendo dos rendijas. A Pashka todo aquello le seguía pareciendo muy divertido. Antón le pasó el cucurucho.

-«A treinta pasos no fallo una carta -declamó con voz tranquila-. Con pistolas conocidas, naturalmente.»

-¿De veras? -exclamó Anka. Y, dirigiéndose a Pashka, añadió-: ¿Y tú, querido? ¿Le dañas a una carta a treinta pasos?

Pashka se puso el cucurucho en la cabeza.

-«Ya probaremos alguna vez -recitó, enseñando los dientes-. En mis tiempos no tiraba del todo mal.»

Antón se volvió de espaldas y echó a andar por la vereda, contando los pasos en voz alta:

-...quince... dieciséis... diecisiete...

Pashka dijo algo que Antón no pudo oír, y Anka se echó a reír a carcajadas. Lo hizo de una forma exagerada.

-Treinta -dijo finalmente Antón, y giró sobre sus talones.

A treinta pasos, Pashka se veía muy pequeño. El cucurucho rojo parecía el gorro de un payaso sobre su cabeza. Pashka sonreía. Seguía jugando. Antón se inclinó y comenzó a tensar con calma la cuerda.

-¡Yo te bendigo, padre mío! -gritó Pashka-. ¡Pase lo que pase, gracias por todo!

Antón colocó la flecha y se enderezó. Pashka y Anka lo miraron. Estaban muy juntos. La vereda parecía un estrecho pasillo, oscuro y húmedo, entre dos altos muros verdes. Antón elevó la ballesta. El artefacto bélico del mariscal Totz le pareció de pronto muy pesado. Me tiemblan las manos, pensó. Malo. Recordó cómo, aquel invierno, Pashka y él habían estado tirándole bolas de nieve a una piña de fundición que remataba el poste de una verja. Le tiraron desde veinte pasos, desde quince y desde diez, y no consiguieron hacer blanco. Luego, cuando se cansaron y ya se iban, Pashka tiró su última bola sin mirar... y le dio a la piña. Antón apretó la culata contra su hombro con todas sus fuerzas. Anka está demasiado cerca de él, se dijo. Quiso gritarle que se apartara, pero comprendió que hubiera sido ridículo. Más alto. Más... más... De repente tuvo la seguridad de que, aunque se volviera dé espaldas, su pesada flecha iría a hincarse exactamente en el entrecejo de Pashka, entre sus dos ojos verdes. Miró fijamente a Pashka. Ya no sonreía. Anka iba levantando lentamente una mano, con los dedos muy abiertos, y su rostro tenía una expresión forzada y adulta. Antón levantó aún más la ballesta, y pulsó el gatillo. No pudo ver dónde se clavó la flecha.

-Fallé -dijo con voz muy alta.

Avanzó a grandes zancadas por la senda, con las piernas rígidas. Pashka se pasó el cucurucho por la cara, lo sacudió y empezó a atarse el pañuelo a la cabeza. Anka se agachó y recogió su ballesta. Si me diera con ella en la cabeza, pensó Antón, le daría las gracias. Pero Anka ni lo miró. Por el contrario, se giró hacia Pashka y le dijo:

-¿Vamos?

-Sí, vamos -dijo Pashka. Miró a Antón, y se golpeó la frente con el dedo índice en un gesto muy significativo.

-Te asustaste, ¿verdad? -dijo Antón.

Pashka volvió a golpearse la frente con el dedo, y se fue con Anka. Antón los siguió despacio, procurando reprimir las dudas que le asaltaban.

¿Qué he hecho, a fin de cuentas?, se preguntó a sí mismo. ¿Por qué se han disgustado? Pashka, por supuesto, se asustó. Aunque es difícil saber quién de los dos sufrió más: si Guillermo padre o Tell hijo. Pero, ¿y Anka? Posiblemente sintió miedo por Pashka. ¿Y qué podía hacer yo? Ahora voy tras ellos como un pariente pobre. Debería marcharme. Torciendo a la izquierda hay un buen pantano. Podría coger una lechuza. Pero ni siquiera retardó el paso. Esto significa que será para siempre, pensó. Así ocurre con frecuencia.

Llegaron a la Carretera Olvidada antes de lo que pensaban. El sol estaba todavía muy alto, y hacía calor. Sentían la picazón de las agujas de pino que se les habían metido por el cuello. La carretera estaba cubierta por dos hileras de losas de hormigón, de color gris rojizo, agrietadas. Por

las juntas entre las losas crecía abundante hierba seca. La cuneta estaba invadida por polvorientas bardanas. Por encima de la carretera pasaron zumbando unos abejorros. Uno de ellos chocó contra la frente de Antón. Todo era silencio y tranquilidad.

-¡Hey, mirad! -dijo Pashka.

En mitad de la carretera, colgado a cierta altura de un mohoso alambre tendido transversalmente, había un disco de hojalata cubierto de descascarillada pintura. Apenas se divisaba lo que había pintado en él: un rectángulo blanco sobre un fondo que alguna vez había sido rojo.

-¿Qué será esto? -preguntó Anka, sin mucho interés.

-Una señal de circulación -respondió Pashka-. Significa: «dirección prohibida».

-Es un «ladrillo» -aclaró Antón.

-¿Y para qué sirve? -volvió a preguntar Anka.

-Para indicar que no se puede ir en aquella dirección -dijo Pashka.

-Entonces, ¿qué objeto tiene esta carretera?

Pashka se encogió de hombros.

-Es una carretera muy antigua -dijo.

-Es una carretera anisótropa -intervino Antón, Anka estaba vuelta de espaldas a él-. Solamente se permite la circulación en un sentido.

-Sí, nuestros antepasados eran listos -dijo Pashka pensativamente-. Después de recorrer kilómetros y kilómetros, te encuentras con una señal: «¡Alto!, dirección prohibida.» No puedes seguir adelante, ni tienes a nadie a quien preguntar.

-¡Imagina lo que puede haber más allá de esta señal! -dijo Anka, y miró a su alrededor. En muchos kilómetros a la redonda no había más que el bosque inhabitado y era imposible encontrar a nadie que pudiera aclarar qué se ocultaba más allá de la señal- ¿Y si no fuera un «ladrillo»? -añadió-. La pintura ha caído casi por completo.

Entonces, Antón apuntó cuidadosamente y disparó. Sería estupendo que la flecha rompiera el alambre, y la señal fuera a caer a los pies de Anka. Pero no ocurrió así. La flecha fue a dar en la parte superior del disco, traspasó la oxidada hojalata, y lo único que cayó al suelo fueron fragmentos de pintura seca.

-Imbécil -dijo Anka sin girarse.

Esta fue la primera palabra que le dirigió a Antón tras el juego de Guillermo Tell. En el rostro de Antón se dibujó una sonrisa de conejo.

-«*And enterprises of great pitch and moment* -recitó Antón-, *with this regard their current turn away and loose the name of action*» Y empresas de gran empuje y alcance, giran su curso con esta mirada y pierden el nombre de acción. Hamlet.

-¡Hey! -gritó Pashka en aquel momento-. ¡Por aquí ha pasado un auto después de la tormenta! ¡Mirad cómo está aplastada la hierba! ¡Mirad...!

Tiene suerte ese Pashka, pensó Antón. Miró las huellas que había en la carretera, y vio la hierba aplastada y las franjas negras que habían dejado los neumáticos del coche al frenar ante un bache.

-¡Oh! -exclamó Pashka-. Pasó por debajo de la señal.

Aquello era indudable, pero Antón protestó:

-En absoluto. Venía de aquél lado.

Pashka lo miró asombrado.

-¿Acaso estás ciego?

-Venía de aquel lado -insistió Antón-. Sigamos las huellas.

-Estás diciendo una tontería -dijo Pashka, irritado-. En primer lugar, ningún conductor consciente circula por una dirección prohibida. Y en segundo lugar, mira dónde está el bache y dónde la huella del frenazo. ¿De dónde venía entonces?

-¡Y a mí qué me importan tus conductores conscientes! ¡Yo mismo soy inconsciente y paso debajo del «ladrillo»!

Pashka palideció.

-¡Puedes marcharte por donde quieras! -dijo, tartamudeando un poco-. ¡Chiflado! ¡Te has atontado con el calor!

Antón se volvió y, mirando hacia adelante, pasó debajo de la señal. Tan sólo deseaba una cosa: que ante él apareciera algún puente volado que le impidiera pasar al otro lado. ¿Qué tengo que ver yo con los conscientes? pensó. Que se vayan donde quieran... ella y su Pashka. Luego recordó cómo Anka había cortado a Pashka cuando éste la llamó Anechka, y sintió un cierto alivio. Miró hacia atrás.

Vio en seguida a Pashka. Bon Saranchá, hecho un ovillo, seguía atentamente las huellas del auto misterioso. El disco oxidado se balanceaba lentamente sobre la carretera y, a través del agujero, se veía a veces el cielo azul. Anka estaba sentada en la cuneta, con los codos apoyados en las desnudas rodillas y el mentón sobre los puños cerrados.

Empezaba a oscurecer. Iban de regreso. Los muchachos remaban, y Anka llevaba el timón. Por encima del bosque, que parecía negro, se alzaba una luna roja. Las ranas croaban furiosamente.

-Todo estaba tan bien planeado -dijo Anka tristemente-. ¡Y vosotros dos...!

Los muchachos permanecieron callados. Luego, Pashka preguntó a media voz:

-Toshka, ¿qué viste por aquella parte?

-Un puente volado -respondió Antón-, y el esqueleto de un fascista encadenado a una ametralladora. La ametralladora estaba completamente hundida en la tierra, era imposible moverla.

-Ya... -dijo Pashka-. Yo no tuve tanta suerte. Yo tuve que ayudar a un pobre tipo a reparar su auto.

I

Cuando Rumata dejó atrás la tumba de San Miki, séptima y última de aquella carretera, había anochecido ya por completo. El alabado caballo jamajareño que le dió Don Tameo como pago de lo que había perdido a las cartas resultó ser un auténtico penco. Sudaba, se rozó las patas, era lerdo, y trotaba tambaleándose. Rumata le apretaba los flancos con las rodillas, lo fustigaba entre las orejas con el guante, pero el animal no hacía más que mover tristemente la cabeza sin acelerar el paso. A lo largo de la carretera había unos arbustos que en la oscuridad parecían nubes de humo petrificadas. El zumbido de los mosquitos se hacía insoportable. En el turbio cielo, sobre su cabeza, titilaban unas deslucidas estrellas. De vez en cuando soplaba un vientecillo templado y fresco a la vez, como solía ocurrir cada otoño en aquel país marítimo, de días polvorientos y sofocantes y noches frescas.

Rumata se embozó mejor en su capa y soltó las bridas. No tenía por qué apresurarse. Faltaba aún una hora para la medianoche, y el Bosque Hiposo se distinguía ya formando una negra franja dentada en el horizonte. A ambos lados de la carretera se extendían campos cultivados, entre los cuales centelleaban a la luz de las estrellas los malolientes pantanos y se destacaban las sombras de los túmulos y las podridas empalizadas del tiempo de la Invasión. Allá a lo lejos, a la izquierda, se veía un resplandor que aumentaba y disminuía a intervalos. Debía estar ardiendo alguna aldea, una de tantas Cadaverinos, Ahorcaperros o Atracabobos que por real decreto habían cambiado sus antiguos nombres por los de Villa-soñada, Buenaventura o Los Serafines. Aquel país, cubierto por la capa de sus nubes de mosquitos, desgarrado por sus barrancos, inundado por sus pantanos y azotado por la fiebre, la peste y los resfriados hediondos, se extendía cientos de kilómetros, desde las orillas del Estrecho hasta la saiva del Bosque Hiposo.

Tras una de las curvas de la carretera, una sombra surgió de entre los arbustos. El caballo se estremeció y enderezó las orejas. Rumata cogió las bridas, tiró como de costumbre de los encajes de su manga derecha y echó mano a la empuñadura de su espada. El hombre que había salido al camino se quitó el sombrero.

-Buenas noches, noble Don -dijo quedamente-. Os pido mil perdones.

-¿Qué deseas? -preguntó Rumata, prestando oído. No existían emboscadas silenciosas. Los bandidos se descubren por el crujir de alguna cuerda; los Milicianos Grises, por no poder contener los eructos producidos por la mala cerveza; las partidas de los barones, por su fiero resuello y el

entrechocar de sus armaduras; y los monjes cazadores de esclavos, por su ostentoso rascarse. Pero entre los arbustos reinaba el silencio. Por otra parte, aquel hombre no parecía ser un cebo ni tenía su aspecto: era un hombrecillo rechoncho, vestido con una humilde capa.

-Permitidme ir junto a vos -dijo, haciendo una reverencia.

-Está bien -dijo Rumata, dando un tirón a las bridas-. Puedes sujetarte al estribo.

El hombre echó a andar al lado de Rumata. Llevaba el sombrero en la mano, y en su cabeza relucía una gran calva. Parece un comerciante, pensó Rumata. Irá comprando lino o cáñamo a los barones y asentadores. Pero tiene que ser atrevido... Aunque quizá no sea comerciante. Tal vez sea un intelectual. Un fugitivo. Un proscrito. Esos son quienes más andan de noche por las carreteras en estos tiempos. Claro que también puede ser un espía...

-¿Quién eres y de dónde vienes? -preguntó Rumata.

-Me llamo Kiun -dijo el hombre tristemente-. Vengo de Arkanar.

-Creo más bien que *huyes* de Arkanar.

-Sí, noble Don; huyo de Arkanar.

Un pobre hombre, se dijo para sí mismo Rumata. ¿O tal vez un espía? He de probarlo ¿Y para qué? ¿Qué me importa? ¿Quién soy yo para probar a nadie? ¿Por qué no he de creer en lo que me dice? Está claro que es un intelectual que huye de la ciudad para salvar su vida. Va solo y tiene miedo, y como es débil busca protección. Ha encontrado a un aristócrata. Los aristócratas, por su orgullo y estupidez, no entienden de política, pero sus espadas son largas y no les gustan los Grises. ¿Qué impide pues que Kiun busque el desinteresado amparo de un aristócrata estúpido y orgulloso? No, no lo probare. No es necesario. Hablaré con él para pasar el rato, y luego nos despediremos como buenos amigos.

-Kiun... -murmuró-. Yo conocía a un Kiun. Vendía drogas y era alquimista. Vivía en la Calle de la Hojalata. ¿Eres pariente suyo?

-Sí, noble Don -dijo Kiun-. Pariente lejano. Pero a ellos les da lo mismo... hasta la duodécima generación.

-¿Y hacia dónde huyes, Kiun?

-A cualquier parte. Cuanto más lejos, mejor. Muchos huyen a Irukán. Intentaré llegar allí.

-Entiendo, entiendo -dijo Rumata-. Y seguramente has pensado que algún noble Don podrá ayudarte a pasar el puesto fronterizo.

Kiun no respondió.

-¿O acaso crees que este noble Don no sabe quién es el alquimista Kiun de la Calle de la Hojalata?

Kiun siguió callado. Creo que no he hablado como debía, pensó Rumata. Entonces se levantó, apoyándose en los estribos, y gritó, imitando la voz del pregonero de la Real Plaza:

-¡Se te acusa y eres culpable de horrorosos e imperdonables crímenes contra Dios, la Corona y la Seguridad!

Kiun seguía callando.

-¿Y si este noble Don adorara a Don Reba y fuera fiel de todo corazón a la palabra y obra de las Milicias Grises? ¿No crees que esto pueda ser posible?

Kiun no pronunciaba palabra. A la derecha de la carretera fue destacándose de la oscuridad la quebrada sombra de una horca. Del travesaño pendía un cuerpo desnudo, colgado por los pies.

No hay modo de sacarle nada, pensó Rumata. Tiró de las bridas, cogió a Kiun por un hombro y lo hizo girarse hacia él.

-¿Y si te cuelgo ahora mismo al lado de ese vagabundo? -dijo, mirando el pálido rostro y las oscuras fosas de sus ojos-. Yo personalmente. Pronto y con facilidad. Con una buena cuerda arkanareña. En nombre de los ideales. ¿Por qué no hablas de una vez, sabihondo Kiun?

Kiun seguía sin responder. Pero castañeteaba los dientes y se retorcía bajo la mano de Rumata como una lagartija atrapada bajo una bota. En aquel momento algo cayó a la cuneta de la carretera, y se oyó un chapoteo. Y, como si quisiera ahogar ese ruido, Kiun comenzó a gritar desesperadamente:

-¡Cuélgame! ¡Cuélgame, traidor!

Rumata tomó aliento y soltó a Kiun.

-No temas -dijo-. Sólo era una broma.

-Mentira, mentira... -refunfuñó Kiun-. ¡Por todas partes mentira!

-No te irrites -dijo Rumata-. Será mejor que recojas lo que tiraste antes de que se moje.

Kiun aguardó un poco, balanceándose medio sollozando y sacudiendo inútilmente su capa con las manos, hasta que por fin se metió en la cuneta. Rumata le esperó, encorvado en su silla. Esto quiere decir que tiene que ser así, pensó; que no hay otra salida...

Kiun salió de la cuneta, ocultando bajo su capa lo que le había caído.

-Libros, ¿verdad? -preguntó Rumata.

Kiun negó con la cabeza.

-No -dijo con voz ronca-. Tan sólo un libro. Mi libro.

-¿De qué trata?

-Temo que no os interese, noble Don.

Rumata suspiró.

-Cógete al estribo. Vamos.

Caminaron en silencio durante largo rato.

-Oye, Kiun -dijo finalmente Rumata-. No tengas miedo. Todo fue una broma.

-¡Qué mundo tan bueno! -profirió amargamente Kiun-. ¡Qué mundo tan alegre! Todos bromean, y todo el mundo lo hace del mismo modo. Incluso el noble Don Rumata.

Rumata se sorprendió.

-¿Sabes como me llamó?

-Por supuesto que lo sé -dijo Kiun-. Os reconocí por la diadema que lleváis en la frente. Y me alegré de encontraros en la carretera.

Por eso me llamó traidor, pensó Rumata.

-Creí que eras un espía -dijo-. Tengo la costumbre de matar a los espías.

-Un espía... -repitió Kiun-. Sí, claro. «¡En estos tiempos es tan fácil y remunerador ser espía! Nuestro águila, el noble Don Reba, procura saber lo que hablan y cómo piensan todos los súbditos del Rey. ¡Ya me gustaría ser espía! Aunque no fuera más que el humilde confidente de la taberna *La Alegría Gris*. ¡Qué cosa tan honrosa sería! A las seis de la tarde entraría en el salón de bebidas, y me sentaría en mi mesita. El dueño se apresuraría a servirme personalmente la primera jarra. Podría beber cuanto quisiera. La cerveza la paga Don Reba... es decir, no la paga nadie. Mientras bebiera, estaría escuchando. A veces haría como que tomaba notas de las conversaciones, y la pobre gente vendría a mí asustada proponiéndome su amistad y su bolsa. En sus ojos no vería más que lo que yo querría: una lealtad perruna, un temor respetuoso, y un admirable odio impotente. Podría entonces sobar a las jovencitas y estrechar entre mis brazos a las mujeres delante de sus maridos, sin que estos hicieran más que sonreírme servilmente.» Un magnífico razonamiento, ¿verdad, noble Don? Lo escuché de boca de un muchacho de unos quince años, un alumno de la Escuela Patriótica.

-¿Y qué le dijiste? -se interesó Rumata.

-¿Qué le podía decir? No me hubiera entendido. Por eso le conté cómo las gentes de Vaga Kolesó les rajan la barriga a los confidentes que cogen y les echan dentro pimienta, y cómo los soldados borrachos meten a los espías en sacos y los ahogan en los albañales. Pero él no me creyó. Me dijo que en la Escuela no les habían dicho nada de eso. Entonces saqué un papel y escribí nuestra conversación, pensando en aprovecharla para mi libro, pero él creyó que era para delatarlo y se orinó en los pantalones de miedo.

Entre los arbustos empezaron a verse las luces del albergue de Baco el Esqueleto. Kiun se calló.

-¿Qué ocurre? -preguntó Rumata.

-Hay allí una patrulla de Milicianos Grises -murmuró Kiun.

-¿Y qué? -dijo Rumata-. Ahora escucha otro razonamiento, estimado Kiun: «Nosotros apreciamos a estos sencillos y toscos muchachos, nuestras bestias grises de combate, porque los necesitamos. Desde ahora el pueblo tendrá que morderse la lengua si no quiere que se la arrollen a la garganta y la cuelguen luego de un árbol» -Rumata se echó a reír a carcajadas, porque lo que acababa de decir le había salido perfecto, en la mejor tradición de los Acuartelamientos Grises.

Kiun se encogió como si quisiera meter la cabeza entre los hombros.

«-La lengua de la gente sencilla ha de saber cuál es su sitio. Dios no le dio la lengua al pueblo para que charle, sino para lamer las botas de su amo, que como tal le fue dado por los siglos de los...»

En el poste que había a la entrada del albergue estaban atados los ensillados caballos de la patrulla de Milicianos Grises. La ventana estaba abierta, y se oían roncas y maldicientes voces, y el entrechocar de la taba contra la mesa. En la puerta estaba el propio Baco el Esqueleto, que cerraba completamente el paso con su descomunal panza. Vestía un chaquetón de cuero con las mangas remangadas, y sostenía un machete en su peluda mano. Posiblemente había estado cortando carne de perro para sus huéspedes y, sudando aún por el esfuerzo, había salido a refrescarse un poco. En la escalera estaba medio acurrucado un miliciano con el hacha de combate entre las rodillas. El mango del hacha empujaba su cara hacia un lado. Se notaba que había bebido mucho, y su aire era melancólico. Al ver al noble Don, tragó saliva y gritó con voz afónica:

-¡Alto-o-o-o-o! ¿Quién va-a-a-a? ¡Vo-o-s, noble Do-o-on!

Rumata, con la barbilla desdeñosamente levantada, siguió adelanté sin mirarlo siquiera.

-...pero si su lengua no lame la bota que debe -prosiguió en voz alta-, entonces hay que cortarla, pues ha sido dicho: «tu lengua es mi enemigo».

Kiun iba escondiéndose tras la grupa del caballo y andando a grandes zancadas. Rumata veía con el rabillo del ojo cómo su calva estaba perlada de sudor.

-¡Alto, he dicho-o-o-o-o! -volvió a gritar el miliciano.

Inmediatamente se le oyó rodar por las escaleras, armando gran estrépito con el hacha y lanzando votos a Dios, al diablo y a toda la noble canalla.

Serán unos cinco, pensó Rumata mientras tiraba de sus puños. Son unos borrachos carniceros. Es absurdo.

Dejaron atrás el albergue y torcieron hacia el bosque.

-Si es necesario, puedo ir más aprisa -dijo Kiun, con acento falsamente decidido.

-¡Absurdo! -repitió Rumata en voz alta, deteniendo el caballo-. Sería absurdo haber cabalgado tantos kilómetros sin entablar combate ni una sola vez. ¿Tú nunca sientes deseos de pelear, Kiun?

-No, noble Don. Nunca he sentido ese deseo.

-Eso es lo malo -murmuró Rumata, mientras hacía dar media vuelta al animal y se ajustaba tranquilamente los guantes.

Por la curva aparecieron dos jinetes, que al verlo se detuvieron en seco.

-¡Hey, vos, noble Don! -empezaron a gritar-. ¡Mostrad vuestro salvoconducto!

-¡Patanes! -replicó Rumata con voz cristalina-. ¿Para qué queréis mi salvoconducto, si sois analfabetos? -apretó con las rodillas al caballo y, al trote, fue al encuentro de los milicianos. Están acobardados, pensó: titubean. Al menos les daré un par de guantazos... No, no vale la pena. Aunque me gustaría desahogar un poco el odio que he ido acumulando durante todo el día. Pero no vale la pena. Hay que seguir siendo humano, hay que saber perdonar y permanecer tranquilo, como los dioses. Que hieran y profanen si quieren: nosotros seguiremos tan tranquilos, como los dioses. Los dioses no tienen por qué apresurarse, disponen ante sí de toda la eternidad.

Con estos pensamientos llegó al lugar donde estaban los milicianos. Estos levantaron sus hachas, confusos y retrocedieron.

-¿Y bien? -preguntó Rumata lentamente.

-¡Oh! Sois vos -dijo el primer soldado, indeciso-. No os habíamos reconocido. ¿Sois realmente el noble don Rumata?

El segundo soldado hizo dar media vuelta a su caballo y huyó al galope. El primero seguía retrocediendo, tras bajar el hacha.

-Os pedimos mil perdones, noble Don -dijo rápidamente-. Nos equivocamos. Fue un error. Los chicos han bebido un poco y están deseando... ya sabéis... -empezó a alejarse, haciendo andar a su animal de costado-. Vos comprenderéis... los tiempos son malos... Tenemos que dar caza a los ilustrados que huyen... No querríamos que el noble Don presentara una queja...

Rumata le volvió la espalda.

-¡Llevad buen viaje, noble Don! -le deseó el miliciano, como si se quitara un peso de encima.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, Rumata llamó a media voz:

-¡Kiun!

Nadie respondió.

-¡Eh, Kiun!

Tampoco esta vez recibió respuesta. Entonces aguzó el oído y, entre el incesante zumbar de los mosquitos, distinguió un susurro entre los arbustos. Seguramente Kiun se estaba abriendo paso apresuradamente hacia el oeste, donde a unos treinta kilómetros de allí se hallaba la frontera irukana. Y esto es todo, se dijo Rumata. Se acabó la conversación. Siempre ocurre lo mismo. Un control, un prudente intercambio de parábolas de doble sentido... Uno pierde semanas enteras en charlas triviales con toda esa chusma, y cuando tropieza con un hombre de verdad no puede cambiar con él dos palabras.

Hay que protegerlo, salvarlo, mandarlo a sitio seguro... Y lo más triste es que uno lo ve marchar sin que el otro haya acabado de comprender si fue realmente un amigo el que lo ayudó o tan solo un degenerado engreído. Y lo mismo le ocurre a uno, que se queda también sin saber nada de él, de lo que realmente quiere, de lo que puede hacer, de lo que persigue en su vida.

Recordó las noches de Arkanar. En las calles principales se ven buenas mansiones de piedra. Un farol acogedor brilla sobre la puerta de una taberna. Dentro de ella hay unos tenderos plácidos y bien alimentados que beben cerveza sentados ante unos veladores limpios, y razonan sobre lo bien ordenado que está el mundo; baja el precio del pan, sube el de las armaduras, las conspiraciones se descubren a tiempo, los hechiceros y los intelectuales sospechosos son empalados, el Rey se muestra majestuoso y sereno como siempre, y Don Reba infinitamente listo y siempre alerta. «Parece mentira las cosas que inventan. ¡Dicen que el mundo es redondo! Por mí, como si quieren que sea cuadrado. Pero por favor, que no vayan por ahí turbando los ánimos.» «¡La lectura, la lectura es la que tiene culpa de todo esto, amigos! La felicidad, dicen, no está en el dinero; los plebeyos son tan seres humanos como los nobles; y así cada vez más, hasta que llegan a los panfletos y luego a las revueltas...» «¡Hay que empalarlos a todos, amigos! ¿Sabéis lo que haría yo? Yo preguntaría sin rodeos: ¿Sabes leer? ¿Sí? ¡Pues al palo! ¿Haces versos? ¡Al palo! ¿Sabes la tabla? ¡Al palo, sabes demasiado!» «¡Hey, tú, gordinflona, trae tres jarras y una ración de conejo asado!». Mientras, por la empedrada calle se oye el resonar de las botas claveteadas de los muchachos de las camisas grises, con el rostro encendido y las pesadas hachas al hombro. «¡Amigos, ahí van nuestros defensores! ¿Van ellos a consentir que pase algo? ¡Nunca en su vida! ¡Miren al mío allá, en el flanco derecho! Ayer le di la última paliza. ¡Sí, amigos míos, se acabaron los tiempos agitados! ¡Vivan las Milicias Grises! ¡Viva la seguridad del trono, el bienestar, la tranquilidad inalterable y la justicia! ¡Viva Don Reba! ¡Viva el Rey, nuestro Señor! ¡Ah, qué vida tan magnífica!»

Y mientras, por las negras llanuras del reino de Arkanar iluminadas por las llamas de los incendios, por caminos y veredas, comidos por los mosquitos, con los pies ensangrentados, sudorosos y cubiertos de polvo, extenuados, atemorizados, desesperados, pero aferrados a su único ideal, huyen, caminan, se arrastran, burlando los puestos de vigilancia, centenares de infelices declarados fuera de la ley por saber y querer enseñar y curar a su pueblo, agotado por las enfermedades y sumido en la ignorancia; por saber hacer de piedras y barro, como si fueran dioses, una nueva naturaleza que pueda adornar la vida de un pueblo que no sabe lo que es la belleza; por querer descubrir los secretos de la naturaleza para ponerlos al servicio de su pueblo, torpe y atemorizado por antiguas historias demoníacas. Son gente indefensa, generosa, poco práctica quizá, cuyo único delito ha sido adelantarse mucho a su época.

-¡Adelante, viejo penco! -le gritó en ruso al caballo-. ¡Parece que estés muerto!

Cuando llegó al bosque era ya medianoche.

Nadie podía decir exactamente de dónde le venía su nombre al Bosque Hiposo. No obstante, existía una tradición oficial según la cual, hacía trescientos años, los ejércitos del mariscal imperial Totz, luego proclamado primer Rey de Arkanar, cuando se abrían paso a través de la saiva

persiguiendo a las hordas de bárbaros bronceados, preparaban en aquel bosque, durante sus acampadas, una bebida hecha con la corteza de los árboles blancos que producía un hipo irrefrenable. Esa misma tradición aseguraba que el mariscal Totz, una mañana que estaba pasando revista al campamento, frunció su aristocrática nariz y exclamó: «¡Esto es insoportable! ¡Todo el bosque hipa y apesta a ese condenado brebaje!». Al parecer, de ahí vino el origen de su extraño nombre.

Sea como fuere, aquel no era un bosque ordinario. En él crecían árboles enormes, de troncos duros y blancos, como no había otros ni en el Imperio ni en el ducado de Irukán, ni mucho menos en la República Mercantil de Soán, que desde hacía tiempo había empleado todos sus bosques en construir barcos. Se decía que había bosques como aquel más allá de la Cordillera Roja del Norte, en el país de los bárbaros; pero se decían tantas cosas de aquel ignoto país...

El bosque era atravesado por una carretera abierta dos siglos atrás. Aquella carretera conducía a unas minas de plata que, por derecho feudal, eran propiedad de los barones de Pampa, descendientes de uno de los compañeros del mariscal Totz. El derecho feudal de los barones de Pampa le costaba a los reyes de Arkanar doce arrobas de plata pura anuales, por lo que cada nuevo Rey, apenas era coronado, reunía un ejército y lo lanzaba contra el castillo de Bau, nido de los barones. Pero los muros del castillo eran sólidos y los barones audaces, y cada campaña costaba más de treinta arrobas de plata. Por esta razón, cuando el ejército regresaba derrotado, los reyes de Arkanar se veían obligados a ratificar el derecho feudal de los Pampa, y a concederles además otros privilegios como por ejemplo hurgarse las narices en presencia del rey, cazar al oeste de Arkanar o llamar a los príncipes por sus nombres, sin mencionar títulos ni dignidades.

El Bosque Hiposo estaba lleno de misterios. Durante el día pasaban por la carretera los convoyes de mineral enriquecido, pero por la noche estaba desierta, ya que eran pocos los valientes que se decidían a andar por ella a la luz de las estrellas. Corrían rumores de que, por las noches, desde el Árbol Padre, graznaba el pájaro Síu, que nadie había visto ni podía ver, pues no era un ave ordinaria. También se hablaba de unas arañas peludas que saltaban desde las ramas de los árboles a los cuellos de las caballerías y en un instante les roían los tendones y se ahogaban en su sangre. Se decía que por el bosque andaba una enorme bestia arcaica llamada Pej, que tenía el cuerpo cubierto de escamas, se reproducía una vez cada doce años, y arrastraba tras de sí doce colas que rezumaban veneno. Y algunos habían visto en pleno día cómo el jabalí pelado cruzaba gruñendo la carretera. Este jabalí había sido maldito por San Miki y era un animal muy fiero, invulnerable al hierro, pero que podía ser herido con armas de hueso.

Allí se podía topar uno con un esclavo prófugo marcado entre los omoplatos, tan callado e impecable como las arañas peludas, y con un hechicero retorcido que recogía misteriosos hongos para hacer infusiones mágicas, con las cuales las personas se podían volver invisibles, transformarse en ciertos animales o adquirir una segunda sombra. De noche deambulaban por la carretera los hombres del terrible Vaga Kolesó, y los fugitivos de las minas de plata, que tenían las palmas de las manos negras y las caras transparentes. Los curanderos se reunían allí para pasar sus veladas, y los cazadores furtivos del barón de Pampa asaban en los pocos claros que tenía el bosque los bueyes robados, ensartados enteros en el asador.

En lo más intrincado del bosque, a más de un kilómetro de la carretera, había un árbol gigantesco reseco por los años. Bajo sus ramas, y rodeada por una renegrida empalizada, se hallaba una retorcida isba, hecha de gruesos troncos redondos. Aquella isba se hallaba allí desde tiempos inmemoriales. Su puerta no se abría nunca, y junto al cobertizo había unos ídolos tallados en troncos de árboles. Aquella casa era el sitio más temible de todo el Bosque Hiposo. Se decía que aquel era precisamente el sitio donde iba cada doce años la arcaica bestia Pej a dar a luz a sus crías, tras lo cual se arrastraba debajo de la casa y moría, de tal modo que los sótanos de la isba estaban repletos de veneno negro. Cuando aquel veneno rebosase fuera, sería el fin. También se hablaba de que en las noches de tormenta los ídolos se arrancaban a sí mismos de la tierra e iban hasta la carretera para hacer señas, y que de tarde en tarde se encendían luces ultraterrenas en las muertas ventanas de la isba, se oían ruidos, y por la chimenea surgía un humo que ascendía directamente hacia el mismísimo cielo.

No hacía mucho, al tonto Irma Higa, de la aldea Bienabierta (que la gente conoce con el nombre de Gañades), se le ocurrió por pura estupidez acercarse una noche a la citada isba y mirar por una ventana. Cuando regresó a su casa estaba idiota perdido, pero después de serenarse un poco contó que en la isba ardía una luz muy clara, y que junto a una mesa ordinaria estaba sentado con los pies sobre un banco un hombre que bebía directamente de un barrilito sujetándolo con una sola mano. Aquel individuo tenía la cara llena de manchas y bolsas que le colgaban hasta casi la cintura. Sin duda era el mismísimo San Miki antes de convertirse a la fe, cuando, como es bien sabido, era polígamo, borracho y blasfemo. Para mirarlo había que dominar el miedo. Por la ventana salía un olor dulzón que angustiaba, y por los árboles de alrededor de la isba danzaban sombras. De todo el distrito vino gente a escuchar lo que contaba el tonto, hasta que por fin un día vinieron los milicianos, le retorcieron los brazos hasta ponerle los codos junto a los omoplatos, y se lo llevaron consigo a Arkanar. A pesar de esto no se dejó de hablar de la isba, que desde entonces comenzó a ser llamada la Guarida del Borracho.

Rumata, tras abrirse paso a través de las matas de helechos gigantes, desmontó junto al cobertizo de la Guarida del Borracho y ató las bridas a uno de los ídolos. En la casa había luz, y la entreabierta puerta pendía de un solo gozne. El padre Kabani estaba sentado ante la mesa, completamente postrado. La habitación apestaba a alcohol y en la mesa, entre huesos roídos y trozos de nabo cocidos, se destacaba una enorme jarra de arcilla.

-Buenas noches, padre Kabani -dijo Rumata, cruzando el umbral.

-Bienvenido -respondió el padre Kabani con voz ronca, que parecía salir de lo más profundo de un cuerno de caza.

Rumata se acercó a la mesa haciendo sonar las espuelas, tiró los guantes sobre el banco y volvió a mirar al padre Kabani. Este seguía sentado sin moverse, con el rostro apoyado en las manos. Sus peludas cejas entrecanas colgaban sobre sus carrillos lo mismo que la hierba seca sobre un acantilado. Cada vez que respiraba, las ventanas de su abultada nariz daban salida a un aire saturado de alcohol no asimilado.

-¡Yo lo inventé, yo! -dijo de pronto, haciendo esfuerzos por levantar la ceja derecha y mirando a Rumata con un ojo nublado-. ¡Yo mismo! ¿Y para qué? -Extrajo la mano derecha de debajo de su mejilla y agitó un peludo índice-. Y, a pesar de todo, no tengo la culpa... Yo lo inventé... pero no tengo la culpa... ¿Eh? De acuerdo, de acuerdo, he fallado, así que no inventemos nada más, que nadie tenga nuevas ideas y... ¡Oh, al diablo con todo...!

Rumata se desabrochó el cinto y se soltó la espada.

-Adelante, adelante -dijo.

-¡La caja! -vociferó el padre Kabani, y después hizo una larga pausa mientras movía de una manera extraña los carrillos.

Rumata, sin quitarle ojo de encima, pasó sobre el banco un pie con la bota de montar llena de polvo y se sentó, poniendo la espada a su lado.

-La caja... -repitió el padre Kabani con voz abatida-. Decimos que inventamos cosas. Pero en realidad todo está inventado desde hace muchísimo tiempo. Alguien lo inventó todo hace una enormidad de años, lo metió en una caja, le hizo un agujero en la tapa y se fue... Se fue a dormir... ¿Y qué ocurrió entonces? Llega el padre Kabani, cierra los ojos, mete una mano por el agujero -mientras decía esto, el padre Kabani contempló su mano- y... ¡zas!, ¡lo inventé! Yo inventé esto, dice, y el que no lo crea es un imbécil... Meto la mano una vez, ¿y que sale? Un alambre espinoso. ¿Para qué? Para que los lobos no entren en los rediles. Vuelvo a meter la mano... ¡dos! ¿Y qué? Una cosa muy ingeniosa, un instrumento para picar la carne. ¿Para qué? Para hacer picadillo fino y que la carne sea tierna. ¡Bravo! Meto otra vez la mano... ¡tres! Agua ardiente. ¿Para qué? Para que prenda la leña húmeda. ¡Ah!

El padre Kabani calló y empezó a inclinarse hacia adelante, como si alguien tirara de él sujetándolo por el pescuezo.

Rumata cogió la jarra, olió su contenido y se echó varias gotas en el dorso de la mano. Las gotas tenían un color lila y olían a fuel. Sacó su pañuelo y se limpió bien la mano. En el pañuelo quedaron

unas manchas de grasa. La despeinada cabeza del padre Kabani tropezó con la mesa y volvió a levantarse al instante.

-El que puso todo eso en la caja sabía para qué servía... ¿Alambre espinoso para los lobos? Eso es lo que yo creía, imbécil. Pero era para cercar las minas y evitar que se fugaran de ellas los reos del Estado. ¡Yo no quiero eso! ¡Yo también soy reo del Estado! ¿Acaso me preguntaron a mí? ¡Sí, me preguntaron! ¿Eso que es, alambre espinoso? Alambre espinoso. ¿Para los lobos? Para los lobos. ¡Muy bien, bravo! Cercaremos con él las minas. Y Don Reba las cercó personalmente. Y también se quedó con mi picadora de carne. ¡Bravo, tienes ingenio!

Y ahora, en la Torre de la Alegría, hace con ella picadillo fino. Dice que da buen resultado...

Lo sé, pensó Rumata. Lo sé todo. Sé cómo gritaste en el despacho de Don Reba, cómo te arrastraste a sus pies pidiéndole: «¡Dádmela, no la emplee!» Pero ya era tarde. Tu picadora se puso en marcha.

El padre Kabani cogió la jarra y pegó a ella su bocaza. Mientras tragaba aquella mezcla tóxica, rugía como el jabalí. Luego dejó de nuevo la jarra sobre la mesa y empezó a masticar un pedazo de nabo. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

-¡El agua ardiente! -exclamó por fin, con voz entrecortada-. Para encender hogueras y hacer divertidos trucos. Pero, ¿qué le ocurriría al agua ardiente si se pudiera beber? Mezclada con la cerveza, no tendría precio... Por eso no se la doy a nadie. Me la beberé yo mismo. Y me la bebo. Bebo durante todo el día, y también durante toda la noche. Estoy abotagado. Me caigo a cada momento. Hace poco me miré al espejo y no lo creeréis, Don Rumata, pero me asusté. Me miro. ¡Dios mío!, ¿ese es el padre Kabani? Parece más bien un pulpo con manchas de colores. ¡Vaya con lo que inventé! Realmente pueden hacerse verdaderos trucos...

El padre Kabani escupió inconscientemente sobre la mesa y frotó con el pie bajo ella. Luego preguntó de pronto:

-¿Qué día es hoy?

-La víspera de la fiesta del Justo Koté -dijo Rumata.

-¿Y por qué no hace sol?

-Porque es de noche.

-Otra vez de noche -murmuró melancólicamente el padre Kabani, y cayó de bruces sobre la mesa.

Rumata permaneció un tiempo silbando entre dientes y mirando a Kabani. Luego se levantó de la mesa y fue hacia la despensa. Allí, entre un montón de nabos y otro de serrín, brillaban los tubos de vidrio del gran alambique del padre Kabani, admirable creación de un ingenio natural, químico por instinto y maestro en el arte de soplar el vidrio. Rumata dio dos vueltas en torno a aquella «máquina infernal», buscó en la oscuridad una barra, y empezó a golpear el aparato al azar. Se oyó ruido de vidrios rotos, de líquidos derramándose y de metales en vibración. Un repugnante olor a orujo agrio invadió la estancia.

Rumata, haciendo crujir con sus tacones los vidrios rotos, se abrió paso hasta el rincón más apartado y encendió una linterna eléctrica. Allí, debajo de un montón de cosas inservibles y dentro de una sólida caja fuerte de silicitona, se hallaba un sintetizador portátil *Midas*. Apartó lo que le estorbaba, marcó en el disco la combinación de cifras y abrió la tapa de la caja fuerte. El sintetizador parecía algo extraño en medio de todos aquellos objetos, incluso a la blanca luz de la linterna eléctrica. Rumata echó en el embudo receptor varias paletadas de serrín y el sintetizador empezó a funcionar casi en silencio, encendiendo automáticamente las luces de un tablero indicador. Con la puntera de su bota acercó luego un mohoso cubo a la ranura de salida, y en el acto comenzaron a caer en su abollado fondo monedas de oro con el aristocrático perfil de Pisa VI, Rey de Arkanar.

Rumata trasladó al padre Kabani a un camastro de crujientes tablas, le quitó las botas, lo giró del lado derecho y lo tapó con una raída manta. El padre Kabani se despertó, pero no pudo moverse ni razonar. Se limitó a canturrear varios versos de un romance profano que estaba prohibido y que empezaba así:

-Roja florecilla soy, en tu pequeña mano... -y luego volvió a roncar sonoramente.

Entonces Rumata limpió la mesa, barrió el suelo y lavó los cristales de la única ventana, que estaban ya negros por la suciedad y los experimentos químicos que el padre Kabani realizaba en su antepecho. Tras la estufa encontró un barril con alcohol, y lo vació echándolo por un agujero que habían hecho las ratas. Después le dio de beber al potro jamajareño, le echó un pienso de cebada, se lavó, y se sentó a esperar, mirando cómo ardía la lámpara de aceite. Llevaba seis años arrastrando aquella extraña vida, aquella doble vida, y podía decir que ya se había acostumbrado a ella. Pero de vez en cuando, como ahora por ejemplo, pensaba que todas aquellas atrocidades organizadas y aquella aguzada incultura no eran reales, sino fingidas, y que todo pertenecía a una extraña representación teatral cuyo papel principal lo desempeñaba él, Rumata. Le parecía que de un momento a otro, tras una réplica afortunada suya, iban a comenzar los aplausos, y que los expertos del Instituto de Historia Experimental le gritarían entusiásticamente desde sus palcos: «¡Muy bien, Antón! ¡Genial! ¡Bravo, Toshka!». Rumata llegó incluso a mirar a su alrededor, pero no vio una sala llena de público sino tan solo una humilde habitación de toscas paredes de troncos ennegrecidos por el hollín.

En aquel momento el caballo relinchó y coceó, y se oyó un ruido bajo, acompasado y continuo, tan familiar para él que se le saltaron las lágrimas, pero increíble en aquel país. Rumata lo escuchó con la boca abierta. El ruido cesó al fin, la llama de la lámpara vaciló, y la luz se avivó. Se abrió la puerta y, procedente de la oscura noche, irrumpió en la estancia Don Kondor, Juez General, Custodio de los Grandes Sellos del Estado de la República Mercantil de Soán, Vicepresidente de la Conferencia de los Doce Negociantes y caballero de la Orden Imperial de la Mano Santa.

Rumata se puso en pie con tanta energía que casi volcó el banco. Hubiera querido alzarse y abrazar y besar en ambas mejillas al recién llegado, pero sus piernas, de acuerdo con la etiqueta, se flexionaron instintivamente, sus espuelas chocaron con solemnidad, su mano derecha describió un amplio semicírculo partiendo del corazón, y su cabeza se inclinó en una reverencia hasta hundir la barbilla en los encajes de su pechera. Don Kondor se quitó su birrete de terciopelo adornado con una pluma de viaje, lo sacudió hacia Rumata como si quisiera ahuyentar los mosquitos, y lo tiró sobre el banco. Luego se desabrochó los cierres de la capa. La prenda resbalaba aún por su espalda cuando ya se había sentado en el banco con las piernas abiertas, la mano izquierda apoyada en el costado y la derecha en la dorada empuñadura de su espada, cuya punta se hundía en la carcomida tablazón del suelo. Don Kondor era un hombre pequeño, delgado, en cuyo rostro estrecho y pálido destacaban unos grandes ojos. Sus cabellos eran negros y los llevaba sujetos, al igual que Rumata, con una robusta diadema de oro adornada en su parte frontal con una gran piedra verde.

-¿Estáis solo, Don Rumata? -preguntó con voz entrecortada.

-Sí, noble Don -dijo Rumata, deprimido.

El padre Kabani gruñó en aquel momento, con voz alta y clara:

-¡Noble Don Reba, sois una hiena! ¡Eso es lo que sois!

Don Kondor ni se giró a mirarlo.

-He venido volando -dijo-. Acabo de aterrizar.

-Supongo que no os habrán visto -dijo Rumata.

-Una leyenda más o menos, ¿qué importa? -dijo Don Kondor irritado-. No tengo tiempo para viajar a caballo. ¿Qué ha ocurrido con Budaj? ¿Dónde se ha metido? ¡Pero sentaos, Don Rumata!

Rumata se dejó caer sumisamente en el banco.

-Budaj ha desaparecido -dijo-. Lo esperé en el Soto de las Espadas. Pero en lugar suyo se presentó un tuerto desharrapado que contestó al santo y seña y me entregó un saco lleno de libros. Esperé dos días más, y luego me puse en contacto con Don Gug, que me dijo que había acompañado a Budaj hasta la misma frontera y que este siguió su camino acompañado por un noble Don digno de confianza, ya que lo perdió todo jugando a las cartas y tuvo que venderse a Don Gug en cuerpo y alma. Por consiguiente, Budaj ha desaparecido aquí, en Arkanar. Eso es todo lo que sé.

-Que no es mucho -dijo Don Kondor.

-No obstante, creo que lo principal no es Budaj -protestó Rumata-. Si está vivo, lo encontraré y lo sacaré de donde sea. Sé hacer esas cosas. Pero quisiera hablar con vos de otro asunto. Quisiera

advertiros una vez más que la situación que se está produciendo en Arkanar rebasa los límites de la teoría básica... -en el rostro de Don Kondor se dibujó una mueca de desagrado-. Oh, no, tenéis que escucharme ahora -dijo Rumata firmemente-, porque he llegado a la conclusión de que por radio no conseguiré jamás explicároslo. ¡En Arkanar todo ha sufrido un profundo cambio! Ha surgido un nuevo factor que influye sistemáticamente. Esto se refleja en el hecho de que Don Reba incita conscientemente a toda la gente inculta del reino contra los intelectuales. Es más; todo aquel que sobrepasa un poco el nivel cultural medio del vulgo se ve amenazado. ¿Me oís, Don Kondor? Esto no es sentimentalismo: es un hecho. Si uno es inteligente, culto, tiene sus dudas, habla en forma ordinaria o simplemente no bebe vino, puede considerarse amenazado. Cualquier tendero tiene derecho a acosarlo hasta la muerte. Centenares, millares de personas han sido declaradas fuera de la ley. Los milicianos les dan caza y los cuelgan a lo largo de las carreteras, desnudos y boca abajo. Ayer mismo, en mi calle, patearon a un anciano por ser culto. Lo estuvieron golpeando, me han dicho, por más de dos horas. Y quienes lo hacían eran gente bestial, de rostros feroces, que se ensañaban hasta quedar empapados en sudor. -Rumata hizo una pausa y finalizó, más calmado-: En una palabra, dentro de poco no habrá en Arkanar ni una sola persona que sepa leer. Pasará lo mismo que en la Región de la Orden Sacra después de la matanza de Barkán.

Don Kondor lo miró fijamente y apretó los labios.

-No me gusta como piensas, Antón -dijo en ruso.

-A mí tampoco me gustan muchas cosas. Alexandr Vasílievich -respondió Rumata-. No me gusta que nos hayamos atado de pies y manos en el propio planteamiento del problema, con eso de la influencia sin efusión de sangre. Porque en mis condiciones esto no es más que inacción justificada científicamente. ¡Sé perfectamente lo que me vas a responder! Yo también conozco la teoría. Pero aquí no hay nada teórico. Aquí estamos presenciando una práctica típicamente feudal. ¡Esas bestias matan personas a cada momento! Aquí todo es inútil. Por una parte, nuestros conocimientos son insuficientes, y por otra, el oro pierde valor ya que llega demasiado tarde.

-Antón -dijo Don Kondor-, no te precipites. Yo también creo que la situación en Arkanar es realmente extraordinaria. Pero también estoy convencido de que tú tampoco has preparado aún una proposición constructiva.

-En efecto -asintió Rumata-. Aún no tengo preparada ninguna proposición constructiva. Pero me es muy difícil dominarme.

-Antón -dijo Don Kondor-, somos en total doscientos cincuenta los que nos hallamos en este planeta. Todos se dominan, aunque a todos les sea muy difícil. Los más veteranos hace veintidós años que están aquí. Vinieron desde la Tierra como simples observadores. Se les prohibió terminantemente inmiscuirse en nada. Imagina por un momento lo que representa esto: ¡prohibido terminantemente! Ellos no hubieran podido ni salvar a Budaj, aunque hubieran visto que lo estaban pateando ante sus propios ojos.

-No necesito que se me hable como a un niño -dijo Rumata.

-Es que a veces sois tan impaciente como los niños -exclamó Don Kondor-. Y hay que tener mucha paciencia.

Rumata sonrió amargamente.

-Y mientras nosotros esperamos, probamos y nos preparamos -dijo-, esas bestias seguirán matando personas cada día.

-Antón -dijo Don Kondor-, en el universo hay millares de planetas a los cuales aún no hemos llegado, y en los que la historia sigue su curso normal.

-¡Pero aquí sí hemos llegado!

-Sí, aquí sí hemos llegado. Pero no para satisfacer nuestra justa cólera, sino para ayudar a esta humanidad. Si te sientes débil, márchate. Vuelve a casa. A fin de cuentas, no eres ningún niño: sabías perfectamente lo que ibas a encontrar aquí.

Rumata no respondió. Don Kondor, algo ablandado y como si hubiera envejecido, arrastrando la espada como si fuera un palo, se paseó por la habitación, moviendo tristemente la cabeza.

-Me hago cargo de lo que sientes -dijo por fin-. Yo también he sufrido lo mismo. Hubo un tiempo en que esta sensación de impotencia y de propia ruindad me parecían lo más terrible del

universo. Algunos, más débiles, llegaban a perder la razón y tenían que ser evacuados a la Tierra para ser curados. Yo necesité quince años para comprender qué es en realidad lo más horroroso. Finalmente llegué a la conclusión de que lo más terrible es perder la condición de ser humano. Antón, aquí somos dioses, y tenemos que ser más inteligentes que esos dioses de leyenda que las gentes de aquí se forjan de cualquier manera, a su imagen y semejanza. Y avanzamos como por el borde de un cenagal. Si damos un paso en falso, nos hundiremos en el fango y nunca más en la vida podremos limpiarnos de él. Horán el Irukano escribió en su *Historia del Santo Advenimiento*: «Cuando Dios bajó de los cielos y se presentó al pueblo saliendo del pantano de Pitan, tenía los pies sucios.»

-Y por eso quemaron a Horán -dijo Rumata tristemente.

-Sí, lo quemaron. Pero dijo eso refiriéndose a nosotros. Yo llevo aquí quince años. Hasta he dejado de soñar en la Tierra. En una ocasión, cuando revolvía unos papeles, encontré la fotografía de una mujer y tardé mucho en recordar quién era. Hay veces que pienso horrorizado que he dejado de ser un miembro del Instituto para convertirme en un ejemplar de su museo, es decir, el Juez General de una república feudal mercantil, y que en este museo ya hay una sala reservada para mí. Eso es lo realmente terrible: el tener que identificarse con este papel. Dentro de cada uno de nosotros, el noble Don lucha con el revolucionario. Y todo lo que hay a nuestro alrededor ayuda al noble Don, mientras que el revolucionario está solo, porque hasta la Tierra hay muchos años y muchos parsecs. -Don Kondor hizo una pausa-. Así son las cosas, Antón -dijo después con voz más enérgica-. Debemos seguir siendo revolucionarios.

No me comprende, pensó Antón-Rumata. ¿Cómo me va a comprender? El ha tenido suerte, no sabe lo que es el Terror Gris ni quién es Don Reba. Todos los acontecimientos de que ha sido testigo durante los quince años que lleva trabajando en este planeta se ajustan más o menos a la teoría básica. Por eso, cuando yo le hablo de fascismo, de las Milicias Grises y de activación de la pequeña burguesía, a él le parece que todo esto son manifestaciones sentimentales. ¡No juegues con la terminología, Antón! Las confusiones terminológicas traen consecuencias peligrosas. No puede comprender que el nivel normal del salvajismo medieval corresponde al pasado feliz de Arkanar. A él le parece que Don Reba es algo así como el Cardenal Richelieu, es decir, un político inteligente y previsor que defiende el absolutismo frente a los desafueros de los nobles feudales. Yo soy el único en este planeta que veo la sombra horripilante que se está extendiendo por este país, aunque todavía no llegue a comprender de quién es esta sombra y lo que significa... Además, ¿cómo puedo convencerle si veo en sus ojos que casi está dispuesto a mandarme a la Tierra para someterme a una cura?

-¿Cómo sigue nuestro estimado Sinda? -preguntó.

Don Kondor dejó de taladrarle con la mirada y gruñó:

-Está bien, gracias. -Luego, tras una pausa, dijo-: Tenemos que convencernos de una vez por todas de que ni tú, ni yo, ni ninguno de nosotros, veremos el fruto real y tangible de nuestro trabajo. Nosotros no somos físicos, sino sociólogos. Para nosotros la unidad de tiempo no es el segundo, sino el siglo, y nuestra obra no es ni siquiera sembrar, sino tan solo preparar el suelo para la siembra. A veces llegan de la Tierra algunos... entusiastas, que el diablo se los lleve, sprinters con escasa capacidad pulmonar...

Rumata sonrió de mala gana y se tironeó innecesariamente de las botas. Sprinters, pensó. Sí, ha habido sprinters.

Hacía diez años, Stefan Orlovski, llamado aquí Don Kapata, comandante de una compañía de ballesteros de Su Majestad Imperial, durante los tormentos públicos de dieciocho brujas estorianas, ordenó a sus soldados disparar contra los verdugos, mató a sablazos al Juez Imperial y a dos ujieres, y por fin se vio ensartado por las picas de la guardia de palacio. Mientras se retorcía agonizante no dejaba de gritar: «¡Sois personas! ¡Acabad con ellos!». Pero nadie podía oír su voz, ahogada por el rugido de una multitud que gritaba: «¡Fuego! ¡Más fuego!»

Casi en la misma época, en el otro hemisferio, Cari Rosemblum, uno de los especialistas más competentes en las guerras campesinas de Alemania y Francia, conocido allí como Pani-Pa, negociante en lanas, sublevó a los campesinos murisanos, tomó por asalto dos ciudades y fue

asesinado de un flechazo por la espalda cuando intentaba poner coto a los saqueos. Todavía estaba vivo cuando acudió el helicóptero de salvamento, pero ya no podía hablar. Lo único que hizo fue mirar a sus salvadores con una expresión culpable en sus grandes y perplejos ojos azules anegados en lágrimas.

Y poco antes de la llegada de Rumata, el amigo y confidente del tirano de Kaisan (el especialista en historia de las reformas agrarias Jerome Tafnat, perfectamente camuflado), promovió sin más un motín palaciego, usurpó el poder, y durante dos meses intentó instaurar el Siglo de Oro, sin dignarse responder a las interpelaciones que le hacían sus compañeros desde la Tierra, adquirió fama de loco, y después de salir ileso de ocho atentados fue felizmente secuestrado por el comando de emergencia del Instituto y trasladado en un submarino a la base insular que tenían en el Polo Sur.

-Y en la Tierra -murmuró Rumata- creen aún que los problemas más difíciles de resolver son los que plantea la Física del Cero...

Don Kondor levantó la cabeza.

-Oh, por fin -susurró.

El potro jamajareño pateó y relinchó estridentemente, y se oyó una enérgica maldición pronunciada con marcado acento irukano. Se abrió la puerta y apareció don Gug, chambelán mayor de su excelencia el Serenísimo Duque de Irukán, grueso, colorado, con el bigote arrogantemente atusado hacia arriba, una sonrisa de oreja a oreja y unos ojos pequeños y alegres que brillaban bajo los bucles de una peluca color castaño. Rumata sintió el impulso de levantarse de un salto y abrazar al recién llegado, que no era otro que Pashka, su amigo de la infancia; pero don Gug asumió bruscamente una actitud formal, hizo una adusta mueca cortesana y una ligera reverencia, apretando su sombrero contra el pecho, y distendió los labios en una sonrisa de circunstancias. Rumata miró furtivamente a Alexandr Vasílievich. Pero este se había convertido de nuevo en el Juez General y Custodio de los Grandes sellos, y estaba sentado con las piernas abiertas, la mano izquierda apoyada al costado y la derecha en la dorada empuñadura de su espada.

-Habéis llegado tarde, Don Gug -dijo en tono desagradable.

-Mil perdones, señor -medio gritó Don Gug, al tiempo que se aproximaba a la mesa-. Juro por el raquitismo de mi duque que el retraso ha sido debido a circunstancias imprevistas. Las patrullas de Su Majestad el Rey de Arkanar me han detenido cuatro veces, y he tenido que batirme otras dos con unos desvergonzados -mientras decía esto, levantó con elegancia su brazo izquierdo y mostró la ensangrentada venda que lo cubría-. Y a propósito, nobles Dones, ¿de quién es ese helicóptero que hay tras la casa?

-Mío -contestó desabridamente Don Kondor-. No dispongo de tiempo para irme batiendo por las carreteras.

Don Gug sonrió amistosamente y se sentó a horcajadas en el banco.

-Nobles Dones -dijo-, hemos de constatar que el sapientísimo doctor Budaj ha desaparecido misteriosamente entre la frontera irukana y el Soto de las Espadas.

El padre Kabani se agitó en su camastro, se dio media vuelta y murmuró con voz espesa, sin despertarse:

-Don Reba...

-Dejad que me encargue yo de Budaj -dijo Rumata violentamente-, e intentad al menos comprenderme...

II

Rumata se despertó sobresaltado. Ya era de día. Se oía el rumor de un altercado abajo, en la calle. Alguien, que parecía un militar, gritaba:

-¡Ca... nalla! ¡Mira lo que has hecho! ¡Vas a limpiarme esa porquería con... la lengua! -Estos son los buenos días, pensó Rumata-. ¡Y cállate! ¡Juro por la joroba de San Miki que me estás exasperando!

Otra voz, áspera y ronca, refunfuñaba que, al pasar por aquella calle, uno tenía que mirar donde ponía los pies. Al amanecer había llovido un poco y, como la calle se había empedrado váyase a saber cuando...

-Así que debo mirar al suelo, ¿eh? Te atreves a decirme lo que tengo que hacer, ¿eh?

-Haríais mejor soltándome, noble Don, y dejar de tirar de mi camisa.

-Otra vez ordenándome lo que debo hacer, ¿eh?

Se oyó el chasquido de una bofetada. Seguramente debía ser la segunda: la primera era la que había despertado a Rumata.

-No me peguéis, noble Don... -refunfuñó el otro, abajo.

Me parece que conozco esa voz, se dijo Don Rumata. Juraría que es la de Don Tameo. Hoy tengo que perder a las cartas con él, para que se lleve ese penco jamajareño. ¿Cuándo aprenderé a elegir caballos? Claro que nosotros, los Rumata de Estoria, nunca hemos sido expertos en caballos. Nuestra especialidad son los camellos de combate. ¡Menos mal que en Arkanar casi no hay camellos!

Rumata se estiró hasta que le crujieron los huesos, buscó en la cabecera de la cama un cordón de seda trenzado y tiró varias veces de él. Al otro lado de la casa sonaron unos campanillazos. El chico estará presenciando el espectáculo, pensó. Me podría levantar y vestirme por mí mismo, pero eso daría lugar a más rumores. Volvió a prestar atención a las blasfemias que le llegaban desde la calle. ¡Vaya lengua! Tiene una entropía extraordinaria. Es de esperar que Don Tameo no lo mate. Últimamente, entre la gente de la guardia, hay muchos que se jactan de poseer una espada para los lances de honor y otra para las persecuciones callejeras... esas que gracias a Don Reba se han multiplicado tanto últimamente en Arkanar. Pero Don Tameo no era de esos. Era más bien cobarde, y un incorregible político de sobremesa.

Resultaba abominable tener que empezar el día con Don Tameo. Rumata se sentó en la cama y se abrazó las rodillas por debajo de la bordada colcha, tan espléndida como vieja. Uno se siente rodeado de tinieblas pesadas como el plomo, pensó; se entristece, y dan ganas de pensar en lo débiles e insignificantes que somos ante las circunstancias. En la Tierra no nos ocurría esto. En la Tierra éramos unos muchachos saludables, seguros de sí mismos, que habíamos pasado un período de acondicionamiento psicológico y estábamos dispuestos a todo. Poseíamos unos nervios magníficos que nos permitían presenciar un suplicio o una ejecución sin siquiera volver la cabeza. Sabíamos dominarnos de tal forma que podíamos permanecer imperturbables ante las efusiones del más abyecto de los cretinos. Habíamos olvidado hasta tal punto qué es la repugnancia que podíamos comer en platos lamidos por los perros y secados después con un delantal sucio. Éramos totalmente impersonales, no hablábamos en los idiomas de la Tierra ni en sueños. Estábamos provistos de un arma infalible, la teoría básica del feudalismo, elaborada en el silencio de los gabinetes y laboratorios, en las excavaciones y en discusiones profundas.

Pero Don Reba, por desgracia, no tiene la menor idea de lo que es esa teoría. Nuestra preparación psicológica desaparece lo mismo que el bronceado del sol en el invierno. Damos bandazos, y tenemos que reacondicionarnos constantemente: encaja los dientes y piensa que eres un dios camuflado, que no saben lo que se hacen, que casi ninguno de ellos es culpable de nada y que, por lo tanto, debes tener paciencia y ser tolerante. Y los manantiales de humanismo de nuestras almas, que en la Tierra parecían no tener fin, se agotan aquí con una rapidez aterradora. Nosotros, que en la Tierra éramos verdaderos humanistas, que sentíamos el humanismo como si fuera la piedra angular de nuestra propia naturaleza, que en nuestro respeto por el Hombre, en nuestro amor al Hombre, llegábamos hasta al antropocentrismo, nos damos cuenta aquí, con verdadero horror, que lo que amábamos no era al Hombre sino al habitante de la Tierra, a nuestro igual. Cada vez con más frecuencia nos sorprendemos a nosotros mismos pensando: ¿Acaso son realmente hombres? ¿Es posible que alguna vez, con el tiempo, lleguen a ser hombres? Y entonces recordamos a gentes como Kira, Budaj, Arata el Jorobado, o el magnífico barón de Pampa, y sentimos vergüenza... pero esto también es poco habitual, es desagradable, y lo que es peor, no nos sirve de nada...

Bueno, pensó Rumata, no pensemos más en ello. Sobre todo por la mañana. ¡Al infierno con Don Tameo! El alma se me ha ido colmando de amargura, y estoy tan solo que no sé dónde verterla.

Sí, solo. Éramos fuertes, poseíamos seguridad, pero ¿llegamos a pensar acaso en que aquí íbamos a encontrar esta soledad? Y nadie lo cree. Amigo Antón, ¿qué es lo que te ocurre? Al oeste, a tres horas de vuelo, tienes a Alexandr Vasílievich, un hombre bueno e inteligente, y al oeste está Pashka, tu compañero de escuela durante siete años, tu fiel y alegre amigo. Lo que ocurre es que estás amargado, Toshka. Es una lástima, por supuesto: te creíamos fuerte; pero ¿a quién no le ocurre? El trabajo es infernal, lo comprendemos. Regresa a la Tierra, descansa, ocúpate de la teoría y más tarde veremos...

Y hablando de ello, Alexandr Vasílievich es un dogmático cien por cien. Como la teoría básica no prevé a los Grises («Amigo mío, en los quince años que llevo aquí no he notado tales divergencias con la teoría»), eso quiere decir que las Hordas Grises son fruto de mi imaginación. Y eso quiere decir que mis nervios empiezan a flaquear, estoy sometido a una excesiva tensión, debo retirarme a descansar. «Bien, de acuerdo, prometo que iré personalmente a ver lo que ocurre y daré mi opinión. Pero mientras tanto, Don Rumata, os ruego que no cometáis ningún exceso». Y Pashka, mi amigo de la infancia, adoptó un tono erudito, de especialista, de pozo de sabiduría, y empezó a divagar sobre la historia de los dos planetas, y demostró fácilmente que el Movimiento Gris no era más que una simple y previsible forma de oposición de la burguesía contra los barones. «Sí, dentro de unos días te haré una visita, y veremos lo que ocurre. Estoy hondamente preocupado por la suerte de Budaj». Muchas gracias. Y no te preocupes: me ocuparé personalmente de Budaj, ya que al parecer no sirvo para otra cosa.

El muy erudito doctor Budaj, nativo de Irukán, era un gran médico al que el duque de Irukán estuvo a punto de concederle un título nobiliario, antes de cambiar de opinión y encerrarlo en una mazmorra. Budaj era el mejor toxicólogo del Imperio, el autor de un tratado famosísimo: *De las hierbas y algunas gramíneas que de forma misteriosa pueden producir aflicción, alegría o tranquilidad, así como de la saliva y los jugos de los reptiles, de las arañas y del jabalí pelado, que tienen las mismas y otras muchas propiedades.* Indudablemente, Budaj era un auténtico intelectual, un humanista convencido y una persona desinteresada. Todos sus bienes se reducían a un saco lleno de libros. ¿Quién podía necesitar del doctor Budaj en aquel país oscuro, ignorante y encallado en el sangriento tremedal de las conspiraciones y la codicia?

Supongamos que estás vivo y te encuentras en Arkanar. No podemos excluir el que te hayan apresado los salteadores bárbaros que bajan de las estribaciones de la Cordillera Roja del Norte. Por si fuera así, Don Kondor piensa ponerse en contacto con nuestro amigo Shushtu-letidovodus, especialista en la historia de las civilizaciones primitivas, que ahora trabaja seriamente como hechicero epiléptico con el cabecilla de estos bárbaros, que ostenta un nombre con cuarenta y cinco sílabas. Si realmente estás en Arkanar, en primer lugar puedes haber caído en manos de la gente de Vaga Kolesó, aunque no como presa principal, sino secundaria, ya que a ellos les interesará más tu ilustre acompañante. Pero sea como sea no te matarán: Vaga Kolesó es demasiado tacaño como para eso.

También puede haberte atrapado algún imbécil, sin una premeditada mala intención, simplemente por aburrimiento y por un hipertrofiado sentimiento de hospitalidad. Tuvo ganas de darse un banquete con algún ilustre vecino, envió a sus hombres a la carretera, y les hizo traer a su castillo a tu noble acompañante. En este caso tendrás que esperar encerrado en el pestilente cuarto de la servidumbre hasta que los señores se hayan emborrachado como cubas y se despidan amigablemente. Si es así, tampoco te amenaza ningún peligro.

Pero cerca de Putribarranco están embocados los restos del ejército campesino de Don Xi y Petri Vértebra, recientemente derrotados, pero que cuentan ahora con la secreta protección de nuestro águila Don Reba, que los mantiene en reserva para el caso de que surjan complicaciones con los barones, cosa que por otra parte es muy probable. Esos no tienen clemencia, y es preferible no pensar en ellos. Existe también Don Satarín, un aristócrata de sangre imperial, que con sus ciento dos años ha perdido ya por completo el juicio. Don Satarín tiene afrentas familiares que lavar con los duques de Irukán, por lo que de tiempo en tiempo entra en actividad y se dedica a atrapar a todo aquel que cruza la frontera irukana. Es un tipo muy peligroso ya que, influido por sus ataques de

colecistitis, es capaz de dar tales órdenes que sus hombres no consiguen evacuar los cadáveres que se amontonan en sus mazmorras.

Y finalmente está lo principal, no por ser lo más peligroso sino por ser lo más probable: las Milicias Grises de Don Reba, las secciones de asalto que vigilan las carreteras principales. Puede que hayas caído incidentalmente en sus manos, en cuyo caso hay que confiar en la sensatez y sangre fría de tu acompañante. Pero, ¿y si a Don Reba le interesases precisamente *tú*? Don Reba se interesa a veces por cosas tan insospechadas... Sus espías pueden haberle informado que ibas a pasar por Arkanar, y tal vez mandara a tu encuentro a un destacamento al mando de algún diligente oficial Gris, algún bastardo de noble de poca monta, y en este caso ahora estarás encerrado en un calabozo de los sótanos de la Torre de la Alegría.

Rumata volvió a tirar nerviosamente del cordón. La puerta de la alcoba se abrió rechinando horriblemente, y un muchacho delgado y taciturno entró en la estancia. Se llamaba Uno, y su suerte podría servir de tema para una balada. Hizo una reverencia en el mismo umbral y, chancleteando sus rotos zapatos, se acercó al lecho y puso sobre la mesilla una bandeja con cartas, una taza de café y un poco de corteza aromática para mascar, que fortalecía las encías al tiempo que limpiaba los dientes. Rumata lo miró disgustado.

-Dime, ¿cuándo vas a engrasar los goznes de la puerta?

El muchacho miró al suelo y no respondió. Rumata echó a un lado la colcha, sacó fuera de la cama los pies descalzos y, mientras alargaba una mano hacia la bandeja, preguntó:

-¿Te has lavado hoy?

El muchacho titubeó y, sin responder, empezó a recoger las prendas dispersas por la habitación.

-¿Acaso no me oyes? -insistió Rumata, que ya había abierto la primera carta-. Te pregunto si te has lavado hoy.

-El agua no limpia los pecados -murmuró el muchacho-. ¿Soy acaso noble para tener que lavarme cada día?

-¿Y qué te he dicho acerca de los microbios?

El muchacho puso cuidadosamente el calzón verde sobre el respaldo de un sillón e hizo un brusco movimiento con el pulgar para ahuyentar a los malos espíritus.

-Durante la noche he rezado tres veces -dijo-. ¿Qué más queréis?

-Eres tonto -dijo Rumata, y empezó a leer la carta.

La escribía Doña Okana, dama de honor y nueva favorita de Don Reba. Le pedía a Rumata, «consumida por la ternura», que fuera a verla aquella misma tarde. El post scriptum decía claramente lo que esperaba de él en aquella entrevista.

Don Rumata enrojeció, miró de reojo al muchacho y murmuró un lacónico:

-Era de esperar...

Le repugnaba ir, pero el no hacerlo sería una equivocación, ya que Doña Okana sabía muchas cosas. Se bebió el café de un sorbo y se metió en la boca la corteza de mascar.

El siguiente sobre era de papel fuerte, y el sello de lacre estaba dañado. Por lo visto la carta había sido abierta. Su remitente era Don Ripat, uno de sus agentes, arribista de pocos escrúpulos, teniente de las Milicias Grises. Se interesaba por la salud de Don Rumata, expresaba su seguridad en la victoria de la Gran Causa Gris, y pedía que le aplazase la deuda que tenía con él, ya que no podía pagar alegando circunstancias francamente absurdas.

-De acuerdo, de acuerdo... -refunfuñó Rumata, dejando la carta a un lado. Volvió a tomar el sobre y lo examinó atentamente. Sí, pensó, están aprendiendo a trabajar mejor. Mucho mejor.

La tercera carta era un reto a batirse a espada por celos, pero su autor estaba dispuesto a darse por satisfecho y a renunciar al duelo si Don Rumata, procediendo caballerosamente, aportaba las pruebas necesarias para demostrar que no tenía ni había tenido nunca ningún contacto con Doña Pifa. La carta estaba redactada sobre la base de un formulario. Su texto principal estaba escrito con fina letra caligráfica, y en él habían sido dejados en blancos los huecos correspondientes a fechas y nombres, que habían sido llenados más tarde con una letra desigual y con faltas de ortografía.

Rumata arrojó la carta a un lado y se rascó la mano izquierda, picada por los mosquitos.

-Bueno, vamos a lavarnos -dijo.

El muchacho desapareció por la puerta, y pronto se presentó de nuevo, andando de espaldas y arrastrando una tina de madera llena de agua. Luego volvió a salir y trajo otra tina vacía y un cazo.

Rumata saltó al suelo, se quitó la camisa de dormir, muy usada pero con unos magníficos bordados a mano, y desenvainó las espadas colgadas a la cabecera del lecho. El muchacho se protegió prudentemente tras uno de los sillones. Tras ejercitarse durante unos diez minutos en lanzar y parar golpes, Rumata dejó las espadas junto a la pared y se metió en la tina vacía.

-¡Echa agua! -ordenó.

No le gustaba lavarse sin jabón, pero ya se había acostumbrado a ello. El muchacho le fue echando agua, cazo tras cazo, por la espalda, cuello y cabeza, al tiempo que refunfuñaba:

-En todas las casas hacen las cosas como es debido, mientras que aquí todo son inventos. ¿Dónde se ha visto que la gente se lave en dos tinas? ¡Y ese absurdo puchero que hemos puesto en el retrete! Cada día una toalla limpia. Y, desnudo y sin haber rezado, dando saltos cada día con las espadas...

Mientras se frotaba vigorosamente con la toalla, Rumata dijo en tono sentencioso:

-Tienes que comprender que soy un miembro de la corte y no un piojoso barón cualquiera. Los cortesanos tenemos que ir limpios y perfumados.

-Como si Su Majestad no tuviera otra preocupación que oleros -rezongó el muchacho-. Todos sabemos que Su Majestad ora día y noche por nosotros, pobres pecadores. Y Don Reba aún más: él no se lava nunca. Lo sé seguro, me lo han dicho sus sirvientes.

-Anda, no murmures -dijo Rumata, poniéndose la camiseta.

El muchacho también veía mal aquella camiseta. Era motivo de comentarios entre los criados de Arkanar. Pero Rumata no podía hacerle nada, puesto que se la ponía por razones de pura aprensión humana. Cuando empezó a ponerse los calzoncillos el chico desvió la mirada e hizo con los labios un movimiento como si le escupiera al diablo.

No estaría mal introducir la moda de la ropa interior, pensaba Rumata. Naturalmente, se tendría que empezar con las mujeres, pero Rumata se caracterizaba por tener a ese respecto más escrúpulos que los permitidos a un explorador. Todo caballero veleidoso, conocedor de las costumbres de la corte y desterrado a provincias a causa de un duelo amoroso, debía de tener por lo menos una veintena de amantes. Rumata hacía heroicos esfuerzos por mantener esta fama. La mitad de sus agentes, en vez de ocuparse de cosas serias, se dedicaban a propagar rumores que despertaban envidias y admiración entre los jóvenes oficiales de la guardia de Arkanar. El, por su parte, visitaba asiduamente a decenas de damas... en cuyas casas permanecía recitando poesías hasta muy entrada la noche (hasta la hora de la tercera guardia, en la que se despedía de ellas con un fraternal beso en la mejilla y saltaba después por el balcón, para ir a caer en brazos del jefe de alguna patrulla nocturna, que naturalmente era un oficial amigo suyo). Esas damas se sentían ofendidas y defraudadas, pero su amor propio las obligaba a contarse las unas a las otras las deliciosas sutilezas del estilo cortesano del noble de la metrópoli. La vanidad de aquellas estúpidas y pervertidas mujeres era el único sostén de Rumata... y, no obstante, el problema de la ropa interior seguía sin resolver.

Con los pañuelos la cosa había resultado más fácil. En el primer baile al que asistió, Rumata sacó en un determinado momento de su bocamanga un precioso pañuelito de encaje y se limpió con él los labios. Al baile siguiente, todos los oficiales de la guardia se limpiaban el sudor con trozos de tela multicolores, llenos de bordados e iniciales. Y al cabo de un mes no eran pocos los que llevaban al brazo verdaderas sábanas, cuyas puntas arrastraban elegantemente por el suelo.

Rumata se puso el calzón verde y una camisa blanca de batista, con el cuello gris de mal lavado.

-¿Hay alguien aguardando? -preguntó.

-El barbero -dijo el muchacho-. Y también están don Tameo y don Sera esperando en el salón. Me ordenaron que les sirviera vino, y ahora están jugando a la tabla. Os esperan para desayunar.

-Llama al barbero, y dile a esos nobles Dones que pronto me reuniré con ellos. ¡Y hazlo educadamente y sin groserías!

El desayuno no fue muy abundante en previsión del próximo almuerzo. Tan solo se sirvió carne asada, muy adobada con especias, y orejas de perro en vinagre, todo ello regado con vino irukano

espumoso, estoriano negro y espeso, y blanco de Soán. Don Tameo, mientras trinchaba habilidosamente con dos puñales una pata de carnero, se lamentaba de la insolente temeridad de las clases inferiores.

-Tengo el propósito de redactar una instancia a Su Majestad -declaró-, aduciendo que la nobleza exige que se les prohíba a los patanes y a la chusma artesana circular por los sitios públicos y las calles. Que anden por los patios y traspatios. Y cuando su presencia sea imprescindible en la calle, como por ejemplo cuando tengan que llevar el pan, la carne o el vino a casa de algún noble, que lleven un permiso especial del Ministerio de Seguridad de la Corona.

-Una luminosa idea -exclamó admirativamente don Sera, proyectando saliva y salsa de carne junto con sus palabras. Y añadió-: Por cierto, ayer, en palacio... -y comenzó a referir el último chismorreo. Doña Okana, la dama de honor y la última pasión de Don Reba, tuvo la mala suerte de pisarle al Monarca el pie enfermo. Su Majestad se indignó, y dio orden a Don Reba de que castigara con severidad a la delincuente. «Así se hará, Majestad», replicó Don Reba sin pestañear. «¡Esta misma noche me encargaré personalmente de ello!»-. Me reí con tantas ganas cuando me lo contaron -concluyó Don Sera agitando la cabeza-, que hasta me saltaron dos ganchillos del jubón.

Son protoplasma, pensó Rumata. Simple protoplasma que se nutre y se reproduce.

-Oh, sí, nobles Dones -dijo-. Don Reba es una persona inteligentísima.

-¡Por supuesto! -exclamó Don Sera-. ¡Tiene una preclara imaginación!

-Es una personalidad -añadió Don Tameo, con convencido aire de suficiencia.

-Ahora resulta extraño recordar lo que se decía de él hace un año -continuó Rumata-. Don Tameo, ¿os acordáis de la gracia con que criticabais sus torcidas piernas?

A Don Tameo se le atragantó algo y tuvo que beber de golpe un vaso de irukano lleno hasta el borde.

-No, no recuerdo -refunfuñó finalmente-. ¿Qué podría yo criticar?

-Yo sí lo recuerdo -dijo Don Sera, haciendo un movimiento de reproche con la cabeza.

-¡Efectivamente! -exclamó Rumata-. ¡Vos estabais presente en aquella conversación, Don Sera! Ahora recuerdo. Os reíais de tal forma de las ocurrencias de Don Tameo que juraría que hasta os saltaron algunos cierres de vuestra ropa.

Don Sera enrojeció y comenzó a justificarse, tartamudeando una sarta de incongruencias. Don Tameo se ensombreció y concentró toda su atención en el fuerte vino estoriano. Y como, según su propia expresión «desde que comencé a beber anteayer de madrugada no he podido parar hasta ahora», cuando salieron a la calle tuvieron que llevarlo sujeto por ambos lados.

Hacía un hermoso y soleado día. La gente iba y venía por las calles buscando en qué entretenerse, los niños daban gritos y silbaban tirándose barro e inmundicias, hermosas ciudadanas estaban asomadas a las ventanas, vivarachas sirvientas miraban tímidamente a los paseantes con sus húmedos ojos y el humor de los tres amigos fue mejorando sensiblemente. A Don Sera se le ocurrió hacerle la zancadilla a un plebeyo que pasaba, y por poco se muere de risa al ver cómo se revolcaba en un charco. De pronto, Don Tameo se dio cuenta de que llevaba el tahalí al revés, gritó: «¡Alto!», y empezó a girar sobre sí mismo para arreglarlo intentando revolverse dentro de su bandolera. A Don Sera se le volvió a desabrochar el jubón. Entonces, Rumata cogió por una oreja a una muchacha que pasaba a su lado y le pidió que ayudara a Don Tameo a poner sus prendas en orden. Alrededor de los tres nobles Dones se formó un corrillo de desocupados que empezaron a darle tal clase de consejos a la muchacha para que desempeñara bien su labor que ésta acabó enrojeciendo como la grana, mientras del jubón de Don Sera seguían saltando ganchillos, botones y hebillas. Cuando por fin siguieron adelante, Don Tameo resolvió redactar en voz alta una nueva cláusula complementaria a su instancia, en la que se indicaba la conveniencia de «no incluir a las mujeres guapas entre los patanes y el vulgo». En aquel momento, un carro cargado de piezas de alfarería les cortó el paso. Don Sera desenvainó su espada y dijo que era intolerable que unos nobles Dones tuvieran que dar un rodeo por culpa de unos miserables pucheros, y se lanzó al loable empeño de abrirse paso a través del carro. Pero mientras intentaba distinguir donde terminaba la pared de la casa y dónde empezaba el carro, Rumata se sujetó a una rueda e hizo girar el carro de manera que quedó libre el paso. Los curiosos que presenciaban asombrados la escena prorrumpieron en un triple

«¡hurra!» a Rumata. Ya se disponían los tres amigos a seguir su camino cuando por la ventana de un tercer piso se asomó un tendero gordo y entrecano que empezó a quejarse de los atropellos que cometían los nobles «a los que nuestro águila, Don Reba, pronto sabrá poner freno». No les quedó más remedio que detenerse unos instantes, el tiempo necesario para arrojar contra el imprudente de la ventana toda la carga del carro. Rumata depositó dos monedas de oro con el perfil de Pisa VI en el último puchero, y se lo entregó al estupefacto dueño del carro.

-¿Cuánto le habéis dado? -preguntó Don Tameo.

-Una miseria -dijo Rumata con indiferencia-. Dos piezas de oro.

-¡Por la joroba de San Miki! -exclamó Don Tameo- o ¡Debéis ser rico! Si lo deseáis, os vendo mi potro jamajareño.

-No, gracias -dijo Rumata-. Prefiero ganároslo a la taba.

-¡Lleváis mucha razón! -dijo Don Sera, deteniéndose-. ¿Por qué no nos sentamos a jugárnoslo?

-¿Aquí? -preguntó Rumata.

-¿Y por qué no? -se sorprendió Don Sera-. No veo nada que pueda impedir el que tres nobles Dones se pongan a jugar a la taba en el lugar que más les acomode.

En aquel momento Don Tameo se cayó, sin saber cómo. Don Sera se enredó en sus pies y cayó estrepitosamente sobre su compañero.

-Lo había olvidado por completo -dijo cuando se hubo repuesto-. Se supone que debemos entrar de guardia.

Rumata levantó a los dos y los arrastró sujetándolos por los codos. Al pasar frente a la lóbrega casa de Don Satarín, se detuvo y dijo:

-¿Y si hiciéramos una visita a nuestro buen viejo Don?

-No veo inconveniente en que tres nobles Dones entren a ver al viejo Don Satarín -dijo Don Sera.

Pero en aquel momento Don Tameo abrió los ojos y recitó:

-Mientras estemos al servicio del rey debemos mirar siempre al futuro. Don Satarín es una etapa caduca. ¡Adelante siempre! Ya es hora que estemos en nuestros puestos.

-Adelante pues -asintió Rumata.

Don Tameo hundió la cabeza en su pecho y no volvió a despertarse, aunque siguiera andando. Don Sera, doblando los dedos, se puso a contar sus éxitos amorosos. Así llegaron hasta palacio. Rumata depositó a Don Tameo en un banco del cuerpo de guardia y respiró aliviado. Don Sera se sentó ante la mesa, echó a un lado un fajo de órdenes firmadas por el Rey, y dijo que por fin había llegado el momento de beber vino de Irukán frío. Decid al patrón que traiga un barril, ordenó, y a esas mozas (y al decir esto señaló a los oficiales de la guardia que estaban jugando a las cartas en otra mesa) que vengan aquí. En aquel momento llegó el jefe de la guardia, un teniente, y miró fijamente a Don Tameo y de reojo a Don Sera. Este último le preguntó «por qué se habían marchitado todas las flores del amor furtivo», y aquello acabó de convencer al teniente de que era inútil que ocuparan sus puestos en aquellas condiciones y que era mejor dejarles dormir un rato.

Entonces Rumata se sentó a jugar con el teniente, y este le ganó una pieza de oro. Mientras jugaban, charlaron de las nuevas bandoleras de los uniformes, y de los distintos procedimientos para afilar las espadas. A propósito de aquello, Rumata dijo que pensaba ir a ver a Don Satarín, que poseía una magnífica colección de armas blancas antiguas. Grande fue su aflicción cuando supo por boca de su interlocutor que el distinguido cortesano había acabado de perder por completo la cabeza, y hacía un mes que había puesto en libertad a todos sus prisioneros, disuelto su milicia y donado al tesoro público su riquísimo arsenal de máquinas de tortura. El viejo, que tenía ya ciento dos años, había manifestado su inquebrantable deseo de dedicar el resto de su vida a las buenas obras. Por lo visto le quedaba ya poca.

Tras despedirse del teniente, Rumata salió de palacio y se dirigió al puerto. Iba rodeando charcos y saltando por encima de los hoyos llenos de agua putrefacta, empujando sin consideración a la muchedumbre que se cruzaba en su camino, guiñándole el ojo a las muchachas, en las que su apostura producía un irresistible impacto, saludando cortésmente a las damas en sus palanquines y a los conocidos que se cruzaban con él, y aparentando no advertir a los Milicianos Grises.

Dio un pequeño rodeo para ir a la Escuela Patriótica. La escuela había sido fundada bajo el patrocinio de Don Reba dos años atrás, y tenía por objeto preparar cuadros militares y administrativos, educando para ello a los hijos de la pequeña nobleza y de los comerciantes. El edificio era de piedra, de nueva construcción, sin columnas ni bajorrelieves, pero con gruesos muros provistos de estrechas ventanas a modo de aspilleras y torres semicirculares a ambos lados de la entrada principal. En caso de necesidad, el edificio podía ser defendido fácilmente.

Rumata subió por una estrecha escalera hasta el segundo piso y, haciendo sonar sus espuelas sobre las losas, se dirigió al despacho del procurador, pasando por delante de las aulas. En éstas se oían murmullos y voces coreadas: «¿Quién es el Rey? Su Majestad. ¿Quiénes son los Ministros? Hombres fieles que desconocen la duda...» «Y Dios, nuestro Creador, dijo: «Maldeciré». Y maldijo...» «...Cuando el cuerno suena dos veces, hay que dispersarse de dos en dos formando cadena y bajar las picas...» «...Si el torturado pierde el conocimiento, hay que interrumpir el tormento y no dejarse llevar...»

A eso se llama escuela, pensó Rumata. Un nido de sabiduría. Un puntal de la cultura.

Empujó la pequeña y arqueada puerta y entró en el despacho sin llamar. Era una estancia oscura y fría, con apariencia de sótano. De detrás de una enorme mesa, repleta de papeles y de junquillos para castigar a los alumnos, salió a su encuentro un hombre larguirucho, anguloso y calvo, de ojos hundidos, que vestía un ajustado uniforme gris con los emblemas del Ministerio de Seguridad de la Corona. Era el procurador de la Escuela Patriótica, el muy docto padre Kin, un criminal sádico metido a monje, autor del *Tratado sobre la delación*, una obra que llamó poderosamente la atención de Don Reba.

Rumata respondió a su amanerado saludo con una distraída inclinación de cabeza, y se sentó sin más preámbulos en un sillón, cruzando las piernas. El padre Kin permaneció de pie, un poco inclinado hacia adelante, en postura de respetuosa atención.

-¿Cómo marchan las cosas? -preguntó Rumata-. ¿Estamos degollando a unos sabihondos y empezamos ya a preparar otros?

El padre Kin sonrió mostrando los dientes.

-No todos los instruidos son enemigos del Rey -dijo-. Son enemigos del Monarca los instruidos que sueñan, que dudan, que no creen. Aquí preparamos...

-Está bien -dijo Rumata-. Te creo. ¿Qué estás escribiendo ahora? He leído tu tratado. Me parece un libro útil pero absurdo. ¿Cómo es posible que tú...?

-No me propuse llamar la atención por mi inteligencia -respondió Kin dignamente-. Lo único que pretendí fue ser útil al Estado. No necesitamos gente lista, sino fiel. Y nosotros...

-Bueno, bueno -interrumpió Rumata-. Te creo. Pero dime, ¿estás escribiendo o no algo nuevo?

-Quiero someter a la consideración del Ministro unos razonamientos sobre la nueva forma que debe tener el Estado, tomando como modelo la Región de la Orden Sacra.

-¿Y qué pretendes? -exclamó Rumata-. ¿Qué nos hagamos todos frailes?

El padre Kin apretó los puños y se inclinó hacia adelante.

-Permitidme que os explique, noble Don -dijo exaltadamente-. La esencia del proyecto es otra completamente distinta. Esta esencia dimana de los fundamentos del nuevo Estado, y a su vez estos son claros y se reducen a tres, a saber: fe ciega en la infalibilidad de las leyes, obediencia ciega a las mismas y vigilancia incesante de todos por cada uno.

-¡Oh! -interrumpió Rumata-. ¿Y para qué?

-¿Cómo «para qué»?

-Sí, a pesar de todo me parece que estás algo chiflado -dijo Rumata-. Pero bueno, te creo. ¿Qué es lo que te quería decir? ¡Ah, sí! Mañana tienes que admitir a dos nuevos preceptores. Uno de ellos es el padre Tarra, un respetable anciano que se dedica a la... cosmografía, y el otro el hermano Nanín, que también es una persona fiel y conocedor de la historia. Es gente mía, así que recíbelos con todo respeto. Aquí tienes la fianza -echó sobre la mesa un saquito del que escapó un tintineo de monedas-. Tu parte está también aquí, son cinco piezas de oro. ¿Entendido?

-Sí, noble Don -dijo el padre Kin.

Rumata bostezó y miró a su alrededor.

-Me alegra que lo hayas entendido -dijo-. Mi padre, no sé por qué, tenía mucho cariño a esos dos, y me encargó en su testamento que me preocupara por ellos. Dime, tú que eres un hombre culto, ¿de dónde le puede venir a un noble esta simpatía por alguien que sabe leer?

-Es posible que se deba a servicios prestados -aventuró Kin.

-¿A qué te refieres? -preguntó Rumata, como sospechando algo-. Aunque... oh, ¿por qué no? Sí... es posible que alguna de sus hijas o hermanas fuera hermosa... ¿No tienes vino?

El padre Kin abrió los brazos con gesto de desolada disculpa y dijo que no. Rumata cogió una de las hojas de papel que había sobre la mesa y la sostuvo durante algún tiempo a la altura de sus ojos.

-*Acuciamiento...* -leyó-. ¡Qué talentos! -dejó que la hoja de papel cayera al suelo y se levantó-. Te advierto: ten mucho cuidado con que tu jauría de letrados no ofenda a los míos. Vendré de tanto en tanto a verlos, y si me entero de algo... -Rumata acercó su poderoso puño a la nariz de Kin-. Bueno, bueno, no te asustes. No te haré nada.

El padre Kin soltó una respetuosa risita. Rumata se despidió de él con una inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta, rayando el suelo con sus espuelas.

Al pasar por la calle del Agradecimiento Infinito entró en la armería, compró unas anillas nuevas para las vainas de sus espadas, probó un par de puñales (los tiró contra la pared para observar cómo se clavaban, midió el ajuste de las empuñaduras a su mano, y finalmente los rechazó), y luego se sentó en el mostrador y se puso a charlar con el dueño, el padre Gauk. Este tenía unos ojos bondadosos y tristes y unas manos pequeñas, pálidas y manchadas de tinta. Rumata discutió con él acerca de los méritos de la poesía de Tsurén, le escuchó un interesante comentario sobre el verso que empezaba: «Cual hoja marchita cae sobre el alma...», y le rogó que recitase algo nuevo. La indecible tristeza de las estrofas les hizo suspirar al unísono. Antes de marcharse Rumata declamó el «Ser o no ser...», que él mismo había traducido al irukano.

-¡San Miki! -exclamó entusiasmadísimo el padre Gauk-. ¿De quién son esos versos?

-Míos -dijo Rumata, y salió de la tienda.

Luego entró en *La Alegría Gris*, tomó un vaso de vino agrio de Arkanar, le dio unas palmaditas en la mejilla a la mujer del dueño, volcó con un ágil movimiento de espada la mesa del confidente oficial, que lo miró con ojos ausentes, y se dirigió al rincón más apartado, donde lo esperaba un hombre barbudo y de deslucida indumentaria, que llevaba un tintero colgado del cuello.

-Buenas tardes, hermano Nanín -dijo Rumata-. ¿Cuántas peticiones has escrito hoy?

El hermano Nanín sonrió vergonzosamente, mostrando unos dientes pequeños y careados.

-Ahora son pocos los que escriben peticiones, noble Don -dijo-. Unos piensan que es inútil pedir, y otros que pronto lo tendrán todo sin necesidad de pedirlo.

Rumata se acercó a él y le dijo en voz baja que ya estaba arreglado su ingreso en la Escuela Patriótica.

-Toma dos piezas de oro -le dijo luego-. Vístete y aséate. Y se prudente, al menos los primeros días. El padre Kin es un elemento peligroso.

-Le daré a leer mi *Tratado sobre los rumores* -dijo el hermano Nanín alegremente-. Muchas gracias por todo, noble Don.

-¿Qué no se hace por la memoria de un padre? -dijo Rumata-. Y ahora dime, ¿dónde puedo encontrar al padre Tarra?

El hermano Nanín dejó de sonreír y parpadeó, azarado.

-Ayer hubo aquí una riña -dijo-. El padre Tarra había bebido un poco excesivamente, y como es pelirrojo... Bueno, le rompieron una costilla.

Rumata profirió una enojada exclamación.

-Qué mala suerte -dijo-. ¿Por qué bebéis siempre tanto?

-Porque hay veces en que cuesta trabajo abstenerse -respondió tristemente el hermano Nanín.

-Es cierto -asintió Rumata-. En fin, que le vamos a hacer. Toma otras dos piezas de oro, y cuida de él.

El hermano Nanín se inclinó con intención de besarle la mano, pero Rumata la retiró rápidamente.

-Vamos, vamos -dijo-. Esta no es la mejor de tus bromas, hermano Nanín. Adiós.

En el puerto olía como en ninguna otra parte de Arkanar. Olía a agua salada, a limo putrefacto, a especias, a resina, a humo, a cecina pasada, y las tabernas atufaban a pescado frito y a cerveza agria. En aquel aire casi irrespirable flotaba un rumor de conversaciones plurilingüe y maldiciente. En los muelles, en los angostos callejones, entre los almacenes y en los alrededores de las tabernas se agolpaba gente de aspecto singular. Eran marineros desaliñados, mercaderes presuntuosos, pescadores taciturnos, traficantes de esclavos, rufianes, prostitutas pintarrajeadas, soldados borrachos, tipos raros llenos de armas y andrajosos con brazaletes de oro en sus sucias extremidades. Todos parecían estar nerviosos e irritados. Hacía tres días que Don Reba había dado orden de que ningún barco ni persona podía salir del puerto. Junto a los muelles brillaban las carniceras hachas de los Milicianos Grises, que escupían desvergonzada y maliciosamente mirando al gentío. En los atestados barcos se veían grupos de cinco o seis hombres huesudos y de piel bronceada vestidos con peludas pieles y cascos de cobre. Eran los mercenarios bárbaros, gente que no servía para la lucha cuerpo a cuerpo, pero que a distancia eran temibles por lo bien que manejaban sus cerbatanas con flechas emponzoñadas. Y más allá del bosque formado por los mástiles, en la rada abierta, oscurecían las tranquilas aguas las largas galeras de combate de la armada real. De tiempo en tiempo surgían de ellas rojos chorros de fuego y humo que hacían arder el mar. Quemaban petróleo para mantener el respeto y el temor.

Rumata pasó por la aduana, ante cuyas cerradas puertas se agrupaban los sombríos lobos de mar en inútil espera del permiso de salida, se abrió paso a empujones a través de una vociferante multitud que vendía todo lo imaginable (desde esclavas y perlas negras hasta narcóticos y arañas amaestradas), salió a los muelles, miró de soslayo a toda una fila de cadáveres descalzos, con camisetas marineras, expuestos al público a pleno sol, y después de dar un rodeo por un terreno baldío lleno de inmundicias, entró en los pestilentes callejones del arrabal del puerto. Allí reinaba el silencio. En las puertas de los prostíbulos dormitaban las rameras, en una esquina se hallaba tirado boca abajo, en medio de la calle, un soldado borracho con la cara rajada y los bolsillos vueltos hacia afuera, pegados a las paredes se deslizaban tipos sospechosos con pálidos rostros de noctámbulos.

Era la primera vez que Rumata andaba de día por aquellos lugares, y se sorprendió de que nadie reparara excesivamente en él: los pocos transeúntes con quienes se cruzaba dirigían su turbia mirada a alguna otra parte, y a veces hasta parecía que miraban a través de él, aunque se apartaban para dejarle paso. Pero cuando, al torcer una esquina, se giró casualmente, pudo ver que hasta una docena y media de cabezas de diversos tamaños, femeninas y masculinas, greñudas y calvas, se asomaban a puertas, ventanas y gateras para seguirle con la mirada. Entonces sintió la opresiva atmósfera que reinaba en aquellos envilecidos lugares, una atmósfera no de hostilidad o peligro, sino más bien de interés perverso y egoísta.

Empujó una puerta con el hombro y entró en uno de aquellos figones, donde en la semioscura sala dormitaba tras el mostrador un viejo narigudo con cara de momia. Las mesas estaban vacías. Rumata se acercó silenciosamente al mostrador, y ya se disponía a darle un papirotazo en la nariz al viejo cuando se dio cuenta de que éste no estaba dormido, sino que espiaba sus movimientos a través de sus desnudos y semicerrados párpados. Rumata arrojó sobre la mesa una moneda de plata, y los ojos del viejo se abrieron instantáneamente de una forma desmesurada.

-¿Qué desea el noble Don? -preguntó diligentemente-. ¿Hierba? ¿Rapé? ¿Una niña?

-No disimules -dijo Rumata-. Sabes bien a lo que vengo.

-¡Oh, pero si es Don Rumata! -gritó el viejo, como si se hubiera llevado una gran sorpresa-. ¡Ya decía yo que os conocía!

Dicho esto, volvió a cerrar los párpados. El gesto era inequívoco. Rumata pasó por detrás del mostrador y entró a través de una estrecha puerta a una habitación contigua. Allí había poco sitio libre, estaba oscuro, y olía fuertemente a algo avinagrado. Tras un pupitre colocado en medio de la estancia, se hallaba encorvado sobre unos papeles un hombre de edad madura, tocado con un gorro negro. Sobre el pupitre ardía un candil, y en la penumbra sólo se podían distinguir los rostros de las personas que estaban sentadas junto a la pared. Rumata buscó a tientas un taburete, sujetó su espada y se sentó también. Allí había que atenerse a ciertas reglas de etiqueta. El recién llegado no despertó

la atención de nadie: si ha venido es porque estaba invitado a ello, o en caso contrario hubiera bastado una seña y ya no hubiera estado allí, y su cuerpo no habría sido encontrado fácilmente.

El viejo del pupitre rasgueaba el papel con su pluma, y los presentes permanecían inmóviles. De vez en cuando, alguien suspiraba profundamente. Por las paredes corrían sigilosamente invisibles lagartijas.

Los que estaban inmóviles junto a la pared eran jefes de banda. Rumata conocía a algunos de ellos desde hacía tiempo. Eran gente obtusa y bestial, que valían poco por sí mismos. Su psicología no era más compleja que la de un tendero cualquiera. Eran ignorantes y crueles, pero sabían manejar los cuchillos y las porras cortas. En cuanto al viejo del pupitre...

Le llamaban Vaga Kolesó, y era realmente omnipotente, el cabecilla indiscutido del hampa de todos los territorios situados más allá del estrecho, desde el pantano de Pitan, en el oeste de Irukán, hasta las fronteras marítimas de la República Mercantil de; Soán. Sobre él pesaba la maldición de las tres iglesias oficiales del Imperio, por su desmedida soberbia, ya que decía ser el hermano menor del Monarca. Contaba con un ejército nocturno de cerca de diez mil hombres, un tesoro de varios centenares de miles de piezas de oro, y espías hasta en lo más inescrutable del aparato del Estado. Durante los últimos veinte años se había dicho cuatro veces que lo habían ejecutado, siempre ante un gran gentío. Según versiones oficiales, en la actualidad languidecía simultáneamente, cargado de cadenas, en las tres prisiones más tenebrosas del Imperio, y Don Reba había publicado ya varias proclamas «referentes a la escandalosa propaganda que hacen los reos del Estado y otros malhechores acerca de la leyenda sobre Vaga Kolesó, cuya existencia es falsa y, por lo tanto, legendaria». No obstante, circulaban insistentes rumores de que el propio Don Reba había llamado a algunos de los barones que poseían nutridas milicias y les había ofrecido una recompensa de quinientas piezas de oro por la cabeza de Vaga muerto, o de siete mil si conseguían traérselo vivo. Al mismo Rumata le costó mucho tiempo y dinero el poder entrar en contacto con aquel tipo, que le era extraordinariamente repugnante, pero que sin embargo en algunas ocasiones podía ser utilísimo e incluso indispensable. Además, a Rumata, como científico, le interesaba enormemente Vaga, uno de los ejemplares más curiosos de su colección de monstruos medievales, un personaje que, por lo visto, carecía por completo de precedentes.

Vaga dejó por fin la pluma, se enderezó y dijo con voz rechinante:

-Bien, mis queridos niños. Tenemos dos mil quinientas piezas de oro de ingresos en tres días, y solamente mil novecientas noventa y seis de gastos. Esto da un resultado de quinientos cuatro redondelitos de oro de ganancia en tres días. No está mal, queridos niños, no está mal.

Nadie se movió. Vaga abandonó el pupitre y fue a sentarse en un rincón, frotándose intensamente las manos.

-Os puedo dar una buena noticia, mis niños -dijo-. Se aproximan tiempos mejores, tiempos de abundancia. Pero hay que trabajar. ¡Oh, cómo hay que trabajar! Mi hermano mayor, el Rey de Arkanar, ha decidido exterminar a todos los hombres de ciencia que hay en nuestro reino. Esto es cosa suya. ¿Quienes somos nosotros para inmiscuirnos en sus altas decisiones? Sin embargo, se puede y se debe sacar beneficio de esta decisión. Como fieles súbditos que somos, debemos servir al rey, pero como súbditos nocturnos no podemos renunciar a la migaja que nos corresponde. El ni siquiera la echará de menos, y no se enfadará con nosotros. ¿Qué ocurre?

Nadie se movió.

-Me pareció que Piga había suspirado. ¿Es así, Piga?

En la oscuridad se notó cierta agitación, y se oyeron toses.

-No suspiré, Vaga -dijo una voz ronca-. No faltaría más.

-Está bien, Piga. Ahora todos debéis escucharme atentamente, porque después os marcharéis de aquí, el trabajo será difícil, y nadie os podrá aconsejar. Mi hermano mayor, es decir, Su Majestad, por boca de su ministro Don Reba, ha prometido no poco dinero por las cabezas de algunos hombres cultos que se han fugado u ocultado. Nuestro deber es conseguir estas cabezas y darle al viejo esa alegría. Por otra parte, ciertos intelectuales quieren ocultarse de las iras de mi hermano, y para conseguirlo están dispuestos a no escatimar recursos. Por misericordia, y para aliviar el alma de mi hermano del peso de crímenes innecesarios, ayudaremos también a esas gentes. Esto no será

obstáculo para que, si el día de mañana su majestad necesita estas cabezas, pueda también recibirlas. Se las daremos baratas, muy baratas.

Vaga calló e inclinó la cabeza. Por sus mejillas comenzaron a deslizarse lágrimas... las lentas lágrimas de la senilidad.

-Me estoy haciendo viejo, mis niños -dijo sollozando-. Las manos me tiemblan, las piernas se me doblan, y la memoria empieza a traicionarme. Incluso había olvidado que hoy, entre nosotros, en este mísero y angosto cuchitril, está perdiendo la paciencia un noble Don al que no le interesan nuestras pequeñas cuentas. Sí, tendré que dejaros. Ya es hora de que descanse. Pero antes, mis queridos niños, pidámosle disculpas a este noble Don.

Se levantó penosamente y, gimiendo, se inclinó en una ostentosa reverencia. Los demás hicieron lo mismo, pero con cierta indecisión, incluso miedo. A Rumata le pareció oír cómo crujían los obtusos y primitivos cerebros de aquella gente al intentar comprender el sentido de las palabras y las acciones del encorvado viejo.

No obstante, todo estaba claro: aquel bandido quería aprovechar la ocasión que se le presentaba para hacer llegar a Don Reba la noticia de que, en la actual matanza, su ejército nocturno estaba dispuesto a actuar al lado de los Grises. Pero ahora, cuando llegaba el momento de dar las instrucciones concretas, los nombres y las fechas de las operaciones, la presencia del noble Don empezaba a molestar. Por esto, se le proponía que dijera pronto lo que necesitaba y se largase cuanto antes de allí. El viejo era frío y tenebroso. Pero, ¿por qué estaba en la ciudad? A Vaga nunca le habían gustado las ciudades.

-Tienes razón, respetable Vaga -dijo Rumata-. Tengo prisa. Sin embargo, soy yo quien debe disculparse, puesto que he venido a molestarte por un asunto sin importancia. -Rumata seguía sentado, mientras todos los demás le escuchaban de pie-. Necesito que me ayudes. Puedes sentarte.

Vaga volvió a hacer una inclinación y se sentó.

-Hace tres días -prosiguió Rumata-, tenía que haber venido a verme al Soto de las Espadas un viejo amigo, un noble Don de Irukán. Pero no vino. Desapareció por el camino. Sé que pasó felizmente la frontera irukana. Dime, ¿sabes algo de la suerte que haya podido correr después?

Vaga tardó en responder. Los bandidos respiraban ruidosamente.

-No, noble Don -dijo finalmente Vaga-. No sabemos nada de este asunto.

Rumata se puso inmediatamente en pie.

-Te agradezco lo que acabas de decirme, respetable -dijo. Dio unos pasos hasta el centro de la habitación, y depositó en el pupitre una bolsita con diez piezas de oro-. Pero antes de irme querría suplicarte que, si te enteras de algo, me lo hagas saber -se llevó la mano al sombrero-. Adiós.

Cuando ya estaba junto a la puerta se detuvo y dijo, por encima del hombro y sin darle excesiva importancia:

-Has dicho algo sobre la gente culta. Se me ha ocurrido una idea. Si el Rey sigue en su empeño, dentro de un mes no habrá manera de encontrar en Arkanar ningún letrado decente. Y sin embargo, a mí me van a hacer falta, ya que cuando me curé de la peste negra hice promesa de crear una universidad en la metrópoli. Por eso, cuando captures a algún ratón de biblioteca, dímelo a mí antes que a Don Reba. Quizá alguno de ellos me interese para mi universidad.

-Eso va a ser caro -advirtió Vaga con voz melosa-. Cuando la mercancía es escasa y va muy solicitada, el precio sube.

-Más caro es el honor -dijo Rumata orgullosamente, y salió.

III

Sería interesante, pensaba Rumata, cazar a este Vaga y enviarlo a la Tierra. Desde el punto de vista técnico es fácil. Pero, ¿qué sería de este hombre en la Tierra? Me lo imagino como si, en un salón lleno de luz, con las paredes repletas de espejos y el aire acondicionado con aroma de pinos y de mar, se soltara a una enorme araña peluda. Se aplastaría contra el reluciente suelo y giraría febrilmente sus coléricos ojos. Después, retrocediendo, retrocediendo, iría hasta el rincón más

oscuro y se contraería, mostrando sus venenosas mandíbulas en actitud amenazadora. Vaga, por supuesto, empezaría a buscar gente descontenta. Y, como es natural, incluso el más cretino de los ofendidos le parecería una persona demasiado pura e inservible para sus manejos. El pobre viejo acabaría enfermando. Quizá muriera. Aunque, ¿quién sabe? El quid de la cuestión está ahí, en que la psicología de estos monstruos es un laberinto. ¡San Miki bendito! Comprenderla es más difícil que comprender la psicología de las civilizaciones no humanas. Todos sus actos pueden ser explicados, pero preverlos es casi imposible. Sí, hay muchas probabilidades de que muriera de tristeza. Pero también podría ocurrir que, tras mirar a su alrededor, se adaptase al medio, hiciese sus cálculos y aceptase, por ejemplo, un puesto de guardabosque en alguna reserva. Es imposible que carezca en absoluto de una pasión inocua, por pequeña que sea, que aquí quizá le estorbe, pero que allí podría convertirse en la razón de su vida. Creo que le gustan los gatos. Dicen que en su cueva tiene toda una manada, y que hasta paga a una persona para que cuide de ellos. Y esto a pesar de lo avaro que es y de que le bastaría tan sólo una amenaza para conseguir lo mismo. Pero, ¿qué haría en la Tierra con su insaciable sed de poder?

Dándole vueltas a estos pensamientos, Rumata se detuvo ante una taberna. Fue a entrar, pero de pronto se dio cuenta de que no tenía su bolsa. Se quedó perplejo (no podía acostumbrarse a estas cosas, aunque no era la primera vez que le ocurrían), y durante un buen rato estuvo rebuscando por todos los bolsillos. Llevaba tres bolsitas con diez piezas de oro en cada una: la primera se la dio al procurador Kin, la segunda a Vaga, y la tercera había desaparecido. Tenía los bolsillos vacíos, le habían cortado hábilmente toda la botonadura de oro en su pernera izquierda, y del cinto le faltaba el puñal.

No lejos de él se detuvo una pareja de Grises, sonriéndole y mostrando los dientes. Al miembro del Instituto de Historia Experimental no le importaba en absoluto, pero al noble Don Rumata de Estoria lo enfureció; perdió los estribos por unos segundos y avanzó hacia ellos, alzando instintivamente su mano apretada en un duro puño. La expresión de su rostro debía ser horrible, pues los milicianos se metieron como flechas en la taberna, con la sonrisa trocada en una paralítica mueca.

Rumata se asustó de sí mismo. Se asustó como tan solo se había asustado otra vez en su vida. Por aquel entonces era piloto suplente de una astronave de línea, y sintió los efectos del primer ataque de malaria. Nadie supo dónde la había cogido, y antes de dos horas ya estaba curado. Pero le quedó un recuerdo indeleble de lo terrible que fue para él, que jamás había estado enfermo, el sentir que algo había fallado en su organismo, que empezaba a decaer y que perdía el control individual de su propio cuerpo.

Yo no quería esto, pensó. Ni siquiera se me ocurrió pensarlo. ¿Qué tuvo de particular lo que hicieron? Nada. Se detuvieron, me miraron, se rieron... Lo hicieron de una forma estúpida, es cierto, pero yo también debía ofrecer un aspecto bastante estúpido mientras rebuscaba por mis bolsillos. Los podría haber matado, pensó de repente; si no se meten en la taberna, los mato. Hacía poco tiempo que, por una apuesta, había partido en dos un maniquí vestido con una doble coraza de Soán. Se estremeció. Ahora podían estar tendidos a mis pies, lo mismo que dos cerdos degollados, y yo, con la espada en la mano, no sabría qué hacer. ¡Soy un buen dios! Me enfurecí...

Sintió que le dolían todos los músculos, al igual que si hubiera acabado de realizar un trabajo duro. Tranquilízate, se dijo a sí mismo. Afortunadamente, no ha ocurrido nada. Ya pasó. Ha sido como una explosión. Un pronto que ya se ha calmado. Soy un hombre pese a todo, y lo animal no me es extraño. Son los nervios. Los nervios y la tensión de estos días. Y, lo que es más importante, la sensación que me persigue de esa sombra que se acerca arrastrándose. No sé de quién es ni de dónde viene, pero se va acercando, se acerca de un modo inminente.

Y esta inminencia se nota por todas partes. En el hecho de que los milicianos, que hasta hace poco se apretujaban cobardemente en sus cuarteles, se pasean ahora con sus hachas por en medio de la calle, por donde antes tan sólo podían transitar los nobles Dones, y en que han desaparecido de la ciudad todos aquellos que antes cantaban, declamaban, bailaban y representaban títeres por las calles, y en que los ciudadanos ya no cantan coplas políticas y se han vuelto muy serios y saben perfectamente lo que hay que hacer para el bien del Estado, y en que de repente y sin explicaciones

se ha cerrado el puerto, y en que han sido asaltadas e incendiadas «por el indignado pueblo» todas las tiendas que vendían cosas exóticas, las únicas en el reino donde se podían comprar o alquilar libros y manuscritos en todas las lenguas vivas del Imperio y en las arcaicas, ahora ya muertas, de los aborígenes de los territorios de más allá del estrecho, y en que la reluciente torre del observatorio astrológico, que embellecía la ciudad, se destaca ahora sobre el cielo azul como un diente solitario, negro y podrido, a causa de un «incendio fortuito», y en que el consumo de bebidas alcohólicas se ha cuadruplicado en los últimos años (¡en Arkanar, que desde tiempos inmemoriales ha sido célebre por sus borracheras!), y en que los campesinos, acostumbrados a los malos tratos y a las bofetadas, se han refugiado en lo más profundo de sus aldeas Bienabiertas, Frondas del Paraíso y Villasbesos, y no se atreven a salir de sus chabolas ni a cultivar la tierra, y finalmente en que el viejo buitre Vaga Kolesó se ha trasladado a la ciudad, donde olfatea una mejor presa. Mientras tanto, en las entrañas de palacio, en uno de los suntuosos salones en que el gotoso Rey lleva veinte años sin vez la luz del sol por miedo a todo el mundo y, carcajeando como un idiota, firma decretos y más decretos condenando a espantosas muertes a los hombres más honrados y desinteresados del reino, madura un tumor monstruoso que puede reventar de un momento a otro. Rumata resbaló al pisar una corteza de melón y levantó la cabeza. Estaba en la calle del Agradecimiento Infinito, en el reino de los grandes comerciantes, cambistas y maestros joyeros. A ambos lados se veían buenas casas antiguas con tiendas y almacenes. Las aceras eran anchas, y la parte central de la calle estaba pavimentada con adoquines de granito. Por aquella calle solían pasar tan sólo los nobles y las personas más acomodadas, pero ahora una multitud de exaltados plebeyos acudía al encuentro de Rumata. Lo dejaron pasar mirándolo servilmente, algunos lo saludaron por si acaso. En las ventanas de los pisos altos se divisaban redondas caras en las que la curiosidad se iba apaciguando lentamente. Más adelante se oían voces imperiosas gritando:

-¡Vamos, vamos...! ¡Circulad...! ¡Más aprisa! -y entre la multitud se intercambiaban comentarios:

-Esos son los peores, a los que hay que temer más que a nada en el mundo. Parecen modestos, educados, respetables. Los miras y... parecen un comerciante como otro cualquiera. Pero dentro llevan el peor veneno.

-¡Hay que ver lo que hicieron con él, diablos! Estoy acostumbrado a esas cosas pero créeme, se me revolvió el estómago al verlo.

-Y ellos como si nada. ¡Vaya chicos! Da gusto verlos. Uno puede contar con ellos.

-¿Y no sería mejor no tener que llegar a eso? A pesar de todo es una persona, un ser vivo. Si es culpable... que se le castigue, que se le dé una lección, pero... ¿para qué hacer eso?

-¡Calla, imbécil! ¿Estás loco? ¿Sabes lo que estás diciendo? ¿No te das cuenta de la gente que tenemos alrededor?

-¡Patrón, hey, patrón! Aquí hay un buen paño y, si aprieta las clavijas, se lo darán barato. Pero tiene que ser rápido, o se lo llevarán los dependientes de Pakín.

-Tú, hijo mío, no debes tener ninguna duda. Esto es lo principal. Cuando la autoridad da un paso, sabe lo que se hace.

Han debido apalear a alguien, pensó Rumata. Quiso volverse y dar un rodeo para no pasar por el lugar de donde venía el gentío y se oían las voces de que circulasen y se dispersasen. Pero finalmente no lo hizo. Se limitó a pasarse una mano por los cabellos para que el mechón que le caía sobre la frente no ocultara la piedra de su diadema de oro. En realidad no era tal piedra, sino el objetivo de un transmisor de televisión, al igual que la diadema en sí no era otra cosa que la caja de un transmisor de radio. Así, los investigadores del Instituto de Historia Experimental podían ver y oír desde la Tierra todo lo que veían y oían los doscientos cincuenta exploradores destacados en los nueve continentes de aquel planeta, y por esto dichos exploradores tenían la obligación de ver y oír.

Rumata adelantó la barbilla, sujetó su espada de modo que estorbara lo más posible a la gente que pasaba, y echó a andar recto por en medio de la calle. Los que venían a su encuentro se apresuraban a dejarle paso. Cuatro hombretones, llevando a cuestas un palanquín plateado, pasaron junto a él. A través de las cortinillas podía verse una cara pequeñita, hermosa y fría, con las pestañas muy pintadas. Rumata se quitó el sombrero y esbozó una reverencia. Era doña Okana, la actual favorita de nuestro águila Don Reba, que al ver al apuesto noble Don le dedicó una lánguida

y significativa sonrisa. Se podían nombrar más de dos docenas de nobles Dones que, tras merecer parecidas sonrisas, habían corrido a dar a sus esposas y amantes la buena nueva: «¡Que se preparen todos, ahora ya puedo comprarlos y venderlos! ¡Se van a acordar de mí!». Aquellas sonrisas eran poco frecuentes, y a veces extraordinariamente caras. Rumata se detuvo y siguió con la vista al palanquín. Hay que decidirse, pensó. Pero se le erizaron los cabellos al pensar en lo que aquello le iba a costar. Y, no obstante, era necesario. Hay que hacerlo, y punto final, pensó. No hay otra salida. Iré a verla esta misma tarde.

Distraído con aquellos pensamientos, llegó a la armería que visitaba de tarde en tarde para probar los puñales y escuchar poesías, y volvió a detenerse. Ahora todo estaba claro. Esta vez te ha tocado a ti, mi buen padre Gauk...

La muchedumbre se iba disolviendo. La puerta de la armería había sido arrancada de los goznes, y los escaparates estaban destrozados. En el umbral, y con un pie apoyado en el quicio, se hallaba un enorme miliciano. Otro, canijo, estaba de cuclillas, pegado a la pared. El viento arrastraba a lo largo de la calle arrugadas hojas de papel llenas de una apretada escritura.

El gigantesco miliciano se metió un dedo en la boca, lo chupó amorosamente, volvió a sacarlo, y lo contempló con atención. Había sangre en él. Entonces se dio cuenta de que Rumata lo estaba mirando y dijo apaciblemente:

-El muy infame me mordió. Igual que un hurón...

Su compañero soltó una rápida y aguda carcajada. Era un hombre de apariencia débil, pálido, indeciso y con la cara llena de granos. Se apreciaba inmediatamente que era un novato, una pequeña víbora, un cachorro.

-¿Qué ha pasado aquí? -preguntó Rumata.

-Nada de importancia: vinimos a coger a uno de esos sabihondos camuflados -dijo nerviosamente el cachorro.

El gigante volvió a chuparse el dedo, sin cambiar de postura.

-¡Fir... més! -ordenó Rumata en voz baja.

El cachorro se cuadró inmediatamente, sosteniendo el hacha. El otro se lo pensó, pero finalmente bajó el pie y se cuadró ligeramente.

-¿Quién era ese ilustrado? -interrogó Rumata.

-No lo sé -dijo el pequeño-. Nos dio la orden el padre Tsupik.

-¿Y lo prendisteis?

-Por supuesto, noble Don. Lo prendimos.

-Eso está bien -dijo Rumata.

Efectivamente, no era malo, pues al menos daba tiempo para hacer algo. No hay nada que valga tanto como el tiempo, pensó. Una hora puede valer toda una vida, un día no tiene precio.

-¿Dónde lo llevaron? ¿A la Torre?

-¿Eh? -murmuró el pequeño, sin comprender.

-Pregunto si ahora estará en la Torre.

El rostro lleno de granos del cachorro se iluminó con una vacilante sonrisa. El otro emitió una especie de relincho. Ambos miraron al otro lado de la calle. Rumata se giró rápidamente.

Allí, colgando como un saco de trapos del montante de una puerta, se mecía el cadáver del padre Gauk. Un grupo de chiquillos desharrapados lo contemplaban desde lejos, con las bocas abiertas.

-Ahora no todos van a la Torre -dijo tranquilamente el gigante-. Las cosas se hacen más deprisa. Se les echa el lazo al cuello y... ¡arriba!

El cachorro volvió a soltar una risita. Rumata lo miró sin verlo, y cruzó despacio la calle. El triste rostro del poeta estaba negro e irreconocible. Lo único aún identificable eran sus manos, con los largos y débiles dedos manchados de tinta.

Nadie se va ahora de esta vida,
es la propia vida la que nos es robada.
Y si alguno por ventura intenta
poner fin a tantas amarguras,

cansará inútilmente su mano,
puesto que nadie sabe todavía
dónde tiene el corazón el pulpo,
si es que el pulpo tiene corazón.

Rumata se giró y se alejó de allí. Pobre padre Gauk. Sí, el pulpo tiene corazón, y sabemos dónde. Pero esto es lo más horrible, amigo mío. Sabemos dónde lo tiene, pero para arrancárselo tendremos que derramar la sangre de millares de personas aterrorizadas, idiotizadas, cegadas, que no conocen la duda. Estas personas son muchas y tan ignorantes, tan distanciadas, tan irritadas por el eterno trabajo ingrato, y tan humilladas, que son incapaces de elevar el pensamiento por encima de sus pequeñas monedas de cobre. Y por ahora no hay modo de enseñarlas, de unirlas, de dirigirlas, de hacer que se liberen de sí mismas. Pronto, demasiado pronto, siglos antes del tiempo previsto, se ha presentado en Arkanar este cenagal Gris, y no hay quien se le oponga. Lo único que podemos hacer es salvar a los pocos que aún tengamos tiempo: a Budaj, a Tarra, a Nanín, a una o dos docenas más.

Pero la simple idea de que millares de personas (quizá de menos talento, pero también honradas y nobles) están condenadas fatalmente, produce un frío de muerte en el pecho y una horrible sensación de propia vileza. Algunas veces esta sensación se hacía tan fuerte que a Rumata se le nublaba el sentido, e imaginaba ver las espaldas de las hordas Grises iluminadas por los fogonazos de los disparos, y a Don Reba crisparse de terror bestial, y a la Torre de la Alegría derrumbarse lentamente sobre sí misma. Esto sería estupendo. Sería una verdadera acción. Una auténtica macrointervención. Pero, ¿y después? En el Instituto tenían razón. Después sobrevendría lo inevitable. Un sangriento caos se adueñaría del país. El ejército nocturno de Vaga, con sus diez mil bandidos excomulgados por todas las iglesias, violadores, criminales, estupradores, emergería a la superficie; las hordas de los bronceados bárbaros bajarían de las montañas y pasarían a cuchillo a todos, desde los niños de pecho hasta los ancianos; enormes multitudes de campesinos y ciudadanos, ciegos de horror, huirían a los bosques, a los montes y a los desiertos. Y mientras, tus partidarios, gente alegre y decidida, se rajarían mutuamente la barriga luchando cruelmente por el poder y por la posesión de la única ametralladora, tras tu inevitable muerte violenta. Una muerte absurda que podría llegar en el vaso de vino que te ofreciera tu mejor amigo, o en la flecha disparada por un ballestero oculto tras una cortina. Y ante Rumata aparecía el rostro petrificado del que vendría de la Tierra a sustituirle, que se encontraría con un país despoblado, ensangrentado, humeante aún por los incendios, donde habría que empezarlo todo, absolutamente todo, de nuevo.

Cuando Rumata abrió la puerta de su casa y entró en el magnífico vestíbulo, sus pensamientos eran tan negros como una presagiante nube tormentosa. Muga, su viejo criado, un hombre cargado de espaldas y pelo blanco que llevaba más de cuarenta años sirviendo de lacayo, se encogió ligeramente al verlo y, con la cabeza hundida entre los hombros, contempló cómo su joven amo se quitaba furiosamente el sombrero, la capa y los guantes, arrojaba el tahalí con la espada sobre el banco, y subía las escaleras hacia sus habitaciones particulares. Arriba en la sala le esperaba Uno.

-Di que me sirvan la comida -medio gritó Rumata-. En mi gabinete.

El muchacho no se movió de su sitio.

-Os están esperando -dijo con aire sombrío.

-¿Quién?

-Una doncella. O tal vez sea una Doña. Por la forma de comportarse parece más bien una doncella. Es cariñosa, lleva un vestido elegante y... y... es hermosa.

Debe ser Kira, pensó Rumata, sintiendo un gran alivio. ¡Oh, cómo lo ha presentido mi pequeña! Cerró los ojos y permaneció así unos instantes, procurando concentrar sus pensamientos.

-¿La echo? -preguntó resueltamente el muchacho.

-¡Cernícalo! ¡A ti te voy a echar! ¿Dónde está?

-En el gabinete -el muchacho intentó sonreír.

Rumata se dirigió apresuradamente al gabinete.

-Di que sirvan comida para dos -ordenó por encima del hombro, sin detenerse-. ¡Y no recibáis a nadie! Ni al Rey, ni al diablo, ni al mismísimo Don Reba.

Kira estaba en el gabinete, sentada en un sillón, con las piernas recogidas, hojeando distraídamente el *Tratado sobre los rumores*. Quiso levantarse al entrar Rumata, pero él se le acercó corriendo, la abrazó, hundió su rostro en su abundante y perfumada cabellera y murmuró:

-¡Qué oportunamente, Kira! ¡Qué oportunamente!

Kira no tenía nada de particular. Era una muchacha de dieciocho años como otra cualquiera. Tenía la nariz un poco respingona. Su padre era ayudante de escribano en el juzgado, su hermano sargento de los milicianos. No se había casado aún porque era pelirroja, y en Arkanar las pelirrojas tenían poco partido. Quizá por esa misma razón era extraordinariamente tranquila y tímida, en lo cual se diferenciaba de las mujeres triviales, ostentosas y vocingleras que tanto se cotizaban en todas las clases sociales. Tampoco se parecía a las lánguidas bellezas palaciegas, que tan prematuramente llegaban a comprender el destino de las mujeres. Pero sabía amar como se amaba en la Tierra, tranquila y confiadamente.

-¿Por qué has llorado?

-Y tú, ¿por qué estás tan serio?

-Primero dime: ¿por qué has llorado?

-Luego te lo contaré todo. Tus ojos están muy cansados. ¿Qué te ha ocurrido?

-Ya hablaremos luego de ello. ¿Te ha ofendido alguien?

-No, nadie. Quiero que me saques de aquí, Rumata.

-Por supuesto.

-¿Cuándo nos vamos?

-No puedo decírtelo, Kira. Pero nos iremos.

-¿Muy lejos?

-Sí, muy lejos.

-¿A la metrópoli?

-Sí. Conmigo.

-¿Se está bien allí?

-Estupendamente. Nadie llora.

-Eso es imposible.

-Sí, es imposible. Pero allí tú no llorarás nunca.

-¿Cómo es allí la gente?

-Igual que yo.

-¿Todos como tú?

-No, no todos. Los hay mejores.

-Eso también es imposible.

-Te equivocas. Es así.

-¿Por qué te creo tan fácilmente? Mi padre no cree a nadie, mi hermano dice que todos son unos cerdos, algunos más sucios, otros menos. Yo no les creo. A ti, en cambio, te he creído siempre.

-Porque yo te quiero, Kira.

-Entonces quítate la diadema. En una ocasión me dijiste que eso era pecado.

Rumata se echó a reír. Era feliz. Se quitó la diadema, la puso sobre la mesa y la cubrió con un libro.

-Este es el ojo de Dios -dijo, y la tomó entre sus brazos-. Cerrarlo es un grave pecado. Pero mientras esté contigo, puedo pasarme sin Dios.

-Tienes razón -dijo ella, muy bajito.

Cuando se sentaron a la mesa, el asado estaba ya frío y el vino templado. Uno entró y, andando tan silenciosamente como le había enseñado el viejo Muga, fue encendiendo los candiles, aunque todavía había bastante luz.

-¿Ese chico es esclavo tuyo?

-No, es libre. Es un buen muchacho... aunque bastante tacaño.

-Al dinero le gusta que lo cuenten -dijo Uno sin volverse.

-¿Has comprado ya las sábanas nuevas? -preguntó Rumata.

-¿Para qué? -exclamó el muchacho-. Las viejas todavía sirven.

-Escucha, Uno -dijo Rumata-. Comprende que yo no puedo dormir un mes seguido en las mismas sábanas.

-¡Je! -profirió el muchacho-. Su Majestad duerme en las mismas sábanas medio año, y no se queja.

-Y el aceite de los candiles -dijo Rumata, guiñándole un ojo a Kira-, ¿acaso lo regalan?

Uno se inmovilizó.

-Como hoy tenéis visita... -dijo finalmente.

Rumata se echó a reír.

-¿Ves cómo es?

-Es un buen chico -dijo Kira seriamente-. Se ve que te quiere. Tiene que venirse con nosotros.

-Ya veremos -respondió evasivamente Rumata.

Al escuchar esto, el muchacho se apresuró a protestar:

-¿Dónde hay que ir? Yo no voy a ir a ninguna parte.

-Nos iremos a un sitio donde todos son como Don Rumata -le cortó Kira.

El muchacho se lo pensó unos instantes.

-¿A un paraíso de los nobles? -preguntó por fin, desdeñosamente. Luego se echó a reír y salió chancleteando del gabinete. Kira lo siguió con la mirada.

-Es un buen muchacho -dijo-. Parece insociable como un osezno, pero en él tienes a un buen amigo.

-Mis amigos son todos buenos.

-¿Incluido el barón de Pampa?

-¿De qué lo conoces? -se sorprendió Rumata.

-No hablas de otra persona. No se te oye decir más que el barón de Pampa eso, el barón de Pampa aquello...

-El barón de Pampa es un magnífico camarada.

-¿Qué quieres decir con que el barón es un camarada?

-Quiero decir que es una buena persona; que es bondadoso y alegre, y que quiere mucho a su esposa.

-Me gustaría conocerlo. ¿Te avergonzaría presentármelo?

-No me avergonzaría en absoluto. Pero tienes que pensar que, aún siendo bueno, sigue siendo barón.

-¡Oh!

Rumata apartó su plato.

-Bien, y ahora dime: ¿por qué lloraste, y por qué viniste sola? ¿Crees que la situación está como para andar sola por las calles?

-Lloré y vine porque ya no podía permanecer más en mi casa. No pienso volver allí. Si quieres seré tu sirvienta, pero no me hagas que vuelva.

Rumata sonrió, aunque se le había formado un nudo en la garganta.

-Mi padre está copiando cada día confesiones y denuncias -prosiguió Kira con desesperación-. Los papeles que copia están manchados de sangre. Se los entregan en la Torre de la Alegría. ¿Para qué me enseñaste a leer, Rumata? Cada tarde copia los informes de las torturas y bebe. ¡Qué cosa tan horrible! «Mira Kira», me dijo ayer, «nuestro vecino el calígrafo enseñaba a la gente a escribir. ¿Y sabes? Bajo tortura ha declarado ser un brujo y un espía irukano. ¿A quién vamos a creer ahora? El fue quien me enseñó a escribir a mí». Y mi hermano viene cada día de patrullar más borracho que el vino, con las manos sucias de sangre, y empieza a decir: «Los mataremos a todos, hasta la duodécima generación». Y luego le pregunta a padre por qué sabe leer. Hoy trajo a casa, con sus amigos, a un pobre hombre. Le estuvieron pegando hasta que dejó de gritar. No puedo seguir viviendo así. ¡Es una pesadilla! No volveré. Prefiero que me mates.

Rumata estaba junto a ella, y le acariciaba suavemente los cabellos. Kira miraba fijamente a un punto indeterminado. Sus ojos brillaban, pero estaban secos. ¿Qué podía decir él? La tomó en sus brazos, la condujo al diván, se sentó a su lado y empezó a hablarle de los palacios de cristal y de los

preciosos jardines donde no hay mosquitos ni basura, de los manteles mágicos y de las alfombras volantes, y de una ciudad encantadora que se llama Leningrado, y de sus amigos, apuestos, alegres y bondadosos, y de un país maravilloso que está más allá de los mares y las cordilleras y que se llama Tierra. Ella lo escuchaba silenciosa y atenta, y cada vez que se oía en la calle el resonar de las botas claveteadas se apretaba contra él.

Kira tenía la virtud de creer firmemente en todo lo bueno. Si aquellas mismas cosas se las contaran a un siervo de la gleba, se reiría incrédulamente, se restregaría la nariz con la manga de la camisa y se marcharía sin decir palabra, aunque tal vez se volviera de vez en cuando para mirarle, como diciendo: «No parece mal hombre ni está borracho, pero... ¡qué desgracia! Debe estar mal de la cabeza este pobre noble Don». Acude con estas historias a Don Tameo o a Don Sera, y no te escucharán hasta el final. El uno se dormirá y el otro, tras un eructo, dirá: «Todo esto es per(¡hic!)fecto, pero ¿qué me dices de las mujeres?». Don Reba no. Don Reba escucharía atentamente hasta el final, y luego llamaría a sus milicianos para que se encargaran de retorcerle los brazos al noble Don y esclarecieran quién le había contado esas cosas tan peligrosas, y quien había tenido tiempo de contárselas a él.

Al cabo de un rato, Kira se tranquilizó y se quedó dormida. Le dio un beso en la frente, la cubrió con su capa de invierno con vueltas de piel y, andando de puntillas, salió de la habitación y entornó la puerta, que rechinó como de costumbre. Rumata bajó a oscuras hasta el cuarto de la servidumbre, echó una mirada por encima de las cabezas que se inclinaban ante él y dijo:

-He tomado un ama de llaves. Se llama Kira. Vivirá arriba, en la habitación que está detrás del gabinete. Mañana mismo hay que preparar esta habitación como es debido. Al ama hay que obedecerla al igual que a mí -al decir esto miró atentamente a ver si alguien sonreía, pero se convenció de que todos escuchaban respetuosamente-. Y si me entero de que alguien de vosotros empieza a cotorrear por ahí al respecto, ¡le arrancaré la lengua!

Tras aquellas palabras, aguardó unos instantes para causar un mayor efecto, y luego volvió a subir a sus habitaciones particulares. Entró en el salón, adornado con panoplias de mohosas armas y muebles carcomidos, se acercó a la ventana, apoyó su frente en el oscuro y frío vidrio y miró a la calle. Oyó el toque de la primera guardia. En las ventanas de enfrente encendieron las luces y cerraron los postigos, para no llamar la atención a las personas y a los espíritus malignos. Todo estaba en silencio. De pronto, un borracho gritó desaforadamente. Quizá intentaran robarle algo, o tal vez era él mismo que intentaba meterse en casa ajena.

Aquellas noches solitarias, odiosas, desesperantes, eran lo peor de todo. Nosotros pensábamos que esto sería una lucha eterna, dura y victoriosa, razonó Rumata, que tendríamos siempre una idea clara de lo que es bueno y de lo que es malo, y de quién es el amigo y quién el enemigo. Y todo lo que pensábamos entonces era exacto, pero no tuvimos en cuenta muchos factores. No pudimos prever por ejemplo estas noches, a pesar de que suponíamos que las habría.

Abajo se oyó un chirriar de hierros. Por lo visto ya era tarde y estaban echando los cerrojos. La cocinera le estaría rezando a San Miki, pidiéndole un marido serio y comprensivo. El viejo Muga bostezaría, golpeándose la boca con el pulgar. Los criados estarían dándole los últimos sorbos a su cerveza de la noche y chismorreando. Y Uno, cuyos ojos brillarían en la penumbra, diría como una persona mayor:

-Basta ya de darle a la sinhueso. Parecéis...

Rumata se apartó de la ventana y dio unos pasos por el salón. Esto es desesperante, siguió pensando. No hay fuerza capaz de arrancarlos del estrecho círculo de sus preocupaciones e ideas. Se les puede dar todo: se les puede acomodar en las más modernas casas de espectroglás y acostumbrarles a los tratamientos iónicos, pero por las noches seguirán reuniéndose en la cocina, jugarán a las cartas y se reirán a carcajadas cuando a algún vecino le zurre su mujer. Para ellos no hay otra forma mejor de pasar el tiempo. En este sentido lleva razón Don Kondor: Don Reba es algo absurdo, una insignificancia comparado con este cúmulo de tradiciones y reglas gregarias santificadas por los siglos, inmutables, comprensibles hasta para el más torpe de los torpes y que, además, no obliga a pensar ni a molestarse. Don Reba no figurará ni en los libros de historia que se

estudien en la escuela: será simplemente «un aventurero de poca monta de la época en que se fortaleció el absolutismo».

¡Don Reba! Don Reba no es ni alto ni bajo, ni grueso ni excesivamente delgado, ni tiene mucho pelo ni se puede decir que sea calvo. Sus movimientos no son bruscos ni calmados. Su rostro es imposible de recordar, porque se parece a miles de otros rostros. Es cortés, galante con las damas, y sabe escuchar a sus interlocutores, aunque jamás brille por sus ideas propias.

Don Reba emergió hacía tres años, procedente de uno de los mohosos sótanos de las oficinas de palacio, como un empleadillo insignificante, obsequioso, pálido y con reflejos azulados. Poco después, el que era entonces presidente del Consejo de Ministros fue arrestado y ajusticiado inesperadamente, y días más tarde varios altos funcionarios murieron torturados, sin comprender nada, tras enloquecer de terror. Y sobre sus cadáveres creció, al igual que un monstruoso hongo pálido, aquel implacable genio de la mediocridad. Sí, Don Reba no es nadie ni viene de ninguna parte. No es la inteligencia privilegiada que destaca al lado de un monarca débil, como conocemos algunos casos en la historia, ni el hombre grande y temible que consagra su vida a la causa de la unificación de su país en aras de la autocracia. Tampoco es un favorito ambicioso, ávido de oro y de mujeres, capaz de matar a derecha e izquierda con tal de mantenerse en el poder y de gobernar para seguir matando. Circulan rumores que dicen que ni siquiera es Don Reba, que Don Reba es otra persona, y que no sabe nadie quien es éste, un brujo, un sosia o un impostor. Todo lo que don Reba piensa es un fracaso. Pensó enemistar entre sí a las dos familias más importantes del Reino, para debilitarlas y empezar así una gran ofensiva contra los barones. El resultado fue que las dos familias hicieron las paces, chocaron sus copas en señal de alianza eterna, y acto seguido arrebataron al Rey un buen pedazo de tierras que pertenecían a los Totz de Arkanar desde tiempos inmemoriales. Don Reba declaró la guerra a Irukán: él mismo condujo sus ejércitos hasta la frontera, los vio hundirse en los pantanos y perderse en los bosques, y por fin los abandonó a su suerte y huyó a Arkanar. Gracias a los esfuerzos de Don Gug, del cual no podía ni siquiera sospechar, consiguió que el duque de Irukán firmase la paz a cambio de dos ciudades fronterizas. Tras esto, el Rey tuvo que rascar hasta el fondo las ya exhaustas arcas del tesoro para sofocar las sublevaciones campesinas que se produjeron en todo el país. Tales errores hubieran bastado para colgar por los pies de lo más alto de la Torre de la Alegría a cualquier ministro, pero Don Reba siguió en el poder. Suprimió los Ministerios encargados de la Educación y del Fomento del Bienestar Público, y creó en cambio el Ministerio de Seguridad de la Corona; desplazó de sus puestos gubernamentales a los aristócratas de abolengo y a los pocos sabios que había en ellos; desorganizó por completo la economía; escribió un tratado: *Sobre la esencia animal de los labradores*; y finalmente, hacía un año, organizó la «Guardia de Seguridad», o Milicias Grises. Hitler estaba respaldado en su tiempo por los grandes monopolios. Pero Don Reba no tiene a nadie tras él, y está claro que los milicianos terminarán comiéndoselo como si fuera un conejo. No obstante, por ahora es él quien manda, el que hace y deshace, el que para enmendar una equivocación comete otra como si quisiera engañarse a sí mismo o como si para él no existiera más que el paranoico problema de destruir la civilización. Don Reba, lo mismo que Vaga Kolesó, no tiene pasado. Hace dos años cualquier noble bastardo hablaba de él como de «un plebeyo despreciable que ha engañado al Rey»; en la actualidad, todos los aristócratas se consideran parientes del Ministro de Seguridad de la Corona por línea materna.

Ahora ha capturado a Budaj. Otro disparate, otra salvaje maquinación. Budaj es un intelectual; a los intelectuales hay que echarlos al palo con pompa y ruido, para que todo el mundo se entere. Pero en esta ocasión no hay ruido ni pompa. Por lo visto necesita a Budaj vivo. ¿Para qué? Reba no es tan estúpido como para creer que Budaj va a trabajar para él. Aunque, ¿por qué no? A lo mejor Don Reba no es más que un simple idiota afortunado, que no sabe lo que quiere, pero que fingiéndose astuto hace tonterías a la vista de todos. Parece increíble: hace tres años que lo observo, y aún ahora no sé qué clase de tipo es. Claro que si él me observara a mí también se encontraría con lo mismo. ¡Todo es posible! Porque la teoría básica concreta únicamente las formas fundamentales de orientación psicológica hacia el fin, pero en realidad estas formas son tantas como personas hay y, por consiguiente, el poder puede caer en manos de un cualquiera, por ejemplo una de esas personas que se pasan la vida mortificando a sus vecinos, escupiendo en su comida o echándoles vidrio

molido en su heno. Claro que un hombre así será barrido pronto, pero mientras tanto se hartará de cometer barbaridades y de burlarse de los demás. ¿Qué le importará a alguien así el que su huella quede en la historia, o el que las generaciones futuras se rompan la cabeza intentando ajustar su comportamiento a la teoría desarrollada de las consecuencias históricas?

No tengo tiempo de ocuparme ahora de teorías, pensó Rumata. Lo único que sé es que el hombre es el portador objetivo de la inteligencia, y que todo lo que impide que el hombre desarrolle su inteligencia es nocivo. Todo lo nocivo ha de ser barrido lo más pronto posible y del modo que sea. ¿Del modo que sea? No, han de existir ciertas reglas. ¿O no? Soy un indeciso, se calificó a sí mismo. Hay que tomar una resolución. Tarde o temprano, hay que tomar una resolución.

En aquel momento recordó a Doña Okana. Bien, decide entonces. Empezaremos por esto. Si alguien quiere limpiar un retrete no puede esperar salir con las manos limpias. Rumata sintió que se le revolvía el estómago al pensar en lo que le esperaba. Pero esto es mejor que tener que matar. Entre estar sucio o manchado de sangre prefiero estar sucio. Con estos pensamientos en la cabeza, y andando de puntillas para no despertar a Kira, entró en el gabinete y se cambió de ropa. Cogió la diadema-transmisor, la miró unos momentos, y la metió en el cajón de la mesa. Luego se colocó en el pelo, tras la oreja derecha, una pluma blanca, símbolo del amor apasionado; se puso la espada, y echó sobre sus hombros su mejor capa. Cuando ya estaba abajo, descorriendo los cerrojos de la puerta, pensó: «Si Don Reba sabe esto, se acabó Doña Okana». Pero ya era tarde para volverse atrás.

IV

En el salón de Doña Okana se hallaban ya todos los invitados, pero ella aún no se había presentado. Junto a una mesita dorada llena de entremeses bebían, adoptando ridículas posturas teatrales, unos oficiales de la guardia real tan célebres como espadachines que como mujeriegos. Al lado de la chimenea procuraban reírse unas damitas ya entradas en años, delgadas, pálidas y poco interesantes, que precisamente por eso habían sido elegidas por Doña Okana como confidentes. Estaban sentadas en unos sofás bajos y, ante ellas, galanteaban tres vejestorios de canijas piernas en perpetuo movimiento. Eran los elegantes de los tiempos de la pasada regencia, y los únicos que se acordaban de las ingeniosidades de entonces. Todo el mundo sabía que sin la presencia de aquellos vejestorios ningún salón era realmente un salón. En medio de la sala, de pie y con las piernas abiertas, estaban Don Ripat, uno de los más valiosos agentes de Rumata. Don Ripat era teniente de una compañía Gris de merceros, poseía unos espléndidos bigotes, y carecía en absoluto de principios morales. En aquel momento tenía las manos metidas en el cinto y escuchaba atentamente a Don Tameo. Este le explicaba en términos muy confusos su nuevo proyecto, encaminado a perjudicar a los plebeyos en beneficio de los mercaderes. Don Tameo miraba de vez en cuando a Don Sera, que andaba de pared en pared, buscando infructuosamente la puerta. En un rincón, mirando desconfiadamente a todos lados, dos notables pintores retratistas terminaban de comerse un asado de cocodrilo con cebolla. No lejos de ellos, en el antepecho de una ventana, estaba sentada una mujer de edad: era la dama de compañía que Don Reba le había asignado a Doña Okana. La pobre mujer miraba fijamente hacia adelante y, de tanto en tanto, daba una cabezada.

Apartados de los demás, un personaje de sangre real y el secretario de la embajada de Soán se entretenían jugando a las cartas. El personaje hacía trampas, y el secretario sonreía condescendientemente. En realidad, era la única persona del salón que estaba haciendo realmente algo: recogía datos para el próximo informe de la embajada.

Cuando entró Rumata, los oficiales de la guardia se apresuraron a saludarle con entusiasmo. Rumata les dirigió un amistoso gesto y avanzó a saludar a los presentes. Cambió una reverencia con los elegantes vejestorios, dedicó unos cumplidos a las delgadas confidentes, que se fijaron inmediatamente en su pluma blanca, dio unos golpecitos en la espalda del personaje de sangre real, y finalmente fue a reunirse con Don Ripat y Don Tameo. Cuando pasó junto al antepecho de la ventana, la dama de compañía dio una cabezada y eructó una vinosa vaharada.

Al ver que Rumata se acercaba, Don Ripat sacó las manos del cinto e hizo sonar sus tacones, y Don Tameo dijo a media voz:

-¿Es posible? ¡Me alegro que hayáis venido! Había perdido ya las esperanzas, «al igual que el cisne que, con un ala rota, mira hacia una estrella». Estaba francamente aburrido. De no ser por nuestro amable Don Ripat, me hubiera muerto de tristeza.

Se notaba que Don Tameo se había despejado un poco antes de la comida, aunque seguía sin poderse contener.

-¿Así que citando versos de Tsurén el Rebelde? -se sorprendió Rumata.

Don Ripat se envaró inmediatamente, y miró con fiereza a Don Tameo.

-¿Eh? -exclamó este, confuso-. ¿De Tsurén? ¿Por qué de Tsurén? ¡Oh, sí! Lo hice para ironizar. ¡Vos lo sabéis bien, nobles Dones! ¿Quién es Tsurén? Un despreciable demagogo desagradecido. Yo intentaba subrayar...

-Que Doña Okana aún no ha llegado, y que todos la añoramos -atajó Rumata.

-Exacto. Eso es precisamente lo que intentaba subrayar.

-¿Y dónde está?

-La esperamos de un momento a otro -dijo Don Ripat, que inclinó ligeramente la cabeza en un saludo de despedida y se retiró.

Las confidentes, con sus bocas abiertas en una medida única, no apartaban los ojos de la pluma blanca. Los elegantes vejestorios reían con afectación. Por fin, Don Tameo también se dio cuenta de la pluma.

-¡Mi querido amigo! -le dijo a Rumata-. ¿Por qué hacéis eso? ¿Y si se presentara Don Reba? De acuerdo que hoy no es esperado, pero...

-No hablemos de eso -respondió Rumata, al tiempo que echaba una nerviosa ojeada a su alrededor. Quería acabar cuanto antes.

Los oficiales de la guardia se acercaban, con las copas preparadas.

-Estáis pálidos -dijo Don Tameo en voz baja-. Claro: el amor, la pasión... Pero, ¡por San Miki bendito!, el Estado está por encima de todo. Esto es jugar con fuego, mi querido amigo... y ofender sentimientos.

En el rostro de Don Tameo se produjo de pronto un cambio, y empezó a retroceder y a separarse de Rumata, haciendo reverencias. En aquel momento llegaron los de la guardia, rodearon a Rumata y le ofrecieron una copa llena hasta el borde.

-¡Por el honor y el Rey! -brindó uno de ellos.

-¡Y por el amor! -añadió otro.

-Demostradle lo que es la guardia, noble Don Rumata -dijo un tercero.

Rumata no había hecho más que coger su copa cuando vio a Doña Okana. Estaba en la puerta, abanicándose y moviendo perezosamente los hombros. Sí, desde lejos parecía incluso hermosa. No era el tipo de mujer preferido de Rumata, sino una gallinita tonta y lasciva, pero era hermosa. Tenía unos enormes ojos azules, aunque sin sombra de sentimiento ni de calor, una boca suave y experimentada, y un cuerpo magnífico cuyas insinuantes desnudeces apenas ocultaba el elegante traje. El oficial que estaba tras Rumata simuló un ruidoso beso. Rumata le entregó su copa sin mirarlo y se dirigió al encuentro de Doña Okana. Todos los presentes apartaron la vista de ellos y empezaron a hablar de cosas intrascendentes.

-Vuestra belleza deslumbra -dijo Rumata en voz baja, haciendo una profunda reverencia-. Permitidme postrarme a vuestras plantas, cual galgo a los pies de la bella desnuda e indiferente.

Doña Okana se cubrió el rostro con el abanico y entornó los ojos.

-Sois muy decidido, mi noble Don -dijo-. Nosotras, las pobres provincianas, somos incapaces de resistir semejantes asaltos-. Hablaba pronunciando las palabras en voz baja y un poco ronca-. No puedo hacer más que abriros las puertas del fuerte y dejaros entrar triunfalmente.

Rumata rechinó los dientes de furia y vergüenza, y aún se inclinó más. Doña Okana descendió el abanico y dijo en voz alta:

-¡Distraeos, nobles amigos! ¡Don Rumata y yo volveremos pronto! Quiero enseñarle mis nuevos tapices de Irukán.

-¡No nos abandonéis por mucho tiempo, encanto! -pareció balar uno de los vejestorios.

-¡Seductora! -pronunció dulcemente otro de los viejos-. ¡Hada!

Los oficiales de la guardia hicieron sonar sus espadas.

-La verdad es que sabe aprovechar las ocasiones -comentó con voz muy clara el personaje de sangre real.

Doña Okana tomó a Rumata del brazo y se lo llevó. Cuando ya estaban en el pasillo, Rumata oyó cómo Don Sera decía, con tono de envidia:

-No veo ninguna razón que impida que un noble Don pueda contemplar unos tapices de Irukán...

Al llegar al extremo del corredor, Doña Okana se detuvo de repente, pasó los brazos alrededor del cuello de Rumata, exhaló un suspiro afónico que quería expresar la pasión que la desbordaba, y le sorbió la boca con sus labios. Rumata dejó de respirar. El hada olía a sudor y a perfumes estorianos. Sus labios eran calientes, húmedos, y estaban pegajosos de dulces. Rumata procuró sobreponerse a sí mismo y corresponder al beso. Y por lo visto lo consiguió, puesto que Doña Okana volvió a suspirar y se abandonó en sus brazos con los ojos cerrados. Aquella escena duró una eternidad. Ahora vas a ver lo que es bueno, buscona, pensó Rumata, y la abrazó con fuerza. Se oyó un chasquido, como si se le hubiera roto una ballena del corsé o una costilla, y la mujer lanzó un quejido, abrió unos ojos admirados y se revolvió queriendo soltarse. Rumata abrió inmediatamente los brazos.

-¡Sois un bárbaro! -dijo ella, respirando dificultosamente pero con admiración en su voz-. Por poco me partís.

-Es el amor que me abrasa -murmuró él en tono de disculpa.

-Y a mí también. ¡Si supierais cómo os he esperado! ¡Venid, venid aprisa!

Lo llevó por una serie de oscuras y frías habitaciones. Rumata sacó el pañuelo y se limpió los labios. Aquella aventura empezaba a parecerle imposible. Pero era necesaria. ¿Qué culpa tengo yo? Este asunto no se resuelve con buenas palabras. ¡San Miki bendito, ¿por qué la gente de palacio no se lava nunca?! ¡Y qué temperamento! Preferiría que se presentara Don Reba. Mientras iba pensando estas cosas, ella lo arrastraba de igual forma que una hormiga a un gusano muerto. Rumata, que imaginaba ser el último de los idiotas, decidió retener a Doña Okana halagándola con unas banales palabras alusivas a sus veloces pies y a sus rojos labios. Ella lanzó una estridente carcajada, pero no se detuvo. Por fin se vio empujado a un gabinete donde hacía mucho calor, y que efectivamente tenía las paredes cubiertas con tapices de Irukán. Doña Okana se dejó caer inmediatamente en un enorme lecho que ocupaba completamente uno de los lados, y apenas se hubo acomodado entre las almohadas clavó en él sus hiperesténicos ojos. Rumata permanecía envarado como un poste. El gabinete olía a chinches.

-¡Oh, qué bello sois! -murmuró ella en voz muy baja-. Venid: ¡me hicisteis esperar tanto!

Rumata inspiró profundamente. Sentía náuseas. Gotas de sudor corrían por sus mejillas. No puedo más, pensó. Al cuerno con toda esta información. Huele a zorra... o a mona. Es algo antinatural, sucio... La suciedad es preferible al derramamiento de sangre, ¡pero esto es mucho más que suciedad!

-¿Qué hacéis, noble Don? ¡Venid aquí! ¿No veis que os estoy esperando? -gritó Doña Okana con voz chillona.

-¡Iros al diablo! -respondió Rumata.

Ella se levantó y se le acercó.

-¿Qué os pasa? ¿Estáis borracho?

-No sé. Me falta aire.

-¿Queréis que pida una palangana?

-¿Qué palangana?

-No os preocupéis, todo pasará -dijo ella, y empezó a desabrocharle la camisa con manos temblorosas de impaciencia-. Sois hermoso... -murmuró, sofocada- pero tímido como un novato. ¿Quién iba a pensarlo? Esto es seductor, os lo juro por Santa Bara.

Rumata tuvo que sujetarle las manos. Mirándola desde su mayor altura, podía ver su cabello sin asear pegajoso de grasa, sus redondos y desnudos hombros con bolillas de polvos, y sus pequeñas

orejas color carmesí. Todo esto es repugnante, pensó. No puedo soportarlo. Y es una lástima, porque algo tiene que saber. Don Reba es de los que hablan mientras duermen. Además, a veces la lleva a los interrogatorios. A ella le gustan. Pero no puedo.

-Bien... ¿qué? -dijo ella, irritada.

-Vuestros tapices son magníficos -respondió él en voz alta-. Pero debo irme.

En un primer momento ella no comprendió. Luego, su cara se descompuso.

-¿Cómo os atrevéis? -comenzó a decir. Pero él ya había abierto la puerta, salido al pasillo y echado a correr. Desde mañana mismo dejaré de lavarme, iba pensando. En este lugar hay que ser un cerdo y no un dios-. ¡Capón! -le gritó ella desde lejos-. ¡Castrado mocoso! ¡Ni empalado vas a pagar...!

Rumata abrió una ventana y saltó por ella al jardín. Se detuvo bajo un árbol y respiró profundamente durante unos minutos. Luego recordó la maldita pluma blanca, se la arrancó, la estrujó y la tiró. Pashka tampoco hubiera podido hacer nada, pensó. Ninguno de nosotros. «¿Estás seguro?». «Sí, seguro». «Entonces, todos juntos no servís para nada». «¡Pero esto da náuseas!». «¿Y qué tiene que ver el experimento con tus escrúpulos? Si no sirves, ¿para qué te metes?». «Pero yo no soy un animal». «Si el experimento lo requiere, hay que ser un animal». «El experimento no puede exigir esto de nosotros». «Te equivocas, sí puede». «Entonces...». «¿Qué ocurre con entonces?». Rumata no sabía qué contestarse a sí mismo. «Entonces... entonces... Bueno, admitamos que soy un mal sociólogo», pensó, encogiéndose de hombros. «Procuraré enmendarme. Aprenderemos a convertirnos en cerdos».

Era cerca de la medianoche cuando Rumata regresó a su casa. Se soltó las hebillas y, sin desnudarse, se echó en el diván que había en el gabinete y se quedó dormido en el acto.

No tardaron en despertarlo los indignados gritos de Uno y un rugido bajo y cordial que exclamaba:

-¡Quita de ahí, lobezno, o te aplastaré una oreja!

-¡Os digo que está durmiendo!

-¡Largo, no te me pongas delante!

-¡Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie!

Por fin se abrió la puerta y el enorme barón de Pampa, señor de Bau, irrumpió en el gabinete, con sus mofletes colorados, sus dientes blancos, su enhiesto bigote, el birrete de terciopelo ladeado y una riquísima capa de color frambuesa ocultando la coraza de cobre. Tras él entró Uno, aferrado a la pernera derecha de los calzones del barón.

-¡Barón! -exclamó Rumata, saltando del diván-. ¿Cómo, estáis en la ciudad? ¡Uno, deja tranquilo al barón!

-¡Qué muchacho más pegajoso! -bramó el barón, yendo al encuentro de Rumata con los brazos abiertos-. Promete mucho. ¿Cuánto queréis por él? Bueno, ya hablaremos luego de esto. ¡Dejadme que os abrace!

Se abrazaron. El barón olía reconfortantemente a polvo de la carretera, a sudor de caballo y a todo un bouquet de vinos surtidos.

-Por lo que veo, querido amigo, también vos tenéis la cabeza despejada -dijo el barón con desánimo-. Claro que vos nunca estáis borracho. ¡Siempre sois feliz!

-Sentaos, amigo -dijo Rumata-. ¡Uno, trae vino de Estoria!

El barón levantó una manaza.

-¡No probaré ni gota!

-¿No queréis vino de Estoria? ¡Uno, no lo traigas de Estoria, tráelo de Irukán!

-¡No quiero ninguna clase de vino! -dijo amargadamente el barón-. No bebo.

Rumata lo miró con honda sorpresa.

-¿Qué os pasa? -preguntó preocupado-. ¿Estáis enfermo?

-Estoy sano como un toro. Pero esas malditas discusiones familiares... Bueno, la verdad es que me he peleado con la baronesa, y aquí estoy.

-¿Qué os habéis peleado con la baronesa? ¡Eso sí que es una buena broma, barón!

-Sí, yo también pienso que ha de ser una broma. ¡He galopado doscientos kilómetros como entre nubes!

-Amigo mío -dijo Rumata-, ahora mismo tomamos los caballos y nos vamos a Bau.

-Imposible. Mi jaca está agotada. Además, esta vez estoy dispuesto a castigarla.

-¿A quién?

-¡A la baronesa, diablos! ¡Para algo soy un hombre! ¿Qué os parece? A ella no le gusta que Pampa esté borracho. ¡Muy bien, pues que me vea despejado! Prefiero pudrirme aquí bebiendo agua que volver al castillo.

Uno se acercó a Rumata y murmuró:

-Decidle que no me tire de las orejas.

-¡Largo de aquí, lobezno! -rugió el barón bonachonamente-. ¡Y trae cerveza! He sudado infernalmente, y necesito reponer los humores perdidos.

El barón compensó los humores perdidos durante media hora, y se achispó un poco. En los intervalos que hizo entre los tragos fue informando a Rumata de sus desdichas. La culpa de todo la tenían «esos malditos vecinos borrachines que se meten en el castillo. Llegan por la mañana diciendo que van a cazar, y en un abrir y cerrar de ojos ya están borrachos perdidos rompiendo todos los muebles. Andan por todo el castillo, lo ensucian todo, ofenden a la servidumbre, maltratan a los perros, y son un detestable ejemplo para el baroncito. Luego cada cual se va a su casa, y yo me quedo con una curda que no me deja dar un paso y a solas con la baronesa».

Cuando terminó su narración, el barón estaba tan apesadumbrado que incluso pidió un poco de estoria. Pero después lo reconsideró y exclamó:

-¡Rumata, Vámonos de aquí! ¡Vuestra bodega está demasiado bien surtida! ¡Vamos a otro lado!

-¿Adonde?

-¡Y qué más da! Aunque sea a *La Alegría Gris*.

-Hum -refunfuñó Rumata-. ¿Y qué vamos a hacer en *La Alegría Gris*?

El barón permaneció un rato en silencio, tirándose del bigote, y finalmente dijo:

-¿Que qué vamos a hacer? Simplemente, nos sentaremos y charlaremos un rato.

-¿En *La Alegría Gris*? -volvió a preguntar Rumata.

-¡Por supuesto que sí! -respondió el Barón-. Os comprendo, aquello es horroroso, pero a pesar de todo iremos. Porque si no lo hacemos así, mientras esté aquí sentiré deseos de beber estoria. ¿Comprendéis?

-¡Mi caballo! -ordenó Rumata a Uno, y fue al gabinete a buscar su transmisor. Al cabo de unos minutos ambos hombres iban a caballo por una calle estrecha y completamente a oscuras. El barón, que se había despejado un poco, iba hablando en voz alta, contando que anteayer había cazado un jabalí con los perros, alabando las buenas cualidades del baroncito, relatando el milagro del monasterio de San Tuki, donde el padre rector había parido por la cadera un niño con seis dedos... todo ello sin olvidarse de aullar de tanto en tanto como un lobo, ululando y dando fustazos a los cerrados postigos de las ventanas.

Cuando llegaron a *La Alegría Gris*, el barón frenó su corcel y se quedó pensativo. Rumata aguardó. Por las sucias ventanas de la taberna salía mucha luz. Atados a un poste había varios caballos. Unas jóvenes pintarrajeadas, sentadas en un banco situado bajo las ventanas, discutían entre sí perezosamente. Dos mozos rodaron dificultosamente un enorme barril y lo metieron por la puerta.

-Solo -murmuró tristemente el barón-. ¡Toda la noche solo! Y ella allí...

-No os pongáis así, amigo mío -dijo Rumata-. Al fin y al cabo, ella está con el baroncito, y vos estáis conmigo.

-Es distinto -dijo el barón-. Vos no me comprendéis. Todavía sois demasiado joven y despreocupado. Incluso quizá os resulte agradable contemplar a esas busconas.

-¿Y por qué no? -inquirió Rumata, mirando fijamente al barón-. Me parecen unas chicas muy agradables.

El barón agitó la cabeza y se echó a reír sarcásticamente.

-Mirad, esa que hay ahí tiene el culo caído, y esa otra que se está rascando no tiene ni eso. En el mejor de los casos son tan sólo jamelgos, amigo mío. ¡Recuerde a la baronesa! ¡Qué manos, qué gracia! ¡Y qué talle, amigo!

-Sí, por supuesto -asintió Rumata-. La baronesa es muy hermosa. Vámonos de aquí.

-¿Adonde? ¿Y por qué? -una sombra de decisión cruzó el rostro del barón de Pampa-. No, amigo mío, no voy a ninguna parte. Vos podéis hacer lo que queráis -empezó a desmontar-... aunque sentiría mucho que me dejarais solo.

-Ni hablar de eso, me quedo con vos. Pero...

-No hay peros, que valgan -concluyó definitivamente el barón.

Les dieron las riendas a un mozo que se les acercó corriendo, pasaron orgullosamente por delante de las busconas y entraron en la sala. Allí casi no se podía respirar. La luz de los candiles a duras penas se abría paso a través de la niebla de humo. Sentados en bancos arrimados a largas mesas bebían, comían, juraban, se reían, lloraban, se besaban y vociferaban canciones indecentes soldados bañados en sudor y con los uniformes desabrochados, marineros vagabundos con casacas de colores vestidas a pelo, mujeres con los senos casi al aire, milicianos Grises con las hachas entre las piernas y andrajosos artesanos. A la izquierda se divisaba en la penumbra un mostrador, donde el dueño, sentado en lo alto entre varios gigantescos toneles, dirigía el enjambre de mozos de servicio, tan rápidos como tunantes, y a la derecha, formando un rectángulo luminoso, se recortaba la puerta de entrada a la parte «limpia», reservada a los nobles Dones, a los mercaderes respetables y a los oficiales Grises.

-Bueno, ¿y por qué no hemos de beber? -dijo irritado el barón de Pampa, y cogiendo a Rumata del brazo lo arrastró hacia el mostrador a través de un estrecho pasillo que quedaba entre las mesas, arañando las espaldas de los que estaban sentados con la pancera de su coraza. Cuando llegó a su meta, arrebató al dueño el cazo que tenía en la mano y que le servía para escanciar el vino en las jarras, lo secó de un trago sin pronunciar palabra, y luego exclamó que ya todo estaba perdido y que lo único que podían hacer era divertirse de la mejor manera posible. Después se volvió hacia el dueño y le preguntó a grandes voces si en su establecimiento había algún sitio donde las personas distinguidas pudieran pasar el tiempo decente y modestamente sin ser molestadas por la presencia de canallas, andrajosos y chusma. El dueño le respondió que sí, que había ese sitio.

-¡Magnífico! -exclamó el barón, y le echó al hombre varias piezas de oro-. Danos a este noble Don y a mí lo mejor que tengas, y haz que nos lo sirva no una linda zorra de esas que tienes por aquí, sino una mujer respetable.

El mismo dueño acompañó a los nobles Dones a la parte «limpia». Allí había poca gente. En un rincón pasaban lastimosamente el tiempo un grupo de oficiales Grises (cuatro tenientes con ajustados uniformes y dos capitanes con capotas llevando las insignias del Ministerio de Seguridad de la Corona). Junto a una ventana se aburrían miserablemente, contemplando una garrafita, dos jóvenes aristócratas. Cerca de ellos había un montón de nobles arruinados, con ropas raídas y capas remendadas, bebiendo cerveza a pequeños tragos y echando a cada momento ojeadas a la sala en busca de una presa.

El barón se dejó caer en un banco que había al lado de una mesa libre, miró de soslayo a los agentes Grises y refunfuñó:

-Aquí también penetra la chusma... -pero en aquel momento una opulenta matrona trajo la primera ronda. El barón chasqueó la lengua, sacó su puñal del cinto y puso manos a la obra. Empezó a devorar buenas lonchas de carne de ciervo asada, montañas de mariscos y barreños de ensalada y mayonesa, todo ello regado con verdaderas cataratas de vino y cerveza. Los nobles arruinados comenzaron a pasarse, de uno en uno y de dos en dos, a la mesa del barón, y este los fue recibiendo con entusiasmo, invitándolos con movimientos del brazo y ruidos de la tripa.

De repente dejó de engullir, clavó sus ojos en Rumata, y bramó como si estuviera en mitad del bosque:

-¡Hacía tiempo que no había estado en Arkanar, y debo deciros honradamente que hay aquí algo que no me gusta!

-¿Qué es lo que no os gusta? -se interesó Rumata, sin dejar de chupar el ala de pollo que tenía en la mano.

En los rostros de los nobles se reflejó una respetuosa atención.

-¡Decidme, mi querido amigo! -dijo el barón, limpiándose las manos en los faldones de su capa-. ¡Decidme vosotros, nobles Dones! ¿Desde cuándo es costumbre en la corte de Su Majestad el Rey que los descendientes de las más linajudas familias del Imperio no puedan dar un paso sin tropezar con algún tendero o carnicero?

Los nobles se miraron unos a otros y empezaron a apartarse. Rumata miró de reojo hacia el rincón donde se encontraban los Grises. Estos habían dejado de beber y estaban mirando al barón.

-Os voy a decir por qué ocurre esto, nobles Dones -prosiguió el barón de Pampa-. Todo ello es debido a que la gente de aquí se ha acobardado. La gente de aquí lo aguanta todo porque tiene miedo. ¡Tú tienes miedo! -gritó, señalando con el dedo al noble que tenía más cerca. El aludido puso cara avinagrada y se apartó sonriendo estúpidamente-. ¡Cobardes! -vociferó el barón, y sus bigotes se enhiestaron.

Quedaba claro que de los nobles no podía esperarse nada. No querían pelea. Preferían beber y comer algo. En vista de ello, el barón pasó una pierna por encima del banco, tiró de su bigote derecho, fijó la vista en el rincón donde estaban los oficiales Grises y dijo:

-Pero yo no temo absolutamente a nadie. ¡En cuanto veo a un mequetrefe Gris, le parto la cara!

-¿Qué es lo que ronquea ese barril de cerveza? -preguntó uno de los capitanes Grises, de alargada cara.

El barón sonrió satisfecho. Se levantó de la mesa armando un enorme alboroto, y se encaramó en el banco. Rumata, elevando una ceja, dedicó su atención a la otra ala del pollo.

-¡Hey, chusma Gris! -bramó el barón, como si los oficiales estuvieran a un kilómetro de distancia-. ¿Sabéis que hace tres días yo, el barón de Pampa, señor de Bau, les di a los vuestros una buena paliza? ¿Sabéis, amigo mío -se dirigía ahora a Rumata, mirándolo desde su altura cerca del techo-, que estábamos el padre Kabani y yo tomando unas copas en mi castillo, cuando llega mi mozo de establos y me dice que una banda de Grises está destrozando el albergue de *La Herradura de Oro*? ¡Mi albergue! ¡En mis tierras patrimoniales! Así que ordené: «¡A los caballos!», y fuimos a por ellos. Os lo juro por mis espuelas, ¡eran toda una banda! Al menos había unos veinte. Habían detenido a tres hombres, y se habían emborrachado... Esos tenderos no saben leer. Empezaron a pegarle a todo el mundo y a romper cuanto caía en sus manos. De modo que cogí a uno por una pata y... bueno, empezó la fiesta. Les hice correr hasta el Soto de las Espadas. La sangre que quedó llegaba hasta los tobillos, y las hachas abandonadas formaban un montón así de grande...

La narración se interrumpió en aquel punto, porque el capitán de la cara alargada agitó su mano y un cuchillo resbaló por el peto de la coraza del barón.

-¡Por fin! -exclamó éste, y desenvainó su mandoble.

El barón saltó del banco con una agilidad insospechada, mientras su espada surcaba el aire como una cinta plateada e iba a cortar una de las vigas del techo. Este último cedió ligeramente, y sobre la cabeza del barón cayó una nube de polvo. Pampa lanzó un juramento.

Los nobles se acurrucaron junto a la pared. Los jóvenes aristócratas se subieron a la mesa para ver mejor y los Grises, con sus aceros por delante, formaron un semicírculo y avanzaron a paso corto hacia el barón. El único que seguía sentado era Rumata, que estaba calculando por cuál de los dos lados del barón le sería más fácil levantarse sin ser alcanzado por su espada.

La ancha hoja silbaba siniestramente, girando sobre la cabeza del barón. Este parecía un helicóptero de transporte con el rotor funcionando en vacío.

Los Grises cercaron al barón por tres lados, pero tuvieron que detenerse. Uno de ellos tuvo la mala fortuna de ponerse de espaldas a Rumata, el cual lo cogió por el cuello por encima de la mesa, lo volteó de espaldas sobre un plato lleno de sobras, y le golpeó con el filo de la mano un poco más abajo de la oreja. El Gris soltó un gruñido de cerdo, cerró los ojos y quedó como muerto. El barón, al darse cuenta de lo que ocurría, gritó:

-¡Acabad con él, Don Rumata! ¡Yo acabo con los otros!

Rumata empezó a temer que el barón matase realmente a los demás, por lo que se dirigió a los Grises y gritó:

-¡Oíd! ¿Para qué vamos a aguarnos la fiesta mutuamente? Vais a salir perdiendo de todos modos, así que ¡tirad las armas y largaos antes de que sea tarde!

-¡En absoluto! -aulló el barón-. ¡Yo *quiero* batirme! ¡Batios, mal rayo os parta! -y arremetió contra los Grises, haciendo girar cada vez más aprisa su mandoble. Los otros comenzaron a retroceder, cada vez más pálidos. Se notaba que nunca habían visto un helicóptero. Rumata saltó al otro lado de la mesa.

-Esperad, amigo -le dijo al barón-. ¿Qué necesidad tenemos de reñir con esa gente? ¿Realmente os molestan tanto? Pues dejad que se vayan, y en paz.

-Sin armas no podemos irnos -dijo quejumbrosamente uno de los tenientes-. Estamos de patrulla, y esto nos costaría caro.

-¡Pues que el diablo os lleve, marchaos con ellas! -autorizó Rumata-. Envainad los aceros, poned las manos detrás de la cabeza y... ¡largo, y de uno en uno!

-¿Pero cómo vamos a salir si ese noble Don no nos deja pasar?

-¡Ni os dejaré! -aulló el barón.

Los jóvenes aristócratas se echaron a reír a carcajadas.

-Bueno -intervino Rumata-, yo sujetaré al barón mientras. Pero salid aprisa, no voy a poder contenerlo mucho tiempo. ¡Eh, los de la puerta, dejad libre el paso!

Dicho esto, sujetó al barón por su ancha cintura y le dijo en voz baja:

-Olvidáis una cosa muy importante, mi noble amigo. La espada que tenéis en vuestras manos tan sólo fue utilizada por vuestros antepasados en acciones nobles, y este es el motivo de su inscripción: *Nunca me sacarás en las tabernas.*

A la cara del barón, que seguía remolineando su espada, afloraron síntomas de duda.

-Pero no tengo otra espada a mano -arguyó con incertidumbre.

-¡Tanto peor para vos!

-¿Lo creéis realmente?

-¡Por supuesto! ¡Aunque vos deberíais saberlo mejor que yo!

-Sí -dijo finalmente el barón-. Lleváis razón. -Luego prestó atención al movimiento de sus manos y agregó-: Pero sabed, Don Rumata, que puedo permanecer así tres o cuatro horas, dándole vueltas a la espada, sin cansarme en absoluto. ¡Oh, si ella me viese ahora!

-No os aflijáis -le consoló Rumata-. Os prometo que se lo contaré todo.

El barón suspiró y bajó el mandoble. Los Grises se apresuraron a buscar el camino hacia la salida, encogidos. El barón siguió con la vista su retirada.

-No sé, no sé -murmuró, indeciso-. ¿Os parece que he hecho bien no despidiéndolos a puntapiés?

-Habéis actuado correctamente -aseguró Rumata.

-Bueno, ¿qué le vamos a hacer? -se lamentó el barón, envainando de nuevo la espada-. Ya que no hemos conseguido reñir, por lo menos comeremos y beberemos un poco.

El teniente Gris al que Rumata había tendido sobre el plato seguía allí, sin recobrar el conocimiento. El barón lo cogió por una pierna y lo echó a un lado como si fuera un trapo. Luego gritó:

-¡Eh, tabernera! ¡Trae más vino y más comida!

Los jóvenes aristócratas se acercaron al barón y lo felicitaron respetuosamente por su victoria.

-Esto no es nada -dijo él amablemente-. Seis blandos y ruines bravucones, cobardes como todos los tenderos. En *La Herradura de Oro* fueron más de veinte los que puse en fuga. Y tuvieron suerte -prosiguió, dirigiéndose a Rumata- de que no llevara en aquel momento mi espada de combate. Si no, me hubiera olvidado de todo y la habría desenvainado... Claro que *La Herradura de Oro* no es una taberna, sino tan solo un albergue...

-En algunas espadas puede leerse también: *Nunca me sacarás en los albergues*. -dijo Rumata.

La sirvienta trajo nuevos platos de carne y más jarras de vino. El barón se preparó a reanudar su tarea.

-Por cierto -dijo Rumata-, ¿quiénes eran aquellos tres prisioneros que decís liberasteis en *La Herradura de Oro*?

-¿Que yo liberé? -el barón dejó de comer y miró a Rumata-. Mi querido amigo, por lo visto me he expresado mal. Yo no liberé a nadie. Su arresto es cuestión de Estado, de modo que ¿por qué tenía yo que liberarles? Pero uno de ellos era un noble Don y evidentemente bastante cobarde, y los otros dos eran un criado y con toda evidencia un instruido...

-Sí, entiendo... -dijo Rumata, sintiéndose apesadumbrado.

De pronto, el barón se puso rojo y sus ojos se desencajaron.

-¿Otra vez? -bramó.

Rumata se giró para ver lo que ocurría. En la puerta estaba Don Ripat. El barón se puso en pie y derribó el banco y uno de los platos. Don Ripat miró significativamente a Rumata y salió.

-Perdonad, barón -dijo Rumata, levantándose-. Se trata del servicio al Rey.

-¡Oh! -exclamó el barón, desilusionado-. Lo siento. Os juro que por nada del mundo entraría en este servicio.

Rumata salió de la parte «limpia». Don Ripat estaba esperando al lado mismo de la puerta.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó Rumata.

-Hace dos horas -comunicó diligentemente Don Ripat-, y por orden del Ministro de Seguridad de la Corona, Don Reba, he arrestado y conducido a Doña Okana a la Torre de la Alegría.

-¿Y? -inquirió Rumata.

-Doña Okana fue sometida a la prueba del fuego. No la pudo resistir. Hace una hora que ha muerto.

-¿Algo más?

-Se la acusaba de espionaje. Pero... -Don Ripat vaciló y bajó la vista-... creo que...

-Entiendo -dijo Rumata.

Don Ripat lo miró con ojos culpables.

-No pude hacer... -empezó a decir.

-Eso no es cosa vuestra -interrumpió Rumata con voz ronca.

Los ojos de Don Ripat volvieron a empañarse. Rumata se despidió de él y volvió a la mesa. El barón estaba dando fin al primer plato de sepia rellena.

-¡Estoria! -pidió Rumata-. ¡Traed más estoria! ¡Vamos a divertirnos, diablos! ¡Vamos a...!

Cuando Rumata volvió en sí estaba tirado en medio de un gran solar baldío. Despuntaba una mañana gris. A lo lejos cantaban unos gallos. Una bandada de cornejas volaba describiendo círculos y graznando sobre un montón de desperdicios. Olía a humedad y a carroña. El embotamiento de la cabeza se le iba pasando rápidamente, y entraba en un estado de percepción clara y precisa que le era bien conocido. Sentía desvanecerse en su lengua un agradable amargor de menta. Los dedos de la mano derecha le escocían enormemente. Rumata levantó el puño y vio que tenía la piel de los nudillos desollada, y en la mano un frasco vacío de kasparamida. El específico era un poderoso antídoto contra las intoxicaciones alcohólicas con el que la Tierra proveía a sus exploradores destacados en los planetas atrasados. Por lo visto, cuando llegó hasta aquel solar y antes de convertirse completamente en un cerdo, se metió en la boca de un modo inconsciente y casi instintivo todo el contenido del frasco.

El lugar no le era desconocido. A lo lejos y delante de él destacaban las negras ruinas de la incendiada torre del observatorio, y un poco más a la izquierda se vislumbraban las torres de vigilancia, esbeltas como minaretes, del palacio real. Rumata aspiró profundamente el aire fresco y húmedo de la mañana, se levantó y se dirigió hacia su casa.

El barón de Pampa se había expansionado de lo lindo aquella noche. Acompañado por los nobles arruinados, que iban perdiendo rápidamente su fisonomía humana, realizó una memorable gira por todas las tabernas de Arkanar. Se gastó todo lo que llevaba, e incluso empeñó su magnífico cinturón. Consumió una cantidad inconcebible de bebidas alcohólicas y de comida, y por el camino organizó como mínimo ocho riñas. En cualquier caso, Rumata recordaba perfectamente al menos ocho riñas, en las cuales él había intervenido procurando separar a los contendientes y evitar

víctimas. Pero podían haber sido más. Luego, sus recuerdos se perdían entre la niebla. De esta niebla emergían ocasionalmente rostros feroces con cuchillos entre los dientes, o el rostro inexpresivo y avinagrado del último de los nobles, al que el barón de Pampa intentó vender como esclavo en el puerto, y otras un irukano narigudo que, enfurecido, exigía malévolamente que los nobles Dones le devolvieran los caballos.

Al principio, Rumata se comportó como un buen explorador. Bebía, al igual que el barón, vinos irukanos, estorianos, soanos y arkareños, pero antes de cambiar de vino se colocaba disimuladamente una pastillita de kasparamida bajo la lengua. Así conservaba la cabeza despejada y se iba dando cuenta, como de costumbre, de la concentración de patrullas Grises en los cruces de las calles y en los puentes, y del grupo de bárbaros de caballería apostado en la carretera de Soán, donde era casi seguro que hubieran asaetado al barón a no ser por él, que conocía el dialecto de aquellos bárbaros. Rumata recordaba perfectamente cómo le había llamado la atención el ver alineados ante la Escuela Patriótica unos extraños soldados, con largas capas negras y capuchones. Resultó ser la milicia monástica. ¿Qué tenía que ver allí la iglesia?, pensó en aquel momento. ¿Desde cuándo, en Arkanar, se mezcla la iglesia en las cuestiones civiles?

Los efectos que el vino causaba en Rumata eran lentos, pero llegó un momento en que la borrachera llegó de golpe. Y cuando en un minuto de lucidez vio ante sí una mesa de roble partida por la mitad, en una habitación desconocida para él, y que tenía en la mano la espada desenvainada, y que los nobles arruinados le aplaudían, pensó que ya era tiempo de marcharse a casa. Pero era demasiado tarde. Una ola de rabia y de indecente alegría al sentirse libre de todo lo humano se había adueñado de él. Aún seguía sintiéndose terrestre, explorador, descendiente de los hombres del fuego y del acero que, en aras de un gran ideal, ni tenían piedad de sí mismos ni daban cuartel a nadie. Seguía sin poderse identificar con el Rumata de Estoria, sangre de la sangre de veinte generaciones de antepasados guerreros, famosos por sus saqueos y sus borracheras. Pero tampoco era ya el miembro del Instituto. Había dejado de sentirse responsable del experimento. Lo único que le preocupaba eran sus obligaciones para consigo mismo. Ya no tenía la menor duda. Todo estaba absolutamente claro. Sabía perfectamente quién era el culpable de todo y lo que tenía que hacer: cortar de un revés, quemar, lanzar desde lo alto de las escaleras de palacio sobre la punta de las picas y las horcas de la muchedumbre rugiente a la... Rumata se estremeció y desenvainó su espada. El acero, aunque mellado, estaba limpio. Luego recordó que se había batido con alguien, pero no sabía con quién ni cómo había terminado aquello.

Para seguir la juerga tuvieron que vender los caballos. Los nobles arruinados desaparecieron sin saber por dónde. Rumata recordaba también cómo había llevado a su casa, medio a rastras, al barón. Cuando llegaron, Pampa, el señor de Bau, estaba muy animado, su cabeza funcionaba bastante bien, y estaba dispuesto a seguir divirtiéndose. Pero sus piernas se negaban a continuar sosteniéndole. Además, se le metió en la cabeza que acababa de despedirse de su querida baronesa, y que ahora se hallaba en campaña contra su eterno enemigo, el barón de Kasko, que había perdido completamente la vergüenza. («Haceos cargo, amigo mío. Este miserable ha parido a un niño de seis dedos por la cadera, y ha tenido la ocurrencia de llamarle Pampa»). El sol se está poniendo, dijo el barón, contemplando un tapiz que representaba un amanecer. Podríamos divertirnos toda la noche, nobles Dones, pero las hazañas militares exigen dormir. Y durante la campaña, ¡ni una sola gota de vino! De lo contrario, la baronesa se enfadará.

¿Qué? ¿Una cama? ¿Qué cama puede haber al cielo raso? ¡Nuestra cama es la manta del caballo! Y diciendo esto arrancó un tapiz de la pared, se arrebujó en él hasta la cabeza, y se desplomó en un rincón, debajo de un candil. Rumata le ordenó a Uno que pusiera junto al barón un balde con salmuera y una tinaja con escabeche. El muchacho tenía cara de sueño y de disgusto. ¡Cómo se ha puesto!, refunfuñó. Sus ojos miran cada uno por su lado. Calla, imbécil, le dijo Rumata. Y luego ocurrió algo. Algo muy desagradable que le persiguió por toda la ciudad, hasta llegar a aquel solar baldío. Algo horrible, imperdonable, vergonzoso.

Recordó lo que había ocurrido cuando estaba llegando a su casa. Recordó, y se detuvo.

...empujando a Uno, había subido por las escaleras, había abierto la puerta del gabinete y se había echado en la cama como su dueño que era. A la luz de la lamparilla de noche, vio una carita

blanca y unos ojos enormes, llenos de espanto y repugnancia. En aquellos ojos había visto reflejada su propia imagen, tambaleándose, el labio inferior caído y babeante, los nudillos desollados y la ropa sucia como un infame e imprudente plebeyo de sangre azul. Aquella visión lo había hecho retroceder, bajar las escaleras, atravesar corriendo el vestíbulo, abrir la puerta, salir a la oscura calle y huir lejos, muy lejos...

Rumata encajó los dientes y, sintiendo que se le helaban las entrañas, abrió la puerta sin hacer ruido y, andando de puntillas, entró en el vestíbulo. En un rincón, el barón, que seguía durmiendo tranquilamente, resoplaba como un ballenato.

-¿Quién anda ahí? -preguntó Uno, que dormitaba en un banco con una ballesta en las rodillas.

-Silencio -susurró Rumata-. Vamos a la cocina. Prepara agua, vinagre y un traje nuevo. ¡Anda, date prisa!

Uno, contra su costumbre, no dijo una palabra, y se afanó en ayudar a su amo. Este se detuvo echando agua durante mucho rato, frotándose enérgica y placenteramente, y luego completó su aseo frotándose con el vinagre hasta arrancarse toda la suciedad que le quedaba de la noche pasada. Mientras le abrochaba las hebillas traseras de sus absurdos calzones color lila, Uno dijo:

-Anoche, cuando vos os fuisteis, bajó Kira y me preguntó si habíais vuelto. Creía haber soñado. Le dije que, desde que os fuisteis por la tarde a hacer la guardia, no habíais regresado,

Rumata suspiró, pero no se sintió aliviado.

-Me he pasado toda la noche con la ballesta al lado del barón, por si se le ocurría irse para arriba.

-Muchas gracias, muchacho -dijo Rumata, sintiéndose avergonzado.

Finalmente, se puso los zapatos, salió al vestíbulo y se miró en un oscuro espejo metálico. La kasparamida era infalible. En el espejo se reflejaba la imagen de un noble elegante, con el rostro un poco pálido por el cansancio de la pesada guardia nocturna, pero sumamente decoroso. Sus húmedos cabellos, sujetos por la diadema de oro, caían suave y graciosamente a ambos lados del rostro. Rumata se centró en el objetivo que relucía en su frente. Buenas escenas habrán captado hoy en la Tierra, pensó sombríamente.

Ya había amanecido. El sol entraba a través de las polvorientas ventanas. Empezaban a abrirse los postigos. Afuera se oía cómo los vecinos se saludaban en la calle. «¿Cómo has dormido, hermano Kiris?». «Bien, gracias a Dios, hermano Tika». «Pues en nuestra casa alguien intentó entrar por la ventana. Dicen que el noble Don Rumata ha estado de juerga esta noche.» «Sí, dicen que ha tenido invitados.» «¿Pero acaso eso que hay ahora son juergas? Cuando el Rey era joven sí que se divertía la gente. En una ocasión quemaron media ciudad sin saber cómo.» «¿Y qué quieres que te diga hermano Tika? Hay que darle gracias a Dios por tener un vecino como el noble Don. Como máximo se corre una juerga una vez al año.»

Rumata subió al gabinete, llamó y entró. Kira, sentada en el sillón lo mismo que el día anterior, levantó los ojos y le miró sobresaltada.

-Buenos días, pequeña -dijo Rumata. Se acercó a ella, le besó la mano y se sentó en el sillón que estaba enfrente.

Ella siguió mirándole, como si quisiera asegurarse de algo, y luego preguntó:

-¿Estás cansado?

-Sí, un poco. Y debo irme de nuevo.

-¿Quieres que te prepare algo?

-No es necesario, gracias. Uno me lo preparará. Si quieres, ponme un poco de perfume en el cuello.

Rumata sintió cómo entre ambos se iba levantando un muro de falsedad. Al principio era una pared delgada, pero cada vez se iba haciendo más gruesa y resistente. ¡Durará toda la vida!, pensó Rumata apesadumbrado. Estaba sentado con los ojos cerrados, mientras ella iba humedeciendo con diversos perfumes su amplio cuello, sus mejillas, su frente y su cabello. Kira dijo entonces:

-Ni siquiera me has preguntado cómo he dormido.

-Es cierto, perdóname. ¿Cómo has dormido?

-He tenido un sueño horrible.

El muro se iba haciendo cada vez más grueso, ya era como la muralla de una fortaleza.

-Cuando se duerme en un sitio nuevo siempre ocurren esas cosas -dijo Rumata-. Además, el barón debe haber armado mucho ruido abajo.

-¿Ordeno que traigan el desayuno?

-Sí, por favor.

-¿Qué vino te gusta tomar por las mañanas?

Rumata abrió los ojos.

-Por las mañanas no bebo, gracias. Prefiero agua.

Ella salió, y Rumata pudo escuchar como hablaba con Uno con voz tranquila y sonora. Al cabo de unos minutos volvió, se sentó en el brazo del sillón, y empezó a contarle el sueño que había tenido. Rumata la escuchaba enarcando las cejas y sintiendo cómo el muro continuaba ensanchándose y separándolo para siempre de la única persona a la que quería de verdad en aquel mundo indecente. De pronto, se rebeló y arremetió con todas sus fuerzas contra el muro.

-Kira -dijo-, todo eso no fue un sueño.

Le contó lo que había ocurrido, y no pasó nada de particular.

-Pobrecito mío -dijo Kira-. Espera, te traeré un poco de escabeche.

V

Hasta hacía muy poco tiempo, la corte de los reyes de Arkanar había sido una de las más cultas del Imperio. En ella existían sabios, que en su mayoría eran simples charlatanes, aunque entre ellos destacaban algunos, como Baguir Kissenski, que descubrió la esfericidad del planeta; el galeno Tata, que concibió la teoría de que las epidemias eran producidas por unos gusanillos muy pequeños, invisibles al ojo humano, arrastrados por el viento y el agua; y el alquimista Sinda, que como todos los alquimistas buscaba el procedimiento para transformar la arcilla en oro, pero que descubrió la ley de la conservación de la materia. También había en la corte poetas, en su mayoría lameplatos y aduladores; pero algunos eran como Pepín el Bueno, autor de la tragedia histórica *La Campaña del Norte*; Tsurén el Sincero, que había escrito más de quinientas baladas y sonetos a los que el pueblo había puesto música; y Gur el Escritor, creador de la primera novela laica que registra la historia literaria del Imperio, novela que relata los amores desafortunados de un príncipe que se enamoró de una bárbara bellísima. La corte tenía magníficos artistas, bailarines y cantantes. Pintores de talento cubrieron las paredes con frescos de brillo imperecedero, y buenos escultores adornaron con sus obras los jardines de palacio. No se puede decir que los reyes de Arkanar fueran defensores de la cultura y amantes del arte; simplemente, consideraban que las ciencias y las artes eran cosas que daban esplendor a la corte, lo mismo que las ceremonias matutinas de tocador o la presencia de la engalanada guardia real a la puerta de palacio. La tolerancia aristocrática llegó hasta el extremo de que algunos sabios y poetas pasaron a ser ejes importantes del aparato del Estado. Por ejemplo, no hacía más de medio siglo, el doctor alquimista Botsa ocupó el puesto, hoy suprimido por innecesario, de Ministro de Minas, empezó la explotación de varios yacimientos, e hizo que Arkanar fuera famoso por sus magníficas aleaciones, cuyo secreto cayó en el olvido tras la muerte de Botsa. Y Pepín el Bueno dirigió la instrucción pública hasta que, hacía relativamente poco tiempo, fue eliminado el Ministerio de Historia y Bellas Artes, que él dirigía, por considerar que su labor era peligrosa y corrompía las mentes.

Claro está que antes también se habían dado casos en que un pintor o un sabio no del agrado de la favorita real, que generalmente era alguna dama voluptuosa y estúpida, había sido vendido al extranjero o envenenado con arsénico. Pero hasta Don Reba nadie se había dedicado verdaderamente a ello. Durante los años que Don Reba llevaba ejerciendo el cargo de Ministro omnipotente de Seguridad de la Corona, había hecho tales estragos en el mundo cultural de Arkanar que incluso algunos grandes nobles habían expresado su disgusto manifestando que la corte estaba aburrida, y que durante los bailes tan sólo se oían chismes idiotas.

Baguir Kissenski, acusado de enajenación mental capaz de producir delitos de Estado, fue encerrado en un calabozo, del que pudo salir y ser trasladado a la metrópoli gracias a los enormes

esfuerzos realizados por Rumata. Su observatorio fue quemado, y sus discípulos que quedaron con vida huyeron cada cual a donde pudo. Tata, el galeno de la corte, al igual que cinco colegas suyos, resultó ser un envenenador que, por instigación del duque de Irukán, conspiraba contra la Real persona, de todo lo cual se reconoció culpable tras ser sometido a tortura, y, por supuesto, fue ahorcado en la Real Plaza. Rumata gastó treinta kilos de oro tratando de salvarle, perdió cuatro agentes (nobles que no sabían lo que hacían realmente), y poco faltó para que cayese él mismo, ya que fue herido en uno de los intentos por liberar a los condenados. Aquella fue su primera derrota, tras la que comprendió que Don Reba no era un simple figurante. Una semana más tarde Rumata se enteró de que el alquimista Sinda iba a ser acusado de ocultación al tesoro del secreto de la piedra filosofal. Rumata, que estaba aún furioso por su reciente derrota, preparó entonces una emboscada cerca de la casa del alquimista, y él mismo, con la cara tapada por un trapo negro, desarmó a los milicianos que debían arrestar a Sinda, los ató y los encerró en un sótano. Y aquella misma noche el alquimista, que no se había enterado de nada, fue acompañado hasta la frontera de Soán, donde se encogió de hombros y continuó sus experiencias en busca de la piedra filosofal, vigilado de cerca por Don Kondor. Pepín el Bueno decidió inesperadamente meterse a fraile, e ingresó en un lejano monasterio. Tsurén el Sincero, que una vez desenmascarado el doble sentido y la tolerancia a los gustos del vulgo de que adolecían sus composiciones poéticas fue deshonrado y privado de sus bienes, intentó presentar batalla y comenzó a recitar en las tabernas baladas abiertamente destructivas. Elementos patrióticos lo apalearon por dos veces, dejándolo por muerto. Finalmente, tras estos incidentes, el poeta decidió seguir los consejos de su buen amigo y admirador Don Rumata, y marchó a la metrópoli. A Rumata le quedó un recuerdo imperecedero del instante en que Tsurén, estando ya en la cubierta del barco a punto de zarpar, se aferró, con sus finas manos a unos obenques y, pálido como estaba por la borrachera, comenzó a recitar con una voz joven y sonora su soneto de despedida: *Cual hoja marchita cae sobre él alma...*

En cuanto a Gur el Escritor, se sabía que fue llamado al despacho de Don Reba y que, tras hablar con él, había comprendido que un príncipe de Arkanar no podía enamorarse de una escoria enemiga, y había llevado personalmente sus libros a la Real Plaza y los había arrojado uno por uno a la hoguera. Ahora, cada vez que el Rey realizaba una salida, se veía a un Gur encorvado y con rostro cadavérico entre una multitud de cortesanos, esperando una disimulada seña de Don Reba para dar un paso adelante y recitar versos ultrapatrióticos que aburrían a todo el mundo.

Los actores representaban ahora una única obra: *La Aniquilación de los Bárbaros o el Mariscal Totz, Rey Pisa I de Arkanar*. Los cantantes preferían los conciertos con acompañamiento de orquesta. Los pintores que aún conservaban el pellejo pintaban letreros. Es cierto que dos o tres de estos pintores seguían siendo pintores de la corte, y se dedicaban a pintar retratos del Rey en compañía de Don Reba, en los cuales este último sujetaba al Monarca por el codo (no se alentaban otras variantes). En estos retratos, el Rey aparecía como un hermoso joven de unos veinte años, con la armadura puesta, y Don Reba como un hombre ya maduro de rostro importante. Sí, la corte de Arkanar se había vuelto aburrida. No obstante, los grandes señores, los nobles desocupados, los oficiales de la guardia y las frívolas beldades, los unos por vanidad, los otros por costumbre y los terceros por miedo, cada mañana, al igual que en los mejores tiempos, hacían acto de presencia en las recepciones de palacio. Hablando honestamente, muchos de estos nobles ni siquiera se habían dado cuenta del cambio, porque en los conciertos y en los certámenes poéticos de antaño lo que más les importaba eran los descansos, durante los cuales podían discutir los méritos de sus sabuesos y contarse chistes picantes. También podían comentar las cualidades de las almas del otro mundo, pero consideraban que los temas como la forma del planeta o las causas de las epidemias eran indecorosos. Entre los oficiales de la guardia produjo sin embargo cierta melancolía la desaparición de los pintores, entre los cuales no faltaban maestros en el arte del desnudo.

Rumata llegó a palacio con un cierto retraso. La recepción matinal había ya comenzado. Los salones estaban repletos, y se oían la voz irritada del Rey y las melodiosas órdenes del Ministro de Ceremonias disponiendo el vestido de Su Majestad. Los palaciegos hablaban de lo ocurrido la noche pasada. Un bandido con rostro de irukano y armado con un estilete había penetrado por la noche en palacio y, tras asesinar a un centinela, entró en la alcoba real, donde había sido desarmado

y detenido personalmente por Don Reba. Cuando el magnicida era conducido a la Torre de la Alegría, una muchedumbre de enfurecidos y fieles patriotas había caído sobre él y lo había literalmente despedazado. Aquel era el sexto atentado en el último mes, por lo que el hecho en sí no llamó demasiado la atención. De lo que se hablaba era de los pormenores del mismo. De este modo pudo saber Rumata que cuando Su Majestad vio al criminal, se incorporó en el lecho, cubrió con su cuerpo el de la hermosa Doña Midara, y pronunció estas históricas palabras: «¡Vete de aquí, canalla!». La mayoría de los presentes explicaba estas palabras suponiendo que el Rey confundió al criminal con uno de sus lacayos. Y en lo que todos coincidían era en opinar que Don Reba siempre estaba alerta, y en que era invencible en la lucha cuerpo a cuerpo. Rumata dio a entender con buenas palabras que estaba de acuerdo con esta opinión, y además refirió la historia, que acababa de inventar, de cómo Don Reba fue agredido en una ocasión por doce bandidos, de los cuales tres quedaron tendidos en el suelo, y los demás se dieron a la fuga. La historia fue escuchada con gran interés y credulidad, en vista de lo cual Rumata insinuó que él la supo a través de Don Sera; y como éste era conocido por todos como un gran embustero, la desilusión fue enorme. Sobre Doña Okana nadie comentaba nada. O no estaban enterados de ello, o lo disimulaban.

Estrechando manos, repartiendo cumplidos y algún que otro codazo, Rumata fue abriéndose paso entre aquella multitud emperifollada, perfumada y sudorosa, Los cortesanos charlaban a media voz. «Sí, sí, esa misma yegua. Tenía las manos rozadas y, que el diablo se la lleve, aquella misma noche la perdí adrede jugando con Don Keu.» «Y hablando de muslos... ¡señor mío, qué muslos! Como decía Tsurén: Montañas de espuma fresca... n-no, no... esto... Cerros de espuma fresca... Bueno, no importa: unos muslos descomunales.» «Entonces abro de pronto la ventana, me pongo el puñal entre los dientes y, figuraos, amigo mío, siento que la reja se doblega bajo de mí.» «Le di en los dientes con la empuñadura de mi espada, de tal modo que el asqueroso perro Gris dio dos vueltas de campana. Si quiere puede ir a verlo: ahora está así, con los labios de esa manera...», «...y Don Tameo vomitó en el suelo, resbaló, y fue a caer de cabeza en la chimenea...», «...y el fraile le dijo: Cuéntame, hija mía, cuéntame el sueño que has tenido... ¡ja, ja, ja!».

Qué desgracia, pensó Rumata. Si me matan ahora, esta colonia de protozoos será lo último que vea en mi vida. Lo único que me puede salvar es la sorpresa. Tan sólo la sorpresa me puede salvar a mí y a Budaj. Hay que encontrar el momento oportuno y atacar. Hay que cogerle desprevenido, no dejarle que abra la boca y no dejar que me maten. ¿Por qué he de morir?

Así llegó a la puerta de la alcoba donde, sujetando la espada con la mano, hizo la flexión de piernas prevista por la etiqueta y se aproximó al lecho real. En aquel momento le estaban poniendo las medias al Rey. El Ministro de Ceremonias seguía con la vista los ágiles movimientos de los dos ayudas de cámara que realizaban la operación. A la derecha de la revuelta cama estaba Don Reba, conversando en voz muy baja con un hombre alto y huesudo con uniforme militar de terciopelo gris. Aquel personaje era el padre Tsupik, uno de los jefes de las Milicias Grises y coronel de la guardia de palacio. Don Reba, como buen cortesano, sabía hablar de modo que, a juzgar por la expresión de su rostro, lo mismo podía estar alabando las virtudes de una yegua que el buen comportamiento de la sobrina del Rey. Pero el padre Tsupik era militar y antes había sido tendero de ultramarinos, y no sabía disimular. Así que el coronel palidecía, se mordía los labios, apretaba y aflojaba los dedos que sujetaban la espada, y finalmente contrajo una mejilla, dio bruscamente media vuelta y, faltando a todas las reglas de etiqueta, salió de la alcoba. Todos los que contemplaban la escena se quedaron helados ante tamaña falta de educación. Don Reba siguió su marcha con una indulgente sonrisa, mientras Rumata, que conocía los roces que se habían producido entre Don Reba y el alto mando Gris, se hacía una tajante reflexión: «Ahí va otro difunto.» La historia del capitán pardo Ernst Rem estaba a punto de repetirse.

El Rey tenía ya las dos medias puestas. Los ayudas de cámara, atendiendo a una melodiosa orden del Ministro de Ceremonias, cogieron con las puntas de sus dedos, con veneración, los zapatos del Soberano. En aquel momento el Monarca apartó a los ayudas de cámara con los pies y se volvió hacia Don Reba con tanta energía que su vientre se montó sobre una de sus piernas lo mismo que un saco bien repleto.

-¡Ya estoy harto de atentados! -gritó el Rey histéricamente-. ¡Atentados! ¡Atentados! ¡Ya es hora de que yo pueda dormir por las noches sin tener que luchar con asesinos! ¿Por qué no lo arreglas para que los atentados se produzcan de día? ¡Eres un mal ministro, Reba! ¡Otra noche así y daré orden de que se encarguen de ti! -en aquel momento Don Reba hizo una reverencia, con la mano derecha puesta sobre su corazón-. Oh, tras estos atentados me duele terriblemente la cabeza.

El Rey calló de repente y prestó atención a su vientre. El momento era propicio. Los ayudas de cámara no sabían qué hacer. Había que atraer la atención del Rey. Rumata le arrebató el zapato derecho al criado que lo sostenía, hincó una rodilla en el suelo y empezó a calzar respetuosamente el grueso pie enfundado en una media de seda que le ofreció el monarca. Este era uno de los remotos privilegios de que gozaba la casa de los Rumata: el de calzar el pie derecho de las personas coronadas del Imperio. El Rey lo miró turbiamente, pero de pronto en sus ojos brilló un relámpago de interés.

-¡Ah, eres Rumata! -exclamó-. ¿Todavía estás vivo? Reba prometió que te estrangularía. -Se echó a reír-. Este Reba es un ministro de pacotilla. No hace más que prometer y prometer y prometer. Prometió desarraigar el movimiento sedicioso, pero la sedición sigue desarrollándose. Ha metido en palacio a un montón de patanes Grises... y mientras yo sigo enfermo ha colgado a todos los galenos de la corte.

Rumata terminó de calzarle el zapato, hizo una reverencia y retrocedió dos pasos. Al hacerlo se dio cuenta de que Don Reba lo estaba mirando atentamente, y se apresuró a adoptar una expresión entre orgullosa y estúpida.

-Estoy completamente enfermo -continuó el Rey-. Me duele todo. Quiero que me dejen en paz. Ya hace tiempo que me hubiera marchado a descansar, pero ¿qué sería de todos vosotros sin mí?

Le calzaron el otro zapato. Se puso en pie, e inmediatamente lanzó un quejido y se llevó una mano a la rodilla.

-¿Dónde están los galenos? -se lamentó amargamente-. ¿Dónde está mi buen Tata? ¡Lo ahorcaste tú, imbécil! ¡Con sólo oír su voz ya me sentía mejor! ¡Cállate! Ya sé que era un envenenador. Pero a mí eso me importaba poco. ¿Qué tenía que ver que fuera un envenenador? ¡Era un ga-le-no, ¿comprendes, asesino?! ¡Un ga-le-no! Envenenaba a unos, pero a otros los curaba. A mí me curaba. Vosotros lo único que sabéis hacer es envenenar. ¡Sería mejor que os colgaseis todos! -Don Reba hizo una reverencia, poniéndose una mano sobre el corazón, y permaneció así-. ¡En cambio los habéis colgado a todos ellos! ¡Ahora ya no quedan más que tus charlatanes! Y los curas, que me dan agua bendita en lugar de medicinas. Pero, ¿quién sabe hacer una pócima? ¿Quién puede darme friegas en mi pierna enferma?

-¡Majestad! -exclamó Rumata en aquel instante, y le pareció que todo el palacio había quedado en silencio-. ¡Dad una orden, y dentro de media hora tendréis en palacio al mejor galeno del Imperio!

El Rey lo miró sorprendido. El riesgo era extraordinario. Don Reba no tenía más que hacer una seña y... Rumata sentía físicamente todos los ojos clavados en él a través de las plumas de las flechas. Sabía perfectamente para qué servían aquellas claraboyas que había en el techo de la alcoba. Don Reba lo miró con expresión de cortés y bondadosa curiosidad.

-¿Qué significa esto? -refunfuñó el Rey-. ¡Pues claro que lo ordeno! ¿Dónde está este galeno?

Rumata hizo un esfuerzo. Le parecía que las puntas de las flechas se clavaban ya en su espalda.

-¡Majestad! -dijo apresuradamente-. ¡Ordenad a Don Reba que traiga aquí al insigne doctor Budaj!

A Don Reba le había faltado decisión. Lo principal ya estaba dicho, y Rumata aún seguía vivo. El Rey dirigió sus empañados ojos hacia el Ministro de Seguridad de la Corona.

-¡Majestad! -prosiguió Rumata, ya más seguro de sí-. Como sabía que Vuestra Majestad sufría horriblemente, y teniendo en cuenta las obligaciones de mi linaje para con mis Soberanos, hice venir de Irukán al eminente galeno doctor Budaj. Por desgracia, por el camino el insigne doctor fue apresado por las Milicias Grises de nuestro respetado Don Reba, y hace una semana que sólo él conoce lo que haya podido ocurrir después. Tengo la seguridad de que este galeno no está lejos de

aquí, tal vez en la Torre de la Alegría, y confío en que esa incomprensible fobia que siente Don Reba por los curanderos no haya tenido aún funestas consecuencias para la suerte del doctor Budaj.

Al terminar de hablar, Rumata contuvo la respiración. Parece que todo ha salido a pedir de boca, pensó. ¡Prepárate ahora, Don Reba! Con estos pensamientos, miró a Don Reba y se quedó helado. El Ministro de Seguridad de la Corona permanecía tan tranquilo como siempre, y solamente movió la cabeza como si le reprochase su acción con un cariño paternal. Rumata no esperaba aquello. Este hombre es sorprendente, pensó.

Pero el Rey sí procedió como esperaba.

-¡Bandido! -graznó-. ¿Dónde está ese doctor? ¡Responde pronto o te estrangulo!

Don Reba sonrió amigablemente y dio un paso adelante.

-Vuestra Majestad -dijo- es realmente un soberano dichoso, puesto que son tantos sus fieles súbditos que a veces se estorban entre sí en su deseo de servirlo. -El Rey lo miró inexpresivamente-. No niego que el noble propósito de una persona tan vehemente como don Rumata, lo mismo que todo lo que ocurre en el reino, me es conocido. No niego que fui yo quien mandó al encuentro del doctor Budaj a nuestros tutelares Milicianos Grises, con el único propósito de ahorrarle a ese venerable anciano los posibles contratiempos de un viaje tan largo. Tampoco niego que no me apresuré a presentar ante Su Majestad a Budaj el irukano.

-¿Y cómo te atreviste a hacer eso? -le reprochó el Rey.

-Vuestra Majestad, Don Rumata es joven aún, y tan inexperto en política como diestro en lances de honor. El no sabe las bajezas de que es capaz el duque de Irukán, llevado por la profunda y feroz ira que siente contra Vuestra Majestad. Pero nosotros estamos vigilantes, ¿no es así, Majestad? -el Rey asintió con la cabeza-. Es por eso por lo que creí necesario llevar a cabo primero una pequeña investigación. No creo que sea prudente apresurarnos, pero si Su Majestad -una reverencia al Rey- y Don Rumata -una inclinación de cabeza a Rumata- insisten, hoy mismo, después de comer, el doctor Budaj comparecerá ante Vuestra Majestad para iniciar vuestra curación.

-No sois tonto, Don Reba -aceptó el Rey-. No está mal llevar primero a cabo una investigación. Nunca está de más. Maldito irukano... -dio un alarido, y volvió a cogerse la rodilla-. ¡Maldita pierna! Bien... ¡lo espero después de comer!

El Rey se apoyó en el hombro del Ministro de Ceremonias y se dirigió lentamente hacia la sala del trono, pasando junto a Rumata, que no podía salir de su asombro. Cuando el Rey se hubo perdido entre el nutrido grupo de cortesanos que le abrían paso, Don Reba le dirigió a Rumata una amable sonrisa y le preguntó:

-Esta noche estáis de guardia en la alcoba del príncipe, ¿no es así?

Rumata asintió sin decir palabra.

Rumata se dedicó a recorrer los interminables pasillos de palacio, oscuros, húmedos, y que olían a amoníaco y a podredumbre. Iba pasando a través de suntuosas habitaciones adornadas con alfombras y tapices, por gabinetes llenos de polvo, con ventanas estrechas y enrejadas, y junto a almacenes llenos de trastos viejos. Por allí casi no había gente. Eran raros los cortesanos que se aventuraban a recorrer aquel laberinto de la parte posterior de palacio, donde de los regios aposentos se pasaba sin transición aparente a la cancillería del Ministerio de Seguridad de la Corona. Allí no era difícil perderse. Aún era reciente el caso ocurrido a una patrulla de la guardia real cuando iba haciendo el recorrido exterior de palacio. La patrulla fue sorprendida por las desesperadas voces de un hombre que, dirigiéndose a ella, sacaba sus arañados brazos por entre las rejas de una tronera. «¡Salvadme!», gritaba el desdichado. «¡Soy un paje! ¡No sé cómo salir de aquí! ¡Hace ya dos días que no como! ¡Sacadme de este encierro!» Y durante diez días estuvieron discutiendo los Ministros de Finanzas y del Patrimonio Real, hasta que finalmente decidieron cortar la reja. Durante estos diez días hubo que alimentar al pobre paje haciéndole llegar el pan y la carne pinchados en la punta de una pica. También eran peligrosos aquellos corredores porque en ellos los soldados de la guardia real, que siempre estaban algo bebidos, solían tropezarse con los Grises que guardaban el Ministerio, que tampoco eran abstemios. En aquellos encuentros solían enzarzarse a espadazos hasta que se cansaban, tras lo cual cada bando se marchaba por su lado llevándose sus

heridos. Finalmente, se rumoreaba que por allí se paseaban también los difuntos, que tras dos siglos de existencia de palacio no eran pocos.

Del interior de una cavidad de la pared surgió un centinela Gris, con el hacha preparada.

-Está prohibido el paso -dijo secamente.

-¿Y tú qué sabes, imbécil? -respondió Rumata distraídamente, a la vez que lo apartaba con una mano.

Siguió adelante, y se dio cuenta de que el centinela ni se movió de su sitio. De pronto se dio cuenta de que las palabras afrentosas y los gestos vulgares le salían espontáneamente, y no por el hecho de estar representando el papel de un cínico de alta cuna, sino porque hasta cierto punto actuaba ya así. Se imaginó a sí mismo en la Tierra con aquellos modales, y sintió vergüenza. ¿Cómo me ha ocurrido esto?, pensó. ¿Adonde han ido a parar mi educación y el respeto que me inculcaron de pequeño hacia mis semejantes, esos seres magníficos que se llaman hombres? Y lo peor es que ya no hay quien pueda salvarme, se horrorizó. Porque los odio realmente, los desprecio... No siento hacia ellos la menor lástima. Los odio y los desprecio. Puedo justificar la brutalidad de este muchacho al que acabo de apartar de mi paso por las condiciones sociales en que se ha desarrollado, por la educación tan feroz que ha recibido, por todo lo que se quiera, pero veo claramente que es mi enemigo, que es el enemigo de todo lo que yo quiero, de mis amigos y de lo que considero más sagrado. Y por eso mi odio no es teórico, no es el odio al «representante típico» de una sociedad, sino algo personal. Lo odio por la cara babosa que tiene, por lo que apesta su cuerpo sucio, por ser ciego en su fe, por su rabia hacia todo lo que rebasa los límites de sus instintos carnales y su afición a la bebida. Ahí está ahora ese cernícalo, a quien no hace aún medio año su panzudo padre molía a palos con la sana esperanza de poderle enseñar a vender harina pasada y confituras en almíbar, resollando e intentando en vano recordar los párrafos mal empollados del reglamento y sin saber qué hacer: si darme un hachazo, gritar «¡a mi la guardia!», o simplemente dejarme pasar sin que nadie se entere. Esto último es lo que hará, y luego volverá á meterse en su cavidad y seguirá rumiando su corteza de mascar y babeando. Y no hay nada más de este mundo que le interese, ni siquiera pensar. ¡Pensar! ¿Para qué? ¿Acaso nuestro águila Don Reba es mejor que él? Es cierto que su psicología está más embrollada y sus reflejos son más complejos, pero sus ideas son parecidas a los laberintos de este palacio, que apestan a amoníaco y a crímenes, y él se ha convertido ya en un ser vil, en un criminal horrible, en una araña despiadada. Yo vine aquí por amor a los hombres, para ayudarles a erguirse y a ver el cielo. Pero está visto que soy un mal explorador. No sirvo para sociólogo. ¿Cuándo habré caído en el pantano del que hablaba Don Kondor? ¿Es que un dios puede tener algún otro sentimiento que no sea la piedad?

A espaldas de Rumata se oyeron pasos por el corredor. Rumata se detuvo y posó una mano en su espada. Pero quien venía hacia él era Don Ripat.

-¡Don Rumata...! ¡Don Rumata! -llamó desde lejos, en voz baja.

Rumata soltó la espada. Cuando llegó a su lado, Don Ripat miró hacia atrás y dijo a su oído:

-Hace una hora que os estoy buscando. ¡Vaga Kolesó está en palacio! Está hablando con Don Reba en los aposentos lilas.

Rumata frunció las cejas por un instante. Luego se separó prudentemente y dijo con tono de sorpresa:

-¿Os referís al célebre bandido? ¿Pero acaso no es un personaje imaginario? O mejor dicho, ¿no había sido ya ejecutado?

El teniente se pasó la lengua por sus resecos labios.

-Existe, existe -respondió-. Y ahora está en palacio... Pensé que os podría interesar.

-Querido Don Ripat -dijo Rumata-, a mí me interesan los rumores, los chismes, los chistes... La vida es tan aburrida... Vos seguramente no me comprendéis -el teniente lo miró con alocados ojos-. Pero pensad por vos mismo: ¿qué pueden importarme los negocios sucios que pueda tener Don Reba? Por otra parte, le respeto demasiado como para atreverme a juzgarlo. Bien, perdonad, pero tengo prisa. Me está esperando una señora...

Don Ripat volvió a humedecerse los labios, se despidió con una reverencia y se alejó andando de lado. Cuando había avanzado unos pasos Don Rumata tuvo una gran idea.

-Esperad -dijo, regresando hacia él-. ¿Qué os pareció la pequeña intriga que le montamos esta mañana a Don Reba?

Don Ripat se detuvo de buena gana.

-Quedamos muy satisfechos.

-¿No creéis que fue algo encantador?

-¡Estuvo magnífico! Los oficiales Grises están muy contentos de que os hayáis pasado abiertamente a nuestro lado. Un hombre tan inteligente como vos, Don Rumata... mezclándoos con barones y nobles degenerados.

-¡Querido Don Ripat! -dijo Rumata orgullosamente, girándose para retirarse-. Habéis olvidado que, desde la altura en que me sitúa mi linaje, es muy difícil distinguir incluso entre el Rey y vos mismo. Adiós.

Y sin más echó a andar a grandes zancadas por el corredor, y entró decididamente por unos pasillos laterales, apartando sin pronunciar palabra a los centinelas con que tropezaba a su paso. Aún no sabía exactamente lo que iba a hacer, pero comprendía que la fortuna le deparaba una ocasión extraordinaria. Tenía que escuchar la conversación entre las dos arañas. Por algo había ofrecido Don Reba una prima catorce veces mayor por Vaga Kolesó vivo que por Vaga Kolesó muerto.

Desde detrás de unas cortinas lilas salieron a su encuentro dos tenientes Grises, con las espadas desnudas.

-Buenos días, amigos -dijo Rumata, situándose entre ellos-. ¿Está el Ministro?

-Sí, pero está ocupado -respondió uno de los tenientes.

-No importa, esperaré -dijo Rumata, y cruzó las cortinas.

La estancia donde se introdujo estaba completamente a oscuras. Rumata fue pasando a tientas entre sillones, mesas y soportes de candelabros. Varias veces sintió como alguien resoplaba junto a su oído, despidiendo un olor a ajos y a cerveza. Al cabo de un rato distinguió una débil línea iluminada, oyó la conocida voz gangosa de tenor del respetable Vaga, y se detuvo. En aquel mismo instante la punta de una lanza se apoyó cautelosamente entre sus omoplatos.

-Cuidado, imbécil -dijo irritado, pero sin levantar la voz-. ¿No ves que soy Don Rumata?

La lanza se retiró. Rumata acercó un sillón a la franja de luz, se sentó, estiró las piernas, y bostezó de forma claramente audible. Luego miró.

Allí estaban las dos arañas. Don Reba estaba sentado en una postura muy incómoda, con los codos sobre la mesa y los dedos entrelazados. A su derecha, sobre un montón de papeles, había un pesado cuchillo arrojadizo con mango de madera. La cara del ministro mostraba una sonrisa amistosa aunque algo forzada. Vaga estaba sentado, de espaldas a Rumata, en un sofá. Parecía un gran señor viejo y lleno de rarezas que llevara treinta años sin salir de su palacio rural.

-Nonrió sueste socaba chítela y esta rachí puede querelar lo ojerao. Diñelarás bin mile parneses. Estaría bien tasabar la guardia. Pero nonrió sueste no querrá. Así que lo dicho. Ya sabe lo que olacera.

Don Reba pasó una mano por su afeitada barbilla.

-Pides buté -dijo pensativo.

Vaga se encogió de hombros.

-Es lo que olacera. Y es mejor no pajelar. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -dijo resueltamente el Ministro de Seguridad de la Corona.

-Está bien -dijo Vaga, y se levantó.

Rumata, que no había comprendido nada de aquel galimatías, vio que Vaga llevaba un bigote esponjoso y una perilla cana y puntiaguda, como los cortesanos de la época de la pasada regencia.

-Ha sido muy agradable hablar con vos -dijo Vaga.

Don Reba se levantó también.

-Lo mismo digo -murmuró-. Es la primera vez que veo a alguien tan decidido.

-Y yo también -respondió Vaga con un tono aburrido-. Estoy admirado y orgulloso por el valor del Primer Ministro de nuestro reino.

Tras estas palabras, dio media vuelta y se encaminó a la puerta, apoyándose en su bastón. Don Reba, que no le quitaba la vista de encima, puso distraídamente sus dedos en la empuñadura del cuchillo. Al mismo tiempo, tras Rumata alguien empezó a aspirar con una fuerza extraordinaria, y el tubo marrón de una cerbatana surgió por la rendija que formaban las cortinas. Don Reba permaneció de pie, como escuchando, durante unos segundos, y luego se sentó, abrió un cajón de la mesa, sacó unos papeles y se puso a leerlos. Rumata oyó que alguien escupía tras él y vio como la cerbatana desaparecía. Todo estaba claro. Las arañas se habían puesto de acuerdo. Rumata se levantó, pisó a alguien a quien no pudo ver en la oscuridad, y empezó a buscar la salida de los aposentos lilas.

El Rey comía en una sala enorme con dos hileras de ventanas. La mesa tenía treinta metros de largo y estaba puesta para cien comensales: el Rey, Don Reba, las personas de sangre real (dos docenas de personas pictóricas, glotonas y bebedoras), los Ministros del Patrimonio y de Ceremonias, un grupo de aristócratas de abolengo cuya invitación era tradicional (entre ellos figuraba Don Rumata), una docena de barones que estaban de paso en la ciudad, con los alcornoques de sus hijos, y toda una serie de aristócratas menores, a los cuales les estaba reservado el extremo más alejado de la mesa. Estos últimos hacían siempre lo imposible por recibir una invitación a la real mesa. Cuando por fin recibían esta invitación con los números de los cubiertos que tenían reservados, recibían igualmente con ella una advertencia: «En la mesa hay que estar quietos, a Su Majestad no le gusta cuando hay movimiento. Las manos deben ponerse sobre la mesa, porque al Rey no le gusta que nadie las esconda bajo ella. No hay que mirar hacia los lados ni hacia atrás, pues al Soberano tampoco le gusta esto.» En cada una de aquellas comidas se devoraban enormes cantidades de manjares, se bebían verdaderos lagos de vinos añejos, y se rompía tal cantidad de porcelana fina de Estoria que sus restos formaban verdaderas montañas. El Ministro de Finanzas se vanagloriaba en uno de sus informes al Rey de que el importe de cada una de estas comidas de Su Majestad equivalía al presupuesto de medio año de la Academia de Ciencias de Soán.

Mientras aguardaban a que, tras un triple toque de corneta, el Ministro de Ceremonias anunciara que «la mesa estaba servida», Rumata, con un grupo de cortesanos, escuchaba por décima vez la narración que hacía Don Tameo de una comida regia a la que tuvo el honor de asistir hacía medio año.

-...busqué mi sitio y, como todos, permanecí de pie hasta que llegó el Rey y se sentó. La comida iba transcurriendo normalmente, pero yo noté que mi asiento estaba húmedo. ¡Figuraos, queridos amigos, hú-me-do! Y lo peor era que no me atrevía a moverme, ni a agitarme, ni a bajar una mano. Finalmente, aprovechando una ocasión, palpé lo que tenía debajo. ¡Estaba mojado de verdad! Olí mis dedos y... nada de particular. ¿Qué será esto?, pensé. Entretanto acabó la comida, y todos empezaron a levantarse. A mí me daba miedo hacerlo. En esto veo que el Rey se dirige hacia mí. Yo sigo sentado, lo mismo que un barón pueblerino que no entiende de etiqueta. Su Majestad se acerca moviendo amablemente su cabeza, coloca una mano sobre mi hombro y me dice: «Querido Don Tameo, ya hemos comido; ahora vamos a ver un ballet, y sin embargo tú sigues sentado. ¿Qué te ocurre? ¿No te ha llenado mi comida?» Palidecí. «Vuestra Majestad puede mandarme matar si lo desea», murmuré, «pero es que estoy sentado sobre algo mojado». El Rey se echó a reír y me ordenó que me levantase. Así lo hice y... ¿qué pasó? Pues que todo el mundo se echó a reír a carcajadas. ¡Amigos, me había pasado toda la comida sentado sobre una tarta al ron! Su Majestad también se rió mucho. «Reba», dijo finalmente, «esta ha sido sin duda una broma tuya. Haz el favor de limpiar al noble Don, puesto que has sido tú quien le ha ensuciado las posaderas». Y Don Reba muerto de risa, sacó su puñal y empezó a rascar los restos de tarta que habían quedado adheridos a mis calzones. ¿Os figuráis cual era mi situación? No quiero ocultar que estaba temblando, porque temía que Don Reba, considerándose rebajado públicamente, se vengara de mí. Afortunadamente, todo terminó bien. Aquél fue el día más feliz de mi vida, nobles Dones. ¡Cómo se reía el Rey! ¡Qué satisfecho estaba Su Majestad!

Los cortesanos se reían a carcajadas. Aquellas bromas eran frecuentes en la mesa real. Se las arreglaban de forma que los invitados se sentasen sobre foie gras, en sillas con las patas rotas, sobre huevos de oca... También le podían poner a uno agujas envenenadas en el asiento. Al Rey le gustaba que lo divirtieran. Rumata pensó: ¿Qué haría yo si me ocurriera lo que a Don Tameo? Me temo que el Rey tendría que buscarse otro Ministro de Seguridad, y que el Instituto se vería obligado a mandar a Arkanar a otra persona. Hay que estar siempre alerta, lo mismo que nuestro águila Don Reba.

Sonaron las cornetas, el Ministro de Ceremonias gritó melodiosamente, el Rey entró cojeando, y todos empezaron a sentarse. En los ángulos de la sala unos soldados de la guardia real permanecían inmóviles, apoyados en sus mandobles. A Rumata le tocaron dos vecinos poco habladores. A su derecha se encontraba Don Pifa, rollizo, comilón, y esposo de una de las bellezas de la corte, y a su izquierda Gur el Escritor, que no apartaba su mirada del plato vacío. Los invitados se quedaron extasiados mirando al Rey. Este se sujetó al cuello una grisácea servilleta, echó una ojeada a los platos y cogió un muslo de pollo. Cuando sus dientes se hincaron en dicho muslo, cien cuchillos fueron a chocar con los platos, y cien manos avanzaron resueltamente hacia los manjares. En la sala comenzó a oírse un poderoso y acompasado ruido de chasquidos y succiones. El vino empezó a gorgotear. Los bigotes de los soldados de la guardia se agitaron ávidamente. A Rumata, al principio le daban asco aquellas comilonas, pero ahora ya se había acostumbrado. Mientras trinchaba con su puñal una paletilla de cordero, miró de soslayo hacia su derecha y desvió inmediatamente su vista: Don Pifa había hecho presa en un jabalí asado, y sus quijadas funcionaban como las de una excavadora. No dejaban ni los huesos. Rumata contuvo la respiración y engulló de un trago su vaso de irukán. Luego miró a su izquierda y observó como Gur removía perezosamente con su cucharilla la ensalada que tenía en el plato.

-¿Qué escribís ahora, padre Gur? -preguntó Rumata a media voz Gur se estremeció.

-¿Escribir...? -murmuró-. No sé... Mucho.

-¿Versos?

-Sí... versos.

-Vuestros versos son realmente horribles, padre Gur -Gur le miró de una forma extraña-. Sí, sí, horribles. Vos no sois poeta.

-No, no soy poeta -admitió el comensal-. A veces pienso: ¿qué soy y qué es lo que temo? Pero no lo sé.

-Mirad a vuestro plato y seguid comiendo. Yo os diré lo que sois. Sois un escritor genial, el descubridor del camino más moderno y más fructífero de la literatura -las mejillas de Gur comenzaron a enrojecer-. Dentro de cien años, o quizá antes, centenares de escritores seguirán vuestro camino.

-¡Qué Dios les perdone! -exclamó Gur.

-Y ahora os diré lo que teméis.

-Le temo a las tinieblas.

-¿O a la oscuridad?

-A la oscuridad también. En la oscuridad nos sentimos dominados por los fantasmas. Pero a lo que más, temo es a las tinieblas, porque ellas hacen que todo lo que existe a nuestro alrededor se vuelva gris.

-Exacto, padre Gur. ¿Sabéis dónde se puede conseguir todavía vuestra obra?

-No, no lo sé. Ni quiero saberlo.

-Pues sabedlo por si acaso: en la metrópoli hay un ejemplar en la biblioteca del Emperador; otro ejemplar se guarda en el museo de curiosidades de Soán; y el tercero lo tengo yo.

Gur se sirvió con sus temblorosas manos un trozo de jalea.

-Yo... no sé... -miró tristemente a Rumata, con sus ojos grandes y hundidos-. Me gustaría leerla... Releerla...

-Os la puedo prestar con mucho gusto.

-¿Y luego?

-Luego me la devolveréis.

-Luego os la devolverán -dijo Gur bruscamente. Rumata agitó la cabeza.

-Don Reba os da miedo, padre Gur.

-¿Miedo...? ¿Acaso vos habéis tenido que quemar alguna vez a vuestros hijos? ¿No? Entonces, ¿cómo podéis hablar de miedo?

-Me descubro ante lo que habréis tenido que sufrir, padre Gur. Pero al mismo tiempo condeno el hecho de que os hayáis rendido.

Gur empezó entonces a susurrar en voz tan baja que Rumata apenas podía distinguir sus palabras en medio del ruido de los comensales.

-¿Para qué me decís todo esto? ¿Sabéis acaso lo que es la verdad? La verdad es que el Príncipe Jaar amó a la hermosa de piel bronceada Vainevnivora y que tuvieron hijos. Y yo conocí al nieto. Y es cierto que la envenenaron. Pero después me explicaron que todo eso es mentira, y me dijeron que la única verdad es aquella que hoy conviene al Rey, y que todo lo demás es falso y delictivo. Es decir, que toda la vida he estado escribiendo mentiras y ahora... ¡ahora digo la verdad!

Se puso repentinamente en pie y recitó, sin respirar:

Como la eternidad, grande y glorioso,
es el Rey al que llaman Generoso.
El infinito ante él retrocede,
y a la primacía sitio le cede.

El Rey dejó de rumiar y fijó en Gur su inexpresiva mirada. Los invitados se encogieron. Don Reba fue el único que sonrió y dio unas discretas y casi mudas palmadas. El Rey escupió un hueso sobre el mantel y dijo:

-¿La eternidad...? Sí, llevas razón. Retrocedió... Te felicito. Puedes seguir comiendo.

Los chasquidos y las conversaciones se reanudaron. Gur se sentó de nuevo.

-¡Qué fácil y qué dulce es decir la verdad en presencia del Rey! -murmuró Gur con un hilo de voz.

Rumata permaneció un rato silencioso y luego dijo:

-Padre Gur, os entregaré un ejemplar de vuestro libro, pero con la condición de que empecéis inmediatamente a escribir otro.

-No -respondió Gur-. Ya es demasiado tarde. Que lo escriba Kiun. Yo ya estoy envenenado. Además, ya no me importa. Lo único que anhelo es habituarme a beber. Pero no lo consigo. Me hace daño al estómago.

Otra derrota, pensó Rumata. Otra vez he llegado tarde.

-¡Oye, Reba! -dijo el Rey de repente-. ¿Dónde está el galeno? Me prometiste que vendría después de comer.

-Y aquí está, Majestad -dijo Don Reba-. ¿Queréis que lo llame?

-¡Claro que lo quiero! Si a ti te doliera la rodilla como me está doliendo a mí, estarías gruñendo como un cerdo. ¡Haz que venga inmediatamente!

Rumata se apoyó en el respaldo de su silla y se preparó para ver lo que ocurriría a continuación. Don Reba levantó una mano e hizo chasquear los dedos. Se abrió una puerta, y un anciano cargado de espaldas, vestido con una larga toga adornada con imágenes de arañas, estrellas y serpientes entró haciendo reverencia. Bajo el brazo llevaba una bolsa alargada. Rumata se sintió sorprendido. Se imaginaba a Budaj de otro modo completamente distinto. No podía creer que un hombre de su talento, un humanista como el autor del *Tratado sobre los venenos*, tuviera aquellos descoloridos y fugaces ojos, aquellos labios que temblaban de miedo y aquella sonrisa aduladora. Pero recordó a Gor el Escritor. Por lo visto, la investigación a que había sido sometido el presunto espía no tenía nada que envidiarle a la conversación literaria entre Gur y Don Reba. Habría que coger a Reba de los testículos, pensó Rumata, llevarlo a un calabozo y decirle a los verdugos: «Aquí tenéis a este espía irukano que se ha disfrazado como nuestro Ministro. El Rey ordena que le hagáis declarar dónde está el verdadero Ministro. Cumplid con vuestra obligación, pero cuidad de que no muera

antes de una semana.» Rumata tuvo que cubrirse la cara para disimular su placentera sonrisa. ¡Qué cosa tan horrorosa es el odio!

-¡Bien, bien, acércate, galeno! -dijo el Rey-. Eres demasiado raquítico. Pero no importa, ven aquí. Haz una flexión de piernas.

El desgraciado Budaj comenzó a hacer la flexión. Su rostro estaba contorsionado por el pánico.

-Más, más -insistía el Rey-. ¡Haz otra! ¡Otra más! ¿No te duelen las rodillas? ¿Te las has curado? ¡Enséñame los dientes! No están mal. Ya quisiera yo tener unos dientes como éstos. Y las manos también pueden pasar: son fuertes. Se te ve sano a pesar de parecer tan raquítico. Bueno, empieza a curarme: demuestra lo que eres capaz de hacer.

-Per... permitidme Vuestra Majestad ver esa pierna... esa piernecita... -oyó Rumata, y levantó los ojos.

El galeno estaba de rodillas ante el Rey, y le apretaba cuidadosamente la pierna.

-¡Hey, hey! -gritó el Rey-. ¿Qué estás haciendo? ¡No me aprietes! ¿No te has comprometido a curarme? ¡Pues deja de toquetear y cúrame!

-Todo está cla... claro, Vuestra Majestad -susurró el galeno, y empezó a buscar apresuradamente en su bolsa.

Los invitados dejaron de comer. Los pequeños nobles del extremo de la mesa incluso se irguieron un poco y alargaron sus cuellos, movidos por la curiosidad.

Budaj sacó de su bolsa varios frascos de piedra, los fue destapando y oliendo sucesivamente, y los colocó en fila sobre la mesa. Después cogió la copa del Rey y la llenó hasta la mitad de vino. Mientras le daba a la copa unos pases con ambas manos y murmuraba unos conjuros, fue vaciando en ella el contenido de los frascos. Un fuerte olor a amoníaco invadió el ambiente. El Rey apretó los labios, miró lo que había en la copa, arrugó la nariz y desvió sus ojos hacia Don Reba. El Ministro hizo una mueca compasiva. Los cortesanos contuvieron la respiración.

¿Qué está haciendo este hombre?, pensó Rumata. ¡Si lo que tiene el Rey es gota! ¿Qué es lo que acaba de echar? En su tratado dice claramente que en los casos de gota hay que frotar las articulaciones inflamadas con tintura reposada durante tres días del veneno de la serpiente blanca Cu. ¿Acaso esta mezcla es para darle friegas?

-¿Esto para qué es, para darme friegas? -preguntó el Rey, mirando la copa con desconfianza.

-No, Vuestra Majestad -respondió Budaj, algo más tranquilo ya-. Es una pócima para beber.

-¿Para beber? -dijo el Rey, poniendo cara de disgusto y recostándose en su sillón-. ¡No tomaré nada! ¡Dame friegas!

-Como desee Vuestra Majestad -asintió sumisamente Budaj-. Pero me atrevería a sugerir que las friegas no van a conseguir nada.

-¿Y por qué todos me dan friegas, mientras tú quieres hacerme tomar esta porquería?

-Majestad -dijo Budaj, enderezándose orgullosamente-, el único que conoce esta medicina soy yo. Con ella he curado al tío del duque de Irukán. En cambio, las friegas no han conseguido curar a Vuestra Majestad.

El Rey miró a Don Reba. Este volvió a sonreír compasivamente.

-Eres un miserable -murmuró el Rey, dirigiéndose enojadamente al médico-. Un paleto. Un raquítico. -Cogió la copa-. ¿Y si te doy con la copa en los dientes? -Volvió a mirar el contenido de la copa-. ¿Y si me produce náuseas?

-En ese caso tendréis que repetir el tratamiento, Majestad -dijo Budaj, afligido.

-Bien, ¡sea lo que Dios quiera! -dijo el Rey, y se llevó la copa a los labios. Pero de pronto la retiró con tanta violencia que salpicó el mantel-. ¡Bebe tú antes! Ya sabemos cómo son los irukanos. ¡Vendisteis a San Miki a los bárbaros! ¡Anda, te digo que bebas!

Budaj adoptó una expresión infinitamente ofendida, tomó la copa y bebió un largo trago.

-¿Qué? -preguntó el Rey.

-Está amargo, Majestad -dijo Budaj con voz apagada-. Pero hay que beberlo.

-Sí, sí -refunfuñó el Rey-. Ya sé que hay que beberlo. Dame la copa. ¿Ves?, te has bebido la mitad, y has conseguido...

El Rey levantó la copa y bebió de un trago lo que quedaba en ella. A lo largo de la mesa corrieron suspiros de compasión, y luego todo quedó en silencio. El Rey se quedó como helado y con la boca abierta. De sus ojos empezaron a fluir abundantes lágrimas. Se puso rojo, luego azulado. Extendió los brazos sobre la mesa e hizo chasquear nerviosamente los dedos. Don Reba le tendió un pepinillo en vinagre, pero el Rey se lo tiró a la cabeza y volvió a extender los brazos.

-Vino... -jadeó.

Alguien se apresuró a darle una jarra. El Rey, cuyos ojos giraban frenéticamente, empezó a engullir con ansia. Dos rojizos arroyuelos nacieron en la comisura de sus labios y fueron a morir en la blanca pechera de su bordada camisa. Cuando la jarra quedó vacía el Rey se la tiró furiosamente a Budaj, pero afortunadamente erró el tiro.

-¡Infame! -rugió con voz desconocida-. ¡Me has matado! ¿Por qué? ¡Haré colgar a todos los que son como tú! ¡Reventarás, bandido! -Se tocó la rodilla y añadió-: ¡Me duele! ¡Me sigue doliendo!

-Majestad -dijo Budaj-, para vuestra total curación es necesario que sigáis bebiendo esta pócima una vez al día, durante una semana como mínimo.

El Rey sintió que algo le estrujaba la garganta.

-¡Fuera de aquí! -gritó-. ¡Fuera todos!

Los cortesanos, volcando sus sillas por la prisa, se lanzaron hacia las puertas.

-¡Fue-e-e-e-e-era! -seguía gritando el Rey, como un poseso. Empezó a tirar toda la vajilla que estaba a su alcance.

Al salir de la sala, Rumata se ocultó tras una cortina y se echó a reír a carcajadas. Tras la cortina de enfrente, alguien se reía también estridente y entrecortadamente, como si le faltara la respiración.

VI

La guardia en los aposentos del príncipe comenzaba a medianoche, y Rumata pensó que lo mejor que podía hacer era marcharse a casa, ver cómo andaban allí las cosas, y cambiarse de ropa. El aspecto que ofrecía la ciudad aquella tarde le llamó enormemente la atención. En las calles reinaba un silencio de muerte, las tabernas estaban cerradas, y en las encrucijadas había grupos de milicianos con antorchas. Los soldados ni siquiera hablaban entre sí, parecía como si estuvieran esperando algo. Varias veces se acercaron a Rumata, lo observaron atentamente, lo reconocieron, y le dejaron paso. Cuando apenas faltaban unos cincuenta metros para llegar a su casa, Rumata observó que era seguido por un sospechoso grupo de gente. Se detuvo, hizo sonar la vaina de su espada, y el grupo se alejó, pero en la oscuridad se oyó el rechinar de una ballesta al ser montada. Rumata se apresuró a seguir su camino, arrimándose a las paredes. Así llegó a la puerta de su casa, hizo girar la llave en la cerradura, siempre preocupado por no tener protegida su espalda, y finalmente se deslizó en el vestíbulo, dejando escapar un suspiro de alivio.

En el vestíbulo estaban todos sus criados, cada cual con un arma. Por ellos supo que desde la calle habían intentado varias veces forzar la puerta. Aquello no le gustó a Rumata. ¿No será mejor no ir hoy a la guardia?, pensó. Al fin y al cabo, ¿qué me importa el príncipe?

-¿Dónde está el noble barón de Pampa? -preguntó.

Uno, que se mostraba extraordinariamente excitado, con una ballesta al hombro, respondió que «el barón despertó al mediodía, se bebió toda la salmuera que había en la casa, y se marchó otra vez a divertirse». Luego le dijo en voz más baja a Rumata que Kira estaba muy intranquila y que ya había preguntado varias veces por su amo.

-Está bien -dijo Rumata, y ordenó a sus criados que se alinearan.

La servidumbre, sin contar las cocineras, estaba formada por seis hombres bregados, para quienes las riñas callejeras no eran ninguna novedad. Procuraban no meterse con los Grises por temor a las represalias del omnipotente Ministro, pero a los desharrapados del ejército nocturno podían hacerles perfectamente frente, sobre todo aquella noche, en la que lo que buscaban los bandidos eran presas fáciles. Dos ballestas, cuatro segures, varios pesados cuchillos de carnicero, morriones y unas buenas puertas forradas de chapa de hierro... ¿O sería mejor no ir a la guardia?

Rumata subió al piso alto y, andando de puntillas, fue a la habitación de Kira. La muchacha, encogida y sin desnudarse, dormía echada en la cama sin deshacer. Rumata la miró a la luz del candil y se preguntó de nuevo si ir o no a la guardia. No sentía el menor deseo de ir. Pero hay que ir, pensó. Cubrió a la muchacha con una manta, le dio un beso en la mejilla y salió al gabinete. El explorador debe estar siempre en su puesto, pase lo que pase. Hay que ser útil a los historiadores y a los sociólogos. Rumata se echó a reír, se quitó la diadema, limpió cuidadosamente su objetivo y volvió a ponérsela. Luego llamó a Uno y le ordenó que trajese su uniforme y que limpiara el casco de cobre. Bajo su jubón, y directamente sobre la camiseta, se puso su cota de malla metaloplástica. Cuando se estaba apretando las hebillas metálicas del cinto del uniforme le dijo a Uno:

-Escucha atentamente. Tengo más confianza en ti que en todos los demás. Pase lo que pase, Kira debe salir de aquí viva y sana. Si queman la casa, que la quemen; si roban el dinero, que lo roben. Pero salva a Kira. Sácala por los tejados, por los sótanos, por donde quieras, pero sálvala, ¿entiendes?

-Entiendo -dijo Uno-. Pero sería mejor que vos no salierais hoy.

-Escucha: si dentro de tres días no he vuelto, toma a Kira y llévala a la saiva, al Bosque Hiposo. ¿Sabes dónde está? Bien. En este bosque, busca la Guarida del Borracho, que es una isba no muy lejos de la carretera. Pregunta por ella y te dirán donde está. Pero cuidado a quién preguntas. Allí encontrarás a un hombre que se llama padre Kabani. Cuéntale lo que ha pasado. ¿Entendido?

-Sí. Pero sería mejor que no os fuerais.

-De buena gana me quedaría. Pero no me es posible: el servicio es el servicio. Haz exactamente lo que te he dicho.

Le dio a Uno un ligero papirotazo en la nariz, y se echó a reír al ver su forzada sonrisa. Abajo, arengó a la servidumbre y salió a la calle. Oyó los pesados cerrojos correrse a sus espaldas, y se vio de nuevo envuelto en la oscuridad.

Los aposentos del príncipe siempre estuvieron mal protegidos. Posiblemente por eso a nadie se le había ocurrido en Arkanar atentar contra la vida de los príncipes. Sobre todo, nadie se había interesado por el príncipe actual. Este era un chico delicado de salud, de ojos azules, que se parecía a cualquiera menos a su padre, y que a nadie le hacía falta. Rumata sentía una gran simpatía por él. Como su educación estaba organizada de la peor forma posible, el chico era listo, no era cruel, no aguantaba a Don Reba (quizá por instinto), le gustaba cantar canciones con letra de Tsurén y jugar a los barquitos. Rumata encargaba en la metrópoli libros para él, con muchas ilustraciones, le hablaba de la esfera celeste, y en una ocasión se ganó por completo el afecto del muchacho relatándole un cuento sobre las naves que vuelan. Para Rumata, que casi no conocía a ningún niño, aquel príncipe de diez años de edad era la antípoda de todos los estratos sociales de aquel país salvaje. De chiquillos como aquél, con ojos azules, iguales en todos los estratos sociales, surgía después la gente bruta, ignorante y sumisa, a pesar de que en la infancia no se adivinaran en ellos malas tendencias. Algunas veces, Rumata pensaba que sería algo formidable si de repente desaparecieran del planeta todas las personas mayores de diez años.

Cuando llegó a palacio, el príncipe ya estaba durmiendo. El relevo de la guardia requería toda una serie de ceremonias y de movimientos con las espadas desenvainadas junto al lecho del niño. Después, siguiendo la tradición, había que cerciorarse de que todas las ventanas estaban bien cerradas, de que todas las ayas estaban en su puesto, y de que en todos los aposentos ardían normalmente las lamparillas nocturnas. Una vez cumplidos todos estos requisitos, Rumata regresó a la antecámara y se puso a jugar con su compañero saliente de guardia una partida de taba. Durante la partida, procuró sonsacarle al noble Don lo que pensaba acerca de lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Su compañero, que era hombre talentudo, lo pensó detenidamente y dijo que suponía que la gente plebeya se estaba preparando para celebrar la fiesta de San Miki. Con esto terminaron la partida, y se despidieron.

Rumata arrimó su sillón a la ventana, se sentó cómodamente y empezó a mirar hacia la ciudad. La casa del príncipe estaba situada en una colina, y desde ella se divisaba durante el día toda la ciudad, hasta el mar. Pero ahora todo estaba a oscuras, y solamente se veían los diseminados grupos

de luces formados por las antorchas de los milicianos, apostados en las encrucijadas, esperando la señal. La ciudad dormía o fingía dormir. ¿Sabían sus ciudadanos que hoy les esperaba algo horrible? ¿O estarían pensando, como el talentudo caballero, que eran los preparativos de la festividad de San Miki?

Doscientos mil hombres y mujeres. Doscientos mil herreros, y armeros, y carniceros, y merceros, y joyeros, y amas de casa, y rameras, y monjes, y prestamistas, y soldados, y vagabundos, y los pocos intelectuales que aún quedaban, estarían revolviéndose ahora en sus camas con olor a chinches. Unos dormirían, otros harían el amor, otros calcularían mentalmente las ganancias, o llorarían, o rechinarían los dientes de rabia... ¡Doscientas mil personas! ¿Qué tenían en común aquellas doscientas mil personas para un forastero llegado de la Tierra? El que casi sin excepción ninguno de ellos era aún una persona en el sentido actual de la palabra, sino tan sólo lingotes o piezas en bruto de los que los sangrientos siglos de la historia irían tallando poco a poco el verdadero hombre, libre y orgulloso. Ahora eran pasivos, codiciosos, y extraordinariamente egoístas. Psicológicamente, casi todos ellos eran esclavos: esclavos de su fe, esclavos de sus semejantes, esclavos de sus pequeñas pasiones, esclavos de su codicia. Y si por un capricho de la suerte cualquiera de ellos naciera o se hiciera señor de sí mismo, no sabría qué hacer con su libertad. Se apresuraría a hacerse esclavo: esclavo de su riqueza, de sus antinaturales apetitos, de sus amigos depravados y de sus propios esclavos. La mayoría de ellos no tenían culpa de nada. Eran demasiado pasivos y demasiado ignorantes. Su esclavitud se basaba en la pasividad y en la ignorancia y esta pasividad y esta ignorancia hacían a su vez que se perpetuase la esclavitud. Si todos fueran iguales sería algo desesperante. Y sin embargo serían personas, es decir, seres portadores de una chispa de inteligencia. Y esta chispa haría que constantemente, unas veces aquí, otras allá, se encendieran y prendieran en su mente las luces de un futuro increíblemente lejano pero inevitable. Aquellas luces se encenderían a pesar de todo. A pesar de su aparente inutilidad. A pesar de la opresión. A pesar de que las pisoteasen. Y a pesar de que no le hicieran falta a nadie en el mundo, y de que todo el mundo estuviera contra ellas. A pesar de que en el mejor de los casos solamente pudieran contar con un desdeñoso y perplejo sentimiento de lástima.

Aquellas luces no sabían aún que el futuro les pertenecía, que el futuro era imposible sin ellas. No sabían que en aquel mundo de horrendos fantasmas del pasado ellas eran la única realidad del futuro, que ellas eran como el fermento o la vitamina del organismo de la sociedad. Si se destruye esta vitamina se inicia el escorbuto social, se descompone la sociedad, se debilitan sus nervios, sus ojos pierden nitidez y sus dientes caen. Ningún Estado puede desarrollarse sin el apoyo de la ciencia, porque sería destruido por los Estados vecinos. Sin el arte y la cultura general el Estado pierde el sentido de la autocrítica y comienza a estimular tendencias erróneas, engendra a cada paso hipócritas y deshechos sociales, fomenta en los ciudadanos el utilitarismo y la presunción y, en definitiva, acaba también siendo víctima de sus vecinos más cuerdos. Se puede perseguir cuanto se quiera a los intelectuales, prohibir la ciencia, destruir el arte, pero más tarde o más temprano hay que hacer marcha atrás y, aunque sea a regañadientes, abrir paso a todo aquello que tanto odian los zoquetes ignorantes que ansían el poder. Y por mucho que desprecien el saber, esa gente gris que detenta el poder no podrá hacer nada frente a la objetividad histórica, mejor dicho, podrá frenarla pero no detenerla. Aunque desprecien y teman el saber, no tendrán más remedio que llegar a estimularlo para poder mantenerse en el poder. Y entonces tendrán que permitir las universidades y las sociedades científicas, tendrán que crear centros de investigación, observatorios y laboratorios, tendrán que formar cuadros de hombres inteligentes y sabios, hombres que quedarán fuera de su control, hombres que tendrán una psicología completamente distinta y unas necesidades totalmente diferentes, y estos hombres no podrán existir y mucho menos obrar en el antiguo ambiente de baja codicia, chismes de cocina, presunción estúpida y necesidades puramente carnales, sino que necesitarán un ambiente nuevo, un ambiente con conocimientos generales y universales empapado de afán creador, necesitarán escritores, pintores, músicos, y la gente gris que esté en el poder tendrá que hacer estas concesiones. Y si alguno se resiste será barrido por un oponente más astuto en la lucha por el poder. Pero el que haga estas concesiones cavará su propia sepultura, en contra de su voluntad, pero inevitable y paradójicamente, puesto que no hay nada tan mortal para los egoístas

ignorantes y fanáticos como el desarrollo cultural del pueblo en todos los terrenos, desde la investigación en el campo de las ciencias naturales hasta las aptitudes para comprender y deleitarse con la buena música. Y después viene la época de las grandes conmociones sociales, acompañadas de un desarrollo inusitado de la ciencia y de un proceso amplísimo de intelectualización de la sociedad, una época en que la incultura presenta su última batalla, que por su crueldad hace retroceder a la humanidad hasta la edad media, pero en la que es derrotada y desaparece para siempre como fuerza real en el seno de la nueva sociedad, libre de la opresión de clase.

Rumata seguía mirando fijamente la ciudad perdida en las tinieblas. En una de aquellas casas, en algún tabuco maloliente, acurrucado en un miserable catre, estaría a aquellas horas, herido y ardiendo de fiebre, el padre Tarra. El hermano Nanín velaría al enfermo sentado ante una mesa paticoja, medio borracho, y alegre y enfurecido a la vez estaría terminando de escribir el segundo tomo de su *Tratado sobre los rumores*, deleitándose en enmascarar con frases triviales la más feroz ridiculización de la vida gris. Por algún otro lugar deambularía por ricos aposentos solitarios Gur el Escritor, sintiendo horrorizado que, pese a todo, desde lo más profundo de su alma destrozada y pisoteada, surgían, impulsados por una fuerza misteriosa, y se abrían camino en su conciencia mundos felices llenos de personas magníficas y de sentimientos conmovedores. Y en algún otro rincón, nadie sabía cómo, estaría pasando aquella noche el doctor Budaj, quebrantado, acosado, de rodillas quizá, pero vivo. ¡Hermanos míos!, pensó Rumata, ¡yo soy vuestro, somos carne de vuestra carne! Y de repente sintió que él no era el dios que protegía con sus manos a los gusanillos de luz de la razón, sino el hermano que ayuda a su hermano, el hijo que salva a su padre. «Tengo que matar a Don Reba.» «¿Por qué?» «Porque él mata a mis hermanos.» «No sabe lo que se hace. » «Pero mata el futuro.» «El no tiene la culpa, es hijo de su época.» «Es decir, ¿no sabe que es culpable? Pero yo sí lo sé. » «¿Y qué vas a hacer con el padre Tsupik? Daría cualquier cosa por que alguien matara a Don Reba. ¿Qué vas a hacer con él? ¿Por qué no respondes? ¿Y con los que hay aguardando tras él? Habría que matar a muchos, ¿verdad?.» «No sé, es posible que a muchos. Unos tras otros. Todos los que levanten la mano contra el futuro.» «Eso ya lo hicieron otros. Envenenaron, tiraron bombas, pero no consiguieron nada.» «Por supuesto que lo consiguieron. Gracias a ellos se pudo elaborar la estrategia revolucionaria.» «Pero tú no necesitas eso. Lo que tú quieres es matar.» «Sí, eso es lo que quiero.» «¿Y sabes hacerlo?» «Ayer maté a Doña Okana. Cuando fui a verla con la pluma blanca tras la oreja sabía que esto le costaría la vida. Lo único que siento es que la maté inútilmente. Como puedes ver, ya casi me han enseñado incluso a matar.» «Pero eso es malo. Y además es peligroso. ¿Recuerdas a Serguéi Kozhin, George Lenny y Sabina Krüger?» Rumata se pasó la mano por la frente: estaba húmeda. «Sí, se pone uno a pensar, a pensar, a pensar... y termina inventando la pólvora.»

Se levantó y abrió la ventana de par en par. Los grupos de luces acababan de ponerse en movimiento a través de la ciudad a oscuras. Se separaban formando hileras, y aparecían y desaparecían entre las invisibles casas. Un sonido extraño se produjo entonces en la ciudad, algo así como un lejano aullido polifónico. En un instante se produjeron dos incendios que iluminaron los tejados de las casas vecinas. En el puerto se notaba cierta agitación. Los acontecimientos habían empezado. Dentro de unas horas quedaría en claro lo que representaba la unión del ejército Gris con el ejército nocturno, la unión absurda de los tenderos con los salteadores de caminos, quedaría claro lo que pretendía Don Reba y en qué consistía su nueva provocación. Concretamente, se sabría a quién iban a pasar a cuchillo aquella noche. Lo más probable es que hubiera comenzado la noche de las espadas largas, es decir, de la aniquilación de los mandos Grises que se habían extralimitado y al mismo tiempo de los barones que se hallaran en la ciudad y de los aristócratas menos adeptos. ¿Dónde estará Pampa?, pensó Rumata. Si no lo cogen durmiendo, se defenderá.

No pudo seguir pensando. Empezaron a oírse nerviosos golpes dados con el puño en la puerta, y una voz empezó a gritar:

-¡Abrid, la guardia! ¡Abrid!

Rumata descorrió los cerrojos. Un hombre semidesnudo y pálido de terror irrumpió en la estancia, se aferró al cuello del jubón de Rumata y gritó temblando:

-¿Dónde está el príncipe? ¡Budaj ha envenenado al Rey! ¡Los espías irukanos han provocado una insurrección en la ciudad! ¡Salvad al príncipe!

El hombre, Ministro del Patrimonio real, una persona poco inteligente pero muy leal, empujó a Rumata y penetró en la alcoba del príncipe: Inmediatamente se oyeron gritos de mujeres. Pero en aquel mismo momento un grupo de milicianos, ceñudos y sudorosos forzaron la puerta interponiendo sus herrumbrosas hachas. Rumata sacó la espada.

-¡Atrás! -dijo fríamente.

A sus espaldas oyó un quejido corto y ahogado provinente de la alcoba. Mal van las cosas, pensó Rumata. No comprendo nada de lo que está ocurriendo. Se deslizó hacia un rincón, y se parapetó tras una mesa. Los milicianos fueron penetrando en la habitación. Serían unos quince, y jadeaban fatigosamente. Al frente de ellos iba un teniente de ajustado uniforme gris con la espada desenvainada.

-¡Don Rumata! -dijo el teniente con entrecortada voz-. ¡Quedáis arrestado! ¡Entregad vuestra espada!

Rumata se echó a reír.

-¡Cogedla! -respondió, mirando de soslayo hacia la ventana.

-¡Detenedlo! -ordenó el oficial.

Quince cebados mamelucos armados con hachas no eran demasiados para un esgrimidor cuya técnica no sería dominada allí hasta dentro de tres siglos. El grupo avanzaba y retrocedía. Varias hachas yacían ya por el suelo. Dos milicianos se retiraron prudentemente, con sus descoyuntados brazos fuertemente apretados contra la barriga. Rumata era un maestro en la defensa en abanico, que hace que el acero en rotación forme ante los atacantes una barrera continua que parece imposible franquear. Los Grises resoplaban y se miraban indecisos los unos a los otros. Apestaban a cerveza y a cebolla.

Rumata separó un poco la mesa y se deslizó cuidadosamente hacia la ventana. Desde las filas traseras alguien le lanzó un cuchillo, pero no le alcanzó. Rumata se echó a reír, puso un pie en el antepecho de la ventana y dijo:

-Si os acercáis de nuevo os cortaré las manos. Ya me conocéis.

Lo conocían, por supuesto. Lo conocían perfectamente, y nadie intentó moverse de su sitio, a pesar de las voces e improperios que les dirigía el oficial, que no por ello era menos cauto. Rumata acabó de ponerse de pie sobre el antepecho de la ventana y siguió amenazando con la espada, pero en aquel instante alguien desde el patio le arrojó una pesada jabalina que fue a golpearle de lleno en la espalda. El impacto fue terrible. La jabalina no pudo perforar la cota de malla metaloplástica, pero hizo que Rumata cayera del antepecho al suelo de la estancia. Aunque no perdió la espada, quedó casi indefenso. Los milicianos se lanzaron en bloque sobre él. Juntos debían pesar más de una tonelada, pero se estorbaban mutuamente, y consiguió ponerse en pie. Le dio un puñetazo a un par de labios babosos, mientras apresaba con el codo a un tipo que empezó a chillar como un conejo. Rumata daba sin cesar golpes con los codos, los puños y los hombros (ya hacía tiempo que no se sentía tan libre), pero no consiguió quitarse de encima a sus enemigos. Hizo un terrible esfuerzo y, arrastrando tras sí un montón de cuerpos humanos, se dirigió hacia la puerta. Por el camino tuvo que agacharse para soltarse de los que se agarraban a sus piernas. Luego sintió un seco golpe en un hombro y se desplomó de espaldas. Bajo él se debatieron algunos aplastados. Rumata volvió a ponerse en pie, dando golpes cortos con todas sus fuerzas y haciendo que los milicianos salieron despedidos hacía las paredes, braceando y pateando. Ante él apareció la desfigurada cara del teniente, que llevaba por delante una ballesta descargada, y en aquel momento se abrió la puerta y vio venir a su encuentro un nuevo grupo de jetas sudorosas. Le echaron una red, sus piernas se enredaron con las cuerdas y se vio derribado.

Dejó de defenderse. Prefirió economizar fuerzas. Durante algún tiempo lo patearon eficaz y silenciosamente, respirando de modo acompasado. Luego lo cogieron por los pies y lo arrastraron. Mientras lo llevaban de esta forma pasaron por delante de la puerta de la alcoba del príncipe, que estaba abierta. Rumata pudo ver al Ministro del Patrimonio clavado a la pared, atravesado por una

pica, y un montón de sábanas ensangrentadas en la cama. Esto es un golpe de Estado, pensó. Pobre chico. Perdió el conocimiento mientras lo arrastraban hacia abajo por la escalera.

VII

A Rumata le pareció que estaba tendido en un montículo cubierto de hierba, y que veía pasar sobre él unas nubes blancas por un cielo muy azul. Se sentía enormemente tranquilo, pero en otro montículo a su lado sentía un punzante dolor de huesos. El dolor estaba al mismo tiempo fuera y dentro de él, principalmente en su costado izquierdo y en la nuca. Alguien gritó: «¿Está muerto acaso? ¡Si es así os corto la cabeza!». Entonces una masa de agua helada se desplomó sobre él desde el cielo. Y efectivamente estaba tendido de espaldas y mirando al cielo, pero no en un montículo sino en medio de un charco, y el cielo no era azul sino negro y pesado como el plomo y lleno de reflejos rojizos. «Tonterías», dijo otra voz. «Está vivo. Vedlo: parpadea.» El que está vivo soy yo, pensó Rumata. Soy yo el que parpadea. ¿Pero por qué hablan así?

Alguien se movió junto a Rumata, chapoteando pesadamente en el agua. Sobre el cielo se recortó la negra silueta de una cabeza con un casco puntiagudo.

-Bien, noble Don: ¿deseáis ir andando, o preferís que os llevemos a rastras?

-Desátame los pies -dijo malhumoradamente Rumata, sintiendo como le dolían los partidos labios. Se pasó la lengua por ellos y pensó: vaya labios; deben parecer un par de buñuelos. Empezaron a desatarle las piernas, dándole tironazos y retorciéndoselas sin la menor contemplación. Mientras, a su lado seguían hablando:

-¡Cómo lo hemos dejado!

-¿Y qué otra cosa podíamos hacer? Por poco se nos escapa. Está embrujado, las flechas rebotan en él.

-Yo conocí a un tipo así. Aunque le golpearas con el hacha, ni se enteraba.

-Pero sería un campesino.

-Sí, era un campesino.

-Eso es otra cosa. Este de aquí es de sangre azul.

-¡Oh, mal rayo os parta! Habéis hecho unos nudos que no hay quien los desate. ¡Acercad una luz!

-¡Córtalos con el cuchillo!

-¡Muchachos, no lo desatéis! Si se ve libre puede emprenderla con nosotros otra vez. A mí por poco me rompe la cabeza.

-Lo más probable es que no tenga fuerzas para empezar de nuevo.

-Vosotros pensad lo que queráis, pero yo le di con una jabalina de verdad. No es la primera vez que atravieso así una cota de mallas.

Una voz imperativa gritó desde la oscuridad:

-¿Terminái s ya?

Rumata sintió que ya tenía las piernas libres, hizo un esfuerzo y se sentó. Varios forzudos milicianos contemplaban en silencio cómo se revolvía en el charco. Rumata apretó los hombros y notó que tenía los brazos retorcidos de tal forma a su espalda que le era imposible comprender dónde estaban los codos y dónde las manos. Reunió todas sus fuerzas y se puso en pie de un salto. Al hacerlo sintió un horroroso dolor en el costado. Los milicianos se echaron a reír.

-¿Qué, piensas escaparte?

-¡Oh, no lo hagas, estamos ya muy cansados!

-¿Os gusta el sabor de la derrota?

-¡Basta! -gritó una voz imperativa, saliendo de la oscuridad-. Venid acá, Don Rumata.

Rumata se dirigió hacia la voz, tambaleándose de un lado para otro. Un hombre con una antorcha emergió de la oscuridad y echó a andar ante él. Rumata pudo reconocer el sitio donde se encontraba. Era uno de los patios interiores del Ministerio de Seguridad de la Corona, que se hallaba cerca de las caballerizas reales. Si me llevan hacia la derecha, pensó Rumata, voy a la Torre,

a un calabozo; si a la izquierda, a la cancillería. Agitó la cabeza y se animó a sí mismo: esto no es nada, lo principal es que estoy vivo y que aún puedo luchar. Torcieron hacia la izquierda. Por lo visto va a haber una investigación previa. Es extraño. Si vamos por este camino, ¿de qué me pueden acusar? Es cierto: de haber traído hasta aquí al envenenador, a Budaj, y de conspirar contra la Corona; también pueden achacarme la muerte del príncipe y, como es natural, me considerarán un espía de Irukán, de Soán, de los bárbaros, de los barones, de la Orden Sacra... Es increíble que aún esté vivo. Ese descolorido hongo debe haber maquinado algo nuevo.

-Por aquí -dijo la imperativa voz.

Se abrió una pequeña puerta. Rumata tuvo que agacharse para pasar por ella y entrar en un amplio local, alumbrado por una docena de candiles. En medio de la habitación estaban tumbados o sentados sobre una vieja alfombra varios hombres ensangrentados. Algunos de ellos parecían estar muertos o desmayados. Casi todos estaban descalzos y vestidos con destrozadas camisas de dormir. A lo largo de las paredes había milicianos de coloradas mejillas, furiosos y ensoberbecidos por la victoria, apoyándose en sus hachas y segures. Ante ellos se paseaba, con las manos a la espalda, un oficial con espada y uniforme gris de grasiento cuello. El acompañante de Rumata, un hombre alto vestido con una capa negra, se dirigió al oficial y le dijo algo al oído. El oficial asintió con la cabeza, miró con interés a Rumata, y desapareció tras unas cortinas de colores que había en el extremo opuesto del local.

Los soldados también mostraron su interés por Rumata. Uno de ellos, que tenía un ojo enormemente hinchado, dijo:

-¡Buena piedra lleva el noble Don!

-Sí, es una piedra digna de un Rey. Y la diadema es de oro macizo.

-Ahora los reyes somos nosotros.

-¿Se la quitamos?

-¡Quietos! -dijo quedamente el hombre de la capa negra.

Los milicianos se miraron sorprendidos.

-¿Quién es ese tipo? -preguntó el soldado del ojo hinchado.

En lugar de responder, el de la capa negra le giró la espalda y se situó al lado de Rumata. Los milicianos lo miraron escrutadoramente.

-¡Hey, si parece un cura! -dijo el del ojo hinchado-. ¡Hey, cura, ¿quieres que te dé una puñada en la frente?

Los demás se echaron a reír a carcajadas. El del ojo hinchado escupió en sus manos, tomó el hacha y avanzó hacia Rumata. Vas a recibir una sorpresa, pensó éste, echando un poco hacia atrás su pierna derecha.

-¿A quién he estado combatiendo siempre? -prosiguió el miliciano, deteniéndose ante Rumata y el hombre de la capa negra-. A los curas, a todos esos ilustrados y a los artesanos. En una ocasión...

El de la capa negra levantó una mano, con la palma hacia arriba. Junto al techo sonó un chasquido. ¡Zip! El del ojo hinchado se derrumbó de espaldas, dejando caer el hacha. En medio de la frente tenía hincada una flecha de ballesta, corta y robusta, con un denso mechón de plumas. La estancia quedó en silencio. Los otros milicianos retrocedieron, mirando aterrorizados las claraboyas del techo. El hombre de la capa bajó la mano y ordenó secamente:

-¡Llevaos a esa carroña! ¡Aprisa!

Varios milicianos cogieron al muerto por los pies y las manos y se lo llevaron medio a rastras. De detrás de las cortinas salió el oficial Gris e hizo una seña invitando a entrar.

-Vamos, Don Rumata -dijo el de la capa negra.

Rumata avanzó hacia las cortinas, rodeando el grupo de prisioneros. No comprendo absolutamente nada, pensó. Apenas pasó las cortinas se vio inmovilizado en la oscuridad, registrado, despojado de la vacía vaina de su espada y empujado hacia la luz. Inmediatamente se dio cuenta de dónde estaba. Era el gabinete de Don Reba en los aposentos lilas. Don Reba estaba sentado en el mismo sitio en que lo viera aquella mañana, en la misma postura, exageradamente envarado, con los codos sobre la mesa y los dedos entrelazados. Seguramente tiene hemorroides, pensó repentinamente Rumata. A la derecha de Don Reba estaba sentado el padre Tsupik, con

aspecto grave y pensativo y los labios apretados, y a la izquierda un gordinflón de sonrisa amable con las insignias de capitán en su uniforme gris. En el gabinete no había nadie más. Cuando entró Rumata, Don Reba dijo amablemente y en voz baja:

-Amigos, aquí tenéis al noble Don Rumata.

El padre Tsupik hizo una mueca despectiva. El gordinflón movió la cabeza con benevolencia.

-Este es nuestro antiguo y muy consecuente enemigo -dijo Don Reba.

-Si es enemigo, se le cuelga -dijo con voz ronca el padre Tsupik.

-¿Qué pensáis vos, hermano Aba? -preguntó Don Reba, inclinándose hacia el gordinflón.

-¿Yo...? Me parece que... -el hermano Aba sonrió indeciso, como si fuera un niñito inocente, y abrió sus cortos brazos-. Me da lo mismo. Pero creo que no debemos colgarlo. Quizá sería mejor quemarlo vivo, ¿no creéis Don Reba?

-Sí, quizá -dijo Don Reba, pensativo.

-Se cuelga a la chusma, a la gente baja -siguió diciendo el hermano Aba, con su sonrisa angelical-. Debemos seguir ocupándonos de que el pueblo siga respetando las diferencias sociales. Don Rumata es el vástago de una antiquísima casa, un gran espía irukano... Creo que es irukano, ¿me equivoco? -cogió un papel de sobre la mesa y lo miró con ojos miopes-. Así es, sí. Y también soano. ¡Así que con mayor motivo!

-Bueno, entonces que lo quemen -dijo el padre Tsupik.

-De acuerdo -asintió Don Reba-. Que lo quemen.

-Pero creo que Don Rumata puede aliviar si quiere su suerte -insinuó el hermano Aba-. ¿Me comprendéis, Don Reba?

-No del todo.

-¿Y sus riquezas? La casa de los Rumata posee riquezas legendarias.

-Tenéis razón -dijo Don Reba.

El padre Tsupik bostezó, tapándose discretamente la boca con una mano, y miró los cortinajes lilas que había a la derecha de la mesa.

-Bien, empecemos entonces a actuar de acuerdo con las normas -continuó Don Reba tras un suspiro.

El padre Tsupik seguía mirando de reojo a los cortinajes. Se veía claramente que estaba esperando algo, y que el interrogatorio no le importaba en absoluto. ¿Qué comedia es ésta?, se preguntó Rumata. ¿Qué significa todo esto?

-Noble Don Rumata -dijo entonces Don Reba-, para nosotros sería un gran placer escuchar las respuestas que podáis dar a algunas de las preguntas que deseamos haceros.

-Antes desatadme las manos -dijo Rumata.

El padre Tsupik se inquietó y comenzó a morderse los labios. El hermano Aba movió desesperadamente la cabeza.

Don Reba miró primero al hermano Aba y luego al padre Tsupik.

-Comprendo que os inquietéis, amigos -dijo-. Pero teniendo en cuenta algunas circunstancias que Don Rumata seguramente debe sospechar... -y al decir aquello recorrió con la vista la serie de claraboyas que había en el techo-, creo que podemos acceder. ¡Desatadle las manos! -ordenó, sin levantar la voz.

Rumata notó cómo alguien se acercaba a él por detrás, y cómo unos dedos blandos tocaban sus manos y cortaban con facilidad las cuerdas. El hermano Aba sacó de debajo de la mesa una enorme ballesta de combate y la colocó ante él, sobre un montón de papeles. Las manos de Rumata colgaron inertes a sus costados. Casi no las sentía.

-Empecemos -dijo Don Reba enérgicamente-. ¡Decidnos vuestro nombre, estirpe y títulos!

-Rumata, de la estirpe de los Rumata de Estoria, caballeros cortesanos desde hace veinticinco generaciones.

Rumata miró a su alrededor, se sentó en el sofá y empezó a darse masaje en las manos. El hermano Aba le apuntó con la ballesta, resoplando nerviosamente.

-¿Qué era vuestro padre?

-Consejero Imperial, y leal servidor y amigo del Emperador.

-¿Vive?

-No. Murió.

-¿Hace mucho?

-Hace once años.

-¿Cuántos años tenéis?

Rumata no tuvo tiempo de responder. Se oyó un ruido tras las cortinas. El hermano Aba miró disgustado hacia allá. El padre Tsupik se levantó y se echó a reír sarcásticamente.

-Esto no es todo, nobles Dones... -comenzó a decir con maliciosa alegría.

En aquel momento, tres hombres, que Rumata no esperaba ver allí, y evidentemente el padre Tsupik tampoco, surgieron de detrás de las cortinas. Eran tres frailes enormes, con hábitos negros y capuchones echados sobre los ojos. Los tres avanzaron rápidamente y, sin hacer ruido, cogieron al padre Tsupik por los codos.

-¿Eh...? No... -empezó a mascullar el padre Tsupik. Su rostro se volvió blanco como la cera. Indudablemente, lo que esperaba era algo muy distinto.

-¿Qué pensáis vos, hermano Aba? -se interesó Don Reba, inclinándose tranquilamente hacia el gordinflón.

-Está claro -respondió el interpelado-, ¿Qué duda cabe?

Don Reba hizo un leve movimiento con la mano. Los monjes levantaron del suelo al padre Tsupik y se lo llevaron tan silenciosamente como habían venido. Rumata hizo un gesto de repugnancia. El hermano Aba se frotó sus blandas manos y dijo resueltamente:

-Todo ha salido a pedir de boca, ¿no os parece, Don Reba?

-Sí, no ha estado mal -asintió Don Reba-. Pero sigamos. ¿Cuántos años tenéis, Don Rumata?

-Treinta y cinco.

-¿Cuándo llegasteis a Arkanar?

-Hace cinco años.

-¿De dónde vinisteis?

-De Estoria, donde vivía en mi casa solariega.

-¿Por qué cambiasteis de residencia?

-Las circunstancias me obligaron a ello. Así que busqué una ciudad capaz de competir en esplendor con la capital de la metrópoli.

Rumata sintió cómo finalmente la sangre empezaba a fluir por las venas de sus hinchadas manos, pero siguió dándose masaje.

-¿Qué circunstancias fueron ésas?

-Tuve un duelo, y maté en él a un miembro de la augusta familia.

-¡Vaya! ¿A quién concretamente?

-Al hijo de los duques de Ekín.

-¿Qué motivó el duelo?

-Una mujer.

Rumata tenía la impresión de que todas aquellas preguntas no significaban nada, que eran una parodia idéntica a lo que sería el procedimiento de ejecución de su condena a muerte. Cada uno de nosotros tres está esperando algo, pensó. Yo espero a que me empiecen a reaccionar las manos. El hermano Aba es estúpido y espera a que empiece a caer a sus pies el oro del tesoro patrimonial de la casa de los Rumata. Y Don Reba también espera algo. Pero... ¿y esos monjes? ¿Desde cuándo hay monjes en palacio? ¡Y además diestros y decididos!

-¿Cómo se llamaba esa mujer?

¡Vaya preguntas!, pensó Rumata. Es difícil imaginarlas más estúpidas. Bien, procuraré animar un poco la cosa.

-Doña Rita.

-No esperaba de vos esa respuesta. Os la agradezco.

-Siempre a vuestras órdenes.

Don Reba hizo una pequeña inclinación de reconocimiento.

-¿Habéis estado alguna vez en Irukán?

-No.

-¿Estáis seguro?

-Y vos también.

-¡Queremos saber la verdad! -dijo Don Reba en tono sentencioso. El hermano Aba asintió con la cabeza-. ¡Tan solo la verdad!

-¡Oh! -dijo Rumata-. Yo creía que... -y dejó la frase en suspenso.

-¿Qué es lo que creíais?

-Que lo que estabais persiguiendo era echar mano de mis bienes patrimoniales. Aunque en realidad no comprendo cómo pensáis conseguirlo.

-¡Por donación! -gritó el hermano Aba. Rumata se echó a reír de la forma más insolente que pudo.

-Sois estúpido, hermano Aba, o como demonios os llaméis... Se nota que sois tendero. ¿No sabéis acaso que el mayorazgo no puede pasar a manos ajenas?

El hermano Aba se enfureció, pero se contuvo.

-No deberíais hablar en ese tono -dijo Don Reba con benevolencia.

-¿No queréis acaso saber la verdad? -replicó Rumata-. Pues ahí la tenéis: el hermano Aba es estúpido y tendero.

El hermano Aba ya se había repuesto.

-Me parece que nos hemos desviado de nuestro objetivo -dijo con una sonrisa-. ¿No lo creéis así, Don Reba?

-Sí, lleváis razón, como siempre -respondió Don Reba-. ¿Y en Soán, habéis tenido ocasión de estar? -preguntó a Rumata.

-Sí, en Soán sí he estado.

-¿Con qué motivo?

-Fui a visitar la Academia de Ciencias.

-Una extraña conducta para un joven de vuestra posición.

-Fue un capricho.

-¿Conocéis a Don Kondor, Juez General de Soán?

Rumata se puso en guardia.

-Sí. Es un viejo amigo de mi familia.

-Y una persona nobilísima, ¿no es cierto?

-Sí; muy respetable.

-¿Y sabéis que Don Kondor es uno de los que han tomado parte en la conspiración contra Su Majestad?

Rumata irguió la cabeza.

-No olvidéis, Don Reba -dijo con soberbia-, que para nosotros, es decir, para la primitiva aristocracia de la metrópoli, todos los soaneses e irukanos, al igual que los de Arkanar, no son más que vasallos de la Corona Imperial. -Rumata cruzó desdeñosamente las piernas y se giró hacia un lado.

Don Reba lo miró pensativo.

-¿Sois rico?

-Podría comprar todo Arkanar, pero no me gustan los muladares.

Don Reba suspiró.

-Mi corazón sangra -dijo-, cuando pienso en la necesidad de cortar un brote tan magnífico de un linaje tan ilustre. Sería un crimen, si no estuviera dictado por razones de Estado.

-Sería mejor que pensarais menos en las razones de Estado -dijo Rumata- y más en vuestro propio pellejo.

-Lleváis razón -dijo Don Reba, e hizo chasquear los dedos.

Rumata tensó rápidamente los músculos, y volvió a relajarlos. Su cuerpo funcionaba. De detrás de las cortinas salieron otra vez los tres monjes y, con la misma diligencia y precisión que antes, que ponían de manifiesto su enorme preparación, se agruparon en torno al hermano Aba, que seguía sonriendo afablemente, lo sujetaron, y le retorcieron los brazos a la espalda.

-¡Ay... ay! -gritó el hermano Aba, y su gruesa cara se desfiguró por el dolor y por el terror.

-¡Vamos, aprisa, no os detengáis! -gritó Don Reba, con visible repugnancia.

El gordinflón resistió rabiosamente mientras lo arrastraban hasta las cortinas. Sus gritos se siguieron oyendo por unos momentos, luego se escuchó un horroroso alarido y todo volvió a quedar en silencio. Don Reba se puso en pie y descargó con cuidado la ballesta. Rumata lo seguía atentamente con los ojos.

Don Reba empezó a pasear por la habitación. Estaba pensativo, y de tanto en tanto se rascaba la espalda con la saeta.

-Está bien, está bien -murmuró con voz suave-. Magnífico... -Daba la impresión de haberse olvidado de Rumata. Sus pasos se fueron haciendo cada vez más rápidos, y al andar movía rítmicamente la flecha, como si fuera una batuta. Luego se detuvo de repente tras la mesa, arrojó la flecha a un lado, se sentó cuidadosamente y con rostro sonriente murmuró-: Cómo los he atrapado, ¿eh? Ni siquiera han podido abrir la boca. En vuestro país esto no hubiera sido posible...

Rumata no respondió.

-Sí... -dijo Don Reba pensativo-. Está bien. Ahora podremos seguir hablando, Don Rumata. ¿O puede que tal vez no seáis Don Rumata... que ni siquiera seáis Don?

Rumata permanecía en silencio, mirando a Don Reba con expresión interesada. Este estaba pálido, se le veían unas venillas rojas en la nariz, y temblaba de excitación. Se notaban sus deseos de dar un puñetazo contra la mesa y gritar: «¡Lo sé, lo sé todo!». ¿Pero qué sabes tú, hijo de perra? Si supieras algo no podríais ni creerlo. ¡Adelante, habla: te escucho!

-Seguid -dijo Rumata-. Os estoy escuchando.

-Vos no sois Don Rumata -declaró Don Reba-. Sois un impostor -y al decir eso lo miró severamente-. Rumata de Estoria murió hace cinco años, y está enterrado en su panteón familiar. Y los santos hace ya mucho tiempo que dieron reposo a su alma que, a decir verdad, no estaba muy limpia de pecados. Bien, ¿vais a confesar solo, o necesitáis que os ayude?

-Yo mismo lo confesaré todo -dijo Rumata tranquilamente-. Me llamo Rumata de Estoria, y no permito que nadie dude de mi palabra.

Veamos cómo resulta un poco de irritación, pensó Rumata. Es una lástima que me duela el costado: de otro modo hubiera podido dar más energía a mis palabras.

-Está visto que tendremos que continuar nuestra conversación en otro sitio -dijo Don Reba enojadamente. Su rostro se transformó. Desapareció de él la sonrisita agradable, sus labios se apretaron formando una dura línea recta, y la piel de su frente empezó a latir de una manera extraña y siniestra. Sí, pensó Rumata, es capaz de asustar a cualquiera.

-¿Es verdad que padecéis hemorroides? -preguntó Rumata, como preocupándose por su salud.

Un relámpago pasó por los ojos de Don Reba, pero la expresión de su rostro no varió. Hizo como si no hubiera oído a Rumata.

-Habéis empleado mal a Budaj -dijo éste último-. Budaj es un magnífico especialista... ¿O debería decir era? -añadió significativamente.

Por los descoloridos ojos de Don Reba volvió a cruzar un relámpago. Oh, pensó Rumata; Budaj está vivo.

-Entonces, ¿os negáis a confesar? -dijo Don Reba.

-¿A confesar qué?

-Que sois un impostor.

-Mi respetable Don Reba -dijo Rumata sentenciosamente-, esas cosas hay que demostrarlas. ¿No comprendéis que me estáis ofendiendo?

El rostro de Don Reba adoptó una expresión engañosamente dulzona.

-Mi querido Don Rumata... por el momento os llamaré así. No acostumbro a demostrar nada a nadie. Lo que haya que demostrar se demuestra en la Torre de la Alegría. Para eso mantengo a toda una serie de especialistas bien pagados que, valiéndose de la retorcedora de carne de San Miki, de la bota de Nuestro Señor, de las manoplas de la Mártir Pata o del asiento... perdón, del sillón de Totz el Conquistador, pueden demostrar todo lo que sea necesario: que existe Dios o que no existe, que la gente anda cabeza abajo o de lado... ¿Me comprendéis? Existe toda una ciencia que se dedica a

esa clase de demostraciones. Entended, ¿para qué voy a molestarme en demostrar lo que sé perfectamente? Por otra parte, vuestra confesión no encierra ningún peligro.

-Para mí no -dijo Rumata-. Pero sí para vos.

Don Reba quedó un rato pensativo.

-Bien -dijo finalmente-, por lo visto voy a tener que empezar yo. Veamos en qué asuntos ha estado complicado el noble Don Rumata de Estoria durante los cinco años de su vida de ultratumba en el reino de Arkanar. Luego me explicaréis qué sentido tiene todo esto, ¿de acuerdo?

-No deseo prometeros nada de antemano -dijo Rumata-, pero os escucharé atentamente.

Don Reba, tras buscar en uno de los cajones de su mesa, extrajo un trozo de papel fuerte, levantó las cejas, lo miró y dijo:

-Como vos sabéis, yo, Ministro de Seguridad de la Corona de Arkanar, tomé ciertas medidas contra los llamados intelectuales, sabios y demás gente inútil y peligrosa para el Estado. Estas medidas tropezaron con una increíble reacción. Mientras todo el pueblo, de modo unánime, conservando su fidelidad al Rey y a las tradiciones de Arkanar, me ayudaba en todo, es decir, entregaba a los que se ocultaban, se tomaba la justicia por su mano y señalaba a los sospechosos que escapaban a mi atención, una fuerza desconocida pero enérgica nos quitaba de las manos a los delincuentes más importantes, más perversos y más repugnantes, y los llevaba fuera de las fronteras del Reino. De esta forma pudieron escapar el astrólogo ateo Baguir Kissenski; el alquimista Sinda, que como pudo demostrarse tenía relaciones con el espíritu del mal y con las autoridades de Irukán; el abominable panfletista y alterador del orden Tsurén, y otros muchos de menor rango. Así pudo ocultarse el brujo loco y mecánico Kabani. Alguien gastó montañas de oro intentando impedir que se cumpliera la voluntad del pueblo con relación a los espías y envenenadores sacrílegos, ex galenos de la corte de Su Majestad. También hubo alguien que, en unas circunstancias que hacen recordar al enemigo de la especie humana, liberó de sus guardianes al monstruo de la depravación, corruptor de almas populares y cabecilla de la insurrección campesina Arata el Jorobado. -Don Reba hizo una pausa, la piel de su frente se estremeció, y miró significativamente a Rumata. Este elevó sus ojos al techo y sonrió. Recordó el día en que se llevó a Arata el Jorobado valiéndose de un helicóptero. Los guardianes se quedaron alucinados al ver el aparato. Y a Arata le ocurrió lo mismo. Fue un buen golpe.

-Y sabed -prosiguió Don Reba- que este cabecilla llamado Arata está ahora en libertad, y acaudilla a los siervos que se han sublevado en las regiones orientales de la metrópoli, donde se está derramando mucha sangre noble. Se sabe que este cabecilla no carece de dinero ni de armas.

-Os creo -dijo Rumata-. Desde el primer momento me dio la impresión de que era un hombre decidido...

-¿Así que reconocéis...? -le interrumpió Don Reba.

-¿Qué?

Durante unos segundos se miraron mutuamente a los ojos.

-Sigamos -dijo Don Reba-. Por la salvación de estos corruptores de almas pagasteis, Don Rumata, según mis humildes e incompletos cálculos, no menos de cuatro arrobas de oro. Ni hay que decir que al hacer esto cayó sobre vos una mancha eterna por haber pactado con el espíritu del mal. Tampoco mencionaré que durante todo el tiempo que lleváis en el reino de Arkanar no habéis recibido de vuestras propiedades de Estoria ni una sola moneda. ¿Por qué habríais de recibirla? ¿Qué objeto tiene enviar dinero a un difunto, aunque sea pariente? Y sin embargo, ¡qué oro!

Abrió un cofrecillo que tenía medio oculto entre los papeles de la mesa y extrajo un puñado de monedas con el perfil de Pisa VI.

-¡Este oro sería suficiente para mandaros a la hoguera! -gritó Don Reba-. ¡Es oro del diablo! ¡No hay manos humanas capaces de obtener un metal tan puro como éste!

Y Don Reba perforó a Rumata con su mirada. Magnífico, pensó éste. No habíamos previsto esto. Es el primero que se da cuenta. Hay que tenerlo presente.

A partir de aquel momento Don Reba volvió a apagarse. En su voz empezaron a infiltrarse notas de paternal condescendencia.

-Y en general obráis con muy poco cuidado, Don Rumata. Me habéis tenido preocupado durante todo este tiempo. ¡Qué duelista! ¡Qué pendenciero! ¡Ciento veintiséis duelos en cinco años! Y... ni un solo muerto. Esto es algo que da que pensar. Yo, por ejemplo, he llegado a cierta conclusión. Y no sólo yo. Esta misma noche, el hermano Aba... no hay que hablar mal de los difuntos, pero ése era un hombre excesivamente cruel, al que me costaba gran trabajo soportar... el hermano Aba, cuando se dio la orden de arresto contra vos, no encomendó esta tarea a los milicianos más hábiles, sino a los más fuertes y pesados. Y, como veis, estaba en lo cierto. El resultado fue unas cuantas manos descoyuntadas, varios cuellos magullados, un montón de dientes de menos, pero... ¡aquí estáis vos! Y eso a pesar de que sabíais perfectamente que os estabais jugando la vida. Sois un maestro, sin la menor duda la mejor espada del Imperio. Pero está claro que tuvisteis que venderle el alma al diablo, ya que únicamente en el infierno se puede aprender a luchar así. Y sospecho que esta maestría os fue dada con la condición de que no debíais matar a nadie, aunque es incomprensible el fin que pueda perseguir el diablo poniendo una tal condición. Pero estas son cosas de la incumbencia de nuestros eclesiásticos...

Un gruñido interrumpió su discurso. Don Reba miró hacia los cortinajes lilas. Alguien luchaba tras ellos. Se oyeron golpes, chillidos: «¡Soltadme, soltadme!», injurias, y otras voces en un dialecto incomprensible. Una de las cortinas cayó, arrancada de improviso, y un hombre calvo, con la barbilla ensangrentada y los ojos desorbitados, irrumpió dando traspiés en el gabinete y cayó al suelo. Dos manos enormes surgieron de detrás de otra cortina, agarraron al recién llegado por los pies y se lo llevaron arrastrando. Rumata lo reconoció: era Budaj. Gritaba desesperadamente:

-¡Me habéis engañado! ¡Eso era veneno! ¿Por qué...?

Sus palabras se ahogaron en la oscuridad. Un hombre vestido de negro colgó rápidamente la cortina caída. En el silencio que siguió se oyó un ruido repugnante. Alguien vomitó. Rumata empezó a comprenderlo todo.

-¿Dónde está Budaj? -preguntó secamente a Don Reba.

-Como veis, le debe haber ocurrido una desgracia -respondió Don Reba, aparentando no darle excesiva importancia. Pero Rumata se dio cuenta de que estaba desconcertado.

-¡Dejaos de historias! -rugió. ¿Dónde está Budaj?

-¡Ah, Don Rumata! -exclamó Don Reba, agitando la cabeza y recuperando de nuevo su aplomo-. ¿Para qué queréis a Budaj? ¿Es acaso pariente vuestro? ¡Nunca lo habíais visto antes!

-¡Oíd, Reba! -gritó Rumata enfurecido-. ¡Estoy hablando en serio! Si le ocurre algo a Budaj, os haré morir como a un perro. Os aplastaré.

-No tendríais tiempo -se apresuró a decir Don Reba. Pero estaba blanco como la cera.

-Reba, sois un imbécil. Tenéis experiencia en tejer intrigas, pero no comprendéis nada. Nunca en la vida os habéis metido en un juego tan peligroso como éste. Y lo peor es que ni siquiera os lo imagináis.

Don Reba se encogió tras su mesa. Sus ojos ardían como dos carbones al rojo. Rumata se daba también cuenta de que tampoco él había estado nunca tan cerca de la muerte. Las cartas estaban a punto de volverse boca arriba. Se estaba ventilando quién iba a ser a partir de ahora el dueño de la situación. Rumata tensó sus nervios, dispuesto a saltar. En el rostro de Don Reba se leía claramente el pensamiento de que no existe flecha ni jabalina que mate instantáneamente. El viejo hemorróideo quería vivir.

-No os alteréis -dijo, medio gimiendo-. Estábamos hablando normalmente... Sí, sí: Budaj está vivo y sano. No os preocupéis. Espero que me cure incluso a mí.

-¿Dónde está?

-En la Torre de la Alegría.

-Lo necesito.

-Yo también, Don Rumata.

-¡Iros al diablo! ¡Don Reba, dejémonos de hipocresías! Sé que me teméis y... hacéis bien en temerme. Budaj me pertenece, ¿comprendido?

Ahora los dos estaban de pie. Reba infundía temor. Se había puesto verde, sus labios temblaban nerviosamente, mascullaba algo, escupiendo saliva junto con las palabras.

-¡Mocoso! -susurró-. ¡Yo no le temo a nadie! Y puedo aplastaros como a una sabandija -y diciendo esto se giró y arrancó el tapiz colgado a su espalda. Una amplia ventana quedó al descubierto-. ¡Mirad!

Rumata se acercó a la ventana. Daba a la plaza que había ante el palacio. Empezaba a despuntar el alba. El humo de los incendios ensombrecía el horizonte gris. En la plaza había algunos cadáveres abandonados. Pero en el centro de la misma negreaba un cuadrilátero inmóvil. Observándolo mejor, Rumata vio que aquel cuadrilátero era una correctísima formación de fuerzas de caballería uniformadas con largas capas negras, capuchas del mismo color que les cubrían hasta los ojos, escudos triangulares en el brazo izquierdo y largas picas en la mano derecha.

-¿Qué os parece? -dijo Don Reba con voz entrecortada, y como si todo su cuerpo temblara-. Ahí tenéis a los hijos sumisos de Nuestro Señor, a los caballeros de la Orden Sacra. Esta noche han desembarcado en el puerto de Arkanar para aplastar el motín bárbaro de los desharrapados nocturnos de Vaga Kolesó confabulados con esos tenderos que tan engreídos estaban. El motín ha sido aplastado. La Orden Sacra es dueña de la ciudad y de todo el país. Desde ahora Arkanar es una región de la Orden...

Rumata se frotó perplejo la nuca. Aquello sí que era una buena sorpresa. De modo que para eso habían estado preparando el terreno aquellos desgraciados tenderos. ¡Eso sí era una provocación!

Don Reba reía triunfalmente.

-Aún no me he presentado realmente a vos -dijo, con la misma temblorosa voz de antes-. ¡Don Reba, Siervo del Señor, Obispo y Gobernador General de la Orden Sacra en la región de Arkanar!

Era de prever, pensó Rumata. Donde impera la gente gris, siempre acaban mandando las fuerzas negras de la reacción. ¡Oh, vosotros, sociólogos, qué varapalo merecéis! Rumata, con las manos a la espalda, empezó a balancearse sobre las puntas de los pies.

-Estoy cansado -dijo con repugnancia-. Quiero dormir un poco y lavarme con agua caliente para quitarme la sangre y las babas de vuestros matones. Mañana... mejor dicho, hoy... una hora después de la salida del sol, me pasaré por vuestra cancillería. La orden de libertad de Budaj deberá estar preparada.

-¡Hay veinte mil como ésos! -gritó don Reba, señalando con la mano la ventana.

Rumata frunció el ceño.

-Hablad más bajo, por favor -dijo-. Y recordad, Don Reba, que sé perfectamente que vos no sois obispo ni nada parecido. Os estoy viendo como si fuerais transparente. Y por eso puedo deciros que no sois más que un traidor despreciable y un mal intrigante... -Don Reba se pasó la lengua por los labios al oír esto, y sus ojos se volvieron vidriosos-. Soy implacable -continuó Rumata-. Y responderéis con vuestra cabeza por cada infamia que se cometa contra mí y contra mis amigos. Tened presente cuánto os odio. Sin embargo, estoy dispuesto a soportaros si aprendéis a apartaros a tiempo de mi camino. ¿Está claro?

Don Reba improvisó una suplicante sonrisa y se apresuró a decir:

-Yo no deseo más que una cosa: que estéis conmigo, Don Rumata. Sé que no puedo mataros. No sé por qué, pero no puedo.

-Porque me teméis.

-Es posible. O porque vos seáis el diablo o el hijo de Dios. ¿Quién sabe? A lo mejor sois un hombre llegado de esos poderosísimos países ultramarinos que dicen que existen. No quiero ni asomarme a la sima de donde hayáis podido salir, porque la cabeza empieza a darme vueltas y temo incurrir en herejía. Pero a pesar de todo podría mataros en cualquier momento: ahora... mañana... ¿me entendéis?

-No me importa -dijo Rumata.

-Entonces, ¿qué es lo que os importa?

-No hay nada que me importe. Me gusta divertirme, eso es todo. No soy ni dios ni demonio. No soy más que el noble Don Rumata de Estoria, un alegre cortesano con muchos caprichos y no menos prejuicios, pero que está acostumbrado a ser libre en todos los sentidos. ¡Recordad bien esto!

Don Reba, recobrando su compostura, se limpió el sudor con el pañuelo e inició una amable sonrisa.

-Me gusta vuestra obstinación -dijo-. A fin de cuentas, también vos aspiráis a la implantación de unos ideales. Respeto estos ideales, aunque no los comprenda. Me siento satisfecho de nuestro cambio de impresiones. Tal vez llegue un día en que vos me deis a conocer vuestras opiniones, y no está excluido el que yo me vea obligado a cambiar las mías. Los hombres solemos cometer errores. Puede que yo esté equivocado, y que el fin al que aspiro no sea el que mejor merece que se trabaje por él con el celo y el desinterés con que lo estoy haciendo. Soy hombre de amplios horizontes, y esto me permite hacerme a la idea de que es probable que alguna vez trabaje con vos, hombro con hombro.

-Es probable -dijo Rumata, y se dirigió hacia la puerta. Cerdo asqueroso, pensó. Lo último que necesito es un colaborador así. ¡Y hombro con hombro!

La ciudad estaba aterrada. El rojizo sol del amanecer alumbraba lúgubremente las desiertas calles, las ruinas humeantes, los postigos arrancados y las puertas rotas. Los trozos de vidrio mezclados entre el polvo despedían reflejos sangrientos. Una nube de cuervos había caído sobre la ciudad, como si fuera un campo raso. Las plazoletas y las encrucijadas estaban tomadas por jinetes vestidos de negro que formaban parejas y tríos. Aquellos soldados vigilaban atentamente cualquier movimiento a través de las rendijas de sus capuchas, girando lentamente el cuerpo sobre sus cabalgaduras. De unos postes improvisados pendían sobre ya apagadas hogueras cuerpos carbonizados sujetos con cadenas. Parecía como si lo único que quedara vivo en la ciudad fueran los cuervos y aquellos asesinos enlutados.

Rumata recorrió la mitad del camino hasta su casa con los ojos cerrados. Le dolía horriblemente el magullado cuerpo, y no podía respirar bien. ¿Son acaso realmente hombres esos seres?, iba pensando. ¿Hay en ellos algo de humano? Mientras matan a unos en plena calle, otros permanecen escondidos en sus casas, esperando sumisamente a que llegue su turno. Y cada uno piensa: «que cojan a quien quieran, pero que no me toquen a mí». Los unos matan a sangre fría, y los otros tienen la sangre fría de esperar a que los maten. Esta sangre fría es lo más horrible. Hay diez personas, muertas de miedo, esperando dócilmente, y una sola que se acerca a ellas, elige su víctima, y la mata a sangre fría frente a las demás. Tienen el alma empañada, y cada hora de dócil espera se la ensucia mucho más. En este mismo momento, dentro de estas casas que parecen muertas, están naciendo canallas, delatores, criminales... porque millares de personas acobardadas para toda su vida están enseñando implacablemente a sus hijos a ser cobardes, y éstos harán lo mismo con los suyos, y así sucesivamente. No puedo más. Un poco más de esto, y me volveré loco o me convertiré en uno como ellos. Un poco más, y dejaré de comprender cuál es mi misión aquí. Tengo que descansar... tengo que volverle la espalda a todo esto, tengo que tranquilizarme.

«...a finales del año del Agua -así llamado en la nueva nomenclatura-, los procesos centrífugos en el antiguo Imperio se hicieron muy importantes. Aprovechando esta circunstancia, la Orden Sacra, que representaba los intereses de los grupos más reaccionarios de la sociedad feudal, y que aspiraba a detener a toda costa la disipación...» Pero, cuando escribáis esto, ¿quién de vosotros sabrá cómo olían los cuerpos de las personas quemadas en la hoguera? ¿Quién habrá visto a una pobre mujer desnuda, con el vientre rajado, tirada en medio de la calle? ¿Quién de vosotros, niños y niñas del futuro que miraréis estas lecciones en el estereovisor pedagógico de las escuelas de la República Comunista de Arkanar habrá contemplado ciudades en las que la gente calla mientras los cuervos graznan?

Algo duro y punzante apoyándose contra su pecho apartó a Rumata de estos pensamientos. Abrió los ojos y vio ante sí a un jinete negro. La punta de su larga pica, de ancha y afilada hoja en forma de sierra, era lo que empujaba su pecho. El jinete miró silenciosamente a Rumata a través de las rendijas de su capuchón. Por debajo de éste solamente se podía ver una boca de finos labios y una pequeña barbilla. Debo hacer algo, pensó Rumata. Pero, ¿qué? ¿Tirarlo del caballo? No. El jinete apartó despacio la pica para asestar el golpe. ¡Ah, sí! Rumata levantó con desgana su brazo izquierdo y tiró hacia arriba de la manga para dejar al descubierto el brazalete de hierro que le habían entregado al salir de palacio. El jinete lo miró, levantó la pica y lo dejó pasar.

-En nombre del Señor -dijo secamente el de a caballo, con una pronunciación rara.

-En nombre Suyo -refunfuñó Rumata, y siguió su camino, pasando junto a otro jinete que estaba intentando alcanzar con la pica la tallada figura de un alegre diablillo que había en la cornisa de una casa. Tras el postigo medio arrancado de una ventana del segundo piso se distinguió por unos momentos la silueta de un grueso rostro muerto de miedo. Debía ser el de alguno de aquellos tenderos que hasta hacía tres días gritaban: «¡Viva Don Reba!» mientras bebían cerveza, y oían placenteramente el resonar de las botas claveteadas machacando la calle. ¡Qué ignorancia!

¿Y qué le habrá ocurrido a mi casa?, pensó de repente, y aceleró el paso. El último trozo de calle lo pasó casi corriendo. La casa estaba intacta. En los escalones de la puerta estaban sentados dos monjes, con los capuchones echados hacia atrás y las mal afeitadas cabezas expuestas al sol. Cuando vieron llegar a Rumata se pusieron en pie.

-En nombre del Señor -dijeron al unísono.

-En Su nombre -respondió Rumata-. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Los monjes hicieron una inclinación, poniendo las manos sobre sus vientres.

-Vos habéis llegado -dijo uno de ellos-, y nosotros nos vamos. -Bajaron los escalones, y se marcharon sin apresurarse, encorvados y con las manos metidas en las mangas de sus hábitos.

Rumata los siguió con la vista, y recordó cómo antes había visto miles de veces aquellas humildes figuras con sotanas negras. Pero antes no arrastraban por el polvo las vainas de sus grandes espadas. No caímos en la cuenta de ello, pensó. ¡Qué error! Cómo se divertían los nobles Dones cuando se encontraban con algún monje solitario: se colocaban uno a cada lado, y empezaban a contar historias obscenas. Y yo, idiota, me fingía borracho e iba tras ellos riéndome a carcajadas y alegrándome de que el Imperio no fuera víctima del fanatismo religioso. ¿Pero qué podía hacerse? Sí, ¿qué podía hacerse?

-¿Quién es? -preguntó desde dentro una temblorosa voz.

-¡Abre, Muga! ¡Soy yo! -dijo Rumata en voz baja.

Sonaron los cerrojos, se entreabrió la puerta, y Rumata entró en el vestíbulo. Vio que todo estaba como de costumbre y suspiró. El viejo Muga, tan respetuoso como siempre, se apresuró a. coger el casco y la espada.

-¿Cómo está Kira?

-Se encuentra bien: está arriba.

-Magnífico -dijo Rumata, quitándose el tahalí-. Y Uno, ¿por qué no está aquí? Muga cogió el tahalí.

-Uno está muerto. Lo han matado. Está en el cuarto de la servidumbre.

Rumata cerró los ojos.

-¿Uno muerto? ¿Quién ha sido?

Pero no esperó la contestación. Se dirigió casi corriendo al cuarto de la servidumbre. Uno estaba tendido sobre una mesa, cubierto hasta la cintura con una sábana. Tenía las manos entrelazadas sobre el pecho, los ojos abiertos y la boca deformada en una horrible mueca. Los criados rodeaban la mesa con las cabezas bajas, escuchando los susurros del monje sentado en un rincón. La cocinera gemía suavemente. Rumata, sin apartar la vista del muchacho, intentó desabrocharse el cuello del jubón. Los dedos no le obedecían.

-Canallas... -murmuró Rumata-. Todos ellos canallas...

Se tambaleó, se acercó a la mesa, miró a los ojos del muchacho, levantó un poco la sábana y la dejó caer de nuevo inmediatamente.

-Sí, es tarde... demasiado tarde. Ya no hay remedio. ¡Canallas...! Decid, ¿quién lo mató? ¿Los monjes?

Rumata avanzó hacia el monje del rincón, lo alzó en vilo y lo miró fieramente a la cara.

-¡Di!, ¿quién lo mató? ¿Los vuestros? ¡Habla!

-No, no han sido los monjes -dijo Muga a sus espaldas-. Fueron los Grises.

Rumata siguió mirando al delgado rostro del monje, a sus pupilas que se iban dilatando poco a poco por el terror.

-En nombre del Señor -exhaló el monje, y Rumata lo soltó, se sentó a los pies del muerto y se echó a llorar. Lloraba con el rostro oculto entre las manos y escuchaba la voz monótona de Muga.

Este le contó cómo, tras el toque de la segunda guardia, llamaron a la puerta en nombre del Rey, y Uno gritó que no abrieran. Pero a pesar de todo tuvieron que abrir, porque los Grises amenazaron con prenderle fuego a la casa. Entonces irrumpieron en el vestíbulo, maltrataron y ataron a los criados, y luego empezaron a subir las escaleras. Uno, que estaba junto a las puertas de los aposentos, empezó a disparar con las ballestas. Tenía dos y pudo disparar dos veces, pero una de ellas erró el tiro. Los Grises le lanzaron un cuchillo, y Uno cayó. Entonces lo arrastraron escaleras abajo, y comenzaron a darle patadas y a pegarle con las hachas. En aquel momento entraron en la casa los monjes, mataron a dos Grises, desarmaron a los demás, les echaron lazos al cuello y se los llevaron arrastrando por la calle.

Muga dejó de hablar, pero Rumata siguió aún bastante tiempo sentado, con los codos apoyados en la mesa, a los pies de Uno. Por fin se levantó peladamente, se limpió con la manga las lágrimas que humedecían su barba de dos días, besó al muchacho en la helada frente y, moviendo con dificultad las piernas, empezó a subir despacio las escaleras.

Estaba agotado por el cansancio y por la emoción que acababa de sufrir. Terminó de subir como pudo, atravesó la sala, se arrastró hasta su cama y se desplomó en ella boca abajo. Kira llegó corriendo. Rumata estaba tan rendido que ni siquiera pudo ayudarla mientras lo desnudaba. Ella se echó a llorar al verlo tan maltrecho, le quitó las botas, el destrozado uniforme y la cota de mallas metaloplástica, y su llanto aumentó de intensidad al contemplar cómo tenía el cuerpo. Rumata sentía dolor en todos los huesos, como si hubiera recibido una sobrecarga. Kira le frotó el cuerpo con una esponja empapada en vinagre. Sin abrir los ojos, Rumata empezó a sisear entre los encajados dientes.

-Podía haberle matado -musitó-. Sí, estaba a su lado. Hubiera podido aplastarlo con solo mis manos. ¿Qué vida es esta, Kira? Vámonos de aquí. Este experimentó se está llevando a cabo conmigo y no con ellos...

Ni siquiera se daba cuenta de que estaba hablando en ruso. Kira lo miró asustada, con los ojos llenos de lágrimas, y le dio un beso en la mejilla. Luego lo cubrió con una sábana vieja, puesto que Uno murió sin comprar las nuevas, y se apresuró a ir abajo para prepararle un poco de vino caliente. Rumata se sentó en la cama y, profiriendo quejidos por el dolor que sentía en todo el cuerpo, fue descalzo hasta el gabinete, abrió el cajón secreto de la mesa, buscó el botiquín y se tomó varias tabletas de sporamina. Cuando volvió Kira, con el humeante tazón sobre la pesada bandeja de plata, Rumata estaba de nuevo acostado de espaldas sobre la cama, mientras sentía cómo le iba desapareciendo el dolor y disminuyendo el zumbido de su cabeza, y cómo su cuerpo iba recuperando poco a poco las fuerzas. Tras beberse el contenido del tazón se sintió repuesto, llamó a Muga y le ordenó que preparara su ropa para vestirse.

-No te vayas, Rumata -le dijo Kira-. No salgas. Quédate en casa.

-Tengo que irme, pequeña.

-Tengo miedo. Quédate. Pueden matarte.

-¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Por qué habrían de matarme? Todos me temen.

Ella se echó de nuevo a llorar. Lloraba en silencio, humildemente, como si temiera que él se enojara. Rumata la sentó sobre sus rodillas y acarició su cabello.

-Lo más horrible ya ha pasado -dijo-. Además, pronto nos iremos de aquí.

Ella se tranquilizó un poco y se apretó contra él. Muga estaba a su lado, indiferente, moviendo la cabeza y sosteniendo el calzón con cascabeles de oro para su amo.

-Pero antes de irnos hay que dejar arregladas muchas cosas aquí -prosiguió Rumata-. Esta noche han matado a mucha gente. Hay que averiguar quién ha muerto y quién está vivo, y hay que ver la manera de salvar a los que están en peligro.

-Tu siempre ayudas a todos, pero ¿quién te ayuda a ti?

-El que ayuda a los demás es feliz. Y a nosotros también nos ayudan amigos muy poderosos.

-En estas circunstancias no puedo pensar en los demás -dijo ella-. Hoy has venido medio muerto. ¿Crees que no me he dado cuenta de que te han golpeado? Y a Uno lo han matado. ¿Qué estaban haciendo entonces tus poderosos amigos? ¿Por qué no impidieron esta matanza? No creo en lo que dices.

Intentó marcharse, pero él la sujetó con fuerza.

-Esta vez han llegado un poco tarde -dijo Rumata-. Pero esto no quiere decir que no se interesen por nosotros y no nos protejan. ¿Por qué hoy no me crees? Siempre me has creído. Tú misma dices que llegué medio muerto y... ¡mírame ahora!

-No quiero mirarte -dijo ella, ocultando su rostro-. No quiero volver a llorar.

-Veamos, ¿qué me han hecho? ¿Algunos arañazos? Eso no es nada. Lo peor ya ha pasado. Por lo menos para ti y para mí. Pero hay personas muy buenas, magníficas, para quienes aún perdura el terror. Tengo que ayudar a esas personas.

Kira dejó escapar un profundo suspiro, besó a Rumata en el cuello y se separó suavemente de él.

-Ven esta noche -suplicó-. ¿Vendrás?

-Sí, vendré. Vendré antes de la noche, y seguramente con alguien. Espérame a la hora de comer.

Kira se sentó en un sillón y contempló cómo él se vestía. Rumata se puso el calzón de los cascabelillos Muga tuvo que hincarse de rodillas ante él para abrocharle las múltiples hebillas y botones, se volvió a poner la cota de mallas sobre la camiseta limpia y, preocupado aún, dijo:

-No te enojes, pequeña. Comprende que debo irme. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¡No ir es imposible!

Ella se incorporó y dijo pensativa:

-¿Sabes? hay veces que no llego a comprender por qué no me pegas.

Rumata, que en aquel instante se estaba abrochando una camisa de magnífica gorguera, se quedó atónito.

-¿Qué quieres decir con esto? -preguntó-. ¿Acaso a ti se te podría pegar?

-Tú eres bueno -prosiguió ella, casi sin escucharle-. Pero eres aún mucho más: eres un hombre extraño. Algo así como un arcángel... Cuando tú estás a mi lado me siento valiente. Algún día te preguntaré una cosa. Ahora aún no, pero cuando todo esto haya pasado... ¿me contarás tu vida?

Rumata pareció no oírla. Muga le estaba ayudando a ponerse el jubón color naranja con lazos a rayas rojas. El se lo ajustó con repugnancia y se apretó el cinto.

-Sí -dijo por fin-. Alguna vez te lo contaré todo, pequeña.

-Entonces esperaré -dijo ella seriamente-. Y ahora vete y no me hagas caso.

Rumata se acercó a ella y le dio un fuerte beso en la boca con sus labios partidos. Luego se quitó el brazalete de hierro de la muñeca y se lo entregó.

-Ponte esto en el brazo izquierdo -le dijo-. No es probable que hoy vuelvan a venir por aquí, pero por si vinieran enséñales esto.

Ella lo siguió con la mirada mientras se iba, y él sabía perfectamente que se estaba diciendo a sí misma: «No sé si eres el diablo, un hijo de Dios o un hombre venido de los legendarios países ultramarinos, pero moriré si no regresas». Y Rumata le agradeció infinitamente aquel silencio porque, aún pese a él, le era tan difícil marcharse como si desde una verde y soleada orilla tuviera que arrojarse de cabeza al más inmundo de los albañales.

VIII

Para ir a la cancillería del Obispo de Arkanar evitando los encuentros con las patrullas de monjes, Rumata decidió hacer el recorrido pasando por las huertas y patios de las casas. Aquello le obligaba a pasar medio ocultándose por los angostos patinillos, enredándose con los trapos puestos a secar, metiéndose por los boquetes que había en las vallas, dejándose enganchados en sus clavos muchos de sus magníficos lazos y trozos de ricos encajes de Soán, y corriendo a cuatro patas por entre los sembrados de patatas. A pesar de todo ello, no pudo escapar al ojo avizor de las huestes negras. Al salir a una estrecha y retorcida calleja que daba a un muladar tropezó con dos monjes taciturnos y algo bebidos. Rumata intentó eludirlos, pero ellos sacaron sus espadas y le cerraron el paso. Echó mano a la empuñadura de su acero. Entonces los monjes improvisaron un silbato con tres dedos y empezaron a pedir auxilio. Rumata inició una retirada hacia el agujero de donde acababa de salir. Y en aquel instante salió de aquel mismo agujero un hombrecillo vivaracho, cuyo

rostro no llamaba la atención, que rozó a Rumata con el hombro, corrió al encuentro de los monjes y les dijo unas palabras. Estos, sin aguardar más, arremangaron sus sotanas, dejando al descubierto sus largas piernas con medias lilas, y echaron a correr hasta ocultarse tras las casas más próximas. El hombrecillo los siguió sin volver la cabeza.

Está claro, pensó Rumata, es un espía guardaespaldas. Y por lo visto no se preocupa de ocultarse. Es obvio que el Obispo de Arkanar es previsor. Sería interesante saber qué teme más: que yo haga algo, o que me ocurra algo a mí. Rumata siguió al espía con la mirada, y luego torció hacia el lado que conducía al muladar. Este daba a la parte posterior de la cancillería del ex Ministerio de Seguridad de la Corona, y era de esperar que en él no hubiera patrullas.

El callejón estaba desierto, pero empezaba a oírse cómo rechinaban los postigos, golpeaban las puertas, lloraba un niño y cuchicheaban entre sí los vecinos. Tras una empalizada casi podrida asomó una cara flaca, cansada y negra de hollín, cuyos asustados ojos observaron fijamente a Rumata.

-Perdonad, noble Don, pero ¿no podríais decirme qué es lo que ocurre en la ciudad? Soy el herrero Kikus, apodado el Cojo. Tendría que ir a la herrería, pero tengo miedo.

-Será mejor que no vayas -aconsejó Rumata-. Esos monjes no se andan con bromas. Ya no hay Rey. Quien manda es Don Reba, que ahora es el Obispo de la Orden Sacra. Así que lo mejor que puedes hacer es quedarte en casa y mantener la boca cerrada.

A cada palabra de Rumata, el herrero asentía con la cabeza, mientras sus ojos se iban llenando de tristeza y desesperación.

-La Orden, decís -susurró el herrero-. ¡Oh, infiernos...! Perdonad. La Orden... ¿quiénes son, los Grises?

-No -respondió Rumata, mirándolo con interés-. Los Grises han sido eliminados. Son los monjes.

-¡San Miki! ¿Así que también a los Grises? ¡Vaya con la Orden! No está mal el que hayan acabado con los Grises, pero, noble Don... ¿qué será de nosotros? ¿Podremos arreglárnoslas con la Orden?

-¿Y por qué no? -dijo Rumata-. La Orden también necesita comer y beber. ¡Por supuesto que os las arreglaréis!

El herrero pareció algo más animado.

-Yo también creo que podremos arreglárnoslas -dijo-. Lo principal es no tocar a nadie para que nadie te toque a ti, ¿no os parece, noble Don?

Rumata negó con la cabeza.

-Creo que no -dijo-. Al que no toca a nadie es al que suelen matar primero.

-También es cierto -suspiró el herrero-. ¿Pero qué puede uno hacer? Estoy más solo que un espárrago, y tengo a ocho mocosos colgados de mis pantalones. ¡Madrecita, si por lo menos hubieran matado a mi maestro! Era oficial de los Grises, ¿sabéis? ¿Creéis que es posible que lo hayan matado? Le debía cinco piezas de oro.

-No sé -dijo Rumata-. Puede que lo hayan matado. Pero debes pensar en otras cosas, herrero. Dices que estás más solo que un espárrago, y sin embargo en la ciudad hay diez mil espárragos como tú.

-¿Y?

-Pues eso: piénsalo -respondió disgustado Rumata, y siguió su camino.

No va a pensar en nada, rezongó. Todavía es pronto para que empiecen a pensar. Y parece que no tendría que haber nada más fácil: diez mil herreros como este, armados de un poco de valor, serían capaces de machacar a cualquiera. Pero aún les falta coraje. No tienen otra cosa que miedo. Cada uno piensa únicamente en sí mismo, y tan solo Dios piensa en todos.

Unos arbustos de saúco que había al final de una manzana de casas se movieron repentinamente, y de entre ellos salió al callejón la gruesa figura de Don Tameo. Cuando vio a Rumata lanzó una exclamación de júbilo y, con paso poco firme, fue a su encuentro con los brazos abiertos y las manos manchadas de tierra.

-¡Noble Don Rumata! -gritó-. ¡Qué alegría! Por lo que veo, también vos vais a la cancillería.

-Efectivamente -respondió Rumata, eludiendo el abrazo.

-¡Permitidme que os acompañe!

-Es un honor.

Se hicieron mutuas y múltiples reverencias. Era obvio que Don Tameo había empezado a beber el día anterior, y hasta aquel momento aún no se había podido contener. Para que no cupiera ninguna duda al respecto sacó de su amplísimo calzón un frasco de vidrio tallado.

-¿Queréis, noble Don? -le ofreció respetuosamente a Rumata.

-No gracias; que os aproveche.

-Es ron -insistió Don Tameo-. Ron de verdad, de la metrópoli. Me costó una pieza de oro.

Mientras hablaban descendieron al muladar y, tapándose las narices, cruzaron por entre los montones de basura, perros muertos y charcos hediondos repletos de gusanos blancos. En el aire matutino se oía el ininterrumpido zumbar de miríadas de moscas color esmeralda.

-Es raro -dijo Don Tameo, tapando el frasco-. Es la primera vez que paso por aquí.

Rumata no respondió.

-Siempre sentí admiración por Don Reba -prosiguió Don Tameo-. Estaba convencido de que al final derrocaría al despreciable monarca, nos trazaría nuevos caminos y abriría ante nosotros nuevas perspectivas -y al decir esto, Don Tameo, que ya iba bastante sucio, metió un pie en un profundo charco de aguas amarillo-verdosas y tuvo que sujetarse a Rumata para no caerse dentro-. ¡Sí! -continuó entusiásticamente, una vez hubo pisado nuevamente tierra firme-. Nosotros, la joven aristocracia, siempre estaremos con Don Reba. ¡Por fin ha llegado la indulgencia que esperábamos! Figuraos, Don Rumata: llevo ya una hora entera andando por callejuelas y huertas, y aún no he visto ni a un solo cerdo Gris. Hemos barrido la escoria Gris de la faz de la tierra. ¡Qué bien se respira ahora en este Arkanar renacido! En lugar de los zafios insolentes, de los cínicos tenderos y de los patanes, en las calles tan solo se ven ahora siervos del Señor. Algunos aristócratas se pasean ya abiertamente por delante de sus casas, sin temor a que cualquier ignorante con un mandil emboñigado los pueda salpicar con su roñoso carro. Ya no hay que abrirse paso entre los carniceros y los drogueros de ayer. Protegidos por la bendición de la gran Orden Sacra (a la que yo siempre tuve un gran respeto y, no quiero ocultarlo, un gran cariño), llegaremos a un florecimiento nunca visto, y entonces ningún patán se atreverá a mirar a un noble Don sin un permiso especial firmado por el Inspector Provincial de la Orden. Estoy pensando precisamente en presentar una memoria al respecto...

-¡Qué hedor! -gruñó Rumata.

-Sí, es algo terrible -asintió Don Tameo, volviendo a tapar el frasco-. Y sin embargo, ¡qué bien se respira en el Arkanar renacido! Y el precio del vino ha bajado a la mitad...

Don Tameo consiguió dejar seco el frasco antes de que llegaran a la cancillería. Lo tiró al aire, y aquello lo puso muy contento. Se cayó dos veces, con la particularidad de que la última no quiso limpiarse, puesto que, según dijo, era un gran pecador, sucio por naturaleza, y como tal debía presentarse. De vez en cuando recitaba a gritos su memoria:

-¿No creéis que está bien expresado? -exclamaba-. Ved, por ejemplo, esta frase, queridos nobles Dones: «para que los hediondos paletos...» ¡Qué brillante idea, ¿eh?!

Cuando llegaron al patio trasero de la cancillería, Don Tameo se abrazó al primer monje que vio y, bañado en lágrimas, empezó a pedirle que le absolviera de todos sus pecados. El monje hacía esfuerzos por quitarse de encima a aquel loco que lo estaba asfixiando, e incluso intentó silbar pidiendo ayuda, pero Don Tameo se aferró a su sotana y ambos rodaron por el suelo, sobre un montón de desperdicios. Rumata se alejó, mientras a sus espaldas oía un silbido intermitente y unos gritos desaforados:

-¡Para qué los hediondos paletos...! ¡La bendición...! ¡De todo corazón...! ¡Sentía cariño!, ¿entiendes, animal? ¡Cariño!

En la plaza que había delante de palacio, a la sombra de la cuadra de la Torre de la Alegría, se encontraba ahora un destacamento de monjes a pie armados con mazas herradas. Los cadáveres habían desaparecido. El viento matutino levantaba en la plaza columnas de polvo amarillento. Bajo el amplio tejado cónico de la torre los cuervos graznaban y se peleaban entre sí. La torre había sido construida hacía doscientos años por un antepasado del difunto Rey, con fines exclusivamente

militares. Tenía unos sólidos cimientos divididos en tres pisos, que servían de almacenes de víveres para caso de sitio. Con el tiempo, la torre fue convertida en prisión. Pero durante un terremoto los techos se derrumbaron y hubo que trasladar la cárcel a los sótanos. Antes de que aquello ocurriera, una de las reinas de Arkanar se quejó a su augusto esposo de que los lamentos de los torturados que le llegaban desde la torre le impedían divertirse convenientemente. El Rey dio entonces orden de que durante todo el día una banda militar tocase música alegre en la torre. Fue entonces cuando recibió su actual nombre. Desde hacía mucho tiempo la torre no era más que su esqueleto de piedra, y las cámaras de tortura habían sido trasladadas a los pisos más profundos de los sótanos, y ya no tocaba ninguna banda, pero los habitantes de la ciudad seguían llamándola la Torre de la Alegría.

Por lo general, los alrededores de la torre siempre estaban desiertos. Pero aquel día reinaba allí una gran agitación; a la torre eran conducidos, llevados o arrastrados milicianos Grises con los uniformes destrozados, vagabundos piojosos y harapientos, ciudadanos medio desnudos y aterrorizados, mujeres que gritaban como desesperadas, y bandas enteras de desharrapados del ejército nocturno. Al mismo tiempo, por algunas de las salidas secretas sacaban con ganchos cadáveres, los echaban en carros y se los llevaban de la ciudad. Una cola larguísima de nobles y ciudadanos acomodados, que salía de la puerta abierta de la cancillería, presenciaba llena de pánico y confusión aquella escena.

En la cancillería dejaban entrar a todo el mundo, y a alguno lo llevaban escoltado. Rumata consiguió entrar a empujones. Dentro, el aire era irrespirable. Tras una mesa, sobre la que había muchas listas, estaba sentado un funcionario de rostro amarillo-grisáceo. Llevaba una pluma de ganso sujeta tras la oreja derecha. El solicitante de turno, el noble Don Keu, se atusó el bigote y dio su nombre.

-¡Quitaos el sombrero! -dijo el funcionario, sin levantar la vista de los papeles.

-Los Keu pueden permanecer cubiertos incluso ante el Rey -dijo orgullosamente Don Keu.

-Ante la Orden nadie puede permanecer cubierto.

Don Keu enrojeció, su rostro hirvió de ira, pero se quitó el sombrero. El funcionario pasó su uña larga y amarilla por la lista.

-Keu... Keu... -iba susurrando-. Keu... ¿Calle Real, número doce?

-Sí -respondió Don Keu con voz irritada.

-Número cuatrocientos ochenta y cinco, hermano Tibak. El hermano Tibak, que estaba sentado en la mesa de al lado, orondo y rojo por el asfixiante calor, buscó en sus papeles, se secó el sudor de su calva, se levantó y leyó monótonamente:

-«Número cuatrocientos ochenta y cinco. Don Keu, Calle Real, número doce. Por difamación del nombre de su ilustrísima el Obispo de Arkanar Don Reba, producida en el baile de palacio, hace dos años, recibirá tres docenas de azotes en las partes blandas, previamente desnudadas, y además besará los zapatos a Su Ilustrísima.»

El hermano Tibak se sentó.

-Seguid por este pasillo -dijo el funcionario-. Los azotes los recibiréis a la derecha. Los zapatos están a la izquierda. ¡El siguiente...!

A Rumata le sorprendió enormemente que Don Keu no protestase. Por lo visto, mientras permanecía en la cola, había presenciado cosas peores. Don Keu carraspeó con dignidad, se atusó el bigote, y echó a andar por el pasillo. El siguiente, el abotagado gigante que era Don Pifa, ya se había quitado el sombrero.

-Pifa... Pifa... -murmuró el funcionario, mientras recorría la lista con el dedo-. ¿Calle de los Lecheros, número dos?

Don Pifa profirió un sonido gutural.

-Número quinientos cuatro, hermano Tibak.

El hermano Tibak volvió a secarse el sudor y se puso en pie.

-«¡Número quinientos cuatro, Don Pifa, Calle de los Lecheros, número dos -leyó-. No tenéis culpas ante Su Ilustrísima. Por consiguiente, estáis limpio.»

-Don Pifa -dijo el funcionario-, tomad el símbolo de la purificación. -Mientras hablaba, tomó de un baúl que había junto a su sillón un brazalete de hierro y se lo entregó a Don Pifa-. Ponéoslo en el

brazo izquierdo, y mostradlo cuando os lo requieran los soldados de la Orden. ¡El siguiente...! Don Pifa profirió otro sonido gutural y se alejó, mirando el brazalete. El funcionario ya estaba murmurando el siguiente nombre.

Rumata le echó una ojeada a la cola. Había allí muchos conocidos. Algunos estaban ricamente vestidos, como de costumbre, y otros se hacían los pobres, pero todos ellos estaban increíblemente manchados de barro. Hacia la mitad de la cola, Don Sera, en voz alta y por tercera vez durante los últimos cinco minutos, estaban diciendo:

-¡No veo por qué razón un noble Don no puede recibir un par de azotes de parte de Su Ilustrísima!

Rumata esperó a que enviaran al siguiente pasillo adelante (un pescadero bastante conocido: cinco azotes, sin besos, por su forma de pensar poco entusiasta), y entonces se abrió paso hasta la mesa y, sin andarse con rodeos, puso la mano sobre el montón de papeles que el funcionario tenía delante.

-Perdón -dijo-. Vengo a por la orden de libertad del doctor Budaj. Soy Don Rumata.

-Rumata... Rumata... -empezó a susurrar el funcionario, apartando la mano de Rumata y pasando su uña por la lista.

-¿Qué estás haciendo, chupatintas? -exclamó Rumata-. ¿Acaso no me has oído? ¡Vengo a por la orden de libertad del doctor Budaj!

-Rumata... Rumata... -parar aquella máquina era algo imposible-. Aquí está. Calle de los Caldereros, número ocho. El número dieciséis, hermano Tibak.

Rumata notó cómo a sus espaldas todo el mundo contenía la respiración. A decir verdad, tampoco él se sentía muy a gusto. El hermano Tibak, rojo y sudoroso, se puso en pie.

-«Número dieciséis, Don Rumata, Calle de los Caldereros, número ocho -recitó-. Por sus extraordinarios servicios a la Orden se le expresa el agradecimiento personal de Su Ilustrísima y se le autoriza a recibir la orden de libertad del doctor Budaj, según la cual puede disponer de él como le plazca. Formulario seis-diecisiete-once.»

El funcionario sacó inmediatamente una hoja de debajo de las listas y se la entregó a Rumata.

-Id a la puerta amarilla que hay en el segundo piso, habitación seis; seguid recto por el corredor, primero a la derecha, después a la izquierda. ¡El siguiente...!

Rumata echó un vistazo al formulario, y vio que no era la orden de libertad de Budaj sino el permiso para obtener un pase para el departamento especial número cinco de la cancillería, donde debería recibir otro pase para el Secretariado de Negocios Secretos.

-¿Qué me has dado, alcornoque? -gritó Rumata-. ¿Dónde está la orden?

-En la puerta amarilla que hay en el segundo piso, habitación seis, derecho por el corredor, primero a la derecha y luego a la izquierda -repitió el funcionario.

-¡Te estoy preguntando dónde está la orden!

-¡No sé, no sé...! ¡El siguiente...!

Rumata oyó que alguien resoplaba al lado mismo de su oreja, y sintió que algo blando y caliente se apoyaba en su espalda. Era Don Pifa, acercándose de nuevo a la mesa.

-¡No me cabe! -dijo con voz chillona.

El funcionario lo miró turbiamente.

-¿Nombre? ¿Título? -preguntó.

-¡Que no me cabe! -repitió Don Pifa, mostrando el brazalete, en el cual apenas si le cabían tres dedos.

-No le cabe, no le cabe... -murmuró el funcionario, y cogió un enorme libro que estaba en la parte derecha de la mesa. El libro tenía un aspecto imponente, y sus negras pastas estaban manchadas de grasa. Don Pifa se inmovilizó por unos segundos, mirando el libro, luego dio un paso atrás y, sin decir palabra, se dirigió hacia la puerta. Los que estaban en la cola empezaron a gritar: «¡Más aprisa! ¿Cuánto tiempo vamos a permanecer aquí?» Rumata también se alejó de la mesa. Vaya lodazal, pensó. Os daría... Pero el funcionario ya había encontrado lo que buscaba, y empezó a mascullar-: Si el antes indicado símbolo no cabe en la mano izquierda del purificado, o si éste no tiene mano izquierda...

Rumata se coló tras la mesa, metió ambas manos en el baúl lleno de brazaletes, cogió un puñado todos los que pudo, y se retiró.

-¡Hey! -gritó el funcionario con voz inexpresiva-. ¿Cómo os atrevéis...?

-En nombre del Señor -dijo Rumata seriamente.

El funcionario y el hermano Tibak se pusieron de pie como lanzados por un muelle, y respondieron en desacuerdo:

-En nombre Suyo.

Los de la cola miraron a Rumata con envidia y admiración.

Rumata salió de la cancillería y se dirigió a paso lento hacia la Torre de la Alegría. Por el camino fue colocándose los brazaletes en el brazo izquierdo. Sólo le cupieron cinco de los nueve que había tomado, de modo que se encajó los demás en el brazo derecho. El Obispo de Arkanar quería redimirme por el cansancio, iba pensando, pero no se va a salir con la suya. Como los brazaletes sonaban a cada paso, y Rumata llevaba en la mano, de forma bien visible, un papel de aspecto tan imponente como la hoja seis-diecisiete-once, con sus llamativos sellos multicolores, todos los monjes, tanto los de a pie como los de a caballo, que se encontraba a su camino se apartaban apresurada y respetuosamente para dejarle paso. Entre la gente se veía de vez en cuando, a una distancia prudencial, al espía guardaespaldas. Rumata, que golpeaba despiadadamente con la vaina de la espada a los distraídos que se le cruzaban, llegó a la puerta de la torre, le lanzó un bufido a un guardián que quiso interponerse y, tras cruzar el patio, empezó a bajar por unas escaleras resbaladizas, melladas y mal alumbradas por unas humeantes antorchas. Allí empezaba el *sancta sanctorum* del ex Ministro de Seguridad de la Corona, es decir, la prisión real y las cámaras de tortura.

Los corredores eran abovedados y estaban iluminados por pestilentes antorchas que, cada diez pasos, surgían de unos huecos herrumbrosos practicados a las paredes. Bajo cada antorcha había una puertecilla negra con un ventanuco enrejado. Aquellas puertas eran la entrada de los calabozos y estaban cerradas por fuera con fuertes cerrojos de hierro. Los corredores estaban llenos de gente que se empujaba, corría, gritaba y daba órdenes. Se oían chirridos de cerrojos y portazos. Estaban golpeando a alguien, y el desgraciado se desgañitaba chillando. A otro lo llevaban a rastras, pese a su resistencia. A un tercero intentaban meterlo en un calabozo que ya estaba lleno hasta lo imposible. A un cuarto intentaban sacarlo de otro calabozo, mientras él gritaba como un desesperado: «¡No soy yo, no soy yo!», y se agarraba a los otros presos. Los rostros de los monjes eran diligentes y crueles. Todos tenían prisa, todos estaban haciendo algo importante para el Estado. Rumata, que quería comprender el cómo y el porqué de lo que allí estaba ocurriendo, fue pasando de un corredor a otro, bajando cada vez más. En los pisos inferiores no había tanto bullicio. A juzgar por las conversaciones, allí era donde hacían sus prácticas y se examinaban los alumnos de la Escuela Patriótica. Junto a las puertas de las cámaras de tortura formaban grupos aquellos ignorantes medio desnudos, anchos de pecho, con mandiles de cuero, que hojeaban unos grasientos manuales y de vez en cuando iban a beber agua a un gran depósito. Junto al depósito había una jarra atada con una cadena. De las cámaras surgían horribles gritos, se oían golpes, olía a quemado. Los alumnos se daban explicaciones los unos a los otros.

-El rompehuesos tiene arriba un tornillo así, ¿no? Pues se ha roto. ¿Qué culpa tengo yo de que se haya roto? Pero él me ha echado a empujones, gritándome: «¡Eres estúpido hasta la médula de los huesos! ¡Ve a que te den cinco azotes donde corresponde, y luego vuelve!».

-Habría que saber quién es el que azota. Igual es también un estudiante que hace prácticas. Entonces podríamos ponernos de acuerdo, reunir entre todos unas monedas y dárselas.

-Las Botas del Señor se ponen en los pies, son más anchas y tienen cuñas, mientras que las Manoplas del Mártir son para las manos y tienen tornillos, ¿comprendes?

-¡Qué risa, hermanos! Entro, miro a ver quién es el que está en las cadenas, y ¿quién pensáis que es? Pues nada menos que Fica el Pelirrojo, el carnicero de mi calle, el que me tiraba de las orejas cada vez que estaba borracho. Te caíste, pensé: ahora vas a ver como también yo sé divertirme.

-¿Y Pékora Guba? Desde que esta mañana se lo llevaron los monjes no ha vuelto. Ni siquiera ha venido a las prácticas.

-Pues yo tenía que trabajar en la retorcedora de carne, pero... Bueno, me dio la chaladura de darle con una palanqueta en un costado, y le rompí una costilla. El padre Kin, que se da cuenta de lo ocurrido va, me coge por las patillas, y me da un sacrosanto puntapié con la bota en la mismísima punta de la rabadilla... Os juro que vi las estrellas de verdad, hermanos. ¡Cómo me dolió! Y entonces me dijo: «¿Acaso quieres estropearme el material?»

Mirad, mirad, amigos míos, pensaba Rumata, girando despacio la cabeza a uno y otro lado para que el objetivo de su frente captara todos los detalles. Esto no es la teoría. Esto aún no lo ha visto nadie en la Tierra. Mirad, mirad, grabadlo para vuestros documentales históricos... y daos cuenta de lo que vale nuestra época, y rendid homenaje a la memoria de los que tuvieron que pasar por todo esto. Mirad estas caras jóvenes, obtusas, indiferentes, acostumbradas a todas las ferocidades, y no desviéis la vista a otra parte, porque vuestros propios antepasados no eran mejores que éstos.

Una docena de pares de ojos hartos de ver se fijaron en Rumata.

-¡Hey, mirad, un noble Don! Está blanco...

-¡Ja...! Claro, los nobles no están acostumbrados...

-En estos casos dicen que hay que darles agua, pero la cadena es corta...

-No te preocupes, ya se le pasará.

-Si me tocara uno así... Estos contestan a todo lo que les preguntas.

-Hey, hermanos, hablad más bajo, no se vaya a irritar con nosotros. Mirad cuantos brazaletes. Y papeles...

-Nos está mirando. Vámonos de aquí, hermanos. Por lo que pueda ocurrir...

Todo el grupo empezó a retroceder, hasta fundirse en la oscuridad, desde donde siguieron mirando con sus ojos de arañas al acecho. Bueno, basta ya, pensó Rumata, y se dispuso a agarrar por la sotana al primer monje que pasase. En aquel momento vio a tres, no andando de aquí para allá sino ocupados en una tarea muy concreta: apalear a un verdugo que, por lo visto, no estaba realizando su trabajo a conciencia. Rumata se acercó a ellos.

-En nombre del Señor -dijo en voz baja, pero haciendo sonar sus brazaletes.

Los monjes bajaron sus garrotes y lo miraron.

-En nombre Suyo -respondió el más alto de los tres.

-Llevadme al carcelero de guardia -exigió Rumata. Los monjes se miraron unos a otros. El verdugo aprovechó la ocasión para desaparecer discretamente.

-¿Y para qué lo queréis? -preguntó el monje alto.

Rumata levantó el papel sin decir palabra, lo mantuvo un buen rato ante los ojos del monje, y luego lo volvió a bajar.

-Ah, sí -dijo entonces el monje, que obviamente no había comprendido nada de lo que decía el papel-. Yo soy el carcelero de guardia.

-Perfectamente -dijo Rumata, y enrolló el papel-. Yo soy Don Rumata. Su Ilustrísima me ha entregado al doctor Budaj. Id a por él y traédmelo.

El monje se metió la mano bajo el capuchón y se rascó a placer.

-¿Budaj? -dijo pensativo-. ¿Qué Budaj? ¿El corruptor de menores?

-No -dijo otro monje-. El corruptor es Rudaj. Además, lo sacaron anoche. El propio padre Kin le quitó los hierros y se lo llevó fuera. Yo...

-¿Pero qué estupideces son esas? -bramó Rumata, golpeándose la cadera con el papel-. ¡Budaj! ¡El que envenenó al Rey!

-¡Ah...! -exclamó el carcelero-. Ya sé. ¡Pero seguramente ya debe haber sido empalado! Hermano Pakka, ve al calabozo número doce y mira. ¿Os lo vais a llevar? -preguntó, dirigiéndose a Rumata.

-Por supuesto. Es mío,

-Entonces deberéis entregarme ese papel. Hay que incluirlo en el legajo.

Rumata le dio el papel. El carcelero le dio varias vueltas, mirando los sellos, y exclamó admirado:

-¡Hay que ver cómo escribe la gente! Bien, noble Don, aguardad un momento: nosotros tenemos que cumplir con nuestro trabajo. ¡Hey! ¿Dónde se ha metido el maldito ese?

Los monjes empezaron a buscar al verdugo. Rumata se alejó de ellos. Finalmente lo encontraron, lo extrajeron de detrás del depósito de agua donde se había ocultado, lo volvieron a tender en el suelo y siguieron dándole de palos, con diligencia pero sin excesiva crueldad. Al cabo de cinco minutos apareció el monje que había ido a por Budaj. Arrastraba tras él, tirando de una cadena, a un anciano flaco, completamente cano, vestido de negro.

-¡Aquí tenéis a Budaj! -gritó alegremente el monje, desde lejos-. Como veis, aún no lo habían empalado. Está un poco débil, es cierto, pero aún está vivo y sano. Claro que debe tener hambre desde hace no sé cuanto tiempo.

Rumata avanzó a su encuentro, arrebató la cadena de manos del monje y la soltó del cuello del anciano.

-¿Sois Budaj el irukano?

-Sí -dijo el viejo, mirando desconcertado a su alrededor.

-Yo soy Rumata de Estoria. Seguidme. No os detengáis. -Se giró hacia los monjes y dijo-: En nombre del Señor.

El carcelero enderezó el espinazo, dejó caer una vez más el garrote y respondió con dificultad:

-En nombre Suyo.

Rumata miró a Budaj, y vio que el pobre viejo se apoyaba en la pared y apenas si podía tenerse en pie.

-Me siento mal -dijo, haciendo una mueca dolorosa que pretendía ser una sonrisa-. Perdonad, noble Don.

Rumata lo sostuvo por debajo del brazo y se lo llevó medio a rastras. En cuanto estuvieron fuera del alcance de la vista de los monjes, sacó una pastilla de sporamina y se la dio a Budaj. Este la miró con desconfianza.

-Tragadla -dijo Rumata-. Os sentiréis mejor inmediatamente.

Budaj, sin dejar de apoyarse en la pared, cogió la tableta, la miró, la olisqueó, levantó sus peludas cejas, abrió la boca y la probó con la punta de la lengua.

-Tragadla sin temor -dijo Rumata, sonriendo.

Budaj obedeció.

-Mmmm... -dijo-. Yo pensaba saberlo ya todo acerca de medicinas. -Calló, prestando atención a las sensaciones que iba experimentando-. Interesante. ¿Qué es, bazo disecado de jabalí? Pero no, no sabe a putridez.

-Vamos -dijo Rumata.

Siguieron por el corredor, subieron una escalera, pasaron por otro corredor y subieron otra escalera. Y de repente, Rumata se detuvo como si lo hubieran clavado en el suelo. Un rugido profundo y familiar conmovió las bóvedas de la prisión. En las entrañas de la cárcel, gritando a voz en cuello, lanzando maldiciones monstruosas, blasfemando, insultando a la Orden Sacra, a Don Reba y a muchas cosas más, se hallaba su buen amigo el barón de Pampa, señor de Bau, Suruga, Gatta y Arkanar. También has caído, pensó Rumata apesadumbrado, Me había olvidado de ti. Mientras que tú, en mi caso, no te hubieras olvidado de mí. Se quitó dos brazaletes, se los puso a Budaj en sus flacas manos y le dijo:

-Id subiendo, pero no salgáis más allá de la puerta. Esperadme en algún sitio apartado. Si alguien os dice algo, mostrad estos brazaletes y comportaos insolentemente.

El barón de Pampa seguía rugiendo como un rompehielos atómico entre las nieblas polares. Su ronco eco se repetía en las bóvedas. La gente que había en los corredores se inmovilizó, escuchando con veneración aquellos improperios. Muchos se santiguaron para alejar a los espíritus del mal. Rumata bajó a toda prisa dos tramos de escalera, arrollando a los monjes que encontraba a su paso, atravesó como un rayo el montón de alumnos de la Escuela Patriótica, y de un puntapié abrió de par en par la puerta de la cámara de donde surgían los gritos. A la vacilante luz de las antorchas distinguió a su amigo Pampa. El poderoso barón estaba atado a la pared, manos y piernas en cruz, cabeza abajo. Su rostro estaba ya negro por la afluencia de sangre. Tras una destartalada mesa se hallaba sentado un funcionario, tapándose los oídos, mientras un verdugo, reluciente de sudor y con aspecto de sacamuelas, revolvía en una palangana de hierro unas rechinantes herramientas.

Rumata cerró cuidadosamente la puerta, se acercó al verdugo por detrás, y le golpeó la cabeza con la empuñadura de la espada. El verdugo dio media vuelta, se llevó las manos a la cabeza y cayó sentado en la palangana. Rumata desenvainó entonces la espada y de un tajo hendió la mesa y los papeles que tenía delante el funcionario. Tras esto, todo quedó tranquilo. El verdugo siguió sentado en su palangana, hipando en silencio, y el funcionario demostró su gran agilidad corriendo a cuatro patas hasta el rincón más alejado de la celda y acurrucándose allí. Rumata se acercó al barón, que lo estaba mirando entusiasmado desde su posición invertida, agarró las cadenas que sujetaban sus piernas, dio un par de tirones y las arrancó de la pared. Luego puso cuidadosamente los pies del barón en el suelo. El barón dejó de rugir, se quedó unos instantes inmóvil en una postura extraña, y de repente dio un fuerte tirón y liberó sus manos.

-¿Puedo creer -bramó de nuevo, mientras sus ojos inyectados en sangre giraban locamente- que sois realmente vos, mi noble amigo? ¡Por fin os encontré!

-Sí, soy yo -dijo Rumata-. Vámonos de aquí, amigo mío. Este no es sitio para vos.

-¡Cerveza! -rugió el barón-. Por aquí había cerveza. -Empezó a buscar por la cámara, arrastrando las cadenas y sin dejar de hacer ruido-. ¡Durante media noche estuve recorriendo la ciudad! Estos malditos me dijeron que os habían arrestado, y he matado a un montón de gente. Estaba seguro de que os encontraría en esta prisión. Y efectivamente...

Se acercó al verdugo y, de un manotazo, lo apartó a él y a la palangana como si fueran una pluma. Allí estaba el barrilito de cerveza. El barón lo desfondó de un puñetazo, lo levantó en vilo, echó hacia atrás la cabeza e inclinó el barril. Un caudaloso chorro de cerveza inundó su garganta. Un espectáculo encantador, pensó Rumata, mirando admirativamente al barón. Parece un toro, pero me estuvo buscando toda la noche, me quería salvar, y seguramente vino a esta cárcel por su propio pie creyendo que me encontraría aquí. Sí, pese a todo aún quedan en este mundo verdaderas personas, maldita sea... ¡y afortunadamente todo ha terminado bien!

El barón vació el barrilito y lo arrojó al rincón donde se hallaba el funcionario temblando estrepitosamente. Se oyó un chillido de rata.

-Como podéis ver -dijo el barón, limpiándose las barbas con una mano-, ya estoy en condición de seguiros. ¿No importa que esté en cueros?

Rumata miró a su alrededor, se fue hacia el verdugo y le quitó el mandil.

-Poneos esto por ahora.

-Lleváis razón. No estaría bien presentarme ante la baronesa en esta forma.

Por fin salieron de la cámara. No hubo nadie que se atreviera a cerrarles el paso. El corredor iba quedando vacío veinte pasos por delante de ellos.

-Los voy a hacer pedazos -iba rugiendo el barón-. ¡Han ocupado mi castillo! ¡Y han puesto allí a un tal padre Arima! No sé de quién será padre, pero juro por Dios que sus hijos van a convertirse en huérfanos muy pronto. Maldita sea... ¿No os parece, querido amigo, que estos techos son demasiado bajos? Me he desollado la coronilla. Así llegaron al último tramo de escaleras y, sin más contratiempos, lo subieron y salieron a la torre. El espía guardaespaldas se dejó ver un instante y desapareció entre el gentío. Rumata vio a Budaj y le hizo una seña para que le siguiese. La gente que había junto a la puerta se apartó como si hubiera sido cortada con el filo de una espada. Unos gritaban que había escapado un peligroso reo del Estado, otros decían: «¡Ahí va el Diablo Desnudo, el célebre verdugo descuartizador estoriano!».

El barón llegó hasta la mitad de la plaza y se detuvo. El sol le molestaba en los ojos. Había que darse prisa. Rumata echó una ojeada a su alrededor.

-Mi caballo tiene que estar por aquí -dijo el Barón-. ¡Hey! ¿Dónde está mi caballo?

Junto a los postes de amarre de la caballería de la Orden se produjo un cierto revuelo.

-¡No, ese no! -gritó el Barón-. ¡Aquél, el gris con lunares!

-¡En nombre del Señor! -gritó Rumata con retraso, y se sacó por la cabeza el tahalí con la espada.

Un monjecito asustado y con la sotana sucia le trajo el caballo al barón.

-Dadle algo para las ánimas, Don Rumata -dijo el barón, montando pesadamente en el animal.

-¡Alto! -gritaron desde la torre.

Por la plaza venían ya un montón de monjes, boleando sus razas. Rumata le dio la espalda al barón.

-Daos prisa, barón.

-Sí, he de darme prisa, o de lo contrario ese Arima me va a dejar sin bodegas. Os espero mañana o pasado mañana, amigo. ¿Queréis algo para la baronesa?

-Besadle la mano de mi parte. ¡Y daos prisa, maldita sea!

Los monjes estaban ya cerca.

-¿No corréis ningún peligro? -preguntó el barón, preocupado.

-¡Diablos, no! ¡Corred!

El barón lanzó el caballo al galope contra el grupo de monjes. Algunos cayeron y rodaron por el suelo, otros gritaron. Se formó una polvareda de considerables dimensiones. El barón desapareció tras ella, pero podía oírse aún cómo los cascos de su caballo golpeaban las losas. Rumata miró hacia una calleja donde estaban sentados y moviendo las cabezas como atontados algunos de los monjes que habían rodado por el suelo. En aquel momento una voz dijo a su oído:

-Noble Don, ¿no os parece que os estáis extralimitando?

Rumata se giró. Don Reba lo estaba mirando fijamente, con una sonrisa forzada.

-¿Extralimitándome? -murmuró Rumata-. La palabra *extralimitación* no existe para mí. -Y, remedando a Don Reba, añadió-: Además, no veo por qué un noble Don no puede ayudar a otro que ha caído en desgracia.

Un grupo de jinetes, con las picas en ristre, pasó por su lado en persecución del barón de Pampa. El rostro de Don Reba sufrió un cambio.

-Bien, no hablemos de esto -dijo-. ¡Oh, veo que está también aquí el eminente doctor Budaj! ¡Tenéis un aspecto magnífico! Voy a tener que inspeccionar personalmente la prisión. Los reos del Estado, incluso cuando son puestos en libertad, no tendrían que salir de la cárcel: tendrían que ser sacados.

El doctor Budaj se lanzó hacia él como ciego, pero Rumata se interpuso.

-Decidme, Don Reba, ¿qué opinión tenéis del padre Arima?

-¿El padre Arima? -dijo Don Reba, enarcando las cejas-. Es un magnífico militar. Ocupa un alto puesto en mi Episcopado. ¿Por qué me hacéis esa pregunta?

-Porque, como fiel servidor de Vuestra Ilustrísima -dijo Rumata, inclinándose y sonriendo maliciosamente-, me apresuro a poner en vuestro conocimiento que podéis considerar este alto cargo como vacante.

-¿Por qué?

Rumata, en vez de contestar, miró hacia la calleja, donde el polvo amarillo aún no se había asentado. Don Reba miró también hacia allá. Su rostro denotaba preocupación.

Ya era pasado mediodía cuando Kira invitó a pasar a la mesa a su noble Don y a su sabio amigo. El doctor Budaj, tras lavarse, vestirse con ropas limpias y afeitarse, tenía un aspecto impresionante. Sus movimientos eran lentos y llenos de dignidad, y sus inteligentes ojos grises miraban con bondad e indulgencia. Lo primero que hizo fue disculparse ante Rumata por el arrebato que tuvo en la plaza.

-Pero comprended -dijo-. Aquel hombre es terrible. Es un brujo cuya aparición en el mundo sólo puede explicarse por un descuido de los dioses. Soy médico, pero no me avergüenza reconocer que si se me presentara la ocasión lo mataría. He oído que han envenenado al Rey... Yo sé con qué lo han envenenado -Rumata se puso en guardia-. Ese Reba se presentó en mi celda y me exigió que le preparara un veneno cuyo efecto no se dejara sentir hasta al cabo de unas horas. Por supuesto, me negué. Me amenazó con la tortura, pero me reí en su cara. Entonces aquel miserable llamó a sus verdugos y les ordenó que trajeran de la calle una docena de niños y niñas menores de diez años. Puso a aquellos ángeles ante mí, tomó mi saco de drogas, y me dijo que iba a probar en los niños todas las drogas, sucesivamente, hasta hallar la que necesitaba. Así fue envenenado el Rey, Don Rumata -le temblaban los labios, pero supo contenerse. Rumata, que se había girado hacia un lado por delicadeza, asintió con la cabeza. Por supuesto. Todo estaba claro. El Rey no hubiera tomado ni

una aceituna de manos de su ministro. Así que el canalla obró a través de un charlatán, al que seguramente le ofrecería el título de galeno de la corte si curaba al Rey. Y aquello explicaba por qué Don Reba se había alegrado tanto cuando él lo desenmascaró ante el Rey en la alcoba: porque era difícil imaginar una ocasión más propicia para ofrecerle al Soberano los cuidados de un Budaj impostor. Así toda la responsabilidad recaería sobre Rumata de Estoria, el espía irukano y conspirador. Somos como niños, pensó. En el Instituto habría que organizar unos cursos especiales para el estudio de las intrigas feudales. En esos cursos las calificaciones deberían expresarse en «rebas», o mejor todavía en «decirebas», aunque incluso estas últimas unidades resultarían demasiado grandes.

Al parecer, el hambre del doctor Budaj era considerable. Pero rehusó delicada aunque firmemente los alimentos no vegetales, y aceptó casi exclusivamente las ensaladas y unas empanadillas con confitura. Bebió un vaso de estoria, y sus ojos cobraron brillo y sus mejillas color. Rumata, por su parte, no podía comer. Ante sus ojos crepitaban y humeaban las rojizas antorchas, le parecía que todo a su alrededor hedía a carne quemada, y sentía en la garganta un nudo grande como un puño. Por esto, mientras su huésped satisfacía su apetito, lo esperó de pie junto a la ventana, hablando cortés, lenta y tranquilamente para que Budaj comiera a gusto.

La ciudad se iba animando poco a poco. Empezaba a verse gente por las calles, las voces se iban haciendo más altas, se oía como golpeaban unos martillos y crujían unas maderas. Estaban quitando de los tejados y las fachadas todas las imágenes paganas. Un tendero gordo y calvo llegó a la plaza con un barril de cerveza en un carro, y se puso a venderla a dos ochavos la jarra. Los ciudadanos se iban adaptando. En el portal de enfrente, el espía guardaespaldas estaba metiéndose los dedos en la nariz mientras charlaba con la flaca vecina. Más tarde pasaron unas carretas cuya carga llegaba hasta el segundo piso. Al principio Rumata no se dio cuenta de la clase de carga que era aquélla, pero después vio que por debajo de la estera que la cubría sobresalían manos y pies amoratados o negros, y se retiró apresuradamente de la ventana.

-Lo esencial del hombre -decía Budaj en aquel momento, sin dejar de comer lentamente- es la maravillosa facilidad con que se acostumbra a todo. No hay nada en el mundo a lo que no pueda acostumbrarse. Ni el caballo, ni el perro, ni la rata, tienen esta facilidad de adaptación. Es posible que Dios, cuando creó al hombre, comprendiera las penalidades a las que iba a verse encadenado y por eso le diera una enorme reserva de fuerza y de paciencia. No es fácil decir si esto es bueno o malo. Si el hombre no tuviera esta paciencia y resistencia, todas las personas buenas hubieran muerto ya, y en el mundo no quedarían más que los malvados y los inservibles. Por otra parte, la costumbre de resistir y adaptarse convierte a las personas en animales mudos, que no se distinguen de los demás más que en su anatomía y por poseer menos medios de defensa. Y cada día que pasa engendra nuevo espanto, maldad y violencia.

Rumata miró a Kira. Estaba sentada frente a Budaj, y lo escuchaba atentamente con la mejilla apoyada en las manos. Sus ojos estaban tristes. Se notaba que sentía una gran compasión por todo el mundo.

-Tal vez llevéis razón, respetable Budaj -dijo Rumata-. Pero fijaos en mí, por ejemplo. Soy un simple noble -en la alta frente de Budaj se formaron unas arrugas, y sus ojos parecieron redondearse reflejando asombro y alegría-, pero respeto enormemente a los hombres cultos porque considero que forman la nobleza del espíritu. Por eso me sorprende que, siendo vosotros los únicos poseedores y transmisores de conocimientos tan elevados, seáis tan pasivos. ¿Por qué os dejáis despreciar, encarcelar y quemar en la hoguera con tanta resignación? ¿Por qué os separáis del auténtico sentido de vuestras vidas, es decir, el de adquirir nuevos conocimientos, y de la exigencia práctica de éstas, es decir, la lucha contra el mal?

Budaj apartó un poco el plato vacío que tenía ante sí.

-Me hacéis unas preguntas algo extrañas, Don Rumata. Y es interesante constatar que estas mismas preguntas me las hizo Don Gug, el noble camarero de nuestro duque. ¿Lo conocéis? Lo suponía... ¡La lucha contra el mal! ¿Pero qué es en definitiva el mal? Cada cual entiende el mal a su manera. Para nosotros, los hombres dedicados a la ciencia, el mal es la ignorancia, pero la Iglesia dice que la ignorancia es un bien, y que todos los males provienen del saber. Para el labrador, el mal

son los impuestos y las sequías, pero para los que comercian el grano la sequía es un bien. Para los esclavos e! mal es un amo borracho y cruel, para los artesanos el usurero avaro. ¿Contra qué mal hay que luchar, Don Rumata? -Budaj miró con atención a sus oyentes-. Porque el mal es indestructible. No hay hombre capaz de reducir el mal que existe en el mundo. Uno puede conseguir mejorar un poco su propia suerte, pero a costa de empeorar la suerte de los demás. Y siempre habrá Reyes más o menos crueles, y barones más o menos salvajes, y pueblos ignorantes que admiren a sus opresores y que odien a su libertador. Y esto ocurre porque el esclavo comprende mejor a su amo, aunque sea cruel, que a su libertador, puesto que cada esclavo puede imaginar lo que él haría si fuese amo, pero son muy pocos los que pueden imaginarse a sí mismos como desinteresados libertadores. Así es la gente, Don Rumata. Así es el mundo.

-El mundo cambia constantemente, doctor Budaj -dijo Rumata-. Hubo tiempos en los que no había Reyes.

-El mundo no puede estar cambiando eternamente -respondió Budaj-, puesto que no hay nada eterno, ni siquiera los cambios... Nosotros desconocemos las leyes del perfeccionamiento, pero es indudable que la perfección será alcanzada, más tarde o más temprano. Observad, por ejemplo, cómo está formada nuestra sociedad. ¡Cómo se alegran nuestros ojos al ver un sistema geométrico tan exacto y regular! Abajo tenéis a los campesinos y a los artesanos, sobre ellos está la aristocracia, después el clero y, finalmente, el Rey. ¡Qué bien imaginado! ¡Qué estabilidad y qué armonioso orden! ¿Qué puede seguir cambiando en este acabado cristal salido de las manos del joyero celestial? Las construcciones más sólidas son las que tienen forma piramidal: eso es algo que sabe cualquier arquitecto -Budaj levantó sentenciosamente un dedo-. Los granos que se derraman de un saco no forman una capa plana, sino una pirámide cónica. Cada granito se adhiere a los demás, procurando no rodar hasta abajo. Lo mismo ocurre con la humanidad. Si esta quiere mantenerse como un todo único, las personas tienen que cogerse las unas a las otras y formar inevitablemente una pirámide.

-¿Es posible que creáis realmente que este mundo es perfecto? -se sorprendió Rumata-. ¡Después de encontraros frente a Don Reba, después de haber estado en la cárcel...!

-¡Claro que no, mi joven amigo! En este mundo hay muchas cosas que no me gustan y que querría fueran de otro modo. ¿Pero qué puedo hacer? Para las fuerzas superiores la perfección tiene un aspecto distinto que para mí. ¿Qué sentido puede tener el que un árbol se lamente de su inmovilidad? Y no obstante, lo más probable es que fuera feliz pudiendo huir del hacha del leñador.

-¿Y si fuera posible cambiar la disposición de las fuerzas superiores?

-Eso sólo pueden hacerlo las propias fuerzas superiores.

-Pero imaginad que vos sois Dios.

Budaj se echó a reír.

-Si realmente pudiera imaginármelo, sería Dios.

-Bueno, pero ¿y si pudierais aconsejar a Dios.

-Tenéis una imaginación muy rica -dijo Budaj satisfecho-. Eso es bueno. ¿Sois realmente una persona culta? ¡Magnífico! Me sentiría muy dichoso de poder estudiar con vos.

-Me estáis adulando. Pero, ¿qué le aconsejaríais vos a Dios? ¿Qué cosa pensáis que debería hacer el Todopoderoso para que pudiéramos decir: sí, el mundo ya es ahora completamente bueno?

Budaj, con una aprobadora sonrisa, se recostó en el respaldo de su sillón y cruzó sus manos sobre el vientre. Kira lo observaba con extraordinario interés.

-Bien... -dijo Budaj-. Le diría al Todopoderoso: «Creador, desconozco tus planes y es posible que en ellos no entre el hacer a los hombres buenos y felices. ¡Pero haz que sea así! ¡Es tan fácil! Haz que los hombres tengan el pan, la carne y el vino que necesitan, dales techo y vestido. Haz que desaparezca el hambre, la necesidad, y todo aquello que divide a las personas.»

-¿Y eso es todo? -preguntó Rumata.

-¿Os parece poco?

Rumata agitó la cabeza.

-Dios os contestaría: «Eso que me pides no beneficiaría a los hombres, porque los fuertes de vuestro mundo les quitarían a los débiles lo que yo les diera a todos, y a fin de cuentas estos últimos seguirían siendo pobres.»

-Entonces le pediría a Dios que protegiera a los débiles. «Haz que los gobernantes crueles entren en razón», le diría.

-«La crueldad es la fuerza. Si los gobernantes perdieran su fuerza, vendrían otros más crueles a sustituirles.»

Budaj dejó de sonreír.

-«Castiga a los crueles -dijo resueltamente-, para que sirva de ejemplo a los fuertes y no se atrevan a emplear la crueldad con los débiles.»

-«Pero el hombre nace débil, y solamente se hace fuerte cuando a su alrededor no hay otros más fuertes que él. Cuando hayan sido castigados los fuertes crueles, su sitio será ocupado por los débiles más fuertes, que también serán crueles. Habría que castigarlos a todos, y esto es lo que yo no quiero hacer.»

-«Tú ves las cosas más claras, Todopoderoso. Haz entonces que los hombres reciban de todo, de modo que no tengan que quitarse los unos a los otros lo que tú les des.»

-«Eso tampoco beneficiará a los hombres -suspiró Rumata-. Porque si lo reciben todo gratuitamente de mis manos, sin ningún esfuerzo, olvidarán lo que es el trabajo, perderán el gusto de vivir y se convertirán en animales domésticos, a los que tendré que vestir y alimentar eternamente.»

-«¡No se lo des todo de golpe! -dijo Budaj acaloradamente-. ¡Dáselo poco a poco!»

-«Poco a poco pueden conseguir por sí mismos todo lo que les haga falta.»

Budaj se echó a reír, acorralado.

-Sí, ya veo que la cosa no es tan fácil. Antes no se me había ocurrido pensar en todo esto. Me parece que ya lo hemos probado todo. No, aguardad -se inclinó hacia adelante-. Aún queda una posibilidad. «Haz que a los hombres les guste el trabajo y el estudio más que cualquier otra cosa, que el trabajo y la sabiduría sean el único sentido de sus vidas.»

También habíamos pensado en hacer esto, pensó Rumata. La hipnoinducción en masa, la remoralización positiva de toda la humanidad. Incluso se pensó en instalar para ello tres satélites hipnoemisores en órbita ecuatorial.

-«Podría hacer eso -dijo-. Pero, ¿vale la pena quitarle toda su historia a la humanidad? ¿Vale la pena cambiar una humanidad por otra? ¿No equivaldría esto a barrer esta humanidad de la faz del planeta y crear otra nueva en su lugar?»

Budaj frunció el ceño y se puso a pensar en silencio. Rumata esperó su respuesta. En la calle volvió a oírse el soñoliento chirrido de carretas. Budaj dijo quedamente:

-«Entonces, Señor, bárrenos de la faz del planeta y crea a otros más perfectos... o déjanos así y permítenos seguir por nosotros mismos nuestro camino.»

-«Mi corazón está lleno de piedad -murmuró Rumata, despacio-. No puedo consentir ninguna de estas dos cosas.»

Y mientras decía esto vio cómo Kira lo miraba con miedo y esperanza a la vez.

IX

Rumata hizo que Budaj se acostara para descansar antes de emprender su largo camino, y se dirigió a su gabinete. El efecto de la sporamina se estaba disipando, y de nuevo empezaban a dolerle las contusiones y a inflamársele las muñecas. Hay que dormir un poco, pensó, y hay que entrar en contacto con Don Kondor. Hay que llamar también al dirigible de patrulla para que adviertan a la Base. Y hay que pensar qué podemos hacer ahora, si es que podemos hacer algo... y qué decisión tomar si ya no se puede hacer nada.

De improviso, Rumata se dio cuenta de que en el gabinete había un monje vestido de negro y con el capuchón calado hasta los ojos. Estaba sentado junto a la mesa, con las manos apoyadas en los altos brazos del sillón y muy encorvado. Bien, bien, pensó Rumata.

-¿Quién eres y cómo has entrado aquí? -preguntó con voz cansada.

-Buenos días, Don Rumata -dijo entonces el monje, echándose hacia atrás el capuchón.

Rumata agitó la cabeza.

-¡Vaya sorpresa! -exclamó-. Bienvenido seas, glorioso Arata? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué ha ocurrido?

-Lo de siempre -respondió Arata-. Mi ejército se ha dispersado, la gente se ha dedicado a repartirse la tierra, nadie quiere ir hacia el sur. El duque está reagrupando a sus soldados que quedaron vivos, y muy pronto empezará a colgar a mis campesinos con los pies hacia arriba a todo lo largo de la carretera de Estoria. Lo de siempre.

-Comprendo -dijo Rumata. Se recostó en el sofá, puso las manos detrás de su cabeza y miró a Arata. Hacía veinte años, cuando Antón hacía modelos y jugaba a Guillermo Tell, aquel hombre era llamado Arata el Hermoso, y seguramente su aspecto era muy distinto del que tenía ahora.

Por aquel entonces, Arata el Hermoso no tenía en su magnífica y ancha frente aquel horrible estigma de color lila, porque aquella marca se la hicieron después de la insurrección de los navieros soanos, cuando tres mil esclavos artesanos desnudos, arrastrados hasta los astilleros de Soán desde todos los rincones del Imperio y torturados hasta perder el instinto de conservación, escaparon del puerto una noche de tormenta y pasaron por Soán como una ola, dejando tras de sí muerte y fuego, y no se detuvieron hasta llegar a las afueras de la ciudad, donde se encontraron con la infantería Imperial esperándoles protegida por sus relucientes armaduras.

Y, naturalmente, Arata el Hermoso tenía dos ojos. El ojo derecho se lo saltaron de un mazazo cuando el ejército campesino de veinte mil hombres que perseguía por la metrópoli a las milicias de los barones se topó, en campo abierto, con cinco mil soldados de la guardia Imperial, y fue rápidamente dividido, cerrado y pateado por las claveteadas herraduras de los camellos de combate.

Y Arata el Hermoso debía ser esbelto como un junco. Porque su joroba y su actual apodo databan de la insurrección plebeya que tuvo lugar en el ducado de Ubán, que se encontraba a dos mares de allí, cuando tras siete años de pestes y sequías cuatrocientos mil esqueletos vivientes armados de horcas y pértigas mataron a los nobles y pusieron cerco al duque de Ubán en su propia morada. El duque, cuya débil inteligencia se vio fortalecida por el peligro que lo amenazaba, dictó un perdón general para sus súbditos, bajó cinco veces el precio de las bebidas alcohólicas, y prometió dar libertades. Arata se dio cuenta de que aquello era el fin, y empezó a explicar y a exigir a todos que no cayeran en el engaño; pero fue cogido por sus propios cabecillas, que pensaban que la ambición puede romper el saco, y apaleado con barras de hierro hasta que lo dieron por muerto y lo echaron a un albañal.

El fuerte anillo de hierro que llevaba en la muñeca derecha sí lo tenía cuando le llamaban Arata el Hermoso. Aquel anillo era la manilla que lo encadenaba al remo de una galera pirata. Arata rompió la cadena, le dio al capitán Egu el Amable un golpe en la sien con aquel mismo anillo, se apoderó de la nave y luego de toda la escuadra pirata, e intentó crear una república libre en el mar. Pero aquella empresa terminó en una orgía de sangre y borracheras, porque Arata era aún muy joven, no sabía odiar y pensaba que la libertad por sí misma era suficiente para que los esclavos se sintieran semejantes a dioses.

Arata era un sedicioso profesional, vengador por la gracia de Dios, un personaje bastante extraño en aquella edad media. La evolución histórica crea a veces lucios como aquél, y los arroja a los remolinos sociales para que las gordas carpas no puedan vivir tranquilas a costa del plancton. Arata era la única persona en aquel mundo por la que Rumata no sentía odio ni lástima, y en sus sueños febriles de hombre de la Tierra que había tenido que vivir allí cinco años entre sangre y hedor, Rumata se veía a sí mismo como Arata, que después de pasar por todos los infiernos del universo tenía el gran derecho de matar a los asesinos, torturar a los verdugos y traicionar a los traidores.

-Hay ocasiones en que me parece que todos somos impotentes -dijo Arata-. Soy el eterno cabecilla de los rebeldes, y sé que toda mi fuerza está en mi extraordinaria vitalidad. Pero esta

fuerza no puede con mi impotencia. Mis victorias se transforman como por arte de magia en derrotas. Mis amigos de armas se tornan en mis enemigos, los más valientes huyen y los más fieles me traicionan o mueren. Y como no tengo más que mis manos, no puedo alcanzar los ídolos dorados que se ocultan en las fortalezas.

-¿Cómo has llegado a Arkanar? -preguntó Rumata.

-He venido con los monjes.

-¿Estás loco? ¿No comprendes lo fácil que es identificarte?

-Sí, pero no entre un montón de monjes. Entre los oficiales de la Orden, la mitad están tan chiflados y mutilados como yo. Los inválidos son los preferidos de Dios.

-¿Y qué piensas hacer ahora?

-Lo de siempre. Conozco bien a la Orden Sacra. Antes de un año la gente de Arkanar no tendrá más remedio que salir de sus escondrijos y luchar por las calles con el hacha en la mano. Entonces los acaudillaré para que sepan a quién tienen que golpear y no persigan a todos sin distinción o se maten entre sí.

-¿Necesitas dinero?

-Siempre necesito dinero. Y armas... -hizo una pausa, y luego añadió con voz insinuante-: Don Rumata, no sabéis la desilusión que me llevé cuando supe quién erais. Odio a los curas. Por eso, fue muy amargo para mí saber que sus mentirosos cuentos eran verdad. Pero el pobre rebelde tiene que sacar partido de todo lo que puede. Los curas dicen que los dioses son dueños de los rayos. Don Rumata, necesito desesperadamente esos rayos para poder derribar las murallas de las fortalezas.

Rumata suspiró profundamente. Cuando salvó a Arata con el helicóptero, éste le pidió explicaciones. Rumata intentó entonces contarle algo de su vida, y una noche incluso le mostró una pequeñísima estrella que apenas podía divisarse en el firmamento, y le dijo que aquella estrella era el Sol. Pero el rebelde tan sólo sacó en claro una cosa: que los malditos curas llevaban razón, que más allá del sólido mundo real viven dioses, felices y omnipotentes. Y desde entonces, cada vez que Arata hablaba con Rumata le planteaba el mismo argumento: tú eres un dios, y puesto que existes, lo mejor que puedes hacer es darme algo de tu fuerza.

Y cada vez Rumata tenía que callar o desviar la conversación.

-Don Rumata -dijo el rebelde-, ¿por qué no queréis ayudarnos?

-Espera un poco. Antes querría saber cómo has entrado aquí.

-Eso no tiene importancia. Soy el único que conoce ese camino. No eludáis mi pregunta. ¿Por qué no queréis darnos algo de vuestra fuerza?

-No hablemos de eso.

-Creo que precisamente *debemos* hablar de eso. Yo no os llamé. Nunca he rezado a nadie. Fuisteis vos quien vino a mí. ¿O lo hicisteis tan sólo por distraeros?

Qué difícil es ser dios, pensó Rumata. Impacientemente, respondió:

-No me comprendes. He intentado veinte veces explicarte que no soy ningún dios. Pero tú no me crees. Además, nunca podrás comprender por qué no te puedo ayudar con armas...

-¿Acaso no tenéis rayos?

-No puedo darte rayos.

-Eso ya me lo habéis dicho veinte veces. Quiero saber por qué no me los podéis dar.

-No lo entenderías.

-Eso depende de cómo me lo explicarais.

-¿Qué piensas hacer con los rayos?

-Quemar a toda esa dorada canalla, lo mismo que se queman los chinches, hasta que no quede ni uno de esa maldita estirpe. Barrer de la faz del planeta sus castillos. Destruir sus ejércitos y a todos los que los defienden y apoyan. Podéis estar seguro de que vuestros rayos tan sólo servirán para el bien. Y cuando no queden más que esclavos liberados y reine la paz, os devolveré vuestros rayos y no volveré a pedíroslos.

Tras esto, Rumata guardó silencio. Su respiración era pesada, su rostro se había vuelto más oscuro por la afluencia de sangre. Seguramente estaba viendo ya con la imaginación ducados y

reinos devorados por las llamas, montones de cuerpos carbonizados entre las ruinas, y enormes ejércitos victoriosos gritando entusiásticamente: «¡Libertad! ¡Libertad!»

-No -dijo Rumata-. No te daré rayos. Si lo hiciera, cometería un error. Intenta creerme. Veo más lejos que tú -Arata lo escuchaba con la cabeza hundida en el pecho-. Te diré solamente un motivo, que aunque no es el más importante creo que podrás comprender. Tienes una gran vitalidad, Arata, pero a pesar de eso eres mortal. Si perecieras y los rayos pasaran a otras manos menos limpias que las tuyas... hasta a mí me horroriza pensar en lo que ocurriría.

Siguió un largo silencio. Rumata trajo una jarra de estoria y comida, e invitó a su huésped. Arata, sin levantar los ojos, empezó a comer pan y a beber vino. Rumata tenía la sensación de sufrir un doloroso desdoblamiento. Por una parte sabía que llevaba razón, pero por la otra comprendía que aquella misma razón lo humillaba de una extraña manera ante Arata. Aquel hombre superaba tanto a él como a todos los demás que habían llegado al planeta sin que nadie los llamara, y observaban llenos de impotente piedad el horrible bullir de su vida desde las enrarecidas alturas de unas hipótesis impasibles y de una moral extraña. Y Rumata pensó por primera vez: sin pérdidas no se puede conseguir nada. Nosotros somos infinitamente más fuertes que Arata en nuestro reino de bondad, pero somos infinitamente más débiles que él en su reino de maldad.

-No debíais haber bajado del cielo -dijo de pronto Arata-. Volved a él. Aquí no hacéis más que perjudicarnos.

-No es cierto -rechazó Rumata-. Nosotros, al menos, no dañamos a nadie.

-Sí, lo hacéis. Las esperanzas que nos dais son infundadas.

-¿A quién le hacemos daño?

-A mí, por ejemplo. Antes, Don Rumata, yo tenía confianza en mí mismo. Vos habéis debilitado mi voluntad y habéis hecho que sienta vuestra fuerza a mis espaldas. Antes, en cada batalla que libraba, me comportaba como si fuera mi última batalla. Ahora me he dado cuenta de que procuro reservarme para las futuras batallas, que serán las decisivas porque vos tomaréis parte en ellas. Iros, Don Rumata; volved a vuestro cielo y no regreséis más. O dadnos vuestros rayos o al menos vuestro pájaro de hierro, o desenvainad vuestra espada y poneos a la cabeza de todos nosotros.

Arata calló y volvió a tomar el pan. Rumata observó sus dedos sin uñas. Hacía dos años que el propio Don Reba le había arrancado las uñas con un aparato especial. Todavía no lo sabes todo, pensó. Crees que el único que está condenado al fracaso eres tú. Todavía no sabes que tu causa está perdida, porque el enemigo no está únicamente frente a tus soldados, sino también dentro de ellos. Es posible que puedas echar a la Orden, y que el empuje de la insurrección campesina te remonte al trono de Arkanar, y quizás puedas arrasar los castillos señoriales y arrojar a los barones al estrecho, y tal vez el pueblo en armas te rinda los honores de un gran libertador. Y tú serás bueno y sabio, posiblemente el único hombre bueno y sabio de tu reino, y como tal empezarás a repartir tierras entre tus compañeros de lucha. ¿*Pero qué van a hacer ellos con esas tierras si no disponen de siervos*? Y desde ese momento la rueda comenzará a girar hacia atrás. Y lo mejor que podrá ocurrir es que tu muerte sea natural y no veas cómo aparecen nuevos condes y barones entre tus antiguos y fieles soldados. Eso ya ha ocurrido antes, mi buen Arata; en la Tierra y aquí mismo, en tu planeta.

-¿No me decís nada? -dijo Arata, al tiempo que retiraba su plato y limpiaba con la manga de su sotana las migajas que habían caído sobre la mesa-. Hace tiempo, yo tenía un amigo. Tal vez hayáis oído hablar de él: se llamaba Vaga Kolesó. Empezamos a luchar juntos, pero luego se pasó al bandidaje y se convirtió en el rey de la noche. Nunca le perdoné esta traición. Y él lo sabía. Me ha ayudado mucho, por miedo y por interés, pero nunca ha querido regresar a su puesto: su objetivo era otro. Sus hombres fueron quienes, hace dos años, me entregaron a Don Reba -Arata se miró los dedos y apretó los puños-. Esta mañana me encontré con Vaga en el puerto de Arkanar... En nuestras cosas no se puede ser amigo a medias, porque eso es lo mismo que ser enemigo a medias. -Se levantó, y se echó el capuchón sobre los ojos-. ¿El oro está en el mismo sitio?

-Sí -dijo Rumata, muy despacio-. En el mismo sitio.

-Entonces me voy. Muchas gracias, Don Rumata.

Arata cruzó el gabinete, y desapareció tras la puerta. Al cabo de un rato se oyó como abajo sonaban débilmente los cerrojos.

Una nueva preocupación, pensó Rumata. ¿Cómo habrá podido entrar Arata en la casa?

X

La Guarida del Borracho estaba relativamente limpia, el suelo barrido, la mesa fregada, y unos manojos de hierbas y ramas de pino que había por los rincones aromatizaban el aire. El padre Kabani, pulcro, sereno y callado, estaba sentado en un banco con las manos sobre las rodillas. Mientras esperaban a que Budaj se quedara dormido, hablaron de cosas sin importancia. Budaj, que estaba sentado a la mesa junto a Rumata, escuchaba la charla de los nobles Dones con una sonrisa benévola, mientras se estremecía de vez en cuando a medida que iba adormilándose. Sus flacas mejillas parecían arder debido a la dosis brutal de tetraluminal que habían mezclado en su bebida. El anciano estaba muy excitado y no acababa de quedarse dormido. Don Gug entretenía su impaciencia doblando y enderezando una herradura de camello, con las manos ocultas bajo la mesa, pero su rostro tenía una expresión alegre y despreocupada. Rumata hacía migas de pan y miraba con atención de hombre cansado cómo a Don Kondor le iba subiendo la bilis. El Custodio de los Sellos de Soán iba a llegar tarde a una reunión nocturna extraordinaria de la Conferencia de los Doce Negociantes convocada con motivo del golpe de Estado en Arkanar, y él era precisamente el presidente.

-¡Nobles amigos! -dijo finalmente Budaj con voz sonora; se puso en pie, y se desplomó sobre Rumata.

Rumata lo sostuvo cuidadosamente por los hombros.

-¿Listo? -preguntó Don Kondor.

-No se despertará hasta mañana -dijo Rumata, mientras tomaba a Budaj en brazos y lo llevaba hasta el lecho del padre Kabani.

-Esto no está bien -profirió éste con envidia-. Quién es doctor tiene derecho a emborracharse, mientras que el padre Kabani debe abstenerse, porque esto le perjudica.

-Me queda un cuarto de hora de tiempo -dijo Don Kondor en ruso.

-Con cinco minutos tengo bastante -respondió Rumata, conteniendo a duras penas su irritación-. Os he hablado tanto de este asunto que ahora con unos minutos sobra. De acuerdo con la teoría básica del feudalismo -sus ojos se fijaron furiosos en Don Kondor-, este movimiento ordinario de los ciudadanos contra los barones -Rumata desvió la mirada hacia Don Gug- se ha convertido en una intriga provocadora de la Orden Sacra que ha transformado Arkanar en una base de agresión feudal-fascista. Y mientras nosotros nos rompemos la cabeza intentando inútilmente situar una figura tan contradictoria, compleja y enigmática como la de nuestro águila Don Reba a la altura de Richelieu, Necker, Tokugawa leyasu y Monk, resulta que no es más que un patán imbécil que ha vendido y traicionado todo lo que podía vender y traicionar, se ha enredado en sus propias empresas, se ha visto abrumado por un miedo cerval y se ha puesto en manos de la Orden Sacra para que lo salve. Dentro de medio año lo matarán, pero la Orden seguirá aquí. Las consecuencias que puede traer esto para los territorios de más allá del estrecho y para todo el Imperio son difíciles de imaginar. En cualquier caso, todo el trabajo que hemos realizado durante veinte años dentro de los límites del Imperio se ha derrumbado. Bajo el poder de la Orden no será fácil moverse. Lo más probable es que Budaj sea la última persona a la que yo pueda salvar. En adelante, no vamos a tener a quién ayudar. Eso es todo.

Don Gug partió la herradura, miró unos instantes, asombrado, los dos trozos, y terminó arrojándolos a un rincón.

-Efectivamente, no nos hemos dado cuenta -dijo-. Pero tal vez no sea tan horrible como tú imaginas, Antón.

Rumata lo miró fijamente, pero no dijo nada.

-Debías haber quitado de en medio a Don Reba -dijo Don Kondor.

-¿Qué significa eso de «quitar de en medio»?

El rostro de Don Kondor se llenó de manchas púrpuras.

-¡Quitarlo de en medio físicamente! -exclamó con acento brusco.

-¿Quieres decir matarlo?

-¡Sí, si es necesario! ¡Raptarlo! ¡Desplazarlo! ¡Encerrarlo! Debías haber hecho algo y no buscar el consejo de dos idiotas que no entendían ni palabra de lo que estaba pasando.

-Yo tampoco lo entendía.

-Pero al menos lo presentías.

Hubo un corto silencio.

-¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Algo como la matanza de Barkán? -preguntó Don Kondor, a media voz y mirando hacia otra parte.

-Sí, algo parecido. Aunque mejor organizado.

Don Kondor se mordió los labios.

-¿Es tarde ya para quitarlo de en medio?

-Ya no tiene objeto -dijo Rumata-. En primer, lugar, porque otros se encargarán de este trabajo, y en segundo lugar, porque hacerlo ahora aún sería peor. A él, por lo menos, lo tengo en mis manos.

-¿Cómo?

-Me teme. Sospecha que detrás de mí hay otra gran fuerza. Hasta me ha ofrecido su colaboración.

-¿Sí? -susurró Don Kondor-. Entonces no hará falta.

Don Gug dijo, tartamudeando:

-Camaradas... ¿estáis hablando seriamente?

-¿De qué? -preguntó Don Kondor.

-De todo eso... Matar, eliminar físicamente... ¿Os habéis vuelto locos?

-El noble Don ha sido herido en el talón -dijo Rumata en voz muy baja.

Don Kondor habló marcando exageradamente las palabras:

-Cuando se presentan circunstancias extraordinarias, tan sólo las medidas extraordinarias pueden dar resultado.

Don Gug movía los labios sin decir nada y miraba sucesivamente a sus dos compañeros.

-¿Sa... sabéis hasta dónde se puede llegar por este camino? -dijo.

-Cálmate, por favor -dijo Don Kondor-. No ocurrirá nada. Y por ahora ya basta. ¿Qué vamos a hacer con la Orden? Propongo bloquear la región de Arkanar. ¿Qué pensáis de ello, camaradas? Pero decidid aprisa: tengo que marcharme.

-Yo aún no he pensado nada -respondió Rumata-. Y Pashka aún menos. Hay que pedir consejo a la Base. Hay que esperar. Podemos reunimos dentro de una semana y tomar una determinación.

-De acuerdo -dijo Don Kondor, levantándose-. Vamos.

Rumata se echó a Budaj al hombro y salió de la isba. Don Kondor iba alumbrándole el camino con una linterna. Llegaron al helicóptero, y Rumata depositó a Budaj en el asiento trasero. Don Kondor, haciendo un tremendo ruido con la espada y enredándose en su capa, se sentó en el sillón del piloto.

-¿Puedes llevarme hasta casa? -preguntó Rumata-. Estoy deseando dormir de una vez por todas.

-Por supuesto -gruñó Don Kondor-. Pero date prisa.

-Ahora mismo vuelvo -dijo Rumata, y corrió hacia la isba.

Don Gug seguía sentado frente a la mesa, con la mirada fija ante él y acariciándose la barbilla. El padre Kabani estaba a su lado, diciendo:

-Eso es lo que ocurre siempre, amigo mío. Uno procura hacer las cosas del mejor modo posible, y siempre resulta que es el peor.

Rumata cogió su espada y el tahalí.

-Suerte, Pashka -dijo-. Y no te preocupes. Lo único que nos ocurre es que estamos cansados e irritados.

Don Gug movió dubitativamente la cabeza.

-Ten cuidado, Antón -dijo-. Ten mucho cuidado. El tío Sasha lleva aquí muchos años y sabe lo que se hace. Pero tú...

-Yo lo único que quiero es dormir -dijo Rumata-. Padre Kabani, tened la bondad de llevar mis caballos al barón de Pampa. Decidle que iré a verle dentro de unos días.

Afuera se oyó el girar de las hélices. Rumata se despidió con un gesto de la mano y salió de nuevo de la isba. A la luz de los potentes faros del helicóptero, los matorrales de helechos gigantes y los blancos troncos de los árboles tenían un aspecto espantosamente siniestro. Rumata subió a la cabina y cerró la puerta.

La cabina olía a ozono, al plástico de la tapicería y a agua de colonia. Don Kondor hizo ascender el aparato y lo dirigió con mano segura siguiendo la carretera de Arkanar. Yo no podría pilotar así ahora, pensó Rumata con envidia. Tras él, Budaj chasqueaba tranquilamente la lengua mientras dormía.

-Antón -dijo Don Kondor-. No quisiera ser indiscreto ni mucho menos dar motivos para que creas que me quiero meter en tus cosas particulares. Sin embargo...

-Adelante -dijo Rumata, que supuso inmediatamente de qué se trataba-. Te escucho.

-Nosotros somos exploradores -dijo Don Kondor-. Por eso, todo lo que realmente queramos debemos tenerlo lejos de aquí, en la Tierra, o dentro de nosotros mismos, para que nadie pueda arrancárnoslo y llevárselo como rehén.

-¿Te refieres a Kira?

-Sí. Y si lo que conozco de Don Reba es cierto, mantenerlo sujeto va a ser una empresa difícil y peligrosa. ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Sí, lo comprendo. Pensaré en lo que se puede hacer.

Estaban acostados a oscuras, con las manos entrelazadas. La ciudad estaba en silencio, tan sólo de tarde en tarde se oía el piafar y el cocear de unos caballos, no muy lejos. Rumata se adormecía a ratos, pero se despertaba en seguida cuando Kira retenía la respiración. En sueños, Rumata apretaba fuertemente la mano de la muchacha.

-Estás deseando dormir -dijo Kira en voz muy baja-. Duerme.

-No, no; sigue contándome, te escucho.

-Pero te estás durmiendo a cada instante.

-No importa, sigo escuchándote de todos modos. Estoy muy cansado, pero mi deseo de estar contigo y oírte es mayor que mi cansancio. Cuéntame lo que quieras, todo lo tuyo me interesa.

Ella, agradecida, restregó su nariz contra el hombro de él, le dio un beso en la mejilla y siguió contándole como había venido a verla el chico del vecino, de parte de su padre.

-Mi padre está en cama. Lo han echado de su trabajo y. como despedida, lo han apaleado. Últimamente no come nada, no hace más que beber. Se ha puesto azulado y casi siempre está temblando. El chico me ha dicho también que mi hermano ha vuelto. Está herido, pero contento y borracho, y tiene un uniforme nuevo. Le dio dinero a mi padre, bebió con él, y amenazó con que arrastrarían a todos. Ahora es teniente de un destacamento especial, ha jurado fidelidad a la Orden, y dice que piensa hacerse monje. Mi padre me ha mandado a decir que no vaya por casa, pase lo que pase. Mi hermano a dicho que «le ajustará las cuentas a esa sucia puta pelirroja por haberse liado con un noble.»

Sí, pensó Rumata, no puede volver a su casa. Y tampoco puede seguir aquí, porque si le ocurriera algo... Rumata sintió que una mano helada le estrujaba el corazón al pensar en aquella posibilidad.

-¿Duermes? -preguntó Kira.

Rumata se despertó y aflojó la presión de su mano.

-No, no. ¿Qué más hiciste?

-Puse orden en tus habitaciones. Tenías un desbarajuste espantoso. Y he encontrado un libro escrito por el padre Gur. En él se habla de un príncipe que se enamoró de una joven preciosa, pero salvaje, que vivía más allá de las montañas. Como ella era completamente salvaje pensaba que el príncipe era un dios, pero a pesar de todo lo quería mucho. Pero luego tuvieron que separarse, y ella murió de pena.

-Es un magnífico libro -dijo él.

-A mí me hizo llorar, porque parecía que hablara de nosotros.

-Sí, se refiere a nosotros, y a todos los que se aman mutuamente. Pero a nosotros no nos separarán.

Lo más seguro sería enviarla a la Tierra, pensó Rumata. Pero, ¿qué va a hacer ella allí, sin mí? ¿Y cómo me las arreglaré yo aquí sin ella? Podríamos pedirle a Anka que fuera tu amiga allí. ¿Pero qué haré yo sin ti? No, nos iremos juntos a la Tierra. Yo mismo conduciré la nave, y tú irás sentada a mi lado y yo te iré explicando todo para que no te asustes, para que le tomes cariño a la Tierra desde el primer momento, para que nunca sientas el haber abandonado tu horrible patria. Porque ésta no es tu patria, Kira. Tu patria renegó de ti. Tú has nacido mil años antes de tu tiempo. Y eres buena, leal, abnegada, desinteresada... Personas como tú han nacido en nuestros dos planetas en todas las épocas de sus sangrientas historias. Eran almas nobles y limpias que desconocían el odio y no admitían la crueldad. Eran víctimas. Víctimas inútiles. Mucho más inútiles que Gur el Escritor o Galileo. Porque los que son como tú ni siquiera luchan. Para poder luchar hace falta saber odiar, y vosotros no sabéis. Lo mismo que nosotros ahora...

Rumata volvió a quedarse dormido, y vio a Kira con un cinturón antigravitatorio al borde del tejado plano del Soviet, y a Anka, alegre y burlona, que la empujaba impacientemente para que saltara a un precipicio de kilómetro y medio de profundidad.

-Rumata -dijo Kira-. Tengo miedo.

-¿De qué, pequeña?

-Tú no haces más que callar. Tengo miedo.

Rumata la atrajo hacia sí.

-Tienes razón -murmuró-. Ahora hablaré yo, y tú me escucharás atentamente. Lejos, muy lejos de aquí, más allá de la saiva, hay un castillo fuerte e inexpugnable. En él vive el alegre y simpático barón de Pampa, el barón más noble y bueno de Arkanar. Pampa tiene una esposa muy bella y cariñosa, que lo ama con locura cuando está normal, pero que no lo puede soportar cuando está borracho.

Rumata calló un momento y escuchó atentamente. Se oía un ruido, como el producido por muchos cascos de monturas y por la respiración agitada de personas y caballos.

-¿Aquí? -preguntó una voz áspera junto a la ventana.

-Sí, me parece que es aquí.

-¡Alto!

Se oyó un taconeo por los escalones de la entrada, e inmediatamente varios puños empezaron a golpear la puerta. Kira se estremeció y se abrazó a Rumata.

-Espera, pequeña -dijo él, apartando la colcha.

-Vienen a por mí -susurró Kira-. Lo sabía.

Rumata se soltó de los brazos de Kira y corrió hacia la ventana.

-¡En nombre del Señor! -gritaron abajo-. ¡Abrid! ¡Si derribamos la puerta será peor!

Rumata descorrió la cortina, y la luz vacilante de las antorchas penetró en la habitación. Abajo se agolpaban muchos jinetes vestidos de negro, con capuchones puntiagudos. Rumata los estuvo contemplando durante varios segundos, y luego se fijó en el marco de la ventana. Como de costumbre, era un marco fijo que no permitía abrirla. Empezaron a golpear la puerta con algo muy pesado. Rumata buscó su espada en la oscuridad y rompió los vidrios con la empuñadura. Se oyó como los trozos caían en el empedrado.

-¡Eh! -gritó Rumata-. ¿Qué estáis haciendo? ¿Acaso estáis ya hartos de la vida?

Los golpes en la puerta cesaron.

-Siempre han de meter la pata -gruñó alguien abajo-. El noble Don está en la casa.

-¿Y eso qué importa? -dijo otro.

-Claro que importa. Es la primera espada del mundo.

-Decían que se había marchado, y que no regresaría hasta mañana.

-¿Acaso os habéis asustado?

-Asustado no, pero contra él no nos han ordenado nada. Y a lo mejor tenemos que matarlo.

-Lo que hace falta es que no nos hiera él a nosotros.

-Lo ataremos. Lo heriremos primero, y luego lo ataremos. ¡Hey! ¿Quién tiene por aquí una ballesta?

-No nos herirá. Todo el mundo sabe que ha jurado no matar a nadie.

-¡Juro que os mataré a todos! -gritó entonces Rumata, y su voz tenía un tono de horrible certeza.

Kira se apretó contra él. Rumata sintió cómo su corazón latía apresuradamente.

-¡Derribad la puerta, hermanos! -dijo alguien abajo-. ¡En nombre del Señor!

Rumata se giró y observó a Kira. La muchacha lo miraba como antes, con pánico y esperanza mezclados. En sus secos ojos danzaban los reflejos de las antorchas.

-¿Estás asustada, pequeña? -le dijo tiernamente-. ¿De esa chusma? Ve a vestirte: aquí ya no tenemos nada que hacer -Rumata empezó a colocarse su cota de malla metaloplástica-. Ahora verás: los haré huir como conejos, y luego nos marcharemos. Iremos al castillo de Pampa.

Ella estaba junto a la ventana, mirando hacia abajo. Los rojizos reflejos de las antorchas danzaban por su rostro. Abajo seguían golpeando. Algo crujió. Rumata sintió como el corazón se le oprimía de lástima y ternura. Los echaré a palos, pensó; como si fueran perros. Se agachó para buscar a tientas su segunda espada, y cuando volvió a incorporarse Kira ya no estaba mirando por la ventana, sino aferrándose desesperadamente a la cortina para no caer.

-¡Kira! -gritó.

Corrió hacia ella. Una saeta de ballesta atravesaba su garganta, y otra estaba profundamente enterrada en su pecho. La tomó en brazos, y la llevó rápidamente a la cama.

-¡Kira! -sollozó. Ella lanzó una mezcla de suspiro y estertor y se envaró. Notó la frenética presión de su mano-. ¡Kira! -repitió. Pero ella no respondió.

Rumata permaneció unos momentos a su lado. Había lágrimas en sus ojos. Luego se levantó penosamente, empuñó las espadas, bajó despacio las escaleras, llegó al vestíbulo, y esperó a que derribaran la puerta.

Epilogo

-¿Y después? -preguntó Anka.

Pashka apartó los ojos de ella, se dio una palmada en la rodilla, se inclinó y cogió una fresa que crecía allí mismo, bajo sus pies. Anka aguardó.

-Después... -murmuró él-. Nadie sabe lo que pasó después, Anka. Dejó el transmisor arriba, y cuando la casa comenzó a arder los del dirigible de patrulla comprendieron que algo malo ocurría y se dirigieron a Arkanar. Previsoramente, echaron sobre la ciudad unos cuantos cartuchos de gas somnífero. De la casa ya sólo quedaban unos rescoldos, y al principio no supieron qué hacer. No sabían si estaba vivo ni dónde buscarlo. Pero entonces vieron... -Pashka se interrumpió-. Bueno, no tardaron en ver por dónde había pasado.

Pashka hizo una pausa y fue metiéndose en la boca varias fresas, una tras otra.

-Por fin llegaron a palacio... y allí estaba.

-¿Cómo?

-Dormido por el gas somnífero. En cuanto a los demás... bueno, unos estaban dormidos, y los otros... entre ellos Don Reba. -Pashka miró por unos instantes a Anka y volvió a retirar la vista-. Recogieron a Antón y lo llevaron a la Base. Pero comprende, Anka, él no quiere contar nada. Y, en general; ahora habla muy poco.

Anka estaba sentada, pálida y envarada. Miraba, por encima de la cabeza de Pashka, el claro que había delante de la casa. Los pinos se balanceaban y susurraban suavemente. Unas vaporosas nubes recorrían perezosamente el espacio azul del cielo.

-¿Y la muchacha? -preguntó.

-No sé -respondió Pashka secamente.

-Oye, Pashka... ¿crees que hice mal en venir?

-Al contrario. Creo que se alegrará de verte.

-Me parece que debe haberse escondido tras algún matorral desde el que puede vernos sin que nosotros lo veamos a él, y está esperando a que yo me vaya. Pashka se echó a reír.

-En absoluto. Antón no es de los que se esconden en los matorrales. Simplemente, no sabe que estás aquí. Debe estar pescando, como siempre.

-Y contigo, ¿cómo se comporta?

-De ninguna manera. Me soporta, simplemente. Pero contigo es distinto.

Permanecieron en silencio durante un buen rato.

-Anka -dijo de pronto Pashka-, ¿recuerdas la carretera anisótropa?

Anka frunció el ceño.

-¿Cuál?

-La anisótropa. Aquélla en que estaba colgado el «ladrillo». ¿Recuerdas? Fuimos los tres.

-Sí, lo recuerdo. Fue Antón quien dijo que era anisótropa.

-Antón siguió entonces la dirección prohibida, y cuando regresó nos dijo que había visto un puente volado y el esqueleto de un fascista encadenado a una ametralladora.

-Sí, lo recuerdo -dijo Anka-. Pero, ¿qué quieres decir con ello?

-A menudo suelo recordar esa carretera -dijo Pashka-. Como si existiera alguna relación... Aquella carretera era anisótropa, como la historia. Por ella no se podía ir hacia atrás. Pero Antón lo hizo... y tropezó con el esqueleto.

-No te comprendo. ¿Qué tiene que ver el esqueleto con esto?

-No lo sé -reconoció Pashka-. Y sin embargo, estos seguro de que ha de existir una relación.

Anka dudó unos instantes y dijo:

-Lo que tienes que hacer es no dejar que Antón piense demasiado. Háblale siempre de algo, aunque sea de tonterías. Haz que discuta.

Pashka suspiró.

-Lo sé. Ya lo hice. Pero a él no le importan mis historias. Me escucha unos momentos, luego se ríe y me dice: «Quédate aquí, Pashka; me voy a dar un paseo», y se va. Y yo me quedo. Al principio me iba tras él, sin que me viera, como un tonto. Ahora simplemente espero a que vuelva. Pero si tú...

Anka se puso en pie en aquel momento. Pashka se giró y se levantó también. Anka concentró su atención en Antón, que avanzaba hacia ellos por el claro, enorme, ancho, rubio, con el rostro sin tostar aún por el sol. Y le pareció que no había cambiado en absoluto. Siempre había sido un poco triste.

Fue a su encuentro.

-Anka -murmuró Antón cariñosamente-. Anka, amiga...

Y le tendió una enorme mano. Anka avanzó tímidamente hacia él, pero de pronto se detuvo. En sus dedos... No, no era sangre; simplemente, jugo de Fresas.

FIN